Jordi Sierra i Fabra

Algunos días de abril

La búsqueda del miliciano desaparecido

Jordi Sierra i Fabra

Algunos días de abril

INSPECTOR
MASCARELL
14

PLAZA JANÉS

A ella, y a todos los que la querían

Día 1

Martes, 15 de abril de 1952

1

Se estaba mirando en el espejo, de perfil, cuando entró Patro en la habitación. Acababa de sacar pecho, meter la barriga para dentro y aguantar la respiración unos segundos antes de rendirse y regresar a la postura inicial. Su cara lo decía todo.

Desaliento puro.

—Presumido —le dijo ella mientras dejaba la ropa planchada encima de la cama antes de ordenarla en el armario.

Miquel no contestó. Continuó observando su cuerpo en el espejo con el ceño fruncido. Llevaba puestos únicamente los calzoncillos.

—Mira que te los quito, ¿eh? —advirtió Patro.

Le dirigió una mirada irónica a su mujer. Desde allí oían a Raquel jugar en el comedor. Las posibilidades de hacer algo en aquel momento eran tan remotas como esperar que Franco se retirase a un convento y devolviera el país a la legalidad.

—Estoy engordando. —Fue sincero.

—¡Oh, sí! —asintió ella sin volver la cabeza, concentrada en lo suyo.

—Va, menos coñas.

—Que sí, que sí, que te estás poniendo fondón.

—Te lo digo en serio —proclamó en tono lúgubre.

Patro ya no pudo más. Se cruzó de brazos y lo atravesó con una de sus miradas burlonas. Por una vez, a Miquel no le hizo tanta gracia el buen humor de su mujer.

—Cariño, llegaste en los huesos hace cuatro años y medio. ¿Te lo recuerdo? Y lo sé bien, porque te vi desnudo. Eras un saco de huesos. Ahora comes, llevas una vida sana y ordenada. Estás bien. ¿Qué más quieres?

—Solo te falta agregar que tengo…

—Sí, ya —lo interrumpió—. ¡Un montón de años! —Y agregó—:

¡Eres un quejica!

—¿Y qué quieres que le haga si me veo barrigón?

—¡Tú no tienes barriga, por Dios! —Se enfadó en serio—. ¿Has visto al del cuarto? ¡Ése sí tiene barriga, que no puede ni verse los pies! ¡Y es más joven que tú!

—Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por llamarme joven.

—¡Te estás volviendo gruñón! ¡A los ochenta no habrá quien te aguante!

—Siempre he sido gruñón.

Miquel soltó un largo suspiro y se la quedó mirando. Le caía un mechón por la frente, llevaba el delantal manchado aquí y allá, iba en zapatillas. Aun así se le antojó lo más bonito que hubiera visto en la vida.

Patro captó la intención.

Se le acercó.

—Es la primavera. —Sonrió dulce—. Siempre te altera la sangre.

—¿De verdad no me ves barrigón?

—No, Miquel. No te veo barrigón.

—Por la calle cada vez nos miran más.

—¿Vas a venirme con la monserga de que me doblas la edad?

—Un poco más que doblar.

Había dos opciones: enfadarse y dejarlo solo con sus manías, o abrazarle y dedicarle unos mimos como si tuviera la misma edad que Raquel.

Optó por lo segundo.

Lo abrazó y le acarició la nuca con una mano. La otra le presionó una nalga.

—Culo sí tienes.

—Patro…

Ella intentó no reír.

—Eres un crío, y lo sabes —le susurró al oído—. Pareces un náufrago de amor pidiendo una caricia. —Siguió hablando antes de que lo hiciera él—. Y sé lo duros que fueron esos ocho años y medio

en el Valle de los Caídos, no hace falta que me lo recuerdes. Pero ahora estamos juntos, lo tenemos todo, una vida, Raquel. No entiendo por qué le das tantas vueltas en la cabeza a lo que no importa, y encima con problemas inventados. Me duele que digas eso, y más que lo pienses.

—Si estuviera solo no me importaría estar gordo.

—Si estuvieras solo estarías muerto —le espetó Patro.

—También. —Le dio la razón.

Siguieron abrazados unos segundos, en silencio. La mano de la nuca seguía allí, acariciándole la cabeza. La otra abandonó la nalga y subió por la espalda.

Se detuvo en la herida.

La huella indeleble de aquella bala.

—El día 24 hará dos años del regalo de tu espía rusa —susurró.

—No era mi espía. Y el regalo me lo hizo Pavel, no ella.

—Pero me dijiste que era guapa.

—Una Mata Hari, sí. Pero también hay alimañas hermosas, arañas, serpientes…

—Si te hubieran matado… —Patro se pegó a él, de pies a cabeza.

Miquel pudo sentirla.

Siempre la sentía, pero a veces…

El beso ya duraba diez segundos cuando oyeron la llamada de Raquel.

Se separaron.

—Si me hubieran matado, ésta no estaría aquí. —Sonrió—. Recuerda que la hicimos poco después.

El beso de su mujer fue rápido, fugaz. Dio media vuelta y lo dejó de nuevo solo en la habitación, con los calzoncillos como única vestimenta… aunque ahora un poco más hinchados por delante.

Se resignó.

Y volvió a mirarse en el espejo.

De acuerdo, no estaba gordo, ni tenía la barriga del vecino del cuarto, pero era evidente que había ganado peso. Quizá debiera caminar más y ahorrarse los taxis cada vez que ayudaba a Fortuny en un caso. En invierno todavía tenía excusas, pero con el buen tiempo…

Le dio la espalda al espejo y miró la puerta por la que acababa de salir ella. La oyó hablarle a Raquel con su extravertido tono de felicidad. Patro no había engordado, estaba igual, ni siquiera se había resentido por el embarazo y el parto trece meses antes, pero desde luego era mucho más feliz. La mujer perdida por la guerra primero y la posguerra después había dado paso a alguien muy distinto. Estaba aún más guapa. Quizá fuera eso lo que le hacía sentirse un poco mal.

Solo un poco.

Se quejaba por nada.

Ganas de amargarse la vida.

Se estaba poniendo los pantalones cuando regresó con la niña cogida de la mano. Raquel daba los primeros pasos con ciega determinación, dispuesta a echar a correr y no parar.

El mundo, una carretera.

—Pero ¿quién es esta preciosidad que ya camina? —Se agachó para recibirla.

Fueron unos segundos de besos, risas, cosquillas y felicidad. Patro volvió a dedicarse a la ropa que había colocado sobre la cama, pero sin dejar de inundarlos con una mirada de orgullo. Miquel también puso a la niña sobre la cama.

—Ya sé que es distinta, pero a veces veo a Roger —confesó.

—Es normal que se parezcan —aseguró Patro.

—No, Raquel es igual que tú. Será una belleza —afirmó—. Pero tiene cosas de Roger, claro, o al menos me lo parece a mí.

—Cada vez que me dices que soy guapa…

—Lo eres.

—Y tú un romántico. No sé por qué te metiste a policía.

—Me metí a policía porque creía en la ley y el orden y era un soñador. Lo de ser romántico… eso sí es nuevo. Nunca lo había sido. Debe de ser una defensa contra todo aquello en lo que se ha convertido este país.

—Amor en lugar de balas —mencionó Patro.

Esta vez Miquel no dijo nada.

Fue como si la frase penetrara despacio en su mente.

Raquel se empeñaba en deshacer lo que su madre había planchado.

—No, eso no —la regañó con dulzura.

Raquel lo intentó de nuevo sin dejar de mirarla fijamente.

—¿Me estás poniendo a prueba?

—Más bien se está poniendo a prueba ella —dijo Miquel—. Tantea cuáles son sus límites.

—¡Menuda va a ser cuando tenga novio!

Miquel se estremeció.

—Menos mal que ya no lo veré —anunció.

El golpe de Patro fue inesperado.

—¡Cuando te pones en plan alegría de la huerta… me da una rabia! —Se enfadó en serio.

—Mujer…

—¡No! —lo detuvo—. ¡Deberías estar contento y dando saltos de alegría por estar vivo y por tenernos! ¡Y no me vengas con lo de Franco y la dictadura y todo eso!

—Estoy contento. —Le temió al cambio de humor de su mujer.

—¡Que si estoy gordo, que si soy mayor, que si tal y que si cual…! ¡No sé por qué te quiero, mira tú!

—¿Porque soy muy guapo e irresistible?

Patro lanzó una bocanada de aire.

—Guapo sí eres —reconoció—. Y para eso no cuenta la edad. Pero irresistible…

Raquel los miraba muy seria, sobre todo después del azote de su madre a su padre. No tenía muy claro si reír o llorar. Esperaba acontecimientos.

—Recuérdame que te hable del masoquismo y el sadismo cuando tengas edad, cariño —se dirigió a ella Patro.

Al comprender que seguía la fiesta, Raquel volvió a empeñarse en deshacer lo que estaba planchado sobre la cama. Su madre la puso en el suelo y Miquel acabó de vestirse; porque, primavera o no, estaba teniendo frío.

El silencio duró poco.

—¿Vas con Fortuny? —le preguntó Patro.

—Sí. Con la Semana Santa de por medio y sin vernos… mejor me paso antes de que me llame él, porque seguro que hoy me llama.

Después de tantos días…

—Te necesita y lo sabes.

—Anda, calla.

—Es tu amigo.

—Un amigo facha. Y trabajo para él.

—No trabajas «para él» —le rectificó—. Trabajas «con él». Sabes perfectamente que eres más jefe tú que David. ¿No dices siempre que cuando interrogáis a alguien las preguntas las haces tú?

—Tengo más experiencia.

—Pues ya está. Y sí, es tu amigo. Te aprecia y te respeta, que es lo que hacen los amigos. En cuanto a lo de fascista… Ya sabes lo que pienso: todo boquilla. Si mañana Franco se muriera y volviera el Frente Popular, David encantado de la vida. Y no le culpo. No todos tenemos por qué ser héroes. La mayoría nos contentamos con sobrevivir.

Esta vez Miquel evitó responder. Ya habían discutido bastante por una mañana. Pasada la Semana Santa volvía la actividad, la rutina. Hora de irse a la agencia. Si había algo que hacer, trabajaría. Si no, volvería a casa, a la mercería. El día anterior había sido el aniversario de la proclamación de la Segunda República, pero no se lo mencionó a Patro. A veces era malo tener tanta memoria, recordar fechas, aniversarios, datos.

Conservaba intacta su mente de policía.

Bueno, eso también le hacía sentirse vivo.

Se puso la chaqueta.

—Vamos a despedir a papá —le dijo Patro a Raquel tendiéndole la mano.

Miquel la cogió por la otra.

En la mesita del recibidor seguía el programa del espectáculo del sábado por la noche. El Ballet Español de Pilar López, que habían visto en el teatro Barcelona. La propaganda decía que después de aquellos «15 únicos días» la compañía se iba a hacer las Américas. Cruzarían el charco y viajarían libremente por otros mundos, lejos de la funesta España de hierro.

—Qué bien lo pasamos, ¿verdad? —Patro siguió la dirección de los

ojos de su marido.

Miquel veía el programa como si fuera una isla de paz. Sí, lo habían pasado bien por un rato. Pero pensaba en las malditas procesiones de la Semana Santa que acababan de dejar atrás una vez más, incluidas las del mismo Sábado de Gloria. Procesiones cargadas de dolor, con los eternos encapuchados siniestros acarreando enormes velas, las sotanas acordonadas como rosarios de esparto, los que sangraban caminando de rodillas, los que llevaban pesadas cruces de madera, los que imitaban como fuera al hombre que casi dos mil años atrás había pasado por lo mismo.

Aquel hombre.

Solo eso.

—Estuvo bien, sí.

—Con Raquel salimos poco —reconoció ella.

—Todo se andará. —Se encogió de hombros—. Pronto podremos llevarla con nosotros al cine y a otras partes.

—A veces pienso que desde que la tuve, te he dejado un poco de la mano. Sales de casa, te vas «a trabajar». —Lo dijo con serena ironía, sin perder el hilo de su reflexión—. Y yo me quedo aquí y en la mercería.

—Hace dos meses bien que me ayudaste en lo de Dalena.

—Porque era mi amiga, y porque me metió ella.

—Pero lo hiciste bien. Ya te lo dije: serías una estupenda detective.

—Ojalá.

Miquel abrió la puerta.

Ella se iría a la mercería. Él, a seguir jugando a policías y ladrones.

Detective privado de tapadillo.

—Si ves a una espía rusa, echa a correr —le rogó Patro.

Miquel besó a Raquel.

—Cuida de tu madre —le pidió.

Salió al rellano y enfiló el primer tramo de escaleras.

A veces aún sentía el balazo de Pavel en la espalda.

Y aquel beso envenenado de Irina.

2

Dos años desde lo de la espía rusa. Un año y un mes del nacimiento de Raquel. Dos meses desde su último lío, ayudando a Dalena, la amiga de Patro…

¿En cuántos problemas se había metido antes y después de tropezar con David Fortuny en junio de 1951?

De eso ni siquiera hacía un año.

—Si te hubieran dicho en la primera mitad de los años treinta que la vida te daría tantos tumbos, no lo habrías creído —se dijo a sí mismo en voz alta.

Encima, la propia Patro le había alentado a trabajar con David Fortuny, para que no se aburriera, para que no se quedara en casa como un jubilado paciente o acabara sentado en la mercería. Patro, que le había confesado hacía unos minutos que le «ayudaba poco» desde su maternidad y se sentía culpable por ello.

Sí, como acababa de recordarle él, quizá porque dos meses antes ella había colaborado activamente en el caso de su amiga Dalena.

—Vueltas y más vueltas —volvió a decirse a sí mismo en voz alta.

La vida era eso, ¿no?

Y él dándole justamente eso, vueltas a la cabeza a todo. El maldito runrún que no cesaba. El runrún que le había salvado en el largo cautiverio del Valle de los Caídos, recordándole que seguía vivo, que eso era un reto para derrotar al fascismo y que, ahora, en libertad, seguía allí, dando guerra.

Run-run-run.

A veces no sabía si era una forma de autocastigarse o una resistencia más, al límite. «Cada uno de nosotros que sobreviva será una derrota para ellos». Las palabras de su compañero de cautiverio seguían presentes. Lo malo era que había muchas formas de ganar y de perder, de vivir y morir, de sobrevivir o engañarse uno mismo. El

castigo era seguir vivo cuando tantos y tantos habían muerto. Nadie estaba al margen del dolor, que se ramificaba como un cáncer extendiendo su daño. Quimeta y Roger muertos. Patro obligada a vender su cuerpo para poder comer ella y sus hermanas pequeñas. Eran dos ejemplos. Cada cual escondía los suyos.

—Deberías estar dando saltos de alegría —habló por tercera vez mientras caminaba sin prisas, como si paseara bajo el tibio sol de primera hora de la mañana.

Iba con su carácter, claro.

Como cuando se volvió loco por no tener fotografías de Quimeta y Roger y temió olvidarse de sus rasgos.

Si no había problemas, se los buscaba.

La eterna piedra en el zapato.

Llegó a la calle Vilamarí y enfiló el portal del edificio. Sus pasos resonaron en el silencio del vestíbulo. Subió hasta el primer rellano, llamó al timbre de la agencia y, al no recibir respuesta, subió hasta el piso donde vivía David Fortuny. No era rico, ni mucho menos, así que seguía sorprendiéndole que el detective mantuviera dos alquileres, uno para la vivienda y otro para «el despacho».

La de clientes que debían marcharse cuando a la primera no encontraban a nadie en la oficina.

Le abrió el propio David.

—¡Qué rapidez! —Fue lo primero que le dijo.

—¿Ah, sí?

—Acabo de llamarle a la mercería. Teresina me ha dicho que le daría el recado.

—Pues ya ve.

—Si ha venido en taxi, éste se lo paga usted.

—Siempre tan generoso.

—Venga, pase. Pero no se ponga cómodo porque nos vamos enseguida.

—¿Hay trabajo?

—Pues claro.

Como si todo el mundo necesitase un detective en la nueva España.

David Fortuny ya estaba casi a punto. Le faltaban los zapatos y

peinarse. Miquel le siguió hasta el comedor mientras él desaparecía por el pasillo en dirección al dormitorio o al cuarto de baño; porque Fortuny sí tenía baño, no un simple retrete como ellos, que para lavarse debían usar el lavadero. O Amalia no había pasado allí la noche o seguía durmiendo, porque todo estaba más bien manga por hombro.

No se sentó. Miró por la ventana. Se encontraban tan cerca de La Modelo que casi se respiraba el aire de la prisión. La ventana permanecía cerrada. Miró el cielo azul y se alegró de que la primavera se hubiera llevado ya los fríos invernales. En verano podrían ir a la playa Patro, Raquel y él. En el verano del 51 la pequeña aún era demasiado bebé. Ahora sería distinto.

Le enseñaría a nadar.

Eso y muchas más cosas.

—¿Qué tal la Semana Santa? —oyó de nuevo la voz de Fortuny a su espalda.

—Bien, bien. —Se volvió—. ¿Y usted?

—Estoy de procesiones, de fanfarrias, de música seria por la radio, de misas, de curas y de religión hasta los mismísimos, ¿le vale?

—Pues ya somos dos.

—Ya, pero usted es ateo.

—Para eso están las religiones, y más la católica: para que los creyentes se sientan culpables por todo. Si hay culpa, hay perdón. Ése es el negocio.

—No estoy para discusiones a esta hora. —Chasqueó la lengua Fortuny—. ¿Se quedó en casa con la familia?

—Dimos algún paseo, fuimos al cine y a ver un espectáculo el sábado.

—Pues Amalia y yo nos quedamos en casa. —Sonrió como si con eso evidenciara la dimensión «del pecado»—. Salvo una merienda para tomar chocolate en la calle Petritxol…

—No me veo a Amalia quedándose en casa tantos días —consideró Miquel.

—¿Nos vamos? —se evadió el detective.

—¿A dónde?

—Abajo, al despacho. —Comprobó la hora—. Ayer se pasó alguien y dejó una nota diciendo que volvería esta mañana a las nueve y media. ¿Ha desayunado?

—Sí.

—Yo solo me he tomado un café, pero da igual.

—¿Sabe qué quiere esa persona?

—No.

Le precedió de regreso al vestíbulo del piso, abrió la puerta y lo dejó pasar el primero. Cerró de golpe, sin echar la llave. Pero la llevaba en la mano al llegar a la primera planta. Una vez dentro del despacho, Miquel se sentó en una de las sillas. Faltaban cinco minutos para las nueve y media y los clientes, casi siempre apurados o melindrosos por acudir a una agencia de detectives, solían ser puntuales. Todo estaba limpio. David Fortuny se retrepó en su butaca y dejó caer la mano izquierda, con tres dedos agarrotados.

A veces le sacaba partido a su «herida de guerra», otras no.

Pero tenía su mérito vivir con un brazo semiparalizado y solo dos dedos operativos.

—¿Por qué ha dicho que está harto de «música seria» por la radio?

—¡Hombre, Mascarell, que todo son óperas y cantos gregorianos!

Lo de los cantos gregorianos le hizo sonreír.

—Pues qué quiere que le diga, es la única semana del año en la que ponen algo decente para oír. El resto…

—¿No le gusta?

—¿Las rancheras mexicanas, el flamenco, la música italiana y la francesa, los fados…? No.

—¡Hay que ver qué poco juerguista es!

—Y usted qué poco melómano.

Lo que fuera a decir Fortuny murió antes de pasar de la mente a los labios. Sonó el timbre de la puerta y saltó como un rayo para correr en su dirección, como si temiera que el o la cliente se arrepintiera. Miquel se puso en pie.

Eran dos mujeres. Una mayor, como de cincuenta años, y otra solo un poco por debajo de los cuarenta, treinta y siete o treinta y ocho. Vestían con sencillez, ropas oscuras y graves, bolsos negros, y parecían

impresionadas, mirándolo todo con mucho respeto. Delante iba la más joven. Detrás, la mayor. Miquel tuvo la intuición de que la primera era la clienta y la segunda la acompañante, para no dejarla sola en aquellas circunstancias.

Los «buenos días» sonaron apagados.

Luego, David las invitó a sentarse y lo presentó.

—Mi socio —se limitó a decir.

—Tanto gusto, señor.

—¿Ustedes son…? —Fortuny mantuvo las riendas del encuentro.

—Me llamo Montserrat Blanco —dijo la más joven de las dos mientras ocupaba la silla frente a la mesa—. Ella es mi prima Francisca.

—Francisca Santacana. —Lo puntualizó.

Por lo menos se ahorró el habitual «para servir a Dios y a usted» tan en boga.

—De acuerdo, señora Montserrat. —Fortuny empleó el nombre en lugar del apellido, para darles más sensación de familiaridad, algo que no habría hecho de haberse tratado de dos hombres—. Usted dirá en qué podemos ayudarla.

—¿Son… los detectives?

—Sí, sí. Mi socio y yo.

—Pregunté y… bueno, me dijeron que…

—Tranquila. Es nuestro trabajo. Y somos buenos, se lo aseguro. Si ha preguntado, seguro que es lo que le han dicho. Cien por cien de casos resueltos y problemas solucionados.

La labia de Fortuny acabó de impregnarlas. No tenía mano izquierda, pero sabía cómo usarla.

Miquel era una estatua.

Montserrat Blanco pareció contar hasta cinco antes de empezar.

—Necesito que busquen a una persona —anunció antes de rectificar —. A un hombre.

Ahora sí, David sacó una libreta y una pluma para comenzar a tomar notas.

—¿Cómo se llama él? —Adoptó un aire profesional.

—Benito.

—¿Apellidos?

—García Navarro.

Si Miquel era una estatua, la prima Francisca parecía un sarmiento arrancado de cualquier cepa y secándose al sol. Montserrat Blanco era de aspecto dulce, hablaba despacio y en voz baja, con delicadeza. No era ni guapa ni fea, pero sí agradable, y eso le proporcionaba luz a la mirada. Daba la impresión de ser una mujer que sostenía una carga invisible pero llevadera, no resignada pero sí soportable. Algo en ella inspiraba serenidad y confianza. Iba sin maquillar, con el cabello recogido de manera discreta. Hablaba con las manos unidas sobre el bolso y con las rodillas muy apretadas. Tenía la piel muy blanca. Su prima Francisca, en cambio, era huesuda, ojos hundidos de mirada grave pero no directa, sino huidiza, nariz aguileña, labios formando un sesgo recto, como si le hubieran dado un tajo en mitad de la cara. Vestía enteramente de negro y gris.

Tragó saliva al escuchar el nombre que acababa de pronunciar su prima.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó David Fortuny.

—Mi marido —se lo aclaró Montserrat Blanco.

—¿Su marido ha desaparecido? —Arqueó una ceja sin dejar de escribir.

—Sí.

—¿Cuándo?

La respuesta sonó como un pequeño lamento ahogado.

Un suspiro.

—Hace casi catorce años que no sé de él —dijo la mujer.

3

Buscar a personas era siempre complicado, sobre todo si las desaparecidas no querían ser encontradas. Buscar a una persona desaparecida en una guerra hacía disminuir enormemente las posibilidades de éxito, en especial si era del bando perdedor. Pero buscar a alguien desaparecido… ¿desde hacía catorce años…?

Eso era 1938.

La guerra.

La maldita Guerra Civil.

¿Es que nunca la dejarían atrás?

Miquel y la prima Francisca siguieron inmóviles. Todo se centraba en David Fortuny y la clienta, Montserrat Blanco. La diferencia era que Francisca tenía la vista fija en el suelo y Miquel las abarcaba a las dos.

El detective había dejado de escribir.

—Señora —dijo revestido de cautelas—. Eso es… mucho tiempo, ¿no cree?

La mujer asintió.

Vehemente.

—Lo sé —reconoció—. Y estoy convencida de que habrá muerto, porque no puede ser de otra forma. Pero necesito estar segura, ¿comprende? Les pido que encuentren una prueba, su tumba, lo que sea. Incluso me basta con alguien que les diga que lo vio caer y lo enterraron en alguna zanja junto con otros.

—¿Fue en la guerra?

—Sí, hacia el final. En 1938.

—¿Puedo preguntarle para qué necesita esa prueba?

Ella levantó la cabeza.

Era orgullo, no desafío.

—Quiero volver a casarme.

Pareció algo extraño. Una mujer todavía joven, sin marido durante tantos años, casi con la absoluta certeza de que debía de estar muerto… Y quería estar segura.

Miquel siguió sin hablar. Continuó dejándole el trabajo a David Fortuny.

—¿No cree que después de tanto tiempo, si estuviera vivo, habría regresado o habría dado señales de vida?

—No lo sé, señor —musitó ella.

—¿Ha mirado en las listas de bajas, de presos, de fusilados…?

—Lo hice, señor. Y no está en ninguna de ellas. Simplemente desapareció. Los últimos presos de la guerra o los represaliados salieron hace poco de las cárceles. He mirado debajo de las piedras dentro de mis posibilidades y nadie sabe nada de él, ni sé qué más hacer. Que estuviera entre esos presos era mi última esperanza. Pensé que quizá hubiera perdido la memoria… Bueno, no sé. Si vive, es lo único que se me ocurre.

—¿Y si se marchó al exilio?

—No lo habría hecho sin decírmelo. Y en estos años me habría mandado una carta, algo.

—Señora. —Fortuny se echó hacia atrás en su silla—. Sinceramente, pienso que usted puede darse por viuda. Le entregarán un papel que lo diga, sin lugar a dudas, y podrá volver a casarse sin impedimentos.

—No se trata de un papel. —La mujer apretó los puños—. Se trata de mi conciencia.

El detective miró a Miquel.

Pero la que habló ahora fue la prima de Montserrat Blanco.

—De hecho, como se casó por lo civil, según las nuevas leyes ella es soltera, porque declararon esos enlaces no válidos.

—Pues si es soltera… —retomó el hilo Fortuny.

—Se lo repito, señor: es por mi conciencia. A mí me da igual lo que digan las leyes de ahora o lo que ponga un papel. Yo me uní a Benito, y lo hice enamorada y me convertí en su esposa. Ante mí misma, soy una mujer casada. Por eso necesito estar segura antes de dar este nuevo paso. No soportaría que un día apareciera. Sería otro, claro. Los dos seríamos otras personas. Ya no habría amor, por supuesto. Pero el

vínculo seguiría estando ahí. —Acentuó su ansiedad—. En alguna parte alguien ha de saber qué pasó, alguien tuvo que verle aquellos últimos días. Necesito casarme con Marcelino tranquila.

—Creo que hace bien, señora —habló por primera vez Miquel.

—Gracias.

—Tiene derecho a rehacer su vida en paz —opinó Francisca.

David Fortuny levantó las cejas. Un caso era un caso. Y un cliente, un cliente. Plegó los labios y, quizá porque estaba Miquel delante, fue honesto.

—Nos puede llevar un tiempo, ¿sabe? Y no podemos garantizarle el éxito en algo así. Las huellas de la guerra han sido borradas cada vez con mayor encono, y por parte de todos, los que quieren olvidar porque la perdieron y los que la ganaron para hacer borrón y cuenta nueva.

—Me han dicho que son buenos en lo suyo —lo aceptó Montserrat —. Con eso me basta. Son mi última esperanza. Y si lo dice por el dinero que pueda costar… No somos ricos, pero Marcelino me ha dicho que gaste lo que sea con tal de que yo esté bien y podamos casarnos de una vez.

—Es un buen hombre —intervino de nuevo Francisca—. Tiene un colmado y le va bien. Más ahora, que se acabó el racionamiento. Hizo mucho dinero con el estraperlo.

—¡Francisca! —le reprochó la información su prima.

—Son detectives. —Se lo quiso aclarar ella—. Se deben a su cliente. ¿No es verdad?

—Sí —afirmó David.

—Han de saberlo todo de Benito y de ti. Si no confías en ellos, ¿para qué has venido? —insistió Francisca. Y volvió a mirarlos antes de agregar—: Ustedes son como un cura, ¿no es cierto? Lo que les diga un cliente es casi secreto de confesión.

—Sin el «casi» —habló Miquel.

—¿Lo ves? —le dijo Francisca a Montserrat.

Por primera vez, parecía un poco aturdida. Mantenía las manos unidas sobre el bolso y un tanto crispadas.

—¿Quiere un vaso de agua? —sugirió Miquel.

—Sí, por favor.

Se levantó él mismo. El despacho de David Fortuny venía a ser un piso pequeño, así que tenía cocina. Llenó dos vasos de agua y regresó de inmediato, para no perderse nada. Se encontró con el mismo silencio. Les ofreció un vaso a cada una. Francisca lo tomó sin más. Montserrat bebió un par de sorbos antes de dejarlo sobre una esquina de la mesa.

Las cartas ya estaban boca arriba. Quedaba seguir.

—¿Tiene una foto de su marido? —retomó la charla Fortuny.

—He traído una de la boda, sí.

Abrió el bolso, la sacó como si fuera de cristal y amenazara con romperse y se la entregó primero a él. El detective le echó un vistazo y se la pasó a Miquel. En la imagen se veía prácticamente a dos críos, porque tanto él como ella eran muy jóvenes. Montserrat, radiante y guapa. Benito, serio y circunspecto, comprometido con la situación. No parecía haber sido una boda de alto copete. Lo que desprendían ellos, incluso más allá de la ropa, era sencillez.

¿Hacía falta algo más para iniciar una vida en común?

Miquel pensó en sí mismo.

En sus dos fotos de boda.

La primera, con Quimeta, perdida.

Y ésa no era muy distinta de la que sostenía entre las manos, por más que se hubieran casado muchos años antes.

—¿Qué edad tenía aquí Benito? —preguntó ahora él.

—Veintitrés años. Nos casamos en el 35. Yo acababa de cumplir los veinte.

—Así que ahora su marido tendría cuarenta.

—Sí.

—¿Primer novio?

—Claro. —Se puso un poco roja—. Estuvimos tres años de relaciones. Le conocí con diecisiete.

—¿En qué trabajaba?

—Era tornero fresador.

Sin darse cuenta, Miquel había empezado a preguntar. Miró a David Fortuny para pasarle el testigo.

El detective volvió a coger la pluma y la libreta de anotaciones.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio?

—¿Verle? En julio del 36.

Miquel hizo el simple cálculo mental. Montserrat y Benito apenas habían tenido un año de matrimonio.

—¿Se fue a la guerra? —continuó Fortuny.

—Sí.

—¿Y no volvió a verle en dos años?

—Así es. Ni a él ni a los otros.

—¿Quiénes eran los otros?

—Pedro, Isidoro, Ricardo y Baltasar, el hermano pequeño de Benito. Los cinco eran inseparables, jugaban al fútbol en el equipo del barrio, todo lo hacían juntos.

—¿No tuvo noticias de Benito después de irse a la guerra?

—Sí, eso sí. Algunas cartas, claro.

—¿Las ha traído?

—Solo la última. Las demás eran… bueno, demasiado personales. —Abrió por segunda vez el bolso y de él extrajo un sobre ligeramente arrugado.

Se repitió la operación, primero el sobre en manos de Fortuny. Luego, éste se lo pasó a Miquel.

El matasellos era de septiembre de 1938.

Tiempos de la batalla del Ebro.

La misma en la que había caído Roger.

—¿Nos la podemos quedar, para leerla después con calma? —preguntó Miquel.

—Sí. —Movió la cabeza de arriba abajo—. Ya verán que dice que está en un hospital, herido pero a salvo.

—Ha mencionado que los cinco amigos eran del barrio —dijo Fortuny.

—Sí, todos vivían cerca el uno del otro.

—¿Qué barrio era?

—Sants.

—¿Sigue viviendo usted en él?

—No, yo vivo ahora en Badalona. Me fui con Francisca al acabar la

guerra, para no estar sola. Tampoco tenía dinero para demasiadas cosas, y menos para un alquiler. Marcelino tiene el colmado cerca de nuestra casa.

—¿Puede haber ido Benito a sus antiguas señas?

—Di aviso de mi marcha a todos los vecinos, en la escalera y en la calle. Y les dejé las señas.

—Esos amigos —le tocó de nuevo el turno a Miquel—. ¿Volvieron de la guerra?

—Solo Ricardo.

—¿Y el resto?

Montserrat Blanco se encogió de hombros. Una pátina de indefinible tristeza le cubrió el semblante. Los ojos también languidecieron.

—¿No sabe si murieron, si fueron al exilio…?

—Creo que uno o dos murieron, pero no estoy segura.

—¿No habló con Ricardo?

—Una vez, sí. No fue muy explícito y me dijo lo esencial: que no sabía nada de Benito y que ojalá estuviera muerto y se pudriera en el infierno, porque les había robado a todos.

—¿Robar qué? —Se tensó Miquel.

—No me lo dijo.

—¿Estaba enfadado?

—Habían sido íntimos, y de pronto… —Movió una desfallecida mano—. Era algo más que un enfado, como si Benito le hubiera traicionado. Pero eso es absurdo. Benito era la persona más buena y limpia del mundo. Un verdadero ángel, se lo juro. Muy creyente y honrado. Insistí, para que me explicara qué había sucedido, pero no quiso hablar de ello ni decirme nada, salvo que había perdido todo contacto. Yo, desde luego, me quedé sorprendida. Lo único que se me ocurrió fue que se hubieran peleado.

—La guerra cambia a las personas —dijo Miquel.

—Es lo que imagino. El daño que nos hizo fue… —Se estremeció—. Ellos cinco eran muy diferentes, apasionados unos, más tranquilos otros; pero todos muy buenas personas, hombres de corazón, con ideales. Por eso se fueron a pegar tiros juntos, dispuestos a luchar contra el fascis… —Bajó la voz hasta convertirla en un hilo al

pronunciar la última palabra y quedarse a medias.

El miedo.

El miedo que no cesaba y dominaba sus vidas.

—Puede hablar con total confianza —la invitó a seguir Miquel con su apacible tono.

—Gracias. Lo siento, es que…

—Háblenos de Benito. ¿Cómo era él? —le evitó el esfuerzo.

—Tranquilo. —Fue concisa—. Su hermano Baltasar sí tenía la sangre encendida. De los otros tres… Ricardo no pensaba más que en luchar, lo mismo que Pedro. Isidoro, por su parte, era el romántico. Escribía poemas.

—¿Tenían la misma edad?

—Pedro y Baltasar eran los más jóvenes, aunque, total, la diferencia era de dos años entre Benito y Baltasar y de uno con relación a los otros. Benito cuidaba siempre de su hermano, tanto por ser el pequeño y pedírselo sus padres como porque ya lo habían tratado un poco de esquizofrenia. Sufría muchos altibajos. Necesitaba a alguien cerca casi siempre.

—¿Tiene las señas de todos ellos? —preguntó Fortuny.

—Más o menos, pero… ¿de qué les van a servir?

—Vaya usted a saber. Puede que alguno escribiera o se pusiera en contacto con alguien de la familia o con algún conocido. ¿Usted no indagó al buscar a su marido? Nos ha dicho que removió cielo y tierra dentro de sus posibilidades.

—Lo hice, pero fue inútil. Ya le he dicho que no volvieron. De Baltasar tampoco se sabía nada.

—¿Puede anotar esas direcciones y los apellidos? —El detective le pasó la libreta.

—Ya le digo que de alguno solo sé la calle, algún indicio…

—Cualquier indicación nos vale, no se preocupe.

Miquel se dio cuenta de que el tono de David Fortuny era amable. Mucho más amable y sincero de lo que le recordaba. Parecía empatizar con aquella mujer.

Una viuda que ni siquiera sabía si lo era.

Francisca Santacana tenía ahora las mandíbulas apretadas.

Seguía sin tocar su vaso de agua.

—Baltasar y Benito vivían con sus padres —comentó Montserrat mientras escribía de manera paciente y metódica, como si estuviera en clase de caligrafía—. Pero ellos murieron, el padre en la guerra y la madre ya en el 40, de hambre y frío. Todo muy triste, señor, muy triste. —Hizo memoria en una de las señas de los otros y musitó para sí misma—: Creo que al lado había una tienda de… —Le sobrevino una pausa antes de levantar la cabeza y agregar—: Las que no sé son las señas de la novia de Baltasar, aunque desde luego vivía en la misma calle.

—¿Cómo se llamaba?

—Carmen.

—¿El apellido?

—Carmen… Algueró, sí. Algueró. La vi muy pocas veces, estando ya casada con Benito. A Baltasar le ayudó mucho. El amor todo lo cambia, ¿no creen?

Francisca Santacana se mordía el labio inferior.

—¿No la buscó para preguntarle?

—A ella no, ¿para qué?

—Quizá Baltasar le escribiera.

—No lo pensé. —Hizo un gesto ambiguo—. Y como él tampoco regresó… Dios… —Se pasó la mano libre por los ojos, aturdida—. Los primeros años fueron amargos; los siguientes, confusos. Ahora ya…

Dejó la frase sin terminar. «Ahora ya».

Una nueva España, acomodada con su realidad, mantenía la velocidad de crucero por el mar del tiempo.

Adiós a los muertos.

—Escriba también su dirección y la de su prima —pidió Miquel a la vez que daba por terminado el trabajo.

—¿La mía? —reaccionó Francisca.

—Mejor tenerlo todo, por si hemos de contactar con una de las dos.

—A mí me encuentran en casa o en el colmado. —Levantó la vista Montserrat—. Ayudo en él.

—¿Tiene teléfono?

—¿El colmado? Sí.

—Añádalo. Y, por supuesto, también la dirección.

Acabó de cumplimentar lo pedido y le devolvió la libreta y la pluma a Fortuny. Lo había escrito todo con letra clara y espaciada, legible.

Los nombres de los implicados en su drama personal.

—¿Se pondrán con ello enseguida? —quiso saber.

Reapareció el David Fortuny más habitual.

—Bueno, tenemos otros casos, pero… sí, sí, le daremos prioridad. Comprendemos su urgencia, ¿verdad? —Se dirigió a Miquel.

—Por supuesto —se lo confirmó.

—Marcelino ya no ve la hora de poder casarse. —Suspiró Montserrat Blanco—. Bastante ha esperado el pobre, que ha tenido una paciencia…

Paciencia o no, Miquel pensó que, de todas formas, la boda no sería más que una formalidad.

Las personas se necesitaban.

Los supervivientes, más.

Patro y él se habían casado porque los vecinos comenzaban a murmurar ante el hecho de que vivieran juntos, solos, por más realquilado que pareciese.

El nuevo régimen no toleraba los amancebamientos.

De pronto comprendió a Fortuny.

Él también estaba sintiendo la misma simpatía por aquella mujer.

Por esta razón fue muy sincero al advertirla:

—Sepa que lo que nos pide es difícil, señora. No solo por el tiempo que ha transcurrido. También porque si desapareció o murió lejos de Barcelona, sin testigos, eso lo hará todo más complicado. Si no vemos la luz, si llegamos a la conclusión de que algo así es más difícil de lo esperado, se lo diremos. No vamos a engañarla fingiendo emplear un tiempo que no sea el necesario.

—Claro, gracias.

Todo parecía hablado. Sobre la mesa, la libreta con los nombres, las señas y la última carta de Benito García Navarro. Montserrat Blanco estaba ahora relajada, como si acabase de quitarse un peso de encima tras contarlo todo. Francisca Santacana parecía que también, aunque mantenía su adusta puesta en escena, envarada, seria.

Callada.

David Fortuny puso la guinda a la escena.

—No queda más que hablar de nuestros honorarios. —Chocó las palmas de las manos igual que si estuviera de fiesta.

4

Cuando David Fortuny cerró la puerta, se enfrentó a la críptica mirada de Miquel.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Interesante.

—¿Nada más? —El detective arqueó las cejas—. Mire que es… Yo lo veo un caso imposible. Indagaremos, por supuesto, pero de ahí a dar con ese hombre…

—No hay nada imposible, Fortuny.

—¿Ah, no? Pues ya me dirá. ¡Han pasado casi catorce años! Ese tipo ha de estar muerto. Y si no lo está, queda claro que escapó, se fue a Francia y murió en la Segunda Guerra Mundial, o en Mauthausen, como aquellos amigos de los que me habló.

—Pudo haber conocido a otra mujer durante la guerra, en España o fuera, y ahora quizá viva tan tranquilo con ella.

—¿De veras piensa eso?

—Todo es posible.

—Llevaban poco de casados. Debían de estar muy enamorados, ¿no cree? Si hubiera sobrevivido, habría dado señales de vida como fuera, aun estando preso.

Volvían a estar en el despacho. Sin darse cuenta se sentaron en las mismas sillas que habían ocupado durante la entrevista. Los dos vasos de agua seguían sobre la mesa, lo mismo que la libreta, la pluma y la carta de Benito García. También el dinero del adelanto por los primeros días de trabajo.

—La verdad es que no entiendo mucho los escrúpulos de esa mujer —habló de nuevo Fortuny—. Ya no es solo el tiempo transcurrido, sino también lo que ha dicho su prima Francisca: los matrimonios civiles ya no sirven, los invalidaron. Montserrat Blanco es tan soltera como yo.

—¿No entiende que alguien tenga conciencia?

—No es eso —rezongó con fastidio—. Pero pienso que hay que ser más práctico. Podría casarse y olvidarse de todo.

—No es tan fácil.

—Aunque apareciese el tal Benito de nuevo, como un fantasma surgido de la nada, ¿qué podría pasar? Él lo entendería, y ella no tendría por qué sentirse culpable en absoluto. Eso en la peor de las circunstancias, claro. ¿Sabe la de muertos que debe de haber por montes y cunetas sin identificar?

Miquel se mordió la lengua.

Montes y cunetas.

La alargada huella de una dictadura.

—Solo quiere una prueba, un indicio —mencionó.

—Pues ya me dirá dónde vamos a encontrarla. El único de los amigos que regresó parece ser que fue ese tal Ricardo, y, según ella, le dijo que había perdido el contacto con su marido. Y encima se pelearon.

—Un robo.

—Sí, ¿qué pudo robarles Benito García a sus amigos?

Miquel pareció reflexionarlo.

Sonrió de pronto.

—¿Qué le hace gracia? —quiso saber el detective.

—A usted le ha caído bien esa mujer.

—Sí, la verdad es que sí.

—Yo casi que me alegro de que no haya un asesinato de por medio.

—Se le han puesto ojos de policía —dijo Fortuny.

—¿Y qué ojos son ésos?

—Perspicaces. Le brillan.

—Tengo un pálpito.

—¿Un qué?

—Ya sabe, mi instinto.

—Mire, Mascarell, me haya caído bien o no esa señora, lo cierto es que parece un buen caso y vamos a estar unos días ocupados, lo cual nos viene bien porque con la Semana Santa de por medio estábamos a dos velas. Ya la ha oído, el del colmado tiene dinero del estraperlo y le

ha dicho que gaste lo que sea con tal de que se quede tranquila.

—Ya me extrañaba que su corazón de piedra no reapareciera después de tanto rato —le pinchó Miquel.

—¿Corazón de piedra yo? —Se alarmó su compañero—. ¡Lo que faltaba! Lo que pasa es que yo soy el pragmático y usted el romántico.

Miquel no pudo evitar la carcajada.

—¿Usted es pragmático?

—Sí, ¿no? —Se mostró ofendido por la duda.

—Fortuny, usted es un caradura con suerte.

—¡Hombre, gracias!

—Amalia, yo…

—¡Ya, sí, y con medio brazo!

—Menudo partido le ha sacado a eso.

—¡Pero será posible! —Se enfadó de verdad.

Miquel alargó la mano y cogió el vaso de agua que Francisca Santacana no había tocado. Le dio un largo sorbo mientras David Fortuny decidía si seguir la discusión semántica o dejarla. Pareció ganar esta segunda opción, porque se levantó de un salto y dijo:

—¡Voy a mear!

Miquel se quedó solo.

Dejó el vaso y cogió la libreta en la que Montserrat Blanco lo había anotado todo. Seguía leyendo los nombres y las direcciones cuando reapareció su compañero dispuesto para la batalla.

Lo detuvo levantando la mano.

—Aquí hay mucho por investigar —dijo.

Fortuny se olvidó de lo que iba a decir.

—¿Nos los repartimos?

—No, vamos juntos —propuso Miquel.

—Sí, mejor, que luego me pasa unos gastos de taxis…

—Usted y su maldito sidecar…

—¡Venga, hombre, que ya hace buen tiempo! ¡Y si le diera la gana de aprender a conducir, yo, con gusto, iba en el sidecar! ¡Todo con tal de que deje de refunfuñar!

—Yo no refunfuño.

—Ya. Usted es la alegría de la huerta. Mucho hablar de que Amalia

me aguanta a mí, pero su santa Patro…

Miquel chasqueó la lengua.

—No sé por qué le he echado de menos estos días de Semana Santa.

—¿Usted me ha echado de menos? —dudó Fortuny.

—Será el roce, que hace el cariño. —Alargó la mano y, esta vez sí, como si le costara dar el paso, cogió la carta enviada por Benito García a su mujer a finales de verano del 38.

Roger también les había escrito una última carta en el Ebro, antes de morir.

—Tiene suerte de que es el mejor policía que he conocido —gruñó el detective haciendo un gesto desabrido con la cabeza.

Miquel extrajo las dos hojas de papel del interior del sobre. La letra no era muy legible, pero se entendía. Daba la impresión de haber sido una carta escrita con alguna dificultad, con las líneas ligeramente torcidas hacia abajo. Al sostenerla en las manos percibió un olor indescriptible, en parte como si todavía llevara impregnados los efluvios del lugar en el que había sido escrita, y en parte como si hubiera estado guardada en un armario con ropa vieja y bolas de naftalina para su conservación.

—¿Va a leerla en voz alta? —preguntó Fortuny.

—No. Luego la lee usted.

Quería interiorizarla.

—Yo voy a situar esas señas en el plano. —Se resignó el detective y abrió el cajón de su mesa en el que guardaba un gran mapa de la ciudad.

Miquel empezó a leer:

Querida Montserrat:

Espero que al recibo de estas líneas te encuentres bien. Mientras la guerra nos muestra aquí y en el frente todos sus horrores, mi mejor, mi único consuelo, reside en saberte a salvo, aunque me han contado de los salvajes bombardeos que los facciosos han lanzado sobre Barcelona recientemente. Con mi padre muerto, espero y deseo que mi madre y tú lo sobrellevéis todo de la mejor manera posible. Nosotros resistimos lo que podemos, como y cuando podemos, pero la guerra está ahora mismo más inclinada del bando contrario que del nuestro. A veces creo que somos una pandilla de desarrapados peleando con

uñas y dientes antes que un ejército preparado como Dios manda. Ellos siempre parecen tener más de todo. Están mejor comidos y equipados. No llevan razón, pero eso ya carece de importancia y es lo de menos.

Te escribo desde un hospital. Estoy bien, recuperándome, pero fui herido. No pasa nada. Sobreviviré. De momento no sé cuándo podré volver a combatir ni si a la postre eso será posible. Del dolor y la muerte del frente he pasado al dolor y la muerte de este sitio, en el que hay hombres sin brazos o piernas, ciegos o locos, con heridas mentales mucho peores que las físicas. Sin embargo, yo ahora me siento diferente, en paz. Mi herida ha sido una luz para mí. He abierto los ojos. Llámalo epifanía. He visto a Dios. ¿Puedes creerlo? ¡He visto a Dios! Y Dios me ha hablado. Me ha hecho ver mis errores, me ha señalado el camino, me ha tocado con su mano llena de amor. ¡Montserrat, si sintieras lo que siento yo ahora…! He vivido ciego tantos años… Ciego y mintiéndome a mí mismo. Ahora sé que estaba equivocado. Él pudo matarme y no lo hizo. Pudo dejarme morir y no lo consintió. Al hablarme me encomendó algo, me marcó un camino, y Su Dedo era el Todo. Voy a seguirlo. Espero que mis pecados sean ya tan solo los cimientos de mi futuro. Imposible olvidarlos, pero sí superarlos. Del perdón divino he emergido de nuevo más firme y más fuerte de lo que jamás haya sido. Lo único que me queda es pedirte perdón a ti, Montserrat. Quizá cuando acabe esta locura pueda volver para contártelo todo, si eso es posible. Necesito reflexionar un poco más, y no es sencillo. La luz que me llena es cada día más hermosa, una bendición.

Un día te dije que merecías algo mejor, ¿recuerdas?

Cuídate mucho. No le digas a mi madre que he sido herido. No le dejes leer esta carta. No la entendería. Probablemente no la entiendas ni tú. Pero te aseguro que estoy bien y te escribo con el corazón lleno.

Con cariño,

BENITO

Miquel levantó los ojos de la última línea.

«Con cariño».

No «con amor». «Con cariño».

—Tome. —Se la pasó a Fortuny.

El detective dejó de mirar el mapa de Barcelona ubicadas ya en él las señas dadas por Montserrat Blanco y se sentó para leer la carta. Miquel se puso en pie y se acercó a la ventana. Daba a un patio interior, así que únicamente vio más ventanas con las persianas a medio cerrar y tendederos llenos de ropa, algunos con prendas íntimas, bragas y calzoncillos. Uno podía saber lo que llevaban los

demás bajo la ropa casi a diario.

Acabó de chafardear un par de minutos después, al oír de nuevo a su compañero.

—¿Qué opina?

—No sabría decirle.

—No escribe en qué parte del cuerpo fue herido.

—No.

—Pero todo eso de haber visto la luz, la epifanía…

—Muchas personas, cuando le ven las orejas al lobo y sienten la muerte cerca, cambian. Si Benito García sobrevivió a unas heridas producidas en combate, puede que lo interpretara como un milagro. Montserrat ha dicho que era muy creyente.

—Ya, pero eso de que Dios le habló…

—También dice lo de «perdón divino», que necesita reflexionar un poco más, que Él le señaló el camino…

—¿El camino para no volver a casa?

No hubo respuesta.

David Fortuny guardó la carta en el sobre. Volvió a dejarla en la mesa.

—Es ambigua —comentó.

—Es una carta de renacimiento —dijo Miquel—. «He vivido ciego tantos años», «Mintiéndome a mí mismo», «Mi herida ha sido una luz para mí», «Estaba equivocado»… ¿En qué se había equivocado ese hombre? Y, lo más importante, ¿tiene todo esto algo que ver con su desaparición y con que no volviera a casa? ¿Está realmente muerto?

—No es mucho, desde luego.

—Aunque sí revelador. Le sucedió algo crucial, intenso diría yo. No es descartable que tenga que ver con el desenlace de la historia en el caso de que no esté muerto.

—Yo creo que sí lo está, es lo más lógico. ¿No dice usted siempre que la lógica es la madre de la ciencia?

—¿Yo digo eso?

—Sí, ¿no?

—La lógica es lo más elemental, pero recuerde que dos y dos son veintidós. Dos más dos son cuatro.

—Cuando se pone en plan sabueso…

—¿Para qué me quiere, si no?

Dejaron de hablar porque en ese momento se abrió la puerta del piso y escucharon la voz de Amalia.

—¿Estás ahí? —preguntó desde la entrada.

—¡Sí! —contestó Fortuny.

Apareció la novia del detective, elegante como si fuese domingo y se dispusiera a dar un paseo. Nunca iba desarreglada salvo en casa, cuando se limitaba a llevar una bata y podía ir despeinada como si tal cosa. Miquel se alegró de verla tanto como ella de verlo a él.

—¡Vaya! —dijo la recién llegada—. ¡Mis dos hombres favoritos!

—¿Qué tal, Amalia? —Miquel le dio dos besos.

—¡Cansada de la Semana Santa, pero eso ya lo habrá imaginado! ¡Por Dios, tanta mojigatería y tanta religión!

—¿Y yo qué? —protestó Fortuny al ver que no le hacía caso—. ¿No tengo ni siquiera un beso?

—¿Celoso? —Amalia se le plantó delante, le cogió y apretó las mejillas con una mano y, mientras él bizqueaba y ponía cara de tonto, le estampó un beso fuerte y rápido en la boca. Luego, sin dejarle hablar, preguntó—: ¿Qué hacéis aquí?

—Tenemos un caso —la informó David recomponiéndose.

—Bueno, pues me alegro. ¿Digno de interés?

—Buscar a una persona.

Mientras el detective informaba a Amalia, Miquel levantó el auricular del teléfono. Marcó el número de la mercería y esperó. Al otro lado, el timbre no llegó a sonar ni siquiera una segunda vez.

—¿Sí? —escuchó la voz de Teresina.

—Soy yo.

—Ahora aviso a la señora.

Esperó. Patro debía de estar al lado de ella, en el mostrador.

—Dime.

—Tenemos trabajo —le dijo.

—O sea, que no vienes a comer.

—Te aviso por si no aparezco, ya sabes.

—¿Algo raro?

—No, buscar a una persona. Pura rutina —la tranquilizó.

—De acuerdo; pues, si no vienes a comer, hasta la noche.

—Beso.

—Otro.

Colgó el auricular. Amalia y David seguían hablando. Él le preguntaba en ese momento:

—¿Y dónde vas tan guapa? A jugar al mus no, porque es por las tardes.

—He quedado.

—¿Con quién?

Amalia bajó la cabeza, puso cara de escepticismo y pareció mirarle por encima de los ojos, o al menos con las pupilas rozando los párpados. A Miquel le encantaba cuando sacaba a relucir su lado malo.

—Ponme un anillo en este dedo —extendió la mano izquierda con el anular por delante—, y tendrás derecho a preguntarme eso. Mientras tanto…

Fortuny tragó saliva.

—¡Pero se puede saber qué…!

Amalia no lo dejó terminar.

—Debe de ser que tengo las hormonas revueltas porque no me ha venido la regla —le soltó a bocajarro.

El detective se quedó blanco. Incluso se le doblaron las rodillas.

—¿Qué? —balbuceó.

Amalia no pudo evitar la carcajada. Pero a quien se dirigió fue a Miquel.

—¿Ha visto lo fácil que es ponerle nervioso?

—¡Amalia! —gritó Fortuny.

Ella ya no esperó más. Sin dejar de sonreír de manera mordaz, levantó la mano en señal de despedida y retomó el camino de salida. Sus tacones repicaron en las baldosas.

—¡Estás de broma!, ¿no? —volvió a gritar Fortuny.

La puerta se cerró.

Estaban solos de nuevo.

—Pero ¿usted la ha oído? —gimió el detective, alucinado.

5

La escena se recompuso despacio, con David Fortuny irritado y Miquel a la expectativa, sin tratar de pincharle más por mucho que le encantase hacerlo.

A veces parecía un crío.

—Ahora sí necesito comer algo. —Suspiró Fortuny—. Vamos al bar de la esquina.

Guardó el dinero del adelanto entregado por Montserrat Blanco después de coger doscientas pesetas. Mientras, Miquel arrancó la hoja de la libreta con las señas anotadas por ella y se la metió en el bolsillo. La última carta de Benito García a su mujer quedó encima de la mesa. Finalmente salieron del despacho y bajaron los escalones sin aparente prisa. El detective, circunspecto. Miquel, todavía sonriendo malévolo por la escena de Amalia. Una vez en la calle echaron a andar y se metieron en el bar. Olía como todos los bares, a tortilla y vino además de al humo de los cigarrillos. A Miquel le costaba respirar cada día más en aquellos ambientes.

No se sentaron a ninguna mesa. Se instalaron en la barra, uno al lado del otro.

—¿Usted va a comer o beber algo?

—No, ya le he dicho antes que he desayunado.

—No debería tomar nada más que un café al levantarme —gruñó Fortuny—. Creo que me excita.

El camarero se acercó a ellos. David pidió un bocadillo de queso, advirtiéndole que no se pasara con el tomate.

—¡Un baño suave, no hace falta que lo exprimas encima del pan!

El camarero le lanzó una mirada-bomba y se fue.

Hora de hablar de trabajo.

—¿Por dónde empezamos?

Miquel ya lo esperaba, así que tenía la respuesta preparada. Sacó

del bolsillo la hoja de papel con las direcciones y buscó la que necesitaba.

—Por el amigo que aún vive, está claro. —Puso un dedo en las señas—. Vamos a tirar de este hilo y averiguar de qué va todo eso del robo y la traición. Luego veremos si seguimos con el resto.

—¿El resto? ¿Qué resto? No hay nadie más que pueda saber la verdad.

—Los otros tendrán familia, digo yo. Pedro, Isidoro… También está esa tal Carmen, la novia de Baltasar. De momento, creo que eso nos mantendrá ocupados todo el día. Mañana ya veremos a la prima Francisca.

—¿La prima? ¿Por qué?

—¿No ha visto lo callada y huidiza que estaba, cómo se mordía el labio inferior y las caras que ponía en según qué momentos cuando Montserrat hablaba de su marido?

—Pues no, no me he fijado.

—Yo sí. Esa mujer sabe algo que no se atreve a decirle a su prima. La ha acompañado a vernos porque es su única familia, pero quizá también por algo más.

David no le ocultó una expresión de admiración.

—¿Ve? Eso es algo que yo no tengo.

—¿Y qué es? ¿Intuición, perspicacia?

—Psicología. Sabe leer la cara de las personas, interpretar los gestos, las pausas y los silencios. El lenguaje visual y corporal es importante. Por eso llegó a inspector tan joven.

—No me haga la rosca, va.

—¡Que no le hago la rosca, que es verdad! ¡Todo el mundo lo decía!

—Si se fijara más en los detalles…

—¡Ya me fijo! Pero miraba a la clienta, no a la prima, tan callada.

—Ya le digo que no tan callada. No le hacía ninguna falta hablar.

El bocadillo llegó a la barra acompañado por el segundo café de la mañana. David Fortuny lo examinó, lo aprobó, lo cogió con las dos manos, aunque empleando solo los dos dedos útiles de la izquierda, y le propinó una primera dentellada feroz, hambrienta. Empezó a masticar con deleite.

—Quién recuerda ya la escasez y el racionamiento, ¿verdad? —farfulló con la boca llena.

—Todavía hay gente que no tiene para comer —le recordó Miquel.

—No me amargue el día, hombre.

—El día no. Me vale con el desayuno.

No le hizo caso y siguió comiendo a toda velocidad, como si tuviera prisa. Miquel le dejó hacer, para no atragantarle. Amalia decía que su novio había cambiado en el transcurso de aquellos últimos meses, y se lo atribuía a él, a la buena influencia ejercida. Miquel se preguntaba qué clase de «buena influencia» podía ser.

Seguían siendo agua y aceite.

Aunque sí, se percibía que el aceite de David Fortuny se hacía cada vez menos espeso.

Un caradura simpático.

—¿Y por qué no vamos hoy también a ver a la prima Francisca? —Se tomó un respiro Fortuny.

—Mejor darle tiempo. Y ya conoce mis métodos: hay que ir paso a paso. Primero, lo esencial. Después, lo complementario.

—El inspector paciente, sí —asintió su compañero—. Hasta que no ha interrogado a todo quisque y se ha hecho un mapa mental de la situación, no para.

—Así es como se resuelven la mayoría de los casos. No hay que dar nada por sentado. Un simple comentario o un pequeño gesto del personaje más insignificante pueden ser decisivos.

—Como el de la actriz que firmó con la mano cambiada fingiendo ser la mujer del empresario en el caso de noviembre, sí —le dio la razón—. ¿Seguro que, si hablara con las autoridades, no le dejarían ejercer de detective legalmente?

—No, no creo.

—Nos iría bien. —Fortuny volvía a masticar la segunda parte del bocadillo—. Iríamos con menos miedo.

—Ya me advirtieron al soltarme con el indulto que me estuviera muy quieto.

—Si supieran lo quieto que está…

—Condenado a muerte e indultado por la gracia de su jefe.

—¿Ya estamos otra vez con eso? —Se enfadó—. ¡Que no es mi jefe! ¡Franco es Franco y yo soy yo! ¡Vamos por libre los dos!

—Pero él matando gente.

—¡Ande, calle ya, que eso se acabó! ¡Mire que le gusta incordiar!, ¿eh?

—Aun así, me quiere de socio.

—Ya me lo imagino. —Los ojos le brillaron y pareció escribir la placa en el aire—. ¡Fortuny y Mascarell, detectives!

—Se lo repito cada vez que me lo dice: ¿y por qué no Mascarell y Fortuny?

—Porque la agencia es mía. —Le guiñó un ojo—. Además, es por orden alfabético, y la F va antes que la M.

—Venga, acábese el bocadillo, que no tenemos todo el día —rezongó Miquel.

Lo hizo, ya sin hablar. Los últimos tres bocados pareció degustarlos un poco más. Luego se terminó el café y llamó al camarero para pagar. El hombre se le plantó delante con un aire de ironía en el semblante.

—¿Estaba el pan con tomate a gusto del señor?

—Vas aprendiendo —le endilgó Fortuny.

—¡Oh, gracias! Le pediré aumento al jefe.

Cogió el billete de veinticinco pesetas y se fue a por el cambio.

—El día menos pensado le escupe en el bocadillo —susurró Miquel.

—¡Ay, calle!

Salieron del bar. El día era soleado, agradable, con el cielo de un azul intenso. Volvieron a la entrada del edificio, donde David Fortuny tenía aparcada la moto. En apariencia, se movían sin prisas. De camino se cruzaron con un par de mujeres sonrientes. Una de ellas incluso se puso a reír, feliz, echando la cabeza hacia atrás. Iba perfectamente maquillada, cabello prieto, labios rojos, pestañas oscuras, ropa primaveral.

David Fortuny se las quedó mirando, con la cabeza vuelta, mientras se alejaban.

—Se le van los ojos tras todo lo que lleva faldas —le recriminó Miquel.

—No es eso, hombre. Es que siempre es bueno ver al personal

contento. —Lo miró de soslayo—. En serio, ¿no le parece que la gente vuelve a ser feliz?

—¿Ahora el psicólogo es usted?

—¿Se ha fijado en esas dos mujeres? Guapas, risueñas… Y no son solo ellas. El otro día reparé en las personas con las que me cruzaba por la calle. La gente ha recuperado las ganas de vivir y se nota por todas partes. Es ley de vida, ¿no? Todos queremos ser felices.

—A lo mejor es porque el Fútbol Club Barcelona acaba de ganar la Liga —bromeó.

—Pues no le digo que algo así no contribuya.

—¡Menudo consuelo!

—No me sea negativo, caramba.

—Por lo menos en el campo te dejan gritar. Debe de ser el único lugar de Barcelona en el que se pueda hacer. Entre la multitud sueltas una palabrota o te metes con Franco y no se nota.

—¿Cree que no están los de la secreta camuflados por ahí? ¿O que no sean también futboleros?

—No me amargue la idea, por Dios —gruñó Miquel.

—Lo del Barça ganando la Liga antes de su conclusión ha sido una inyección de moral. ¡Claro que la gente está contenta! —insistió David.

—Pan y circo.

—¿Qué?

—Lo decían los romanos.

—Ah, ya.

Estaban junto a la moto. Fortuny comenzó a quitarle la lona de protección. No solía ponerla a diario, pero sí en cuanto amenazaba lluvia, para que el sidecar no se le inundara, o si no pensaba cogerla en uno o dos días. Miquel lo vio actuar, resignado.

Ya se había acostumbrado a viajar en aquel cajón con ruedas cada vez que trabajaba codo con codo con su compañero.

—Con lo que le gusta Barcelona y lo enamorado que está de la ciudad, no entiendo que no sea forofo futbolero —mencionó el detective mientras recogía la lona.

—Ramón, el del bar donde desayuno algunos días, ya lo es por los

dos. A veces no voy para no tener que aguantar su euforia. Es una buena persona, y un buen amigo, pero pierde el norte a la que habla del Barça. Dice que con este equipo vamos a ganarlo todo los próximos diez años.

—Un día iré a ver a ese Kubala —aseguró Fortuny—. ¿Le tapo con el plástico?

—No, es una distancia corta.

—Pues venga, ya está, suba.

Miquel se resignó.

Un día más.

Levantó un pie, lo introdujo en el cajetín, se acomodó en el reducido espacio y consiguió meter el otro. No dejaba nunca de lado la sensación de que entraba en un ataúd por voluntad propia. Una vez sentado, su compañero le dio al encendido y el motor rugió y petardeó con intensidad.

—Debería llevarla al taller —le oyó decir—. El carburador…

David Fortuny arrancó.

De nuevo, Miquel empezó a ver pasar Barcelona a ras de suelo.

Desde allí abajo, todo parecía muy grande, monstruoso.

6

Los nombres de los amigos de Benito García Navarro eran Ricardo Casals Chopera, Isidoro Lemos Tarrida y Pedro Solana Tous. El cuarto del grupo era Baltasar, el hermano pequeño de Benito. Miquel le echó una última ojeada a la lista antes de encaminarse a la primera dirección, la de Ricardo, una vez aparcada la moto en la calle. Primavera o no, el viento y lo rápido que conducía David Fortuny siempre le acababan dando frío. Lo malo era que poner el plástico protector le agobiaba casi tanto como todo lo demás.

La casa era muy de barrio, humilde, sencilla, lo mismo que la calle. Edificios bajos, de tres plantas como mucho, y comercios abiertos aquí y allá con gente haciendo la compra y dándole la razón a Fortuny: la vida parecía haber vuelto a Barcelona después de la apertura de las cárceles y el dichoso final del racionamiento. Solo faltaba el inminente Congreso Eucarístico, a últimos de mayo, para que todo ofreciera una pasmosa sensación de normalidad.

Para los niños de menos de quince años, la palabra «guerra» no existía.

¿Guerra? ¿Qué guerra?

¿La mundial?

Ningún abuelo, ningún padre debía hablarles de lo sucedido entre el 36 y el 39.

Tampoco de la represión siguiente.

—Está ensimismado —oyó que le decía el detective.

—No, no. Vamos.

Tuvieron que preguntar en la primera puerta del entresuelo, porque no había portera. Ricardo Casals seguía viviendo allí. La anciana que les informó se lo dijo.

—Arriba, en el tercero.

Subieron los gastados escalones, combados por el centro. La voz de

un locutor de radio los alcanzó en la segunda planta. Al llegar a la tercera, aunque la ascensión había sido mínima y leve, Miquel ya jadeaba.

—Se hace viejo —le recordó David.

No le dio tiempo a matarlo. Fue como si la mujer que les abrió la puerta nada más llamar al timbre ya estuviera al otro lado. Era alta, bien formada, de rasgos graves, y estaba ostentosamente embarazada.

Si no de nueve meses, de ocho.

David Fortuny pareció quedarse paralizado ante aquella enorme panza.

—¿Ricardo Casals? —estuvo al quite Miquel.

Ella los miró de arriba abajo. Primero a él, luego a David. Se tomó su tiempo. Dos hombres con traje podían ser muchas cosas. Su cara se inundó de sospechas.

También de incomodidad y recelo.

—No está. —Fue escueta.

—¿Sabe…?

No lo dejó terminar.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

—Perdone que la molestemos, señora. —Miquel se revistió de cortesía y amabilidad—. Estamos buscando a un viejo amigo de su marido, eso es todo.

La amabilidad no hizo mella en ella.

—¿Son policías?

—No, detectives privados. —Fortuny ya tenía una tarjeta en la mano.

La mujer la miró, pero no la cogió.

—¿Y a qué amigo buscan?

—A Benito García.

La embarazada abrió unos ojos casi tan grandes como su barriga.

—Murió, ¿no? —dijo incrédula.

—No estamos seguros —dejó ir Fortuny.

—Su esposa quiere cerciorarse —manifestó Miquel.

Se lo tomó con calma.

A veces un par de segundos podían ser eternos.

—Miren, por lo que sé, Ricardo no guarda muy buen recuerdo de ese amigo, así que dudo que hable con ustedes o pueda decirles algo.

—¿A qué hora vuelve?

—Está fuera de Barcelona —se cruzó de brazos—, acabando una obra urgente. Es fontanero.

—¿Mañana? ¿Pasado?

—¡Que les digo que no lo sé! —Se alteró—. Y les repito que van a perder el tiempo. Con la Semana Santa en medio se les ha retrasado bastante el trabajo y no va a volver hasta que lo terminen.

—¿Conoció usted a Benito García? —preguntó Miquel sin perder la cortesía.

—No, yo me casé con Ricardo hace dos años. No sé nada de lo de antes ni él habla de ello. ¿Para qué? Si me hacen el favor…

Iba a cerrar la puerta.

Miquel intentó evitarlo.

—¿Podría decirnos…?

No hubo forma.

Primero, el grito:

—¡Que se vayan y me dejen en paz, leches!

Segundo, el portazo.

Retumbó toda la casa.

Se quedaron en el rellano, oyéndola refunfuñar en voz alta al otro lado de la puerta, para que pudieran oírla. Luego iniciaron el descenso sin decir nada.

En el piso inferior, se encontraron con una mujer asomada a su puerta.

—Es una maleducada —les dijo de buenas a primeras—. Se cree qué sé yo qué.

Tendría unos cuarenta o cuarenta y cinco años, difícil decirlo tanto por la mortecina luz que la iluminaba como por llevar rulos en la cabeza y una bata larga hasta los pies que sujetaba con una mano a la altura del cuello. Su piel era blanca y tenía los ojos vivos.

—Parece muy suya, sí. —Se acercó Miquel.

—¿Suya? Eso es decir poco. —Hablaba en voz baja, en plan conspirador—. Desde que se casó con el Ricardo y se vino a vivir

aquí… Ni una marquesa, oigan.

—¿Usted conocía de antes al señor Casals?

—De toda la vida. Siempre hemos vivido aquí, ellos y nosotros.

—No habrá oído hablar de un tal Benito García.

—No, eso ya no, aunque a mí los nombres no se me quedan. Igual si le veo…

—Era un amigo de antes de la guerra. Jugaban al fútbol y se fueron a combatir juntos.

—Pues no, no me suena. —Le cambió la expresión—. ¡Ay, la guerra…! Ricardo lo pasó mal, muy mal. Como todos, pero en su caso, con la de años que estuvo preso… Volvió muy cambiado. De ser un joven risueño y entusiasta, siempre contento y feliz por todo, hablador, simpático, pasó a ser taciturno y silencioso. Encima, va y se casa con esa lagarta. —Señaló el piso de arriba con un dedo—. Con lo guapo que fue siempre, hubiera tenido a la que quisiera —acabó rezongando—. Bien que le pilló la muy…

—Nos ha dicho que está trabajando fuera de Barcelona y no sabe cuándo regresará —continuó Miquel.

—Sí, eso es cierto. A veces tienen obras por Sabadell, Tarrasa, pero otras veces están más lejos, y no es cosa de ir y volver a Barcelona. Encima, si es algo urgente o un destajo… Ahora con el crío que van a tener necesitarán más dinero, hacer horas extras, es lógico. Una boca más es una boca más. De todas formas él nunca pasa más de dos noches fuera. Eso de que no sabe cuándo va a volver…

—Sea como sea, tendremos que verlo al final del día, ¿verdad?

—Sí, eso sí. Antes, imposible.

—¿Sabe el nombre de la empresa para la que trabaja?

—Lampistería Soteras —asintió vehemente—. Está cerca, en la calle Alcolea. Es una empresa grande. Atienden a muchas construcciones en Barcelona.

—Pues muchas gracias, señora. —Inclinó la cabeza Miquel—. Y siento que tenga a una vecina tan poco amigable.

—¡Dígamelo a mí! —Hizo un gesto de resignación.

—No tendrán teléfono, ¿verdad?

—¿Teléfono? —Lo dijo como si le hablara de un invento

maravilloso e imposible—. No, qué va. Nadie tiene teléfono en la escalera. ¿Para qué?

Miquel cerró el capítulo.

—Ha sido usted muy amable —agradeció.

—Con los gritos que daba esa loca, qué menos.

—Buenos días.

—¡Vayan con Dios! —los despidió.

David Fortuny fue el primero en continuar bajando las escaleras.

7

La Lampistería Soteras les pillaba de camino a su siguiente dirección si seguían la ruta trazada con las señas facilitadas por Montserrat Blanco; así que no tuvieron que desviarse demasiado aunque hicieron el trayecto en la moto igualmente. Era una empresa grande, planta baja y un primer piso, con un escaparate en la calle que mostraba toda la gama de productos disponibles tanto para la fontanería de las obras de la nueva Barcelona como para el consumo privado. Las bombas habían dejado no pocos solares abiertos al cielo dispuestos a ser llenados, sin olvidar que la ciudad crecía ya imparable hacia los dos lados, Llobregat y Besós. Cuando cruzaron la puerta preguntaron por las oficinas.

—Al fondo, la puerta acristalada.

David Fortuny llamó un par de veces con los nudillos. Ante el silencio del otro lado, optó por entreabrir la puerta y asomar la cabeza. Por el hueco, Miquel vio unos despachos vacíos. Acabaron de colarse dentro y entonces apareció una mujer con unos papeles en la mano. Era voluptuosa, de pecho abundante y muchas curvas que ella acentuaba con una ropa muy ajustada. Al verlos allí parados, les preguntó qué querían.

—Buscamos a uno de sus empleados —la informó Fortuny—. Ricardo Casals.

—¿Y para qué le buscan? —Se quedó quieta ella.

—Somos detectives.

La palabra «detective» la impresionó. Ni siquiera preguntó si eran detectives de la policía o privados, como los de las malditas películas.

—Esperen un momento —les pidió.

Se alejó de ellos y desapareció detrás de una puerta situada a la izquierda. No estuvo fuera de su vista más allá de cinco segundos. Reapareció seguida por un hombre que era su antítesis, bajo,

rechoncho, con gafas, bigote recto y escaso cabello medidamente peinado por encima de la calva, de lado a lado, para simular un pelo que no tenía.

—¿Me dice Pilar que buscan a Casals?

—Sí, señor —llevó ahora la voz cantante Fortuny.

—¿Y para qué, si me permiten la pregunta? Es un buen empleado, de los mejores que tenemos. No habrá hecho nada malo, ¿verdad?

—No, no, tranquilo. Queremos hablar con él acerca de un amigo suyo, nada más. Su esposa nos ha dicho que está trabajando fuera de Barcelona, en una obra.

—Sí, en Mataró.

Quedaba lejos, pero en moto…

—Nos gustaría saber si tiene para muchos días, eso es todo —continuó el detective.

—Si todo va bien acabarán mañana por la tarde; pero a veces las cosas se complican, ya saben. De hecho, ya se han complicado por unos escapes y por eso están allí.

—¿Tiene las señas?

La pregunta no le gustó. Miró a Pilar, que seguía a su lado. La mujer le sacaba toda la cabeza, así que lo que le quedaba a la altura de los ojos eran sus grandes pechos. Su tono se hizo áspero.

—No, no puedo —dijo.

—¿Por qué? —se extrañó Fortuny.

—Porque si están trabajando, están trabajando, y bastante lío tenemos ya en la obra como para que vaya alguien a molestarlo. Si acaban mañana, podrán verlo en su casa por la noche. ¿O se trata de algo a vida o muerte?

—No, no lo es. —Se rindió el compañero de Miquel.

—Pues ya está. —Dio por terminada la conversación el encargado.

Por si acaso, Pilar se apartó de él.

—Gracias, y perdone —dijo Fortuny.

—No hay de qué. Y lo siento. —Bajó un poco el tono el hombre.

Salieron de las oficinas, cruzaron la tienda y llegaron a la calle. Se detuvieron en la acera, Miquel tranquilo, David más contrariado.

—Maldita sea, ya empezamos —protestó.

—¿Cree que la gente está en su casa esperándonos?

—No, pero odio dar vueltas sin más.

—Menudo detective está hecho.

—¿Cuál es la siguiente dirección según su itinerario? —No quiso seguir discutiendo.

—Pedro Solana Tous. —Miquel apuntó con un dedo calle arriba—. Aquí mismo, en Melchor de Palau.

—Bueno, por lo menos todo queda en el barrio —gruñó todavía contrariado—. ¿Vamos en moto?

—No, hombre, no, que es cerca.

Subieron un trecho de la calle Alcolea y doblaron la esquina de Melchor de Palau. Siguieron por ella hasta más allá de la calle Vallespir. La casa del segundo amigo de Benito García hacía casi esquina con Witardo, una manzana de casas por encima de la estación de Sants. El edificio era un calco del que acababan de visitar buscando a Ricardo Casals, tres plantas, con un portal pequeño y una lechería al lado.

Olía a vacas.

Les abrió la puerta un anciano arrugado como una pasa, menudo y encorvado. Llevaba una chaqueta con una franja negra en el antebrazo izquierdo en señal de duelo. Los miró con unos ojillos gastados y poco consistentes, uno de ellos, el derecho, incluso ligeramente desviado.

—Buenos días —lo saludó Fortuny.

—¿Qué? —El hombre ladeó la cabeza para oír mejor.

—¿Pedro Solana, por favor? —elevó la voz el detective.

—No, aquí no es —dijo haciendo ademán de ir a cerrar la puerta de nuevo.

—Tenemos estas señas. —Lo evitó Fortuny rápido.

—Pues serán de antes de la guerra. —Fue explícito el anciano—. Mi hija y su marido alquilaron este piso en el 45. Yo me vine con ellos hace cuatro años. No sé quién vivía aquí previamente.

—¿Sabe de alguien que pudiera conocer a los vecinos de antes?

Puso cara de pensárselo, aunque no mucho.

—Pregunten en la vaquería. Es la vecina más antigua, que yo sepa. Siempre lo dice, como que ya estaba aquí en los tiempos anteriores a

la construcción de la casa, imagínense.

—Gracias, señor.

—¿Qué?

—¡Le digo que muchas gracias!

—¡No grite, que no soy sordo! —El hombre pareció reírse de sí mismo.

Regresaron a la calle.

Si ya olía a vacas en la acera, más olieron al entrar en la lechería. El lugar era aséptico, embaldosado de blanco, con pequeñas cisternas metálicas alineadas a un lado y varias jarras llenas de leche sobre el mostrador, además de embudos y lecheras. Detrás de un espacio acristalado, se veían productos lácteos, yogures, quesos, cremas y arroces con leche. Todo parecía hecho a mano, casero.

A Miquel se le hizo la boca agua.

De no haber tenido que pasarse el día de aquí para allá, habría comprado algo, seguro.

Una mujer, no menos imponente de aspecto que la secretaria de la Lampistería Soteras, solo que mucho mayor y muy oronda, les sonrió desde el otro lado del mostrador.

—¿Qué van a querer estos hombres tan guapos? —los saludó.

David Fortuny le enseñó su tarjeta, para ahorrarse explicaciones.

Inútil.

—¿Detectives? —Se quedó seria—. ¿De qué?

—Buscamos a un hombre que vivía aquí antes. Nos han dicho en su piso que ellos lo alquilaron en el 45 y que usted quizá podría orientarnos acerca de su posible paradero.

—¿Y de quién se trata?

—Pedro Solana.

—¿Pedrito? —Abrió los ojos—. Murió, el pobre. —Se santiguó y agregó—: En paz descanse, mi ángel.

—¿Está segura de que murió?

—¿Cómo no voy a estarlo? Lo último que sus padres supieron de él en vida fue en el 38, más o menos a finales de verano que yo recuerde. Luego ya la noticia de su muerte.

—¿Se lo notificaron?

—Sí —afirmó—. Bueno, es lo que entendí el día que me lo contaron.

—¿Con quién vivía?

—Con ellos, los padres.

—¿Dónde están ahora?

—Se mudaron al acabar todo. Antes de los actuales vecinos, el piso lo alquilaron otras dos familias. La primera estuvo un año nada más, porque les nacieron gemelos y se les quedó pequeño. Luego llegó un matrimonio joven que acabaron echados por el dueño porque no pagaban. Los padres de Pedro viven en Lérida desde que se fueron, con su otra hija.

—¿Y no queda nadie que nos pueda hablar de él?

—Pero ¿para qué, si murió hace catorce años?

—Buscamos a un amigo suyo, Benito García, que desapareció por las mismas fechas en las que Pedro murió.

—Tenía un grupo de amigos, sí, lo recuerdo. Jugaban juntos al fútbol. A veces entraban aquí a comprar algo. A uno le gustaban las vacas. —Señaló hacia el interior—. Buenos chicos —acabó con un deje de tristeza.

—¿Alguien que lo recuerde? —repitió la pregunta Fortuny.

—Pues… se me ocurre su novia, Milagros. —Plegó los labios en una mueca de duda—. Ella se casó hace ya algunos años con el Enrique, el hijo del barbero de aquí cerca, en Condes de Bell-lloc con la plaza del Centro.

—Gracias, señora. —Inclinó la cabeza respetuosamente.

—¿No quieren comprar nada? No van a encontrar un queso ni un arroz con leche mejores, que se lo digo yo.

—Si no estuviéramos trabajando… —Le sonrió Miquel.

—¡Anímense a volver, no se arrepentirán!

Dejaron a la mujer orgullosa de sus productos y de nuevo obviaron ir a por la moto. La nueva dirección también quedaba cerca de donde estaban. Mientras caminaban, David empezó a protestar.

—Con tantos años de por medio, no vamos a dar con nadie, y menos que pueda decirnos con certeza que Benito García esté muerto.

—O vivo.

—¡Qué va a estar vivo, hombre!

—Bueno. —Miquel se lo tomó con calma—. Puede que la novia de Pedro recibiera más cartas que la mujer de Benito y en ellas haya más indicios. De momento, es lo único que tenemos aparte de dar con el hospital en el que estuvo él y hablar con el tal Ricardo, que, por lo que parece, de amigo ha pasado a enemigo.

—No me hago a la idea de qué pudo haberles robado.

—Yo tampoco.

La barbería era pequeña y estaba llena. Tres hombres en los sillones de trabajo y dos esperando sentados enfrente y leyendo revistas. Había dos barberos con batas blancas, quizá Enrique, el marido de Milagros, la exnovia de Pedro, y su padre, o quizá dos empleados.

David se detuvo en seco al ver que su compañero también lo hacía.

—Espere —dijo Miquel.

—¿No vamos a entrar?

—Si preguntamos por Milagros al suegro o al marido, nos van a echar, porque querrán saber el motivo. Y si hablamos de un exnovio de ella… Igual el tal Enrique ni siquiera sabe de su existencia.

—¿Entonces qué? —Se cruzó de brazos Fortuny.

—Entre y que le corten el pelo, a ver si puede averiguar dónde viven.

El detective abrió los ojos hasta la desmesura.

—¿Yo? —Se alarmó—. ¿Y por qué no va usted?

—En primer lugar porque no le iría mal un corte de pelo. Y en segundo lugar porque yo fui hace apenas una semana y se nota que lo llevo bien.

—¡Será caradura!

—Venga, que le den un repaso. —Lo empujó de manera discreta—. Yo le espero en ese bar. —Señaló al otro lado de la calle—. Igual me tomo un aperitivo.

David Fortuny seguía anclado en el suelo.

Los ojos todavía abiertos de par en par.

—¿Y cómo le pregunto yo dónde viven? ¿A santo de qué van a decírmelo?

Miquel se tocó la sien con un dedo.

—Use esto. —Fue explícito—. ¿O no es un buen detective?

8

La espera en el bar empezó a impacientarle al cabo de veinte minutos. Acabó pensando que igual había metido a Fortuny en un lío. No había sido malo como policía, y no era malo como detective, pero le faltaba un plus. Tenía la cara dura para según qué cosas, pero no para todo. Era capaz de hacer teatro del bueno en determinadas ocasiones, pero si se trataba de algo serio…

Terminó sacando la cabeza por la puerta del bar para otear la barbería al otro lado de la calle.

David Fortuny aún seguía esperando a que le atendieran, sentado en una silla. Eso sí: hablaba por los codos con otro hombre.

Miquel regresó al interior del bar.

No era muy tarde, aunque ya tampoco era temprano. A lo peor luego se les complicaba el día. Su «socio» se había zampado un bocadillo al salir de casa, pero el desayuno, a él, se le había fundido hacía rato. Dejó el asiento en el que estaba esperando en la barra del bar y se fue a una de las mesas para comer algo ligero. Pidió una sopa y una tortilla.

—¿Simple o varonil? —le preguntó el camarero, un chico joven con cara de pillo.

—¿Cómo dice?

—La tortilla, que si la quiere de un huevo o de dos.

—De dos.

—Como tiene que ser. —Le sonrió y lo dejó perplejo en la mesa.

Se sentía un poco impaciente sin saber por qué. No tardó ni dos minutos en levantarse de nuevo. Fue a la barra y pidió una ficha para el teléfono. Como era habitual, estaba al fondo, colgado de la pared. Introdujo la ficha y marcó el número de la mercería tras echarle un vistazo al reloj. Patro estaría cerrando o a punto de hacerlo. Le respondió ella misma con un halo de premura, como si la llamada

hubiera interrumpido algo.

—¿Dígame?

—Soy yo.

—¡Ah, hola! ¿Vienes a comer?

—No, no. Estoy en Sants.

—¿Con David?

—Sí.

—¿Y por qué llamas? Ya me has dicho que seguramente no vendrías.

—Quería oír tu voz. Estoy en un bar.

Patro debió de quedarse sorprendida.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

—No, por nada. ¿Qué tal el caso?

—Sencillo, buscar a alguien. Pero que desapareció hace catorce años… En fin, muchas personas a las que ver y muchas preguntas que hacer, la mayoría sin respuesta. Ya te lo contaré esta noche.

—Yo ya estaba cerrando. —Dejó de hablarle a él para dirigirse a Raquel—. Es papá. ¿Quieres decirle algo?

—Hola, Raquel —le susurró Miquel al auricular.

Al otro lado se escuchó una respiración fuerte. Luego un balbuceo.

Volvió Patro.

—Venga, come algo, ¿eh?

—Iba a hacerlo ahora.

—Eso espero. Como te ha dado la paranoia de que estás echando barriga… igual te da por ayunar.

—Patro…

—¡Hasta la noche!

Regresó a la mesa y se encontró con la sopa esperándole. Estaba buena. Iba por la penúltima cucharada cuando llegó la tortilla «varonil», de dos huevos. Debía de ser cosa de los nuevos tiempos, la jerga de los jóvenes. Nada más terminarla y como Fortuny seguía sin aparecer pese a la hora, como si la barbería no cerrara al mediodía, sacó la hoja con las direcciones y nombres de los implicados y le echó otro vistazo. También hizo nuevas anotaciones, añadió el nombre de

Milagros junto al de Pedro y escribió palabras sueltas como «robo», con un interrogante, y «enfadado» al lado de Ricardo con una flecha señalando el nombre central, el de Benito García.

Estaba atacando un maravilloso flan cuando apareció David Fortuny con el pelo mucho más corto.

—¡Qué valor tiene! —rezongó el aparecido—. ¡A mí casi me dejan calvo y usted libando cosa fina!

—Está guapo —aseguró él.

—¡Encima!

—¿Ha conseguido las señas de Milagros?

—¡Pues claro que sí! —Sacó pecho mientras se sentaba en la silla frontal.

—Vaya —ponderó Miquel.

—¡Si no creía que fuera a conseguirlas, ¿por qué me lo ha hecho hacer?!

—Para que le tomara el pelo otro —soltó Miquel como si tal cosa fingiendo saborear el flan.

—¡Hay días que le mataría! —se desesperó Fortuny.

—¿Y éste es uno?

—¡También!

—Venga, no se enfade. —Alargó una mano y le dio un golpecito en el antebrazo—. Es lo que da la amistad.

—¿Y qué es lo que da?

—Derecho a meterse con el otro.

—Bueno es saberlo, así podré meterme con usted.

—Es diferente.

—¿En qué es diferente?

—Soy mayor. Un respeto.

—¡La madre que lo parió! —se enrabietó Fortuny—. ¿Qué le pasa hoy?

—La primavera. Patro también me lo ha dicho.

—¡Pues…!

Dejó de hablar al notar que el camarero estaba a su lado.

—Ya que estamos, coma algo —le sugirió Miquel.

—¿Qué ha comido usted?

—Sopa, tortilla varonil y un flan.

—¿Varonil?

—De dos huevos, ¿verdad, joven? —se dirigió al camarero.

—¡Y que lo diga!

—De acuerdo. —Se rindió Fortuny—. Lo mismo, sí.

Se quedaron solos. Miquel ya no perdió el tiempo.

—¿Las señas están lejos?

—No, aquí cerca, en la esquina de Condes de Bell-lloc con la calle Caballero. Subiendo un poco. —Se agitó de nuevo—. ¡Me ha cortado el pelo el mismo marido de la tal Milagros! ¡Eso quiere decir que no puedo acompañarle a verla, porque como aparezca él de improviso…!

—¿Cierran la barbería para comer?

—Sí, ahora. Y el Enrique se iba a su casa. Vuelven a abrir a las cuatro.

Miquel miró su reloj.

Las cuatro quedaban un poco lejos.

—Podemos ir a casa de Isidoro antes —consideró—. Luego voy a ver a esa mujer y regresamos a por la moto. ¿Le parece?

—Sí, claro.

Llegó la sopa. Fortuny se la quedó mirando sin demasiado apetito, como si el bocadillo todavía anduviera a medio digerir en el estómago. Pero nada más probarla levantó las cejas y atacó la segunda cucharada.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó Miquel.

—Quiere saber mis técnicas, ¿eh? —se jactó el detective.

—Me muero de ganas. Ilústreme.

—Pues he estado genial, qué quiere que le diga. Le he empezado a decir que me gustaba el barrio, que quería venirme a vivir por aquí, y que si conocía una casa que estuviera bien. Que si patatín, que si patatán, me ha contestado que el barrio es muy tranquilo, que se alquilan muchos pisos a buen precio… Entonces lo he rematado preguntando si él vivía de alquiler y, pim-pam, me ha hablado de su edificio, que si era nuevo, que si los vecinos…

—¿Ha sido casualidad que le cortara el pelo él?

—La suerte también cuenta. —Le guiñó un ojo.

El papel con las anotaciones de Miquel sobre las direcciones de los implicados seguía sobre la mesa. Fortuny reparó en él. No tuvo que hacer la pregunta, bastó un gesto.

—Cuando hay tantas personas en un caso, es mejor ir apuntando los detalles —le explicó Miquel.

—Ya. Y de paso ha matado el rato.

—También he telefoneado a Patro. ¿Usted nunca llama a Amalia?

—Caray, que no vivimos juntos. Y no empiece a marearme con lo de que voy a perderla.

—Yo no digo nada. Pero ya ha visto lo que le ha soltado hoy pidiéndole un anillo en el dedo. Y tampoco olvide que usted se le declaró.

—¡Tenía la gripe y estaba a cuarenta!

—Lo hizo. Y han pasado dos meses.

—¡Mire que me quiere mal!

—Yo le quiero bien. El mal se lo hago a ella.

—¡Ande, va, calle! —Le dio por tomárselo a broma.

—No sé qué ve en usted —siguió pinchándole Miquel.

—¡La hago reír!

—Entonces que se ría mucho.

—¡No sé por qué habla tanto! ¡Es un vejestorio, siempre está serio, y tiene una mujer de primera, joven y guapa! ¡Encima usted está engordando!

A Miquel le cambió la cara.

—Sí, ¿verdad? —exclamó preocupado.

9

La distancia hasta la casa de Isidoro era mayor de lo esperado, sobre todo porque se habían ido apartando del barrio y las calles en las que habían vivido los cinco amigos. Hicieron el camino en silencio, bajando las respectivas comidas, sellando la paz después de sus bromas durante la estancia en el bar. El único comentario de Fortuny en aquel rato fue relativo a la tortilla de dos huevos que se acababa de comer.

La tortilla «varonil».

Para no ser menos, el edificio era tan o más viejo que los anteriores, y en este caso de solo dos plantas. Montserrat Blanco había anotado las direcciones o puntos de contacto en cada una de las calles, pero no los pisos. Tuvieron suerte, porque acertaron a la primera.

La mujer que les abrió la puerta tendría unos setenta años o más, de talle menguado y cabello recogido en un cuidado moño. Le faltaban al menos dos dientes y tenía cuatro pelos negros en la barbilla. Llevaba gafas de montura.

Al escuchar el nombre de Isidoro se puso nerviosa.

Incluso asustada.

—Mi hijo… —balbuceó con cierto atropello—. No… Bueno, él ya no… Murió… —Pareció más temerosa que convincente—. ¿Qué quieren de él? ¿Quiénes son ustedes?

—Sentimos importunarla, señora. —Volvía a ser Fortuny el que llevaba la voz cantante. Le enseñó una de sus tarjetas, aunque la mujer apenas si pudo leerla—. Somos detectives privados. Estamos buscando a un amigo de su hijo, seguro que lo recuerda: Benito García.

La expresión de dolor y pena no cambió.

Posiblemente llevara años con ella.

Catorce años.

Pero, por encima de ese dolor y esa pena, continuaba latiendo el

miedo.

Un miedo que casi la paralizaba.

—El Benito, sí… Pero no entiendo…

—Su esposa quiere saber si sigue vivo.

—¿Vivo? —repitió—. ¿Después de tantos años?

Pareció a punto de echarse a llorar.

Estaban removiendo un pasado con cicatrices no cerradas.

—Lamentamos azorarla, señora —dijo Miquel.

La mujer le miró a él. Muy en el interior de su semblante, rebosaba la ternura de una madre. Daba la impresión de haber perdido muchas cosas, y que, pese a ello, estaba condenada a seguir.

—Murieron —susurró más para sí misma que para ellos—. Ya no queda ninguno. Tan buenos chicos…

—Ricardo todavía vive —le hizo ver Fortuny.

Pareció no conocer el dato. Frunció el ceño. Tardó un par de segundos en asimilar la noticia.

—¿Ah, sí?

—Queríamos saber… —Lo intentó de nuevo el detective.

—No, por favor. —Levantó una mano—. Váyanse. ¿Qué quieren que les diga?

Iba a cerrar la puerta, pero apareció por detrás un hombre mayor que ella aunque mejor conservado. Era alto y estaba muy delgado. Debía de llevar días sin afeitarse y el escaso cabello le formaba alborotados mechones blancos en la cabeza.

—¿Qué pasa, María?

—Estos señores…

—¿Quiénes son ustedes?

—Detectives, señor —repitió Fortuny.

—Han preguntado por Isidoro… —musitó su mujer.

El hombre se tensó.

—En realidad buscamos a Benito García —la rectificó Miquel—. Su esposa quiere saber si existe la posibilidad de que siga vivo.

—¿Y por qué no nos dejan en paz? —expresó su malestar el aparecido—. La guerra acabó hace mucho.

—Solo hacemos nuestro trabajo —se excusó Fortuny.

—¿Y cómo quiere que sepamos nosotros lo que le pasó a Benito? Debió morir, ¿no creen?

Una mujer subía la escalera llevando una bolsa en una mano y a una niña sujeta con la otra. Ella tendría unos treinta y cinco o treinta y seis años. La niña rondaría los siete. Se detuvo en el rellano, junto a los visitantes.

—¿Qué pasa aquí, papá? —preguntó un poco alarmada.

—Estos señores, que preguntan por un amigo de tu hermano.

Miquel volvió a estar al quite.

—Se lo acabamos de decir a sus padres, señora: no somos policías sino detectives privados. Nos ha contratado la esposa de uno de los amigos de Isidoro, Benito García, para tratar de saber qué pasó con él, ya que no hay ninguna constancia de que esté muerto pero no ha dado señales de vida en estos años.

—¿Y para qué le busca ahora?

—Quiere volver a casarse.

—Recuerdo a Montserrat, sí. —Fue lo único que dijo.

—Mamá, el tío Isidoro dic… —habló de pronto la niña.

—¡Cállate, Elena! —la reprendió severamente su madre cortándola en seco—. ¡Venga, vete para adentro y déjanos hablar!

Después del susto, la niña se quedó muy seria.

Luego, ya libre de la mano de su madre, se coló entre sus abuelos y desapareció de su vista. El matrimonio de ancianos continuaba en la puerta, tensos y quietos los dos. La recién llegada era ahora la que llevaba las riendas de todo.

—Ustedes también deberían irse —les dijo a ellos tratando de mostrarse más entera de lo que parecía—. No tengo ni idea de lo que pudo haber sido de Benito. Si no volvió, ¿qué esperan? O está muerto o en algún lugar de Europa, vayan a saber. ¿A estas alturas les da por remover el pasado?

No quedaba mucho por hacer o decir.

La mujer cruzó el umbral del piso y fue ella misma la que cerró la puerta.

Ni Miquel ni David dijeron ya nada.

Con la puerta cerrada, tardaron en reaccionar.

No se oía nada al otro lado.

—Venga, vámonos. —Fue el primero en moverse Miquel.

No hablaron hasta llegar a la esquina más cercana, por si los vigilaban desde una ventana. Los dos se detuvieron al unísono y se quedaron mirando.

—Lo ha notado, ¿no? —habló Miquel.

—Sí —se lo confirmó Fortuny.

—Primero el miedo y el atolondramiento de la madre, después la tensión de la hermana, y para postre, la metedura de pata de la niña.

—Iba a decir «El tío Isidoro dice…».

—Creo que sí.

—Isidoro Lemos está vivo —afirmó el detective.

—Vivo y posiblemente escondido, por eso la madre ha insinuado o ha tratado de decir que está muerto. Esa niña no puede haberle conocido de haber fallecido en la guerra o después, y en cambio lo ha mencionado como si tal cosa y hablando en presente antes de que su madre reaccionara cortándola.

—Si está escondido, no querrá hablar con nosotros.

Miquel bajó la cabeza. Se mordió el labio inferior. Por la calle pasaba un carro traqueteando sobre los adoquines y con un jamelgo más enteco que un preso en un campo nazi de exterminio. Daba la impresión de ir a caerse muerto de un momento a otro.

La sopa y la tortilla le bailaron un poco en el estómago.

—Hace poco más de un año, en marzo del 51, descubrí a un topo sin querer —dijo.

—¿Un topo?

—Un excombatiente que vivía encerrado detrás de una falsa pared de su casa. Prefería estar vivo así a acabar fusilado si le cogían. Entonces me di cuenta de que no debía de ser el único. A saber cuántos más habrá por toda España, esperando algo mejor.

—¿Algo mejor como qué?

—Pues que se acabe la dictadura, ¿qué va a ser?

—Cree que es el caso de Isidoro.

—Si está vivo y han insinuado que ha muerto, para protegerle o por precaución, no hay otra. También puede ser que quieran evitarle

sufrimientos.

—Entonces será imposible hablar con él.

—¿Quién se fía de dos extraños, por mucho que digan que son detectives privados y no policías?

—Podríamos…

—No, de momento vamos a dejarlo.

—Lo único que necesitamos es que alguien nos diga que vio morir a Benito García —insistió Fortuny—. Si Isidoro vive y es el caso, trabajo finiquitado.

Miquel arrugó la nariz.

—No pienso que sea tan sencillo, y por ahora tenemos más pistas que seguir. Siempre nos quedará ese dichoso as en la manga. Vamos a ver qué nos dice Milagros, la antigua novia de Pedro.

—Aún falta para las cuatro y que su marido vaya a trabajar.

—Entre llegar hasta la moto, cogerla y parar abajo ya quemaremos un rato.

Echaron a andar.

El jamelgo acababa de hacer sus necesidades en plena calle y el hombre que manejaba el carro estaba recogiendo la deposición para conservarla en un saco de esparto.

Hasta la mierda servía.

—Menudo grupo de amigos, ¿no? —habló Fortuny un tramo de calle más allá—. Uno vivo pero hablando mal de Benito, otro muerto según una vecina, otro al parecer escondido…

Miquel no dijo nada.

—Le hirieron, estuvo en un hospital, «vio la luz», tuvo una epifanía… —siguió hablando Fortuny en voz alta pero como si se lo dijera a sí mismo—. Si no murió, ya se lo he dicho esta mañana: seguro que se enamoró de una enfermera y está viviendo con ella tan ricamente en algún lugar cercano.

—¿Y me llama romántico a mí? —mencionó Miquel.

—Es una buena historia, ¿no?

Siguieron andando.

Hasta que Fortuny, de pronto y sin venir a cuento, exclamó:

—¡Que no se me olvide hacer la quiniela, que esta semana pasada se

me fue el santo al cielo!

10

Llevaban un rato esperando en la calle cuando vieron salir a Enrique, el de la barbería. Le dieron tiempo a que se alejara de la casa y, cuando estuvieron seguros de que ya no iba a volver, Miquel entró en el portal. David Fortuny se quedó sentado en la moto, resignado a esperar.

—¿A qué piso va? —Le salió al paso una celadora con forma de armario.

—El señor Enrique y la señora Milagros.

—Él acaba de salir.

—¿Y ella?

—Debe de estar arriba, sí. Tercero primera.

—Gracias.

Había ascensor. Ventajas de los pisos nuevos. Lo tomó y llegó a las alturas después de un parsimonioso viaje. En el rellano había cuatro puertas. Llamó al timbre y casi al instante escuchó unos pasos rápidos al otro lado. Por el hueco apareció una mujer con aire alarmado que se lo quedó mirando indecisa.

—¿Qué quiere? —le preguntó—. Tengo a la niña dormida…

—¿Es usted Milagros? —De pronto se dio cuenta de que no sabía el apellido.

—Sí. —Y le recordó—: Hable bajo, por favor.

Miquel disminuyó el tono.

—Soy detective privado. —Llevaba ya una de las tarjetas de David Fortuny en la mano—. ¿Podría hablar con usted cinco minutos?

—¿De qué? —le cortó antes de que se lo dijera.

—Es difícil de resumir en dos palabras. —Buscó la forma—. Usted era novia de Pedro Solana antes de la guerra, y Pedro tenía un grupo de amigos con los que se fue a pelear. ¿Recuerda a Montserrat Blanco, la mujer de uno de ellos, Benito García?

—Sí, la recuerdo —dijo con el ceño fruncido.

—Nos ha contratado para tratar de averiguar qué le sucedió a su marido, principalmente si pueda estar vivo o si acabó muerto en el 38.

Empezó a asimilar el asunto.

Lo miró revestida de dudas.

—¿Los ha contratado… ahora, tanto tiempo después?

—Quiere estar segura de que es viuda porque tiene intención de volver a casarse.

Parpadeó con un aire de incertidumbre.

—Pedro murió —dijo—. Cayó el primero.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijeron los otros. Ellos lo enterraron. —Tragó saliva y ensombreció su cara hasta rozar la emoción—. Tardé mucho en superarlo, ¿sabe?

—¿Conocía bien al resto de ellos?

—Sí, claro.

—¿Qué puede decirme de la relación que mantenían?

—Eran amigos. —Fue sucinta.

—El único que queda, Ricardo Casals —obvió a Isidoro—, al parecer ahora odia a Benito García y su memoria. Alega que él les robó.

—¿Ricardo vive?

—Sí.

—No lo sabía. ¿Qué más le ha dicho?

—En realidad, todavía no he hablado con él. Está trabajando fuera de Barcelona. Pero me han comentado el detalle.

Milagros se cruzó de brazos sin saber qué más decir. Seguía pendiente del sueño de su hija.

—Lo único que necesito es corroborar que Benito murió. Alguien ha de saber si fue así.

—Pues no puedo ayudarle mucho. Como le digo, Pedro fue el primero en caer.

—¿Le escribía desde el frente?

—Sí.

—¿Le contaba algo de ellos?

—Algo, aunque no mucho. Sé que seguían compartiéndolo todo, y

que Benito cuidaba al cien por cien de su hermano Baltasar. Con la guerra, los brotes esquizofrénicos eran cada vez más acusados. ¿Sabía eso de Baltasar?

—Sí.

—Pues tampoco había mucho más. Los seis estuvieron juntos la mayor parte del tiempo, hasta el final.

—¿Seis?

—Ellos cinco y José María, un primo de Isidoro que se les unió. Si no recuerdo mal, era de un pueblo llamado Vinyata. —Suspiró con fuerza—. Aquellas cartas solía leerlas una y mil veces, y la última…

—¿La última? —repitió Miquel al ver cómo se detenía.

—Era una carta muy extraña.

—¿Por qué?

—Me decía que eran ricos, que cuando todo terminara, ganase quien ganase, ya no nos faltaría de nada y podríamos casarnos y tener lo que quisiéramos. Incluso aseguraba que, a pesar de ser seis a repartir, habría suficiente para todos.

—¿Sabe a qué se refería?

—No, ni idea. Y ya le digo que fue la última carta. Debió morir al poco.

—¿La conserva usted?

—No. —Fue tajante—. Cuando me casé las quemé todas. No quería que un día Enrique las encontrara por casualidad. Ningún marido entiende que una guarde los recuerdos de otro hombre, por muerto que esté. Fuera lo que fuese eso de ser ricos, se lo llevó con él.

—Si es cierto lo que dice Ricardo acerca de que Benito les robó… pudo referirse a eso, se tratase de lo que se tratase.

—Es posible.

Parecía una mujer entera, sólida. Había superado la primera emoción al mentarle el nombre de su novio de juventud. Ahora hablaba desde la serenidad, con la mayor de las naturalidades, aunque seguía haciéndolo en voz baja, en la puerta de su piso, con él en el rellano.

—¿Recuerda el apellido del tal José María?

—Sí, tengo buena memoria. Era Velasco. José María Velasco

Tarrida. Y el pueblo, Vinyata, seguro.

—¿Cuándo recibió esa última carta?

—Verano del 38. No recuerdo si era ya septiembre. Además, tardaban mucho en llegar tal y como estaban ya las cosas. —Se pasó la lengua por los labios, como si los tuviera súbitamente secos—. ¿Puedo preguntarle cómo me ha encontrado?

—Montserrat Blanco me ha dicho dónde vivían los amigos de Benito. He estado en la antigua casa de Pedro y la mujer de la lechería de la planta baja me ha contado que usted se casó con el hijo del barbero, Enrique.

—Ya. —Se dio por satisfecha—. Siento no poder ayudarle más, señor. Entienda que para mí todo aquello es agua pasada. Tengo una nueva vida, he conseguido ser madre hace unos meses después de muchos intentos… Hablar de Pedro todavía me resulta duro.

—Lo comprendo.

—Todos quedamos marcados por aquello —lamentó.

—Yo también perdí a un hijo en el Ebro —dijo Miquel sin saber por qué demonios se lo contaba a una extraña.

—Pedro y yo habríamos sido muy felices, lo sé. Nadie va a devolverle a él la vida ni a mí esos diez años perdidos que intento olvidar y…

—Su hija le dará la paz que necesita.

—Sí, ¿verdad? —Sonrió con dulzura.

—Siento haberla molestado —se empezó a despedir—. Por lo menos no la hemos despertado.

—Suerte con lo que busca —le deseó ella.

—Supongo que la necesitaré. Si Benito García murió, parece que lo hizo sin dejar testigos.

Se dieron la mano.

Miquel abrió la puerta del ascensor, que seguía detenido en el rellano. Una vez dentro vio cómo Milagros cerraba la puerta de su piso. Pulsó el botón para bajar y, antes de llegar a la planta baja, ya tenía la cabeza convertida en una olla a presión.

11

David Fortuny esperó a que Miquel llegara hasta él.

Cuando lo hizo, se encontró con su expresión ausente.

—¿Qué le pasa? —quiso saber.

—Nada. Pienso.

—Pues venga, va. Suéltelo y dígame en qué piensa y qué le ha dicho la tal Milagros. —Se estremeció como si una ráfaga de aire frío le hubiera sacudido de arriba abajo—. ¡Por Dios, estos nombres con connotaciones religiosas, Milagros, Socorro, Rosario…!

—Usted también tiene un nombre bíblico.

—¡Pero de rey!

Miquel miró el sidecar, pero no se movió.

Necesitaba seguir de pie.

—¿Va a contármelo o qué? —se impacientó su compañero.

—Según Milagros, Pedro fue el primero en caer. Los otros le enterraron. Además, al final no eran cinco, sino seis. Se les había unido un primo de Isidoro natural de Vinyata.

—¿Vinyata? ¿Dónde está eso?

—No estoy seguro, luego lo miramos en un mapa. Pero me da que está cerca del Ebro, por Mora de Ebro, Falset… Debe de ser un pueblo muy pequeño.

—¿Algo más?

—Sí, que iban a ser ricos.

—¿Cómo que ricos?

—En la última carta de Pedro a su novia, él le decía exactamente eso, que eran ricos, todos ellos, y que ganara quien ganase la guerra, no les faltaría de nada, podrían casarse y tener lo que quisieran. Añadía que, pese a ser seis a repartir, habría suficiente para todos.

—Y ella no debe saber de qué le hablaba, claro.

—No, ni idea.

—O sea que Pedro escribe a Milagros que son ricos y Ricardo, según parece, odia a Benito porque asegura que él les robo.

—Ése es el quid de la cuestión.

—Pues parece un rompecabezas.

—Tal y como están las cosas, el único que puede aclararnos el embrollo es Ricardo.

—Pero de eso a saber si Benito está muerto o no…

Miquel bajó la cabeza. Seguía mirando el sidecar sin hacer el menor gesto de ir a encajarse en él. Estaba inmerso en sus pensamientos.

Las teorías danzaban en su cabeza.

Fortuny trató de resumirlo.

—Seis milicianos, en plena guerra, oliendo ya la derrota… ¿Cree que asaltaron un banco o algo así?

—El dinero de la República no iba a servir de nada en el caso de que ganara Franco, como así fue. Y estaban en la zona republicana, no en la nacional. Si eran ricos no era por tener dinero.

—¿Entonces qué?

—No lo sé. ¿Joyas? —Movió la cabeza de lado a lado y agregó—: Prefiero no especular. No sirve de nada. —Le echó un vistazo al reloj —. Mejor vamos a ver si pillamos a Carmen Algueró y así cerramos el día, que por hoy ya habrá estado bien.

—El día y casi que el caso —opinó Fortuny.

—¿Por qué íbamos a cerrarlo?

—Ya me dirá. —Abrió las manos haciendo un gesto de evidencia—. Esto es un *cul-de-sac*. No tenemos de dónde tirar.

—Siempre hay algo.

—¿Se lo dice su instinto?

—Me lo dice la lógica. Recuerde que nos queda Ricardo, que tenemos la posibilidad de dar con Isidoro y que mañana iremos a ver a la prima Francisca.

—¡Y dale con ella! ¿Cómo va a saber algo esa mujer?

—Todo el mundo tiene secretos, Fortuny. Y por lo que he visto esta mañana…

—Secretos, secretos —rezongó el detective—. Yo no tengo ninguno. ¿Usted sí?

—Yo el que más —espetó Miquel.

—A ver, dígame uno.

—A veces me gustaría asesinarlo y no puedo. Me volverían a encerrar.

—¡Venga ya! ¡Con el cariño que me tiene!

Le lanzó una de sus demoledoras miradas, pero David Fortuny no se dio por aludido.

—¡Nos hemos salvado la vida el uno al otro! ¡Eso y que el roce hace el cariño! ¡Primero no quería saber nada de hacer de detective! «¡No, nunca! ¿Yo? ¡Oh, ah!». ¡Y ahora está encantado! —Evitó que Miquel le contestara—. ¡Sí, encantado, aunque si no gruñe y refunfuña no está feliz! ¡Uy, qué le dirían los demás si le vieran contento!

—Ande, calle, va. —Se metió en el sidecar de una vez.

—¡Ajá! —cantó victoria Fortuny—. ¡Mira qué rápido da por zanjado el asunto y se instala el señor!

—Suba o cojo un taxi —le amenazó.

El detective ocupó su asiento a los mandos de la moto. Iba a ponerla en marcha cuando recordó algo.

—¿Dónde vive esa mujer?

Miquel tuvo que sacarse los papeles del bolsillo. No le fue fácil. Cuando lo consiguió, encontró lo que buscaba.

—Calle Socorro —dijo.

La carcajada de David Fortuny fue estentórea.

—¿Socorro? ¿En serio? ¡Por todos los santos!

Arrancó de una vez y se orientó hacia su destino. La calle Socorro era en realidad un tramo muy corto de una calle más larga y que cambiaba de nombre partiendo de las placitas de Fortuna y Vázquez de Mella. Primero se llamaba Socorro, después Sardañola. Quedaba encajonada entre las calles Tenor Masini y Torredembarra.

Mejor que fuera corta, porque no tenían el número, únicamente la indicación de un zapatero remendón al lado.

Cuando el detective detuvo la moto, Miquel seguía dándole vueltas a todo en la cabeza.

Vinyata.

Un pueblo perdido, un nuevo indicio, un epicentro cercano a donde

parecían haber cambiado sus vidas antes de la muerte de Pedro. Y un sexto personaje a tener en cuenta: José María, el primo de Isidoro.

Pensar que quizá tuvieran que ir hasta Vinyata en la moto le hizo sentirse más abatido que preocupado.

—No hay ningún zapatero —le indicó su compañero arrancándole de sus pensamientos—. Con tantos años…

—Pues pare en la esquina y preguntemos casa por casa. Este trasto es demasiado grande para dejarlo aquí en medio de una calle tan estrecha.

—No lo llame trasto, que es muy sensible —se lo reprochó.

La moto avanzó unos metros más. La detuvo, apagó el motor y pusieron pie en tierra. Miquel con sus naturales dificultades para salir de aquel estrecho cubículo y sin pedirle ayuda a su socio. Una vez desanquilosado, pese a que el trayecto había sido corto, se repartieron el trabajo.

—Usted por este lado, yo por el otro —ordenó como si fuera el jefe.

Fortuny no dijo nada.

Comenzaron a preguntar casa por casa y tienda por tienda. En la mayoría no había portería y eso lo complicaba todo un poco más. La cortedad de la calle, sin embargo, jugó en su favor.

—¡Aquí! —oyó que le llamaba el detective.

Cruzó la calzada. Sin embargo, la cara de Fortuny no era precisamente de alegría.

—Vive en el primer piso. —Le indicó la entrada de la casa—. Pero dice la portera que llega del trabajo a eso de las cinco y media o las seis, más o menos. Eso si no ha ido al cine, aunque cree que siendo hoy martes y después de Semana Santa no le habrá dado por ahí.

Faltaba un poco para la hora. Quizá demasiado si, en lugar de las cinco y media, Carmen Algueró aparecía a las seis.

Por un momento estuvo tentado de dar por terminada la jornada y ocuparse de ello al día siguiente. Quería volver a casa.

Le pudo la responsabilidad.

—Vamos a confiar en que llegue temprano. —Se resignó.

—¿En serio? —Hizo un conato de protesta Fortuny.

—Ya que estamos aquí…

No había ningún bar cerca. Quedaba esperar en medio de la calle o regresar a la moto. Optaron por quedarse cerca del portal, aunque lo hicieron desde la otra acera.

—Si quiere marcharse, váyase —se ofreció Miquel—. Mañana le cuento.

—No, no, me quedo.

—Tranquilo, que no le voy a cobrar horas extras —bromeó.

David se lo tomó en serio.

—¿Ya empezamos?

—Me conformo con los taxis.

—¡Pero si ya sé que no hace esto por dinero, hombre! ¡Qué me va a contar!

Miquel le lanzó una de sus miradas silenciosas.

—¡Que es poli, y lo lleva en la sangre! —Le puso un dedo en el pecho—. ¡Y más desde que volvió, que se reviste de dignidad por estar en el bando perdedor!

—Tiene suerte de que no lleve una pistola. Le pegaría un tiro.

—Si hubiese ganado la República seguiría siendo policía, no me diga que no.

—Estaría jubilado.

En lugar del dedo en el pecho, Fortuny le puso la mano en el hombro.

Un toque de camaradería.

—Sabe que le admiro, ¿no?

—No me haga la rosca.

—Usted tiene una forma de resolver los casos que yo no tengo ni tendré nunca. No es solo intuición, es algo más. Por eso vamos bien y la agencia chuta. Lo malo es que a veces no siempre se pone de parte del cliente, que es el que paga. Ayudó a aquella mujer maltratada a escaparse de su marido y largarse con el amante, y no le dijo a aquel hombre que su hijo era homosexual. Encima le echó un cable al chaval.

—Se lo he dicho muchas veces: si alguien no va a la policía y paga a un detective, en ocasiones es porque no puede ir a buscar el amparo de la ley. Será nuestro cliente, pero si es un hijo de puta…

David Fortuny entrecerró los ojos. Más que en plan conspirador, se puso en plan observador.

—Hoy está raro, ¿eh?

—¿A qué viene eso?

—Después de tantos días sin verle… Está a la que salta y no para de meterse conmigo.

—Dice Patro que es la primavera, que la sangre altera.

—Pues a ver si se toma una aspirina y se calma, ¡por Dios!

—Es usted el que dice que estoy raro.

—¿No lo ha notado?

—No —mintió.

—Si un día acaba en una residencia, prepárese.

—¿Vendrá a verme?

—Fijo, y ya verá.

—Patro nunca me llevaría a una residencia.

Por una vez, Fortuny no dijo nada. Se apoyó en la pared y observó a unas niñas que corrían por la calzada. Miquel también las miró. Tendrían unos diez años. Habían nacido ya «después de». En apariencia eran libres y estaban descontaminadas. No sabían lo que era una dictadura, ni lo que representaba vivir en ella.

Miquel pensó en Raquel.

Como siempre.

Nunca iría a una residencia. Antes prefería pegarse un tiro y dejar libre a Patro. No iba a soportar una invalidez, una dependencia absoluta, ni una enfermedad grave y mortal, con el consiguiente deterioro físico.

Si Patro supiera lo que a veces le pasaba por la cabeza…

Y David se metía con sus cambios de humor.

Dejaron de hablar durante los siguientes cinco, diez minutos. Como mucho, un intercambio de palabras. Miquel acabó sentado en el bordillo, incapaz de permanecer de pie, inmóvil.

A las cinco y treinta y cinco apareció una mujer.

Relativamente joven, treinta y pocos, arreglada, sin maquillar y caminando con paso firme.

Se metió en el portal.

—¿Será ella? —vaciló Fortuny.
—Démosle cinco minutos y subimos —dijo Miquel.

12

—¿Carmen Algueró?

—Sí, soy yo.

Su expresión era dulce, aniñada. La delataban únicamente algunos signos propios de la edad, joven pero ya no veinteañera, aunque todavía alejada de las primeras arruguitas de los cuarenta en los párpados y las comisuras de los labios. Se había puesto cómoda y vestía una bata hasta las rodillas, con unas pantuflas en los pies. Tenía el cabello muy bonito y una mirada limpia, casi cristalina debido a la transparencia de sus pupilas grises. Miquel se fijó en la mano que sujetaba la parte superior de la bata, suave y delicada, cuidada.

Algo en ella le recordó a Patro.

—Perdone que la molestemos. —David Fortuny le entregó una de sus tarjetas, aunque también se lo dijo de viva voz—: Somos detectives. ¿Podríamos hacerle unas preguntas?

—¿Policías?

—No, no, detectives privados. Una clienta nos ha encargado una investigación en la que aparece su nombre.

—¿El mío? —Arqueó levemente las cejas.

—Nuestra clienta es la señora Montserrat Blanco. Usted fue novia de Baltasar, el hermano del marido de ella.

Los ojos se le dilataron un poco más.

—Eso fue… hace mucho. —Lo dijo de modo que casi pareció una exhalación.

—¿Podríamos pasar? —intervino Miquel—. Se lo agradeceríamos mucho, y no serían más de cinco minutos.

Seguía sosteniendo la tarjeta con la mano libre. Volvió a leerla y luego los miró a los dos. Primero a David, luego a Miquel. Debió de inspirarle confianza.

—Pasen, pasen. —Les franqueó la entrada.

Cruzaron el umbral, esperaron a que ella cerrase la puerta y les precedió apenas cinco pasos hasta una sala-comedor perfectamente arreglada y limpia. Incluso había unas flores en un jarroncito ubicado sobre una mesa ratona. El piso era pequeño, pero la pulcritud lo hacía agradable. Cortinas en las ventanas, libros en las estanterías, algunos objetos de recuerdo, no demasiadas fotografías.

Aunque sí una que sobresalía por encima de las demás: la de un hombre joven, atractivo, que sonreía desde la distancia impuesta por el tiempo y que ella parecía tener aparte, como si fuera un altar.

Miquel dedujo que Carmen Algueró vivía sola.

Libre, soltera y sola.

Ningún anillo en sus manos.

—Si quieren sentarse… —Les ofreció dos sillas.

Las ocuparon. Ella se situó al otro lado de la mesa. Ahora unió las dos manos extendiéndolas hacia delante. Seguía manteniendo la frescura de su imagen, pero los ojos se le habían enturbiado. Una pátina de tristeza y nostalgia se había instalado en ellos.

—No creí que nadie de aquella época se acordara de mí. —Suspiró indecisa—. ¿Les ha dicho Montserrat dónde vivía?

—Recordaba la calle. Hemos preguntado casa por casa —intervino por primera vez Miquel.

—¿Y de qué quieren hacerme preguntas? A Montserrat no volví a verla después del 36, cuando Baltasar y Benito se fueron a la guerra. Luego…

No pudo evitarlo. Deslizó la mirada hacia el retrato del hombre joven y atractivo.

—¿Es Baltasar? —preguntó Miquel.

La respuesta fue queda.

—Sí.

Una afirmación que lo encerraba todo. Un amor de juventud, un amor eterno, un recuerdo implacable. Carmen Algueró seguía aferrada a un sueño que ni aquella enorme distancia temporal había podido borrar, al contrario de Milagros, la novia de Pedro, o la misma Montserrat Blanco, que había rehecho su vida con el tal Marcelino con el que iba a casarse.

Carmen Algueró dejó de ser una mujer para convertirse de nuevo en una niña.

La joven de 1936.

—No quisiéramos desenterrar viejos fantasmas —lamentó Miquel.

—No es un fantasma. —Esbozó una sonrisa ella—. Ya ven que sigue aquí, conmigo. Le hablo cada día.

Miquel se estremeció.

En los cementerios, las viudas les hablaban a sus maridos, acariciando las lápidas detrás de las cuales reposaban en el sueño eterno.

Carmen Algueró le hablaba a una foto, un recuerdo.

—Ustedes dirán —los invitó a hablar.

—La señora Montserrat Blanco desea volver a casarse —la informó Fortuny—. Legalmente, puede hacerlo, porque los matrimonios civiles no son válidos hoy y ella y Benito se casaron por lo civil. Pero quiere estar segura de que su marido está muerto. Una cuestión de conciencia. Tiene miedo de que, pese al tiempo transcurrido, él viva y reaparezca un día.

—Pero han pasado tantos años… ¿Cómo cree que no pueda estar muerto?

—Porque no hay constancia de ello —continuó el detective—. Lo ha buscado en todas las listas, caídos, prisioneros, fusilados, y no aparece en ninguna. Simplemente, desapareció a fines de verano o comienzos de otoño de 1938.

—Muchos se fueron al exilio.

—Todo es posible. Es lo que tratamos de descubrir.

—No creo que quede nadie vivo o consciente de aquellos días. —Suspiró ella.

—Ricardo Casals sigue vivo, pero todavía no hemos podido hablar con él.

—Ricardo —repitió el nombre moviendo la cabeza despacio de arriba abajo.

—¿No lo sabía?

—No, no. Tampoco me extraña. Era el que siempre tenía más suerte.

—Hemos visto a los padres y a la hermana de Isidoro, y a la exnovia

de Pedro, Milagros —le tocó el turno a Miquel—. Ninguno nos ha podido aclarar nada. Solo sabemos que Pedro fue el primero en caer.

—El pobre Pedro… —Bajó la cabeza y pareció a punto de llorar. Lo evitó respirando profundamente. Al levantarla otra vez se encogió de hombros—. No creo que yo los ayude demasiado, en serio.

—Estamos tratando de reconstruir aquellos días. Necesitamos dar con alguien que viera caer a Benito García, con eso será suficiente —insistió Miquel—. Toda ayuda es poca. A veces, lo que para uno es un detalle insignificante, para otro es la clave del misterio, la llave que abre la última puerta. Imagino que Baltasar le escribiría algunas cartas.

—Sí, sí lo hacía —repuso—. Me contaba lo mal que lo pasaba, lo mucho que le dolía la guerra… Me escribía unos poemas preciosos. A pesar de sus problemas de salud y de todo lo que tenía en la cabeza, era maravilloso hilvanando palabras y expresando sentimientos.

—Montserrat nos ha dicho que Benito cuidaba mucho de Baltasar.

—Sí, lo protegía. Hacía muy bien de hermano mayor. La guerra aceleró los desajustes mentales de Baltasar. No sé ni cómo lo resistió.

—¿Cómo murió?

Carmen Algueró puso cara de sorpresa.

—Baltasar no murió en la guerra —dijo.

La sorpresa pasó a ellos.

—Dábamos por sentado que…

—No, no —negó con la cabeza—. Ante la falta de noticias, yo también lo creí. Me quedé muy mal, desmoralizada y rota. Estábamos muy enamorados, ¿saben ustedes? Nos teníamos el uno al otro y eso era suficiente. Sin la maldita guerra estaríamos juntos, y sé que él, conmigo, habría superado todos sus males. La esquizofrenia tuvo que multiplicarse por diez en cuanto se fue a pegar tiros. ¡Él! —se excitó —. No se imaginan lo buena persona que era. Yo le pedí que se quedara, pero… a donde iba Benito, iba Baltasar. Fue imposible retenerlo. Ni siquiera iba a luchar por la República. Iba con su hermano mayor.

La explicación había sido larga. Miquel esperó a que la concluyera para hacer la siguiente pregunta clave.

—¿Qué le sucedió a Baltasar?

—En 1942 recibí una carta. En ella me decían que Baltasar estaba vivo, pero internado en un sanatorio mental en Manresa, completamente ido, sin hablar ni reconocer a nadie.

—¿Fue a verlo?

—Era una carta extraña, piadosa. Por un lado, se me decía que el hombre al que amaba vivía. Eso era un alivio. Pero por el otro se me informaba, y dejaba muy claro, que Baltasar ya no era el que había sido. La carta insistía en lo de no hablar ni reconocer a nadie, con un deterioro físico y cerebral irreversible.

—¿Quién se la mandó?

—No lo sé. Alguien del sanatorio, como es lógico. En el sobre estaba el membrete.

—¿Y cómo supieron sus señas?

—Imaginé que encontraron papeles o documentación en los bolsillos de Baltasar, alguna de mis cartas incluso. Fue en lo que menos pensé.

—¿Y por qué tardaron tanto en escribirle?

Carmen Algueró no supo qué decir.

Había más preguntas que respuestas, como en todo misterio.

—¿Fue a verle? —se interesó Fortuny.

Por segunda vez, ella bajó la cabeza. Ahora sí, dos lágrimas resbalaron por sus mejillas pese a la contención que trataba de evitarlas.

—La carta no era una invitación —musitó—. Y, de todas formas, no habría podido. Estuve a punto. —Miró la fotografía de su altar personal—. No quise ver aquello en lo que se había convertido. Llámenme cobarde, pero preferí conservar su recuerdo, la dulzura de su voz, el color de su mirada, las caricias de sus manos… ¿Cómo soportar la absoluta degradación de la persona a la que has amado y amas aún más que a ti misma? Si no reconocía a nadie, no me habría reconocido a mí. Si no hablaba…

—Los padres de Baltasar estaban muertos.

—Sí —confirmó el comentario de Miquel—. Yo estaba sola. No tenía a nadie a quien acudir. Ser novia de Baltasar no me hacía amiga de las

otras, Milagros o Montserrat, por más que ésta fuera cuñada de Baltasar. Además, Montserrat ya era una mujer casada. Me encerré en mí misma, eso fue todo. Seguí pensando que estaban muertos. Que Ricardo esté vivo ha sido una sorpresa.

—Pasó años encarcelado.

—Ya lo imagino. Es la única respuesta posible.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Miquel con dulzura.

David Fortuny le lanzó una mirada de soslayo.

Como si no entendiera las vueltas, idas y venidas, que solía hacer su socio en los interrogatorios.

Un paso hacia atrás para poder dar luego dos hacia delante.

—Yo tenía quince años y él dieciocho. —Reapareció una sonrisa suave—. Eso fue en el 34. Al estallar la guerra y verle decidido a irse con los demás a combatir, yo me quise marchar con él, de miliciana; pero mi padre se enteró, fue a por mí y me sacó a rastras. Intenté resistirme, pero me dio una paliza y me encerró en casa.

—¿Quería estar con él?

—Sí. —Apretó una mano contra la otra—. Aunque también…

—Puede decirlo. —La alentó Miquel al ver que se detenía con un viso de preocupación—. Ni somos del régimen ni nos metemos en política, solo trabajamos. Yo mismo fui represaliado y condenado a muerte.

—Yo quería matar facciosos, sí. —Se le endureció el semblante al retomar la palabra—. Era joven e impetuosa, idealista, estaba llena de sueños. Mi padre me dijo ya entonces, antes de empezar, que se trataba de una lucha perdida y de una guerra que solo podía acabar de una forma. Estaba convencido de que el ejército de la República y una pandilla de paletos armados con palos y escopetas no tendría nada que hacer frente a un ejército bien alimentado y mejor armado, apoyado por las potencias fascistas de Europa. Rusia estaba muy lejos, y no se fiaba un pelo de ellos. —Soltó una bocanada de aire—. Supongo que tuvo razón en todo, aunque tampoco vivió para contarlo.

David Fortuny ya no hablaba. Esperó la nueva pregunta de Miquel.

—Nos ha dicho que Benito cuidaba de Baltasar.

—Sí. Cuidar en toda la extensión de la palabra. Le quería mucho.

—Sin embargo, Baltasar acabó en un manicomio.

—No lo llame así, por favor. —Se estremeció.

—Perdone.

—Le he dado muchas vueltas a eso, y lo más lógico es que Benito hubiera llevado a su hermano a ese lugar, para dejarlo en buenas manos antes de irse.

—¿Irse?

—¿No dicen que no hay constancia de su muerte, que Montserrat lo ha buscado por todas partes? Ahora aún lo veo más claro. Es evidente que se marchó, que se escapó de España. Y si Baltasar estaba ya tan mal, habría muerto en el camino, o peor, en algún lugar perdido de Francia. Benito escogió salvarle, a pesar de tener que dejarlo solo.

—Usted no sabrá nada del resto de los amigos, ¿verdad?

—No, ya se lo he dicho. Perdido el rastro de Baltasar y Benito, los demás…

—Milagros, la novia de Pedro, recibió una carta en la que él le decía que todos ellos iban a ser ricos al acabar la guerra.

—¿Ricos? ¿Cómo?

—No lo sabemos. Y habiendo caído Pedro el primero, ella no tuvo más noticias. Alguien nos ha dicho también que Ricardo odió a Benito por haberles robado.

—Benito era incapaz de robar a nadie. No solo por honradez, sino por su religiosidad.

—Quizá en los últimos días su amistad se resintiera. Hay muchas formas de robar. Pudo ser dinero, comida…

Carmen Algueró se tapó la cara con las manos.

Presionó sus párpados.

—Dios… —dijo con un hilo de voz—. Hacía tantos años que no oía esos nombres…

—Lamentamos haber removido esas heridas —se excusó Miquel.

—Hacen su trabajo, supongo —concedió ella—. Y entiendo a Montserrat. Pase el tiempo que pase, Benito seguirá siendo su marido, digan lo que digan las nuevas leyes y mientras no se certifique su muerte.

—¿Le comentó Baltasar en alguna de sus últimas cartas, por

casualidad, algo de un pueblo llamado Vinyata?

—No.

—¿Y del sanatorio no recibió ninguna carta más?

—No, tampoco.

—Entonces no sabe si Baltasar sigue vivo.

—Sigue vivo —aseguró con firmeza.

—¿Cómo lo sabe?

—Simplemente lo sé —aumentó la firmeza—. Tiene treinta y seis años, es joven. Con su mente del revés o no, nunca se habría rendido. La guerra le superó, debió encerrarse en sí mismo. Puede que tenga otra vida en el interior de su cabeza. Incluso puede que conmigo. Pero está vivo. Ha de estar vivo. Yo… —De pronto se vino abajo—. Pensarán ustedes que soy un monstruo.

—No, ¿por qué? —Mantuvo la dulzura con la que le hablaba.

—Porque, si le quería y le quiero tanto, lo más coherente habría sido que fuera a por él, ¿no creen? Traerlo aquí, cuidarlo…

—No habría sido lógico. —Quiso dejarlo claro Miquel—. Quizá ni le habrían autorizado salir. Hay muchas formas de amar, y usted escogió una. Sin duda la única que iba a permitirle seguir adelante con su propia vida.

—Mi propia vida… —repitió las últimas palabras de él lanzando una mirada más en dirección a la fotografía de Baltasar—. Ojalá mi padre no me hubiera impedido marcharme con él a la guerra.

—¿Conserva las cartas de Baltasar?

—Sí, pero son privadas. —Fue categórica—. No hay nada en ellas que pueda ayudarlos a saber si Benito sobrevivió o está muerto.

—¿Y la del sanatorio? ¿Podríamos verla?

—Sí. —Se levantó la primera.

Era la última pregunta.

Todo estaba dicho.

13

Una vez más, guardaron silencio hasta llegar a la calle. Había oscurecido y la temperatura ya no era tan agradable. Miquel se subió las solapas de la chaqueta y pensó en el frío que haría ahora yendo en el sidecar.

A no ser que se fuera a casa en taxi.

Iría en taxi.

—¡Caray! —oyó exclamar a Fortuny.

—¿Qué le pasa?

—Esa mujer… —Señaló las alturas del edificio—. Joven, guapa, dulce, sola, y encadenada a un recuerdo.

—Así es la vida —repuso Miquel.

—¿Es todo lo que se le ocurre decir? —gruñó.

—¿Qué más quiere que diga?

—No sé, algo inteligente.

—¿Le parece poco inteligente?

—Para usted, *sí*.

—Mire, Fortuny, cuando se habla de amor, se habla de algo que no tiene ni pies ni cabeza, algo intangible que cada cual vive como puede, sabe o entiende. Esa mujer sigue enamorada del hombre al que se entregó siendo una adolescente, y no ha superado su pérdida. Encima, unos pocos años después, le dicen que está vivo pero que no reconoce a nadie, lo cual, a mi entender, es peor. Siendo lo más natural que hubiera ido a verle, pese a todo, no lo hizo. Tal vez por un atisbo de razón. Me da que ahora vive entre dos aguas.

—Y así seguirá.

—Es posible.

David Fortuny sonrió.

—Usted antes no era así —dijo.

—¿Así, cómo?

—Antes de la guerra —se lo aclaró—. Ahora es un hombre lúcido, reflexivo y, como le he dicho antes, romántico.

—Si está enamorado de Amalia, usted debería ser igual. No tengo la patente. —Miró a derecha e izquierda levantando la cabeza.

—¿Qué busca?

—Un taxi.

—¿Cómo que un taxi? Le llevo yo a casa.

—No.

—¿Por qué? ¡Si no hace frío!

—Usted vive cerca de aquí, yo mucho más lejos. Y eso de que no hace frío… Se acabó el sidecar por hoy para mí.

—Y de coger un autobús, un tranvía o el metro… nada, claro.

—No.

—Todo un señor.

—Pues sí. Tranquilo que no le pasaré el gasto.

—Si no es por el gasto, hombre.

Miquel le lanzó una mirada de escepticismo.

—¿Mañana qué? —La superó Fortuny.

—Me recoge a las nueve.

—¿Vamos a ir a Badalona?

—A ver a Francisca Santacana, sí.

—De acuerdo —se resignó el detective—. Pero por aquí no creo que encuentre ningún taxi.

—Caminaré hasta allí. —Apuntó con la barbilla a una calle en la que se veía mucho más tráfico.

—¿No va a hacerme un balance de lo que nos ha dicho la novia de Baltasar?

—No hay mucho balance que hacer.

—Bueno, pero ahora sabemos que está vivo.

—Y tenemos el nombre y la dirección del sanatorio, sí.

—¿Habrá que ir?

—Lo más seguro.

—En la moto, ¿no?

—¿Lo hace para fastidiarme? —rezongó Miquel.

—¡No sea así, hombre! ¿Y lo de Vinyata, por qué lo ha preguntado?

No es más que el pueblo de ese sexto hombre.

—Intuición, instinto, ya sabe. Le he estado dando vueltas a la cabeza y me da que está por la zona donde pasó todo. Tampoco sabemos nada del tal José María y es un nuevo factor a tener en cuenta. —Resopló más inseguro que seguro—. Mañana hablamos. Ahora estoy un poco cansado. Llevamos todo el día de aquí para allá. A usted también le convendría pasar un rato con Amalia.

—La llevo a cenar, le compro flores y me muestro encantador. —Quiso hacerse el gracioso.

—No estaría de más. —Le dio un golpecito en el brazo—. Hala, buenas noches.

—Buenas noches, sabueso —le deseó Fortuny.

—Adiós, Bogart. —Fue lo último que dijo Miquel.

Ya no escuchó ninguna réplica a su espalda, así que caminó pausadamente en busca del taxi salvador. De pronto, se sentía cansado. No había sido un día muy complicado, pero sí de no pocas pequeñas caminatas y de muchas dudas mentales. Lo conseguido era escaso, a falta de hablar con el único superviviente del grupo que seguía vivo en Barcelona, sin contar con la posibilidad real, casi segura, de que Isidoro también lo estuviera.

Vivo y escondido.

Baltasar, en un manicomio.

«Ricos».

¿Cómo acaba siendo uno rico en una guerra?

Y más siendo seis a repartir.

Pensó en las mujeres con las que había hablado a lo largo de la jornada. Menos Carmen Algueró, todas tenían un denominador común: eran madres recientes. Milagros y la hermana de Isidoro consumadas; la mujer de Ricardo, embarazada y a punto. La nueva España empezaba a nutrirse con la sangre de las nuevas generaciones.

Patro y él también figuraban en esa estadística.

Raquel ya daba los primeros pasos.

Empezó a impacientarse al no vislumbrar ningún taxi. Quizá no fuera una buena zona. Caminó un poco más, hasta la siguiente esquina, y al ver la luz de uno libre levantó la mano de manera

ostensible. Cuando el vehículo se detuvo apretó el paso por si las moscas y se coló dentro de cabeza.

Sintió que sus pies se lo agradecían más incluso que su ánimo.

—Gerona con Valencia —le dijo al hombre.

—¿Se imagina? —Le sonrió el taxista.

—¿Si me imagino qué? —No le pilló el chiste.

—Pues eso, que fueran provincias vecinas.

Prefirió no contestar. Y con ello, el taxista optó por no volver a abrir la boca.

Cada vez había más coches por las calles, pero lo peor seguían siendo los muchos carros que ralentizaban el tráfico en las más estrechas y populares. Cuando dejó atrás el barrio de Sants y entró en el Ensanche, todo fue distinto.

Diez minutos después estaba en el rellano de su piso, llave en mano.

No tuvo que abrir la puerta.

Lo hizo Patro desde el otro lado, sonriente, para despedir a un desconocido que, no menos sonriente, le estrechó la mano con calor.

—¡Pues ya está, señora, que se lo digo mañana o pasado!

—Gracias.

—Nada, ¡a usted! ¡Quede con Dios!

El hombre se dio cuenta de que frente a la puerta estaba Miquel. Reaccionó rápido para no chocar con él.

—¡Ah, buenas noches!

Y echó escaleras abajo.

Miquel cruzó el umbral. El beso de Patro fue maravilloso. Tanto que se le quedó colgada del cuello.

No supo si preguntar. Ella le miraba con una de sus expresiones…

—No pongas esa cara —le espetó su mujer.

—De acuerdo, ¿quién era?

—Vamos a hacer obras.

—¿En serio?

—Anda, pasa, que te lo explico.

Pasó, y se lo contó mientras se ponía cómodo, quitándose el traje en la habitación. Raquel debía de estar en el comedor, jugando, porque no se la oía.

—Necesitamos un cuarto de baño. —Fue directa ella.

—¿Un cuarto de baño? —repitió como un loro—. ¿Te refieres a tener una bañera, un retrete, un lavamanos…?

—Y un bidé. Quiero también un bidé.

—¿Se te ha ocurrido esta tarde, así, sin más?

—No, llevo días barruntándolo. Pero prefería hablar con ese hombre, el que acaba de irse y se dedica a eso, para ver si era posible y saber más o menos si podíamos embarcarnos en el gasto.

—¿Y podemos?

—¡Pues claro que podemos, que todavía nos queda un buen pico de la caja del 47! ¡Y la mercería rinde, ya lo sabes! Ya me ha dicho más o menos lo que puede costar. —Se sentó junto a él en la cama—. Dos vecinos de la escalera se lo han hecho, en la galería, que es lo más práctico, porque al otro lado está la cocina. Lo único que hay que hacer es quitar el lavadero. ¿Para qué queremos tanto espacio en ella? Lo importante es lo que ganamos en comodidad y limpieza, y más teniendo a Raquel. ¡Tú mismo el día menos pensado vas a tener un accidente subiendo y bajando del lavadero! ¡Se acabó calentar ollas y llevarlas de un lado a otro! ¿Te imaginas? —Puso cara de ensueño—. Una ducha, agua caliente cayendo del cielo, un lugar para lavarse las manos que no sea la cocina, un bidé para la higiene… ¡y una bañera para tomar baños con espuma, incluso los dos, juntitos!

Tuvo que reconocer que la imagen era idílica y poderosa.

—Eso lo viste en una película.

—¿Qué más da dónde lo viera? ¡Hemos de modernizarnos! ¿De qué sirve el dinero si no es para vivir bien y mejor? ¡Y no me digas lo de ahorrar para el futuro y que ahora tenemos una responsabilidad con Raquel y todo eso!

—No, no, que yo me callo.

Bendecía cada día que estaba con ella.

Y lo que menos quería era no satisfacerla, en todo.

Si Patro soñaba con un cuarto de baño…

—De acuerdo. —Dio por terminada su puesta a punto antes de ir a ver a Raquel y prepararse para cenar—. Luego acabas de convencerme en la cama.

—¡Mira que eres! —protestó ella—. ¿Lo dices en serio?

—Era broma, mujer. —Le pasó un brazo por encima de los hombros y la acercó para besarla en la mejilla.

—¡Eres un chantajista! Pero bueno, mira, aquí tienes un adelanto.

Se volvió hacia él y le dio la madre de todos los besos.

También el padre.

Día 2

Miércoles, 16 de abril de 1952

14

Abrió los ojos en la oscuridad de la habitación y lo primero que hizo, como cada mañana, fue extender la mano para ver si Patro ya se había levantado o todavía seguía dormida a su lado.

Allí estaba.

Eso significaba que era temprano, salvo que a ella le hubiera dado por tomarse cinco minutos de pereza.

Raquel ya dormía toda la noche, apenas se despertaba y lloraba. Un cielo. Bueno, en el fondo siempre había sido una dormilona.

Se volvió hacia Patro y la abrazó por detrás.

Escuchó un gruñido.

Le besó la espalda.

El gruñido se volvió suspiro.

—¿No tuviste bastante anoche? —la oyó murmurar.

—¿Anoche? No recuerdo.

—Eres insaciable.

—Sí.

Patro se dio la vuelta para quedar de cara con él. Las débiles líneas del día se filtraban por las rendijas de la persiana cerrada. En la penumbra, sus rostros eran puros, casi celestiales, envueltos en el halo blanco de aquel universo sin colores.

Miquel sonreía.

—Me gusta que lo seas —susurró ella.

—Ya ves tú.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Patro le rozó los labios con los suyos.

—No, dilo: te quiero.

—Te quiero.

—No hagas nunca de esto una costumbre, por favor.

—Contigo es imposible.

Un segundo beso, más intenso. Miquel llevó su mano derecha hasta la mejilla de ella y se la acarició. Aquellos momentos de cama eran únicos, impagables. Compensaban en parte lo que ambos habían sufrido. Llevaban apenas cuatro años y medio juntos, pero valían por toda una vida.

Patro estaba seria.

Incluso, de pronto, filosófica. O al menos vulnerable.

Tembló un instante por la caricia y dijo:

—Miquel, ¿te he dicho alguna vez que me siento viva?

—Sí.

—Antes estaba muerta. No me daba cuenta, pero lo estaba.

—Pues mira que yo…

—No, tú tuviste tu vida hasta el 39, y eras feliz en ella salvo al final. Moriste entonces, al enviudar y quedar preso, es cierto, pero reviviste en el 47, al regresar a Barcelona y liberarme. Yo, antes de eso, no recuerdo nada bueno. Empecé la guerra con quince años y ya viste cómo acabé. Después lo único que hice fue seguir por inercia. Poca gente como tú puede decir que ha vivido dos veces en una misma vida siendo dos personas distintas.

La piel de Patro era suave. Solo Raquel la tenía más suave que ella. Los labios, aun de mañana y recién abiertos, eran como una vulva carnosa y dulce. A Miquel le había costado dejar de pensar en sus más de tres mil mañanas abriendo los ojos en el Valle de los Caídos. Al comienzo de su vida con Patro, todavía tenía miedo de que su nueva realidad acabase siendo un sueño, que despertara, Patro no existiera y él siguiera en el Valle.

Hacía mucho que ya no pensaba en su cautiverio.

A pesar de la dictadura, la vida se había vuelto amable.

¿Era un contrasentido?

—¿En qué piensas? —le preguntó ella.

—Dentro de un mes cumples treinta y dos años.

—¿Hoy es 16 de abril?

—Sí.

—A veces no sé ni el día en que vivo. —Subió y bajó los hombros—.

Dios, casi no me creo que tuviera treinta y ya van a ser treinta y dos, ¿tú crees?

—Estás en lo mejor.

—Ése es el problema: que estoy en lo mejor. Después ya viene el declive.

—Vaya, pues gracias.

—¡No lo decía por ti!

—Si el declive llega pasados los treinta y pico, imagínate a los sesenta y siete.

—Venga, que anoche parecías un chaval.

—Uno tiene la edad de la persona a la que ama.

—O sea que yo…

Le tapó la boca con un beso. Cuando terminó, ella ya no insistió en el tema. Seguía pensando en lo de su cumpleaños.

—Tienes una memoria… —le dijo.

—¿Tú recuerdas cuándo me dispararon y yo tengo memoria por recordar tu cumpleaños?

—Es diferente. A mí no me gusta cumplir años, pero recuerdo bien el día en que casi te mataron.

Miquel dejó que se pegara un poco más a él, temblando.

No hablaron durante veinte o treinta segundos. Ella tenía la cabeza apoyada cerca del pecho de él y oía cómo latía su corazón.

—¿Así que te parece bien lo del cuarto de baño? —preguntó regresando a una realidad más terrenal.

—Sí.

—No es mucho dinero, en serio. Y ganamos calidad de vida. Cada vez que te subes a una silla para meterte en el lavadero tiemblo.

—Ya sabes que no es por el dinero. Tienes razón. Seguimos teniendo mucho de la caja del 47, la mercería va bien y encima ahora yo me saco un sobresueldo haciendo de detective.

—No sé por qué no lo hemos arreglado antes, cuando estaba embarazada, o al nacer Raquel.

—¿Te dijo ese hombre cuánto durarían las obras?

—Unas dos o tres semanas.

—Entonces ponle un mes. Habrá que decírselo a los vecinos, por el

ruido.

—Ni que fuéramos los primeros que hacemos obras.

—Estaremos divertidos hasta mayo. Suerte que es primavera.

—¿Qué hora es? —Patro dejó de estar pegada a él para darse la vuelta un poco, encender la luz y coger su reloj de pulsera. Les quedaban cinco minutos. Lo dejó de nuevo en la mesilla de noche, apagó la luz y se lo dijo—: Cinco minutos.

—Una eternidad.

—Anoche no me contaste qué estás haciendo.

—Estabas tú para nada que no fuera tu cuarto de baño.

—Ya, como que luego hablamos del cuarto de baño. Va, dime.

Le contó la visita de Montserrat Blanco, su petición, y los primeros pasos dados en pos del desaparecido Benito García. Patro le escuchó en silencio.

—Pobre mujer —dijo al final—. Enamorada de otro y ni siquiera sabe si es viuda o no.

—¿Y si resulta que el marido está vivo y lo encontramos? ¿Entonces qué, no se casa?

—Ella sabe que está muerto. No puede ser de otra forma. Lo único que quiere es una certeza. Lo que te dijo: tener la conciencia tranquila. Tuvieron muy poco de vida en común, lo que hubiera entonces ya no existe.

—Pues no es el caso de Carmen, la novia de Baltasar. Ella ha seguido enamorada de él.

—También ha sido otra víctima. Saber que el hombre al que amas vive pero ya no está mentalmente en este mundo… Ése es el problema, que para la tal Carmen, su Baltasar sigue vivo y lo sabe. Y créeme que entiendo que no haya querido ir a verlo. ¿Te imaginas? —Tembló otra vez—. Prefirió conservar su imagen tal y como lo recordaba. No sé si hace falta más valor para enfrentarse a él yendo a verlo o para renunciar a dar el paso. —Hizo una pausa y le miró fijamente—. Miquel…

—¿Qué?

—Si ese hombre vive y das con él, si no volvió a casa al acabar la guerra o cuando lo liberaron o lo que sea, y resulta que lo hizo porque

no pudo o porque se quedó con otra, que casi se deduce lo más lógico en este supuesto… por favor, no se lo digas a tu clienta.

Miquel se enfrentó al blanco puro de aquellas pupilas que lo atravesaban en la penumbra.

—¿Quieres decir…?

—Sabes perfectamente qué quiero decir. Déjala que se case y sea feliz. ¿De qué le serviría saber que su marido vive, si él mismo se lo ha ocultado? Tú también tienes conciencia. ¿No dices siempre que el cliente de un detective tiene derecho a saber la verdad hasta cierto punto? No será que no te has puesto de parte del otro lado más de una vez, aunque en este caso le estarías haciendo un favor a ella.

Miquel tardó en contestar.

—Es increíble —manifestó.

—¿Qué es increíble?

—Que tantos años después, en 1952, todavía estemos hablando de la guerra, y haciéndonos preguntas acerca de qué sucedió y cómo, ahondando en el dolor de la gente, buscando respuestas a los secretos que quedaron ocultos entonces.

—En octubre de 1948 te pidieron que buscaras el cadáver de un hombre muerto en julio del 36, ¿recuerdas? Y en agosto de 1950 te obligaron a cerrar un caso que no se había resuelto en 1938 —dijo Patro—. No es la primera vez que has de mirar hacia atrás.

—Me gustaría mirar hacia delante, nada más —reflexionó él.

—Pero si no cerramos las heridas del pasado, sean cuales sean, y todo el mundo tiene alguna, ¿cómo vamos a ser libres para hacer eso?

Como si hubiera esperado el momento adecuado, la hora de levantarse e iniciar la actividad de la jornada, Raquel se hizo oír en ese preciso instante.

Los dos se olvidaron de todo para saltar de la cama y enfrentarse a su más acuciante responsabilidad: ejercer de padres.

15

David Fortuny estaba abajo, esperándolo en la calle, a las nueve en punto. Miquel se asomó al portal y lo descubrió apoyado en la moto con la mirada fija en dos mujeres que charlaban en la acera dispuestas a ir a la compra.

Se acercó a él.

—Se le van a caer los ojos.

—¡Ah, hola, buenos días! —reaccionó de golpe.

—Deje de mirar a las señoras, va.

—¡Caramba! ¿Qué le voy a hacer si son guapas? —protestó—. ¿Despisto y miro para el otro lado, donde no hay nada que ver? ¡Venga ya, hombre!

—Y cuando pasea con Amalia ¿qué hace?

—Miro al suelo, ¿qué voy a hacer? —Se echó a reír.

—Es un caradura.

—¡Será posible el Santo Padre! Usted no necesita mirar a otras, claro.

—El día que Amalia se canse de usted y le deje, no me llore, ¿de acuerdo?

—¿Ya empezamos? ¿Va a darme el día? ¡Que me voy solo!, ¿eh?

—Por mí… Usted se va en la moto y yo cojo un taxi.

—¡Suba, suba, va! ¡Por Dios, con el socio que me he echado!

Miquel se encajonó en el sidecar. El día volvía a ser soleado, pero era temprano y, además, temía tener que ir de un lado a otro en la moto de Fortuny hasta la noche, así que esta vez llevaba un chaquetón más grueso por si las moscas.

—¿Ha mirado la dirección? —le preguntó antes de que arrancara.

—Sí. Todo controlado.

Se pusieron en marcha.

El trayecto hasta Badalona fue más rápido de lo que esperaban. No

obstante, Fortuny tuvo que parar dos veces para preguntar antes de dar con la casa de Francisca Santacana. Cuando llegaron a su destino y se apearon se encontraron con una casa aséptica, gris, sin balcones, con ventanas pequeñas y nada destacable. Pero era grande y había portera.

Fue ella la que les preguntó:

—¿A qué piso van?

—Francisca Santacana.

—No está.

Miquel maldijo por lo bajo.

—¿Ha ido a la compra, volverá…? —tanteó Fortuny.

—No, no. —La mujer los miraba con respeto—. Por las mañanas cuida de una anciana, aquí al lado, en el 37. Si tienen una urgencia, pueden ir y preguntar por ella. Vive en el segundo primera.

—Gracias, señora.

Salieron del portal. El 37 era el siguiente. Subieron a pie, porque no había ascensor, y esta vez fue Miquel el que llamó al timbre. A los cinco segundos escucharon una voz tras la puerta.

—¿Quién es?

—¿Señora Santacana? —elevó un poco el tono—. Somos los detectives de su prima.

Francisca Santacana abrió la puerta. Se los quedó mirando como si fueran fantasmas. Su cara reflejaba toda la incomprensión que le producía su visita, y además allí, en un piso que no era el suyo.

—¿Qué quieren? —les espetó.

—Hablar con usted un momento.

—¿Saben ya algo de Benito?

—No, todavía no.

—¿Entonces…?

—Es importante que hablemos a solas con usted.

—¿En serio?

—Sí.

—Pues no entiendo… —Volvió a dejar la frase sin terminar, más y más molesta con el paso de los segundos—. ¿Quién les ha dicho dónde encontrarme?

—La portera de su casa.

—Ya. —Estiró el cuello—. Miren, aquí estoy trabajando.

—¿Quiere ayudar a su prima? —inquirió Miquel.

—¡Pues claro que quiero ayudarla! —Se envaró aún más.

—Serán apenas unos minutos.

Se resignó. Lo hizo mientras perdía un poco de fuelle. Volvió la cabeza hacia el interior del piso y esta vez bajó la voz al hablarles.

—La señora Mercedes está oyendo la radio. Es su programa favorito pero siempre se adormila un poco. Aunque es algo sorda, por favor, no hagan ruido, ¿de acuerdo?

Entraron en el piso. Francisca Santacana los llevó hasta una salita en la que había una mesa camilla con un brasero. Sobre la mesa, agujas de hacer media y una bufanda o algo parecido a medio hacer. Desde allí se oía la radio a buen volumen. No esperaron a que ella los invitara, se sentaron y la mujer hizo otro tanto. Vestía con la misma severidad que veinticuatro horas antes y mostraba el mismo tono adusto, gravemente seria. Daba la impresión de que no solía reír demasiado.

O no tenía motivos o lo había olvidado.

—Ustedes dirán —se ofreció cruzando las manos sobre los muslos.

Miquel fue al grano.

—Ayer, cuando su prima nos contaba todo, usted apenas dijo nada. Es más, bajó los ojos un par de veces y pareció contenerse, sin querer hablar o sin atreverse a hacerlo.

—Me limitaba a acompañar a Montserrat.

—Pero es su prima. Me dio la impresión de que usted sabe algo que no solo no se atrevió a decirnos a nosotros, sino que, por la razón que sea, tampoco quiere contarle a ella.

Francisca Santacana no dijo nada.

Se enfrentó con un poco de ira y un mucho de frustración a la mirada de Miquel.

—¿Quiere ayudar a su prima Montserrat?

—Pues claro.

—Entonces sea sincera con nosotros. Se trate de lo que se trate, nuestro silencio también la ampara a usted. Se supone que todos

queremos lo mismo, ¿no? Saber la verdad, si Benito García está vivo o muerto.

Pareció deshincharse un poco, menguar. Por lo menos su resistencia.

—Le dije a Montserrat que perdía el tiempo, que ha de estar enterrado en cualquier fosa común. Pero ella y su conciencia…

Miquel soltó la andanada.

—Sin embargo, usted sí cree que pueda estar vivo, ¿me equivoco?

Hasta David Fortuny le dirigió una mirada de sorpresa.

—Lo que yo pueda creer…

—Díganos lo que sabe, o lo que sospecha.

—¿Qué voy a saber yo? —insistió desviando la vista hacia un lado.

—Vuelvo a repetírselo: lo que nos diga quedará entre nosotros tres. Usted nos ayuda, que en el fondo representa ayudar a su prima, y nosotros seguimos adelante con el caso para que Montserrat pueda casarse tranquila y sea feliz. ¿O no es eso lo que quiere para ella?

—¡Pues claro que es lo que quiero! —Se mostró ofendida por la duda—. Pero a ustedes no los conozco.

—No, no nos conoce. —Hizo un gesto de evidencia Miquel—. Sin embargo, en cierta forma, Montserrat nos ha confiado su futuro, su felicidad. Necesitamos toda la cooperación posible, y usted parece ser la persona más cercana a ella, además del hombre con el que va a casarse.

—Puede confiar en nuestra discreción —intervino Fortuny.

—Le diré una cosa, señora Francisca. —Miquel empleó el nombre en vez del apellido—. Soy paciente. Muy paciente. Si investigo algo, tarde lo que tarde doy con ello. Usted puede ahorrarle a su prima tiempo y dinero. —Sin esperar más disparó la pregunta a quemarropa—: ¿Qué es lo que sabe de Benito García?

Ahora sí, ella se vino abajo. Primero se movió, inquieta. Después se pasó una mano por las bolsas de los ojos, como previniendo unas lágrimas que no llegaron a caer. Las manos huesudas se tensaron un poco más.

—Miren —suspiró de manera ahogada—, saber, no sé nada, pero…

—¿Pero qué?

—Benito tenía un amigo. —Cerró los ojos a lo largo de un denso paréntesis antes de volver a abrirlos al recuperar el habla—. Él decía que era su mejor amigo, pero yo sé que había algo más, ¿entienden?

—¿Algo como qué?

—¿Usted qué cree cuando dos amigos están siempre juntos, son inseparables, e incluso estando casado uno le hace más caso al otro que a la propia esposa?

—¿Me está diciendo que Benito era…?

—Yo no digo nada. —No lo dejó terminar.

—Pero lo piensa.

—Nunca tuve pruebas —dijo.

—Además de hacerle más caso a ese amigo que a su mujer, ¿qué más le induce a pensar que Benito era homosexual? —Empleó la palabra deliberadamente.

La mujer resistió el golpe.

—Bastaba con ver a Florencio.

—¿Así se llamaba él?

—Sí, Florencio Delmás Lisvey. Benito no lo parecía, pero él… Montserrat estaba ciega, yo no. Nadie lo estaba. Florencio era mucho más que un hombre guapo, era… un ángel hecho carne. Rubio, ojos azules, tan hermoso que dolía… Su madre era nórdica, no sé si sueca o noruega, de ahí su segundo apellido. Pero había nacido aquí, en Barcelona. Su amistad venía de la infancia.

—Quizá Florencio era homosexual pero Benito no.

—¿Quieren saber lo que pienso? —No esperó una invitación—. Creo que Benito se casó con Montserrat porque no tuvo más remedio, porque la gente ya empezaba a murmurar y porque él era muy católico, de misa y confesión. Casarse era una forma de cerrar bocas. Ella estaba enamorada, era la chica ideal, la mujer perfecta: buena persona, amable, solícita, devota, entregada… y ciega, claro. Por supuesto que llegó virgen al matrimonio y llena de sueños. Benito también era guapo, tenía un encanto especial, de esos que te obligaban a quererle. Despertaba esa clase de instinto maternal que tienen todas las mujeres. Pero miren, a los tres meses ella ya me confesó que la tocaba poco. Por no decir casi nada. ¡Tres meses!

¿Saben lo que significa eso? Me dio otros detalles incluso de cómo lo hacían, rápido, con los ojos cerrados, sin hablar… Desde luego, no parecía el más romántico de los amores ni el mejor de los matrimonios.

—Entiendo.

Francisca Santacana ya había abierto las compuertas de su corazón.

—Hacer el amor una vez a la semana, de recién casados, y porque lo pide o se lo recuerda la esposa, dice mucho del interés de un hombre por su mujer. En cambio, Benito seguía saliendo con Florencio una y otra vez. A mí eso no me parecía normal. Iban al fútbol, al cine, a tomar algo… —Hizo una pausa revestida de dramatismo y afectación —. Que quede claro que no quiero hablar mal de él, Dios me guarde, porque era una buena persona, sensible y cariñoso con todo el mundo, y más con Montserrat. Cada cual es como lo hizo el Señor. Pero al pan, pan, y al vino, vino. Para mí lo otro estaba claro.

—No se lo comentó a su prima.

—No. Si tenía que descubrirlo, había de ser por sí misma.

—¿Y no cree que ella pudiera sospechar?

—Nunca me dijo nada, y en cierta forma yo era su única confidente. Quizá de no haber sido por la guerra y lo poco que estuvieron juntos, al final sí se habría dado cuenta y habría abierto los ojos. Ustedes mismos la vieron ayer: Montserrat es la inocencia personificada. Lo demuestra el hecho de que necesite una prueba de la muerte de Benito para casarse en paz y en conciencia. No sé ni cómo Marcelino ha tenido tanta paciencia con ella, aunque, bueno, también es un trozo de pan, y está enamorado.

—Si no está muerto, ¿dónde cree que pueda estar?

—¡Vaya usted a saber! La guerra lo cambió todo. Puede que sí, que esté muerto, sería lo más lógico. Pero a mí me da que… No sé, ¿qué quieren que les diga? Llámenlo instinto femenino. Si alguien ha de saber algo, ése es Florencio, seguro.

—¿Vive?

—Claro, en su casa de siempre.

—¿No fue a combatir?

—No. Por un problema de salud o algo así.

—¿Usted no ha ido a verle nunca?

—No, Dios me libre. —Se santiguó.

—¿Ni siquiera para preguntar por Benito?

—Preferí no meterme y quedarme al margen. Hay cosas que solo las parejas pueden y deben resolver. Y aquí me refiero tanto a la pareja formada por mi prima y su marido como a la formada por Benito y Florencio. De todas formas, lo que está claro es que Benito no ha vuelto a Barcelona. Nadie le ha visto desde aquellos días. Yo quiero a Montserrat y lo que menos deseo es perderla.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Florencio?

—Me lo tropecé por la calle hará unos dos o tres años. Él ni me vio. No había cambiado nada, la misma cara de niño, el mismo aspecto, la piel fina y blanca… Vestía de manera elegante, eso sí. Llevaba un sombrero de ala ancha, un traje de color claro, crema, con chaleco haciendo juego, zapatos lustrados. Pero los movimientos, al caminar, al moverse, desde luego eran ya mucho más afectados.

—Un homosexual lo tiene mal hoy en día para sobrevivir —consideró Miquel.

—Pues él no se escondía, se lo aseguro. Ya antes de la guerra presumía de tener buenas amistades. ¿O qué se creen, que entre los de las altas esferas no habrá más de uno?

—¿Cómo sabe que sigue viviendo en su misma casa?

—Comenté con alguien que le había visto, y me lo dijo.

—¿Sabe la dirección?

—De casualidad. Un día Montserrat y yo fuimos a buscar a Benito, aunque no llegué a subir al piso. Nos vieron desde una ventana y él bajó. Era la calle Torrente Perales, muy cerca de Travesera de las Corts. No sé el número, pero abajo había un bar.

—¿En qué trabajaba Florencio?

—Era actor, o de eso presumía él, porque yo nunca le vi en ninguna película. Lo suyo era más bien el teatro. No es que fuera cabeza de cartel, pero sí actuaba en algunas obras.

—¿No fueron a verle?

—Yo no. Montserrat sí, en alguna ocasión. Ya le digo que lo suyo eran papeles pequeños. No valía la pena perder el tiempo. Encima, el

matrimonio de mi prima duró tan poco con la llegada de la guerra…

Inesperadamente, a pesar de que seguían oyendo la radio muy fuerte, por la puerta de la sala apareció una anciana, menuda, cabello gris y escaso, ropa oscura. Se apoyaba en un bastón.

Y tenía mal genio.

—¡Francisca! —gritó sobresaltándolos.

—¡Señora Mercedes! —Se levantó ella de un salto.

La anciana los apuntó con la punta del bastón.

—¿Quiénes son esas personas? ¿Desde cuándo recibes a hombres en casa?

—¡Son inspectores de la luz, querían hacer unas preguntas! ¡Nada importante, ya se van, tranquila!

—¿La luz? ¿Qué le pasa a la luz? ¡Ahora que se han acabado los cortes no irán a subirla!, ¿verdad? ¿Y cómo sabes que son de fiar? ¡La gente se te mete en casa y luego te roban!

Francisca Santacana la empujó de regreso al lugar desde el cual se oía la radio. Volvió la cabeza para hacerles un gesto explícito:

«Váyanse».

Miquel y David la obedecieron.

Cuando cerraron la puerta del piso, la anciana seguía protestando y gritando, enfadada.

16

—No haga ningún chiste —dijo Miquel mientras bajaban la escalera.

—No pensaba hacerlo, pero menuda bruja, ¿no? Igual se pensaba que íbamos a violarla.

—Tendría un sexto sentido.

—¿Yo no puedo bromear y usted sí? Creía que nos iba a estampar el bastón en la cabeza. Debe de estarle montando un pollo a la pobre señora Francisca…

Se detuvieron en la calle, como solían hacer casi siempre que salían de ver o entrevistar a alguien. La moto estaba a una docena de metros.

—Bueno, ¿qué me dice? —rezongó Fortuny. Y él mismo agregó—: ¡Menuda sorpresa!, ¿eh?

—Un poco —reconoció Miquel.

—¿Un poco? —El tono fue de incrédulo escepticismo—. El tal Benito se casó para evitar el qué dirán, y para ello escogió a la cándida más inocente, porque mire que no notar…

—Quizá sí lo acabó notando, vaya usted a saber. —Todavía le daba vueltas a la cabeza—. Y todo esto según la prima de Montserrat. De momento, no es más que una conjetura.

—¡Ande ya conjetura! ¡Está más claro que el agua! ¡Benito García era maricón!

—No me sea zafio.

—Está bien: sarasa, invertido, sodomita, bujarrón…

—Sigue siendo zafio.

—Y usted muy fino y remilgado.

—Yo tengo la mente abierta.

—Sea como sea, eso no nos responde a la pregunta de si Benito sigue vivo o no —insistió Fortuny.

—¿Recuerda la carta, lo de la epifanía, haber visto la luz, haber encontrado a Dios, el perdón por los errores…? ¿Quién le dice que no

se refería también a eso?

—¿En qué sentido?

—No lo sé. —Miquel no quiso seguir hablando—. Vamos a casa de Florencio y a ver qué nos dice.

Regresaron a la moto y salieron de Badalona. El área metropolitana de Barcelona era tan grande que a veces pasar de una localidad a otra solo consistía en cruzar una calle. Y la ciudad seguía creciendo. Pronto se desbordaría a ambos lados, por el Besós al norte y el Llobregat al sur. Collserola y el mar, en los otros dos puntos cardinales, la impedía crecer hacia ellos.

La casa donde estaba el piso de Florencio Delmás Lisvey tenía seis plantas y la portería cerrada. Hicieron lo de siempre: llamar a la primera puerta y preguntar. Les abrió una mujer entrada en años que se los quedó mirando con absoluta desconfianza. Ni lo disimuló. El tono de su voz al responder estuvo de acuerdo con ese talante.

—Cuarto segunda.

Y les cerró la puerta.

La oyeron refunfuñar algo que no entendieron antes de perder su rastro.

Llegaron al cuarto rellano y fue Fortuny quien pulsó el timbre de la segunda puerta. No debía de ser muy fuerte porque desde donde estaban ni lo escucharon. Había cuatro puertas por planta y mientras esperaban, se abrió la contigua, la del cuarto primera. Por ella apareció una mujer con un niño de unos siete u ocho años.

Se detuvo al verlos.

—No llamen que está durmiendo —los previno.

—¿A esta hora? —se extrañó el detective.

—Claro. Si trabaja de noche…

—¿Dónde trabaja?

La mujer cerró la puerta. La invadió la desconfianza y, lo mismo que la anterior, tres pisos más abajo, su tono fue más bien grosero.

—Y yo qué sé —dijo—. Pregúntenle a él. Pero hasta la hora de comer no sale de casa, y eso es sobre las dos. —Cogió la mano de su hijo y lo alentó a seguir andando—. Venga, Nico, que ya vamos justos de tiempo.

Empezaron a bajar la escalera.

—¿Seguro que no me pinchará, mamá? —oyeron decir a Nico.

—¿Y si te pincha, qué? El médico lo hace para curarte, no para hacerte daño.

Las protestas del niño y las prevenciones de su madre desaparecieron.

—¿Qué hacemos? —dudó Fortuny.

—¿A usted qué le parece? —Miquel se le adelantó y esta vez él mismo pulsó el timbre—. Seguir llamando.

Tuvo que repetir la acción en una tercera oportunidad. Del otro lado de la puerta escucharon, primero, una tos algo gutural, grave, y después una quejumbrosa voz protestando.

—¡Maldita sea, Gonzalo! ¿Sabes qué hora es? ¿Quieres que esta noche salga con ojeras? ¡Tengo ensayo a las cinco!

Florencio Delmás Lisvey era, desde luego, un hombre guapo. Incluso con el pelo alborotado, cara de sueño, perdidas la lozanía y la frescura de los veinte o los treinta años, resultaba atractivo. Parecía una estatua tallada en mármol blanco, porque su piel era de cera. Llevaba una bata de vistosos colores tapizada con flores. No se la había cerrado, así que por el hueco vertical hasta los pies se veían su torso liso y brillante y sus muslos, todo sin el menor atisbo de vello. Su única prenda interior eran unos calzoncillos ajustados que modelaban con ostentosidad su paquete sexual.

Y no era pequeño.

Al verlos, no hizo el menor ademán de taparse.

Su voz sonó de pronto meliflua, envolvente y cantarina.

—¿Qué quieren?

Estaba claro que era él. Aun así, Miquel guardó las apariencias.

—¿Florencio Delmás?

—Florencio Delmás Lisvey —lo corrigió—. Sí, soy yo. ¿Sucede algo? —Titiló un destello de preocupación en sus ojos somnolientos, aunque no lo trasladó a su expresividad corporal, porque lo único que hizo fue apoyarse con languidez en el marco de la puerta.

Con ello, su bata se abrió un poco más.

—¿Podemos hablar con usted?

—Depende —repuso—. ¿De qué? ¿Quiénes son ustedes?

—Estamos buscando a un amigo suyo.

—Tengo muchos amigos, y de la mayoría no sé nada, y menos dónde paran. Por Dios, ¿saben la hora que es?

Miquel obvió la pregunta.

—Este amigo se llama Benito García.

Le cambió la expresión. La blancura de su piel se hizo casi transparente. Ahora, más que apoyarse, se sujetó en el dintel de la puerta. Casi pareció que se le doblaban las rodillas.

—Dios mío —gimió—. Pero si hace años… ¿Para qué le buscan?

—Por encargo de su esposa.

Si el primer cambio había sido doloroso, el segundo fue visceral. Una reacción de furia para nada contenida. Se le pasó el sueño de golpe y se convirtió en una gata herida.

Sacó las garras.

—¿Esa bruja está buscando ahora a Benito? —Remarcó por todo lo alto la palabra «ahora»—. ¿Se ha vuelto loca?

—¿Podemos…?

La furia fue en aumento. Ya no se contentó con gritar. De pronto perdió los estribos, demudado. Se tapó con la mano izquierda y sujetó la puerta con la derecha.

—¡No, no pueden! —aulló—. ¡No tengo nada que decir! ¡Benito está muerto, muerto, muerto! ¿Me oyen? ¡Déjenme en paz!

El estallido de la puerta al cerrarse coincidió con la palabra final.

Paz.

Algunas guerras todavía no habían terminado.

Nunca lo harían.

Miquel y su compañero intercambiaron una rápida mirada.

—¿Insistimos? —vaciló Fortuny.

—No —desistió Miquel.

—Pero…

—No creo que vuelva a abrirnos, y aunque lo haga… ¿No ha visto cómo se ha puesto? Ese hombre es un amante despechado, es evidente

—¿Después de tantos años?

—Vaya usted a saber. ¿Por qué no? Por su reacción, probablemente

siga enamorado de Benito, y su ausencia es incluso más dolorosa para él que para Montserrat. Fíjese en Carmen Algueró y Baltasar. Benito no volvió. Si no hay constancia de su muerte, puede que Florencio también le esperase durante mucho tiempo.

—¿Y Montserrat era su enemiga?

—La esposa, sí.

Regresaron a la calle. Miquel estaba pensativo. La inesperada confesión de Francisca Santacana acerca de los hábitos sexuales de Benito había dado un giro significativo al caso. Y la presencia en la historia de Florencio Delmás lo confirmaba.

—Hay que buscar la forma de que hablemos con él —murmuró.

—Ya me dirá cómo —repuso su compañero.

—Ha dicho que tenía un ensayo por la tarde, ¿lo ha oído?

—Sí, lo he oído.

—Le seguiré, a ver qué tal.

—Querrá decir que le seguiremos.

—No. —Lo dijo en un tono que daba a entender que no había réplica posible—. Usted hará algo aparte de eso, así no perderemos el tiempo. Ahora el caso se está ramificando demasiado y hay más hilos de los que tirar.

—¡Siempre se me quita de encima! —protestó Fortuny.

—No sea absurdo, hombre.

—¡Es un lobo solitario, no me diga que no!

—Puede que lo sea, pero le repito que ahora se nos han abierto más frentes de los previstos y lo mejor es dividirnos y ganar tiempo. Para algo somos dos, ¿no?

—¿Y qué voy a hacer yo, jefe? —Remarcó esta última palabra con evidente énfasis.

—Mire, lo de Florencio puede ir para largo: seguirle, ver dónde va, buscarle un punto débil para que se avenga a hablar… Usted también va a seguir a una persona, lo cual requiere la misma paciencia.

—¿Y a quién voy a seguir yo?

—A la hermana de Isidoro.

—¿Cree que nos llevará hasta él?

—Es una posibilidad. La metedura de pata de la niña fue evidente y,

en este caso, seguro que esa mujer va a contarle que dos detectives están buscando a Benito García. Hemos de seguir esta pista, nos lleve a donde nos lleve.

—No sabemos si la hermana vive con los padres o en otra parte.

—Yo apostaría que tiene su propia casa, con su marido, y que va a visitar a los padres cada día, porque son mayores. Pero bueno, vaya usted a saber. De momento, haga preguntas en el entorno de ellos, la escalera, alguna tienda…

—¿Y si me acerco a ella y le cuento la verdad, que lo único que queremos es saber si su amigo murió en la guerra?

—También cabe dentro de lo posible. Si seguirla no nos da resultado y no nos conduce a ninguna parte… habrá que confiar en la labia que tiene usted.

—Las mujeres casadas y con hijos son inmunes a eso.

—Pues tenga tacto.

—Lo tengo, lo tengo. Oiga, ¿y cuándo volveremos a probar con Ricardo? Nos dijeron que tal vez acabase hoy el trabajo.

—Aunque termine hoy, llegará a casa a última hora, quizá por la tarde o por la noche, cansado, y no creo que esté para interrogatorios. Si encima se pone borde porque ya no era amigo de Benito… Siendo nuestro único testigo posible, además del albur de Isidoro, vamos a ser cautelosos. Si hemos de esperar a mañana, esperaremos a mañana. Es más, a Ricardo sí habríamos de asaltarlo juntos. Dos hacen más bulto.

—De acuerdo, voy a ver dónde pillo a la hermana de Isidoro. —Chasqueó la lengua—. Ni siquiera sabemos su nombre. ¿Y usted qué hará hasta la hora de seguir al Florencio?

—Asegurarme de algunas cosas.

—¿Como cuáles?

—Creo que me pasaré por el colmado del novio de Montserrat, para echar un vistazo.

—¿No se fía de lo que nos dijo ella?

—Sí, me fío. Pero con eso de que Benito «les robó» y lo de que iban a ser ricos según la novia de Pedro…

—O sea, que está claro que aquí hay algo más.

Miquel se encogió de hombros.

—Para que las plantas de un jardín crezcan sanas, hay que quitar las malas hierbas, desbrozar lo que sobra. Vamos pues a desbrozar.

—Usted y sus técnicas de investigación…

—Es la única forma de trabajar, créame. No hay que dar nada por sentado. Una vez eliminado lo superfluo, suele quedar lo evidente. Ya sabe lo que pienso de los clientes: muchos tienen secretos.

—¿Le pareció que Montserrat Blanco tenía secretos?

—No, pero quiero estar seguro. —Dio por terminada la conversación—. Venga, no perdamos tiempo. Nos llamamos esta noche y si, por la razón que sea, no puedo hacerlo, nos vemos mañana a la misma hora.

David Fortuny se resignó.

—No se meta en líos sin mí, ¿eh? —bromeó.

La mirada de Miquel lo dijo todo.

17

Si Florencio Delmás tenía un ensayo a las cinco, como muy tarde saldría de casa a las cuatro y media; y, como muy temprano, a las cuatro. Todo dependía de dónde trabajase y en qué, aunque desde luego la palabra «ensayo» denotaba algo relacionado con el mundo artístico. Si había sido actor de teatro años atrás, lo más seguro sería que todavía anduviese en ello.

Quedaba bastante para las cuatro, así que disponía de tiempo suficiente incluso para comer.

Levantó la mano, paró un taxi, se metió dentro y, tras buscar las señas del colmado de Marcelino Prats, se las dio al taxista. Luego se relajó y se puso a pensar.

De un día para otro, la investigación había dado un vuelco insospechado.

¿Tenía algo que ver el giro sexual del hombre al que buscaban para que no hubiera regresado a su casa, en el supuesto de seguir vivo? ¿Y si en el fondo no amaba a Montserrat y le había sido más cómodo desaparecer? Pero entonces ¿y Florencio? ¿Había renunciado Benito también a él para reorganizar su vida en otra parte, lejos del pasado?

—La única alternativa lógica es que estés muerto —murmuró para sí en voz baja.

—¿Diga, señor? —le preguntó el taxista.

—¡Ah, no, nada, perdone! Hablaba solo. —Y lo justificó añadiendo —: Cosas de la edad.

El taxista no volvió a abrir la boca.

Miquel pensó en Patro.

Si le oía hablar así, se enfadaba, y con razón.

Su maldito masoquismo de «hombre mayor»…

Muerto o no, sin ningún indicio a favor o en contra, tenían que partir de la base de que Benito estuviera vivo. Al menos hasta no dar

con alguien que certificara su defunción o le hubiera visto caer.

Montserrat Blanco no era la única que debía de estar esperando.

Tantos silencios…

El trayecto en taxi hasta Badalona, por segunda vez en el día, duró más tiempo que el empleado por Fortuny con la moto, así que se dedicó a colocar las piezas del puzle en el tablero mental de su cerebro. Piezas inconexas, algunas aún muy oscuras. Benito les «había robado», iban a «ser ricos». ¿Cómo, por qué…? Y, encima, Baltasar completamente ido e Isidoro seguramente vivo pero escondido. Bueno, ¿escondido o protegido?

Si Ricardo Casals se cerraba en banda y no quería hablar con ellos…

Cuando el taxista lo dejó en la esquina de la calle, Miquel divisó el colmado a menos de diez metros. Se lo tomó con calma. No quería ver a Montserrat. Al menos, todavía no. Se subió las solapas del chaquetón y, como un conspirador, caminó despacio por la acera opuesta a la del colmado. El negocio no tenía puertas, daba al exterior, con algunas cajas de fruta abiertas mostrando los productos. No tuvo que disimular mucho, porque la tienda estaba bastante llena y, tanto Montserrat Blanco como el hombre que se hallaba detrás del mostrador, no daban abasto despachando a las parroquianas.

Montserrat sonreía y hablaba con las mujeres.

Daba la impresión de ser tan transparente como se lo había parecido el día anterior.

Y en cuanto a Marcelino Prats…

Era un hombre grandote, no precisamente joven, cuarentón tirando a cincuentón, un poco sobrado de peso, con dos profundas entradas a ambos lados de la frente, una generosa papada y un bigote recto y oscuro en mitad de la cara. Tenía las manos grandes. Podía verlo incluso desde el otro lado de la calle. Manos de trabajador.

El Colmado Prats iba bien.

Montserrat Blanco y su oportunidad, lo mismo.

La risa de ella, bromeando con una mujer, cruzó la calzada.

Miquel dio media vuelta para alejarse de allí.

Dos viajes hasta Badalona, más el tiempo empleado en hablar con Francisca Santacana y el fallido intento de hacer lo mismo con

Florencio Delmás, casi se habían comido la mañana. Si cogía un taxi para ir a casa con Patro, a lo peor luego se le echaba el tiempo encima para poder estar a las cuatro frente al portal del novio de Benito.

El novio de Benito.

Bueno, tenía todas las trazas de ser así.

Caminaba envuelto en sus pensamientos cuando un hombrecillo chocó con él.

No fue un golpe fuerte, pero sí intenso.

—¡Oh, perdone! —le oyó excusarse.

Miquel no dijo nada, pero volvió la cabeza para mirarlo mientras se alejaba. No debía de medir más allá de metro sesenta y daba la impresión de estar muy delgado.

El hombrecillo aceleró el paso.

Fue el primer destello. La señal de alarma. La segunda se la dio el hecho de que caminase con la cabeza baja. La tercera su ropa, más que ajada.

Se llevó una mano a la cartera.

Bueno, al lugar donde, supuestamente, debía estar.

Y ya no estaba.

—¡Será posible! —reaccionó.

Echó a correr tras el hombrecillo, que iba a lo suyo cada vez más rápido. No lo alertó con un grito, porque si lo daba y salía disparado, nunca le atraparía. Cuando lo alcanzó, lo sujetó con una zarpa de hierro en su hombro.

—¡Usted!

Le dio la vuelta.

Los ojillos del ladrón reflejaron miedo. De pronto pareció un ratón asustado. La escena, sin embargo, apenas duró un segundo.

Lo que tardaron ambos en reconocerse.

Reaccionaron y hablaron al mismo tiempo.

—¿Pulga?

—¿Siñor inspetor?

—¿Tú?

—¿Usted?

—Pero ¿aún trabajas?

—¿Sigue vivo?

Dejaron de hablar al unísono. La mano de Miquel continuaba siendo una zarpa de hierro en el hombro del ladrón. Habría podido zarandearle de manera inmisericorde, porque ahora temblaba como un flan y daba la impresión de que podía deshacerse como una fina arenilla en cualquier momento.

Los recuerdos de los dos afloraron en sus mentes.

—La cartera. —Le tendió la mano libre Miquel.

—¿Qué?

—¡La cartera!

No sacó una del bolsillo. Sacó tres.

—¿Cuál… es la suya? —balbuceó.

—¡Ésta! —Se la cogió Miquel.

Sin decir nada, el hombrecillo se guardó las otras dos.

Mantenía los ojos fijos en los de Miquel, como si calculara sus posibilidades.

—¡Parece mentira! —tronó la voz de él—. ¡Igual que antes de la guerra!

El tono de voz fue lastimero.

—¿Y qué quiere, siñor inspetor? Para muchos, las cosas no han cambiado.

—¡Si es que todavía hablas igual!

—¿Y cómo quiere que hable?

—¿Por qué sigues robando, con la miseria que hay?

Se le antojó una pregunta absurda. Lo evidenció con la expresión de la cara, mitad de pena mitad de dolor.

—¡Pues por eso mismo, porque hay miseria! —De pronto levantó las cejas—. ¡Pero no robo a los pobres, se lo juro! ¡Solo a los ricos!

—¿Y cómo sabes si alguien es rico?

—Yo a un obrero con gorra o a una señora con la cesta de la compra, nada. Los trajeados son otra cosa.

—¿Yo te parezco trajeado?

—Hombre… pobre no da la impresión de ser.

La mano que le agarraba el hombro menguó la presión. Seguían en mitad de la calle, con la gente caminando a su alrededor sin prestarles

la menor atención.

—Tienes suerte de que ya no sea policía.

—¿Ah, no? —El suspiro fue de profundo alivio—. ¿Entonces no va a detenerme?

—No puedo.

—¡Gracias a Dios!

—No metas a Dios en esto.

—Yo rezo mucho —aseguró sonriendo.

Le faltaban algunos dientes. Por eso a veces no pronunciaba debidamente determinadas palabras. Higinio Vendrell, el Pulga, decía que era a causa «de las hostias de la policía». Lo cierto, según recordaba Miquel, era que en una persecución se había caído de bruces al suelo, y allí había dejado sus dientes.

Pero quedaba mejor lo otro.

Pedigrí.

—¿Cómo es que no estás en la cárcel?

—Bueno, entro y salgo. —Se encogió de hombros.

—¿No te cansas?

—Siñor inspetor, ¿qué quiere que le haga si tengo este don?

—¿Don? ¿Qué don?

—Pues el mío. —Movió los dedos de la mano derecha en el aire—. El buen Dios le da a uno belleza, al otro lo hace listo, al otro le da suerte… Pero siempre compensa, porque igual el guapo es tonto o el listo es una mala persona. A mí me hizo bajito, ya ve, pero me dio estos dedos. —Casi lo proclamó con orgullo—: Soy el mejor en lo mío. Puedo quitarle lo que sea a quien quiera sin que lo note.

—¿Y tú llamas a eso un don?

—¡Claro!

—¿Por qué no tocas el piano?

El Pulga llegó a reír. Todavía no las tenía todas consigo, pero estaba más relajado.

—Ya veo que no ha perdido el sentido del humor, siñor inspetor.

—¡Yo nunca tuve sentido del humor!

—¡Oh, sí lo tenía! —asintió con la cabeza—. Los demás te daban de bofetadas; pero usted, a la que te trincaba, decía cosas divertidas.

—¡La madre que te parió! —jadeó Miquel—. ¡Lo que faltaba!

—¿Puedo irme?

—¡No!

—¿No?

—¿Qué vas a hacer con esas carteras, limpiarlas y tirarlas a la alcantarilla? —Señaló el bolsillo donde había guardado las otras dos.

—No, no. Eso ya no va así —le explicó el Pulga—. Siempre hay muy poco en las carteras, nadie lleva demasiadas pesetas encima, ni siquiera los ricos y trajeados. Yo he de cuidar a mi madre, que ya tiene noventa años pero come por dos. A veces saco más con lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—Miro la dirección, si es que lleva alguna, que casi siempre es así. Entonces voy por la noche, les digo que he encontrado su cartera en la calle, sin dinero, claro, y me dan una propina.

—¡Serás caradura!

—Pues bien agradecidos que están, y no solo por los papeles. A veces lo que más les importa son las fotos.

—¿Qué fotos?

—¿Usted no lleva fotos de su mujer, la familia…?

—Una de mi hija, sí.

—¿Lo ve? En algunos casos son fotos únicas y recuperarlas significa mucho. Mire, a ver. —Se sacó las dos carteras del bolsillo y las examinó sin prestar atención, de momento, al dinero. En la primera había una fotografía de una mujer con dos niños, en la segunda el retrato de una mujer desnuda en una pose explícita—. ¿Qué le parece? Al menos la de la mujer y los niños es sentimental, ¿no?

Miquel notó el campanilleo en su mente.

La señal de su sexto sentido.

Su instinto de policía.

Carteras. Fotos. Recuerdos. Sentimientos.

—¿Ya puedo irme, siñor inspetor? —le suplicó el Pulga.

La campanita dejó de repiquetear.

La idea estaba allí.

—No. —Volvió a coger al ladrón, ahora sujetándolo por el brazo—. Te vienes conmigo.

Al Pulga le cambió la cara.

Puro miedo.

—¿A dónde? —quiso saber.

Miquel no le contestó. Tiró de él para echar a andar mientras levantaba la cabeza buscando un taxi.

18

Tuvo que empujar a su compañero para meterlo en el taxi y luego le dio al taxista la dirección de Florencio Delmás. La cara del hombrecillo lo decía todo. No entendía nada. Pero el pasado policial de Miquel seguía pesando. Entre el miedo y la incomprensión, sus protestas eran débiles.

—Siñor inspetor…

—Cállate.

—Mi madre…

—Que se espere.

—Esto es un secuestro.

El taxista se volvió para mirarlos.

—Usted atento al tráfico —le ordenó Miquel. Y, para ahorrarle las dudas, agregó—: Policía.

Al taxista le bastó con mirarlos de hito en hito.

No le quedó la menor duda.

Se dedicó a conducir.

—¿A dónde vamos, inspetor? —bajó la voz el Pulga.

—Ya lo verás.

—A la cárcel no, ¿verdad?

—No, hombre. Me vas a hacer un favor.

—¿Yo a usted?

—¿Qué te parece?

—Pues… no sé.

—Por los buenos tiempos.

Lo dejó pensativo y cabizbajo. El Pulga miró por la ventanilla y suspiró.

—Sí eran buenos, sí.

En el pasado, estaba más tiempo preso que libre. Y sin embargo…

Después de su viaje mental se quedó callado un buen rato, casi un

minuto. El taxista, de tanto en tanto, los miraba por el espejo retrovisor. Conducía rápido, tal vez por lo de que uno fuera policía, tal vez para quitárselos de encima cuanto antes.

De Badalona a Barcelona, un mundo.

—¿Cómo se libró? —preguntó de pronto el hombrecillo.

—No me libré —respondió Miquel bajando la voz al máximo—. Me condenaron a muerte.

—¿Y qué pasó, no le dio ninguna bala cuando le fusilaron?

—Ni una. Tenían mala puntería.

—Venga, hombre, en serio.

—Me indultaron.

—Hay que ver… —Suspiró—. Con lo legalista que era usted… —Se puso melancólico—. ¡Todo es tan distinto!

—Para ti parece que no.

—Sí, sí lo es. Ni siquiera queda nadie de aquellos días.

—Algunos sí. Lenin sigue vivo.

—¿El Lenin aún da guerra? —Se animó.

Desde luego, lo dijo demasiado alto.

El taxista, que hacía ver como que iba a lo suyo, pegó un respingo al escuchar el nombre del viejo líder soviético. Por el retrovisor, sus ojos expresaron el susto que volvía a él.

—Sí —se lo confirmó Miquel al Pulga.

—Pues nadie lo diría, que no lo veo yo desde hace años.

—Porque se ha regenerado.

—¿El Lenin?

—El Lenin.

—¡No fastidie!

—¿Tan raro te parece?

El taxista ya no pudo más. Se detuvo en un cruce, frenado por el semáforo en rojo. Antes de que hablara, lo hizo Miquel.

—Tranquilo, es otro Lenin —le dijo.

—No, si ya… —tartamudeó—. Pero claro…

—Usted siga.

Pensó que, como le diera por parar a un guardia, y llevando su compañero aquellas dos carteras…

El taxista volvió de nuevo a su tarea.

—¿Cómo sabe que se ha regenerado? —insistió el Pulga, vivamente preocupado por la suerte de su colega.

—Porque trabaja, se gana un jornal, no roba. Y porque ahora somos amigos y hasta se viene a cenar a mi casa con su mujer y sus dos hijos.

La cara del Pulga era un poema.

Ni la mejor y más fantasiosa película de Hollywood podía superar aquello.

Y sin ser Navidad.

—¡Eso es imposible!

—Te lo juro.

—¿No me toma el pelo?

—Le convencí de que cambiara.

—Pues debió de darle una buena somanta de palos.

—No hizo falta. Primero le salvé el pellejo.

Higinio Vendrell se hundió un poco más en el asiento. Parecía superado. El mundo se había vuelto loco.

—Antes las cosas ya eran malas —murmuró en un susurro apenas audible—. Pero lo que es ahora…

—¿No te gusta?

—Las bofetadas son las mismas, pero… mire usted, no sé, a mí me duelen más.

Pasaban por delante de una valla. Habían pintado uno de los emblemas característicos del régimen, en negro sobre el muro, un yugo y las flechas, bien visibles. Las caras de Franco iban desapareciendo, también los eslóganes y las proclamas, pero los signos fascistas seguían aquí y allá, picoteando la ciudad. Formaban parte del paisaje.

Cerca de donde circulaban ahora estaba el almacén que, en enero del 39, había visto asaltar por una turba famélica. El único guardia presente no había podido con ellos. En su huida, una mujer cargada con lo que había logrado coger tropezó delante de él. Ni siquiera pudo ayudarla. Volvió a correr sujetando su preciada carga pero dejó tras de sí dos latas de conservas, un pedazo de jamón curado y un paquete de galletas.

Manjares.

Miquel había cogido las dos latas, una de sardinas en escabeche y otra de atún. También el jamón y las galletas. Lo había escondido en el abrigo. Nunca habría asaltado el almacén, pero lo que se le había caído a la mujer estaba allí, en el suelo. Y él estaba solo y agotado, perdido buscando al asesino de aquella niña, en el que iba a ser su último caso como inspector.

Lloró.

Lloró una vez lejos.

Después comió un poco de aquel regalo del cielo, antes de guardar el resto para Quimeta.

A veces era como si todo hubiera sucedido el mismo día anterior.

Volvió la cabeza hacia el ahora silencioso ladronzuelo.

—¿Cuánto hay en esas carteras? —le preguntó.

El Pulga volvió a sacarlas. Esta vez sí fue al lugar en el que los dueños guardaban los billetes. Se lo enseñó a Miquel. En una contó veintisiete pesetas, en la otra cincuenta y dos. No había monedas.

—¿Ve? Casi nada. ¿Usted lleva mucho?

—Ciento y pico.

—Con eso me habría arreglado el día —lamentó.

—No las guardes, que vas a pagar el taxi.

—¿Yo?

—Sí, y dale propina al taxista.

—¡Hombre, inspetor!

Miquel no tuvo más que mirarlo para hacerle callar.

Después de eso ya no hablaron.

Cuando el taxi se detuvo, en la calle de Florencio Delmás, el taxista pareció aliviado. Pagó el Pulga y el hombre le devolvió el cambio. La propina, de todas formas, no fue generosa. Se quedaron en la acera mientras el vehículo se alejaba.

—¿Y ahora va a decirme qué hacemos aquí? —preguntó el secuestrado.

—Primero comer algo en algún bar. Luego esperar.

—¿Esperar qué?

—A que salga el hombre al que le vas a robar la cartera para

dármela a mí —dijo Miquel con la mayor de las naturalidades.

19

Comieron en un bar cercano, aunque desde él no podía verse la puerta de la casa del amigo de Benito García. Faltaba mucho para las cuatro de la tarde. Al Pulga lo de comer en un lugar más o menos decente se le antojó un lujo. Desde el mismo momento de sentarse, se lo quedó mirando todo con respeto.

—Yo es que tomar un vino en la barra pues… eso sí. Pero sentarme a una mesa, en plan señor, para comer…

—Ni que fuera un restaurante.

—A usted se le nota la clase. A mí es que ya ni me dejan sentar. Un restaurante o un bar es lo mismo. —Le lanzó una mirada de carnero degollado y le dijo—: Oiga, ¿también va a hacerme pagar a mí? Lo digo porque, si no le llevo algo a mi madre, me mata. Tenga usted buen corazón, hombre.

—Te invito yo —se lo aclaró Miquel—. Va por el favor que me harás.

—¿Y puedo pedir lo que quiera?

—Sin pasarte, sí.

Tampoco había mucho donde escoger. El camarero les soltó la cantinela y ellos decidieron. Al Pulga se le hizo la boca agua con solo mentar la comida. Mientras esperaban, el hombrecillo continuó acoquinado.

—Verlo para creerlo —rezongó más para sí mismo que dirigiéndose a Miquel.

—¿Ver para creer qué?

—Todo. Esto. Ya me dirá —manifestó a retazos—. Tropezarme precisamente con usted, y encima nada menos que limpiarle la cartera. Si hasta parece de chiste. Ahora me pide que robe otra… ¿Le parece poco? Me lo dicen antes de la guerra y anda que no me hubiera reído. ¡El inspetor Mascarel obligándome a robar! —Era imposible que

pronunciara la elle final del apellido o la c de «inspector». Nunca lo había conseguido—. ¿Qué va a hacer con esa cartera, si me permite que se lo pregunte?

—Devolvérsela a su dueño.

—Entonces ¿para qué la quiere?

—Para ver una cosa, y luego para conseguir acercarme a él.

—O sea, que ya no es policía pero…

—Ayudo a un detective privado amigo mío.

—¿Lo ve? Sigue siendo un pies planos.

—Por eso voy en taxi. —Sonrió Miquel.

La comida llegó rápida, y con ella, el fin de la charla. El Pulga se echó literalmente encima de las viandas, el pan, la sopa, la carne… y el vino con el que lo bautizó todo. La botellita casera menguó más rápido que el resto. Miquel admiró la ferocidad de su ingesta.

Y decía que su madre comía el doble.

—¿Cuántas carteras guindas al día?

—Nada, las justas, se lo juro. ¿Para qué quiero más? No voy a arriesgarme por unas pesetas extras.

—¿Y cada cuánto te trincan?

—Caray, inspetor…

—Siempre fuiste listo.

El Pulga le enseñó sus escasos dientes al expandir una abierta sonrisa de orgullo.

—Por eso sigo respirando. ¿Puedo preguntarle algo?

—Adelante.

—Ha dicho que tiene una hija.

—Sí.

—Será mayor.

—Trece meses.

—¿Me toma el pelo?

Miquel sacó la cartera que, por un minuto, había estado en poder del Pulga. La abrió y le mostró, no sin cierto orgullo, la fotografía de Raquel que siempre llevaba encima. La de Patro la dejó oculta en su sitio.

Higinio Vendrell asintió con la cabeza.

—Yo le habría imaginado abuelo, pero padre…

—Mi primera mujer murió al acabar la guerra. Me volví a casar al salir de la cárcel.

—Pues tuvo suerte. Aunque, bueno, todo está lleno de viudas con ganas de dormir calientes.

—Tú no estabas casado.

—Ni lo estoy. —Tocó madera—. No hace falta un anillo para tener a alguien. —Sacó pecho—. A mí las mujeres siempre me han hecho cosas buenas, y yo a ellas. —Movió de nuevo los dedos de la mano derecha y agregó—: Éstos no solo sirven para robar.

—¿No tienes hijos?

—Que yo sepa, tres, aunque con diferentes parientas, eso sí. Pero puede que haya alguno más, que tampoco es que sea un crío, uno ha vivido lo suyo. Alguna también ha querido colocarme el suyo a mí.

—Eres un caso.

—Honor que me hace reconociéndolo.

Cuando acabaron de comer, eran casi las cuatro. Miquel pidió la cuenta y el Pulga se quedó callado un rato. Le miró a los ojos, por si estaba borracho, pero no llegaba a tanto pese a los cuatro vasos de vino libados. Se le veía más animado.

Miquel tuvo ganas de echarse a reír.

—Anda, vamos. —Se levantó el primero.

Salieron a la calle y se apostaron en la acera de enfrente de la casa de Florencio Delmás. El Pulga esperó instrucciones, y al ver que no llegaban, preguntó:

—¿A quién hay que levantarle la cartera?

—Ya te lo diré.

—¿Hay que esperar mucho?

—Puede que media hora, no lo sé.

—¿Media hora y aquí de pie?

—Sí, ¿qué pasa?

—Que me canso, oiga.

—Aquí tienes el bordillo.

—Desde luego…

—Una cosa: habrás de ser rápido. No sé si cuando salga el hombre

va a ir a pie, se dirigirá a la parada del tranvía, del autobús… Mi idea es seguirle. Tendrás que hacerlo enseguida, por si acaso.

—Por eso no se preocupe. —De pronto puso cara de preocupación —. Por cierto, ¿ha notado que le he volado la suya o qué?

—No, no he notado nada. Pero el empujón ha sido demasiado evidente. Un acto reflejo.

—Ah, bueno. —Pareció calmarse.

Se sentó en el bordillo y pasó los brazos alrededor de las rodillas. Los siguientes minutos los vivió ensimismado, hasta que sacó un pitillo. Tuvo incluso tiempo de consumirlo, calada a calada, parsimonioso.

Miquel también estuvo a punto de sentarse en el bordillo.

Florencio Delmás salió del portal de su casa a las cuatro y treinta y cinco. Vestía como un príncipe y se movía como un rey. Llevaba un sombrero de ala ancha, un traje de color crema, primaveral, y se cubría con una especie de capa tres cuartos sujeta sobre los hombros. Su andar era vivo. Llegó hasta la acera y miró a derecha e izquierda.

—¡Ése es el hombre! —dijo Miquel reaccionando—. ¡Y va a coger un taxi!

El Pulga se levantó de un salto y cruzó la calzada a toda velocidad, eludiendo a un par de coches que le mostraron su enfado a través de las bocinas de sus vehículos. Nada más llegar al otro lado, fingió tropezar en el bordillo.

Prácticamente cayó encima de Florencio.

Incluso desde la otra acera, Miquel los oyó discutir.

—¡Pero qué hace, hombre!

—¡Perdone! ¡Casi me mato!

—¡Tenga cuidado!

—Sí, sí, lo siento…

Miquel se preguntó cómo sabía siempre el Pulga dónde llevaban las personas la cartera. Había dos bolsillos en el interior de las americanas, y además estaban los del pantalón.

Y, sin embargo, nunca fallaba.

De inmediato supo que lo había conseguido.

El Pulga le guiñó un ojo y echó a andar.

Florencio Delmás se sacudía la ropa visiblemente enfadado, como si el tropezón se la hubiera dejado llena de polvo o arrugada. Volvió a levantar la cabeza buscando un taxi.

Miquel se agitó sabiendo que, como no se diera prisa, iba a perderle.

Lo de la cartera era un plus.

Se reunió con Higinio Vendrell en la esquina pero ahora sus gestos eran rápidos, lo mismo que la tensión. Florencio acababa de parar su taxi.

—¿Ve como ha sido fácil? —empezó a jactarse el Pulga.

—¡Calla, que hemos de seguir! —Él también levantó su brazo derecho para detener a otro taxi que estaba doblando la esquina en ese momento.

—¿No quiere la cartera? —Se asustó el hombrecillo.

—¡Ahora me la darás!

—¡Eh! ¿Qué hace? ¡Que yo ya estoy! ¡Déjeme ir!

Florencio Delmás estaba subiendo al coche. Miquel empujó al Pulga hacia el interior del suyo, sin darle opción, igual que había hecho la primera vez en Badalona.

Mientras caía sobre el asiento trasero, continuó la protesta.

—¿Es que me ha cogido cariño o qué? ¡Que me quiero ir a casa!

El taxista no dijo nada, pero, lo mismo que el anterior, los observó por el espejito retrovisor.

—¡Siga a ese taxi de delante! —le ordenó Miquel. Y, por si acaso, se lo aclaró—: ¡Es un asunto legal, soy policía!

Y antes de que el Pulga siguiera protestando, le tapó la boca con la mano.

Bastó una mirada.

—Cuando paremos, te vas. Dame la cartera. —Fue terminante.

Se la entregó.

Miquel la sostuvo en las manos. Todavía jadeaba por el vértigo de los acontecimientos. Era de piel, bonita. Un detalle caro. A Florencio Delmás le iban bien las cosas. La ropa lo decía muy a las claras. Abrió la cartera y se encontró con algunos papeles, una tarjeta de un representante artístico, otra de un cabaret del Paralelo, la

documentación… Lo importante estaba en los compartimentos interiores: el dinero en uno, la fotografía en otro.

El Pulga tenía razón.

La gente llevaba fotografías de sus seres queridos en la cartera.

El ser querido de Florencio era Benito García.

Lo reconoció al instante a pesar de la diferencia de momentos, porque las dos fotos pertenecían más o menos a la época anterior a la guerra. En el retrato de Montserrat Blanco se estaba casando. En el que tenía en las manos le sonreía a la cámara, captado en un momento normal y corriente de la vida. Lo mismo que la del día de su unión con Montserrat, era de cuerpo entero, no un primer plano. Pero no hacía falta más. Iba en traje de baño y estaba algo más joven. También mucho más atractivo.

Le dio la vuelta a la pequeña foto en blanco y negro, milagrosamente nueva y cuidada.

Había una dedicatoria escrita a mano por detrás.

«Que tus ojos sublimes me vean siempre igual. Que tu corazón no deje de latir».

Y firmaba: Benito.

Sin fecha, aunque no era necesaria.

Allí tenía la prueba.

El amor de una vida.

Más allá del tiempo.

—¿Quién es? —preguntó el Pulga atisbando la fotografía.

—La persona a la que estoy buscando.

—Muy misterioso está usted —protestó—. Y bruto. Quién le ha visto y quién le ve.

—En cuanto paremos, te bajas.

—Pues menos mal.

—Y gracias.

El ladronzuelo sonrió.

—Lo dicho —espetó—. ¡La de vueltas que da la vida!

La persecución fue plácida. Como si el taxista hubiera hecho ya lo mismo una docena de veces. Siguió al primer taxi a una distancia prudencial, dejando como máximo dos automóviles entre ellos, para

no quedar cortado en un semáforo o por el gesto de un urbano rápido, y cinco minutos después desembocaron en el Paralelo.

Teatros, el eje de la vida nocturna barcelonesa.

El taxi de Florencio Delmás se detuvo delante de El Molino.

Fin de trayecto.

Lo que siguió a continuación fue no menos rápido. Después de unos segundos de espera, Florencio se bajó a la carrera y echó a correr hacia el local. Por su manera de hacerlo, daba la impresión de estar atribulado. El taxi no se movió. El hombre entró en El Molino y salió al cabo de dos minutos llevando un billete en la mano. Se lo dio al taxista a través de la ventanilla, recibió el cambio y eso fue todo. Mientras el taxi se alejaba, Florencio volvió a palparse los bolsillos, buscando la cartera que Miquel tenía en las manos.

Acabó regresando a El Molino hecho una furia, puños apretados, paso vivo.

—Nos bajamos ya —le dijo Miquel a su taxista.

Pagó la carrera y se apearon.

—Siñor inspetor, lo suyo…

—¿Qué?

—No, nada. —Resopló—. ¿Puedo irme ya?

—Sí, puedes irte, Pulga.

—No me ha dejado lejos ni nada.

—Lo siento.

—Espero no volver a verle.

Miquel le tendió la mano.

El Pulga se la quedó mirando sorprendido.

Se la estrechó.

—Ya puestos, ¿me da para un taxi?

—¡Coge el tranvía! —Se echó a reír Miquel.

—Vaya día —lamentó el hombrecillo.

—No haberme robado. —Y apuntándole con un dedo le gritó—: ¡Será mejor que empieces a olvidarte de tu don! ¡Cambia de vida o te encerrarán, tirarán la llave y tu madre se morirá primero de hambre y después de pena!

El Pulga no dijo nada. Estuvo a punto de hacerlo, pero optó por

callar. Se encogió de hombros y se dio media vuelta.

Miquel le vio alejarse despacio, empequeñecido entre la multitud que parecía llenar siempre las calles del Paralelo a cualquier hora.

Pensó en cuánto tardaría en «tropezarse» con alguien.

—¡Maldita sea! —Suspiró envuelto en un deje de resignación.

20

Cuando se enfrentó a la fachada de El Molino, se lo quedó mirando unos segundos.

Solo había estado allí dos veces, una como espectador y otra como policía. La primera, cosa rara, a petición de Quimeta, que sentía curiosidad por ver un espectáculo frívolo. Con la dictadura la frivolidad daba la impresión de haber pasado a mejor vida, por lo menos durante los primeros años, los más duros. Ahora, en cambio, parecía que las cosas iban cambiando. Poco a poco regresaban los viejos hábitos y quienes mandaban, o bien aflojaban la mano, o bien se despistaban, ocupados en otras cosas.

La gente necesitaba divertirse.

El Molino volvía a ser una de las cunas del pecado en Barcelona.

Debajo del color rojo y las aspas que coronaban el molino de la fachada, destacaban las estrellas del momento, con La Bella Dorita en primer lugar. Seguían varios nombres más pequeños hasta uno muy sugerente: Flor de Lis. En los carteles que flanqueaban la entrada también aparecían todos, junto a sus fotos. Pasó por su lado y entró en el sacrosanto templo de lo moralmente prohibido.

No llegó ni a dar tres pasos.

—¿A dónde va, señor?

Se dio la vuelta y se encontró a un celador de lo más característico: alto, fornido, con la cabeza empotrada entre los hombros porque no tenía cuello, los brazos como muslos, las manos como mazas y cara de pocos amigos.

—Tengo una cita —le dijo sin inmutarse.

—¿Con quién?

—Con el hombre que acaba de entrar, Florencio Delmás.

El celador no cambió la expresión. Fue como si le costara procesar la información.

—¿Florencio qué?

—Delmás. Ha entrado hace un minuto.

Sus neuronas por fin conectaron entre sí.

—¡Ah, Flor de Lis! —dijo—. Sí, todo recto, por este pasillo. Pregunte al final, donde los camerinos.

Miquel hizo un gesto con la cabeza, tanto en señal de comprensión como de gratitud, y caminó por donde le acababa de decir.

¿Flor de Lis?

De pronto casi se detuvo. Cerró los ojos.

Florencio Delmás Lisvey. Flor-De-Lis.

Tan sencillo como eso.

Sonrió y reemprendió el camino. No dejaba de tener su gracia. Dos nombres escondidos en uno. Incluso pensó en sí mismo: Miquel Mascarell Folch. Mi-Ma-Fo.

De pena.

Bueno, él no actuaba en El Molino, ni necesitaba un seudónimo para ser artista de varietés.

Preguntó al segundo celador con el que se encontró, éste menos rudo y grande que el primero. Parecía tener un cargo entre las estrellas del espectáculo, porque arrugó la cara molesto por la interrupción.

—¿Flor? —rezongó—. Tiene ensayo dentro de nada.

—Serán cinco minutos.

Se mostró inflexible.

—Lo siento, pero tenemos unas normas. Además, los artistas son muy suyos, y ellas más. —Empleó el femenino para referirse a Florencio Delmás—. ¿Quién es usted?

Miquel sacó la cartera del bolsillo, y de ella la fotografía de Benito. Se la tendió al hombre.

—Dele esto.

—¿Y ya está?

—Sí. Le espero aquí.

El hombre cogió la foto, le echó un vistazo sin darle la vuelta y se apartó de él, pasillo arriba. A ambos lados las puertas de los camerinos tenían nombres y estrellas.

Mientras esperaba, escuchó una conversación cercana. Eran dos mujeres. No podía verlas porque estaban detrás de un atrezo.

—Te digo que nos están ganando el terreno.

—Pero esto es El Molino, mujer.

—Sí, pero ya no es el único, en el Bagdad van más allá. Más carne, ¿entiendes?

—¿Y pagan mejor?

—Eso no lo sé.

—Habrá que ver. Igual nos interesa.

Regresaba el hombre, sin la foto en la mano, por supuesto. Miquel se olvidó al instante de las dos mujeres, aunque se quedó con la curiosidad de saber de qué posibles salas estarían hablando además de la que acababan de mencionar. El hombre se le plantó delante atravesándolo con una mirada de pocos amigos.

—Siga por aquí y tuerza a la izquierda. La puerta está abierta.

Hizo lo que le decía. Desde el umbral atisbó el interior del camerino, pequeño pero individual, con el habitual espejo lleno de luces por todos los lados y el mostrador de maquillaje. Florencio Delmás Lisvey, Flor de Lis allí, estaba en el centro, esperándole. Todavía llevaba la ropa de calle, aunque sin la capa ni el sombrero. Por supuesto ya no era el veinteañero de antes de la guerra, pero mantenía su atractivo y la dignidad de su pose esperándole realzaba su condición de artista.

Una pose mitad asustada mitad enfadada.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —disparó con la voz afectada.

—Deme diez minutos.

—Me ha robado la cartera.

—No. Yo se la he recuperado.

—¡Démela!

—Después de hablar.

—¡Démela ahora le digo o grito!

Miquel no se movió. Siguió de pie, en la entrada. Flor de Lis se impacientó, al borde del desequilibrio nervioso.

—¡Llamaré a la policía!

—No, no lo hará. —Se mantuvo firme y sereno—. Si habla conmigo,

Montserrat Blanco no se enterará. Nadie saldrá moralmente herido. Si monta un número, sí. Además —abrió las manos abarcando el camerino—, no creo que esté en condiciones de montarlo. Por mucho que las cosas se estén relajando, puede meterse en un lío y lo sabe. Me basta con denunciarle por inmoral o algo así.

—¿Se ha vuelto loco? —Se acentuó el miedo en sus ojos.

—¿Para qué perder tiempo? —Miquel se coló en el camerino, cerró la puerta y se sentó en la única silla hábil—. Soy detective privado. No tengo nada contra usted ni va a volver a verme una vez salga de aquí. Tampoco soy quién para juzgarle. Pero necesito hacerle unas preguntas, eso es todo. Incluso creo que le conviene hablar conmigo.

—¿Por qué?

—¿No quiere saber qué le pasó a Benito? ¿Nunca ha sentido curiosidad?

Florencio cruzó los brazos. Más que reflexionarlo, hizo una pausa, necesitó un momento de tranquilidad. Cuando perdía el control también perdía la equidad. Se le notaba la pluma, la afectación en los gestos, la mirada, el tono de voz. Se revistió de dignidad y buscó un punto de apoyo recostándose contra la pared, frente a su visitante.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Francisca Santacana, la prima de Montserrat.

Hizo un gesto de leve fastidio, pero también de comprensión.

—¿De verdad esa bruja está buscando a Benito?

—Sí.

—¿Ahora, después de tantos años?

—Unas veces el tiempo nos devora, otras lo devoramos nosotros. Es ahora cuando necesita saber si está vivo o no.

—¿Por qué?

—Quiere volver a casarse y necesita la confirmación de que él está muerto para tener la conciencia tranquila.

—La conciencia tranquila, no me haga reír —se burló.

—¿Por qué la ha llamado bruja?

—Porque no paró hasta tenerlo.

—Si estaba enamorada…

—Ella quería casarse, nada más.

—¿Y él?

Bajó los ojos. Algunas heridas nunca se cerraban. Los sentimientos casi siempre eran bombas de relojería.

Seguían ahí, latentes, quizá sin explotar nunca.

—Lo hizo por las apariencias, ¿no? —continuó Miquel.

—Usted no sabe nada. —Se hizo el digno Flor de Lis.

—No, no lo sé, ni me importa. Lo único que necesito es encontrar a alguien que me diga que lo vio morir o que sepa a ciencia cierta que está muerto.

El artista de El Molino apretó las mandíbulas.

Muerto.

El hombre al que había amado… y seguía amando, con la foto en la cartera.

—¿Supo algo durante la guerra o después? —le interrogó Miquel.

El silencio fue amargo.

—Vamos, Florencio. Sea lo que sea, no le perjudicará. Han pasado muchos años.

—No los suficientes.

—Sigue enamorado de él. —No hizo más que constatar un hecho.

Los ojos de Flor de Lis se humedecieron.

—Lo era todo para mí —reconoció por fin—. Ni siquiera entiendo…

—¿Qué es lo que no entiende?

—No entiendo por qué no volvió, por qué no dio señales de vida…

—¿Qué quiere decir?

—¡Quiero decir que está vivo, señor! —se desesperó.

—¿Lo sabe seguro?

—En parte sí —asintió con un rictus de dolor—. Bueno, lo creo, es… una intuición. ¡Lo grita esto! —Se tocó el corazón con la palma de la mano—. Desde luego no murió en la guerra.

—¿Cómo sabe eso?

—Me escribió en 1940, por Navidad.

Miquel intentó mostrarse tranquilo.

Navidad de 1940, casi dos años después de acabada la guerra.

—¿Desde dónde?

—No lo sé.

—¿Qué decía esa carta?

El dolor se acentuó. Se convirtió en una garra candente oprimiéndole la razón.

—La he leído tantas veces…

—¿Qué decía? —insistió Miquel.

—Decía que… —Se sobrepuso—. Que no podía volver nunca a Barcelona, que no lo contara, y menos a Montserrat si me tropezaba con ella. Decía que… que le olvidara y que no sufriera, que todo estaba bien, que era feliz y yo tenía derecho a serlo igual que él. También que me escribía para decirme la verdad, porque yo merecía saberla. Estaba vivo y necesitaba pedirme perdón.

—¿Perdón por no volver?

—Claro. Esa carta era una despedida. Por un lado, saber que no había muerto era maravilloso, pero por el otro, saber que nunca volvería a verlo… No había remite, ni decía dónde estaba. La única pista era el matasellos, de Manresa.

—¿El sobre no llevaba ningún membrete?

—No.

—Su hermano Baltasar fue ingresado en un sanatorio mental en Manresa.

—¿En serio? No lo sabía.

—¿Le decía algo más?

—El resto era muy raro, ambiguo, sin mucho sentido. Que había encontrado a Dios y que Dios le había encontrado a él y le había perdonado.

—¿Qué tenía que perdonarle Dios?

—Imagino que esto. —Le tocó el turno a él de abrir los brazos y las manos, abarcando todo el camerino y, más allá de ese espacio, el mismo cabaret—. Siempre tuvo miedo de reconocer su sexualidad, por eso se casó aunque siguiéramos viéndonos.

—Me han dicho que era muy religioso.

—¡Sí, lo era! ¿Y qué? ¡Eso es lo más asombroso! ¡Conmigo nunca hablaba de Dios o de religión, pecado o culpa! ¡Supongo que me conocía bien y sabía que eso no era lo mío! Sin embargo, esa carta rezumaba dolor, amor, espiritualidad, incluso, creo, paz. Paz de

espíritu, ¿me entiende? Decía haber visto la luz, haber tenido una epifanía. Había una frase… —Se estremeció—: «He pagado el precio, y ahora ya no tengo ese problema. Pensaba que Dios me había castigado, pero es todo lo contrario: me ha liberado». —Miró fijamente a Miquel—. No me pregunte a qué se refería, porque no lo sé. Está claro que, de alguna forma, se justificaba a sí mismo, pero no me aclaraba nada, ni me daba razones. Todo era ambiguo, como los sermones de muchos curas en los púlpitos. Al final de la carta insistía en que lo perdonara y me pedía que fuera feliz.

—¿Le envió otras cartas durante la guerra?

—Sí, varias.

—¿Y?

—Nada. Me contaba cosas, de él y de los demás. Me decía lo duro que era todo. No había matado a nadie. Le repugnaba la idea. En las trincheras se disparaba a ciegas. Me hablaba mucho de Baltasar porque lo estaba pasando muy mal, empeorando de lo suyo, con más brotes psicóticos cada vez. Benito no quería ni podía dejarlo. Les juró a sus padres que lo protegería, y desde luego lo cumplía. Aparte de mí, y quizá un poco de Montserrat, Baltasar lo era todo para él.

—Uno de sus amigos, Pedro, le escribió a la novia diciendo que iban a ser ricos. ¿Sabe algo de eso?

—¿Ricos? ¿Cómo?

—Ni idea. Por lo visto se fueron cinco, pero se les unió un sexto amigo, José María, un primo de Isidoro.

—Sí, de él sí me habló en una carta. Iban siempre juntos, milicianos de corazón.

—¿Por qué no fue usted con ellos?

No hubo una respuesta inmediata. El silencio llegó a ser opresor. Florencio Delmás miró la puerta del camerino. Fue como si viese una válvula de escape. Pero no se movió. Sus ojos volvieron a enturbiarse.

—Siempre estuvimos juntos —musitó—. Desde niños. Y luego, al descubrir lo que sentíamos… Con quince, dieciséis años, leíamos poesía, íbamos al cine, forjábamos planes, soñábamos, jugábamos con las palabras, hacíamos anagramas… Le encantaban esas cosas. Lo de Flor de Lis se le ocurrió a él. Tan simple, y sin embargo tan hermoso…

Alguien llamó a la puerta. Se sobresaltaron ambos.

—¡Flor, te toca!

—¡Voy! —gritó.

—¡Cinco minutos!

Se llevó una mano a la cara.

—Todavía ni me he cambiado —dijo—. Hay que ensayar con el vestuario completo, maquillaje…

—Yo ya me voy. —Miquel se levantó de la silla.

—¿Me da la cartera?

Se la entregó. La foto de Benito estaba junto a los potingues de la cara, polvos y demás. La dejó junto a ella.

—Perdone el método que he empleado, pero en su casa no se ha mostrado muy amigable ni colaborador. —Miquel se detuvo en la puerta antes de abrirla.

—Me ha cogido de improviso, medio dormido…

—Gracias por hablar conmigo.

—Señor…

—Sí, si está vivo y doy con él…

Florencio Delmás asintió con la cabeza. De pronto parecía una hermosa flor marchita.

Miquel cruzó el umbral y ya no volvió la vista atrás. Enfiló primero el pasillo, después la entrada y finalmente la puerta de El Molino. Solo entonces le prestó atención a la fotografía que acompañaba el nombre de Flor de Lis.

La imagen de una mujer plena, sensual, muy hermosa, con un traje dorado lleno de plumas, un penacho y un rostro exuberante de largas pestañas negras y rojos, muy rojos labios.

21

Tardó en reaccionar.

Cinco minutos después de salir del local, seguía caminando por el Paralelo. Hasta que se apercibió de que lo hacía sin rumbo fijo, envuelto en sus pensamientos. Sin darse cuenta se dirigía al mar, pasando por delante de la zona de los teatros. Se detuvo frente al Apolo.

Miró la hora.

Media tarde.

Le había dicho a Fortuny que mejor no ir a ver a Ricardo Casals solo, que mejor los dos, aunque tuvieran que esperar al día siguiente. Podía intentarlo de nuevo con los padres de Isidoro, pero decidió que no. Ya se ocupaba su compañero de controlar a la hermana. Vivo o no, escondido o no, seguía siendo un misterioso albur.

A veces las intuiciones fallaban.

Se sintió cansado de golpe.

La charla con Florencio, bueno, Flor de Lis…

Se aproximó a la acera y casi instintivamente levantó la mano para detener un taxi. Se acomodó en él y le dio la dirección de la mercería. El taxista era un chico joven, de veintipocos años.

—¿Conoce ese sitio? —le preguntó a su pasajero.

—¿Cuál? —se extrañó Miquel.

—El Apolo, pero no el teatro. Me refiero al baile.

—No, no.

—Ah, bueno, perdone. Pensaba…

—La verdad es que nunca he estado en ese lugar.

—Yo quiero ir algún día. Es donde mejor se conocen chicas guapas, ¿no? Un bailecito…

No quiso desilusionarlo.

—Creía que los taxistas las conocían aquí, en el coche, trabajando.

—Mejor no mezclar el trabajo con el placer. —Fue honesto.

Le cayó bien.

Hizo el resto del trayecto hablando con él. Pasaron del Apolo y los bailes a lo cara que se estaba poniendo la vida en Barcelona, y más que se pondría con el Congreso Eucarístico a fines de mayo, aunque quizá eso representara más trabajo y más carreras en taxi. Miquel no quiso desalentarlo recordándole que los curas raramente iban en taxi.

Se apeó frente a la mercería y entró en ella sin dejar de pensar en Florencio Delmás y la extraña carta recibida por él en 1940, prueba de que, después de la guerra, Benito García seguía vivo.

Una carta con matasellos de Manresa, donde estaba internado Baltasar.

¿Realmente había robado algo a sus compañeros?

¿Era ése el motivo de su desaparición?

Teresina estaba atendiendo a una señora, y había otra esperando. Si Patro no la ayudaba era porque andaría ocupada con Raquel. Pasó al otro lado del mostrador tras decirle hola a su empleada y saludó cortésmente a las dos clientas, que se lo quedaron mirando serias. Algunas eran cordiales y risueñas. Otras no. Aquellas dos eran de este último género. Seguían mirándole con expresión réproba. Era «el hombre mayor que se había casado con la niña».

Patro, en efecto, estaba cambiando a Raquel. Su hija comía rosas pero cagaba mierda. Y olía.

—¡Menudo tufo! —dijo al entrar.

Raquel extendió rápida los brazos para que la cogiera o le hiciera mimos. Patro le sujetaba el pañal sobre una mesa. Se sorprendió un poco al verlo.

—Vaya, qué temprano.

—No todos los días han de darme las tantas.

—¿Todo bien?

—Sí, sí —Se inclinó sobre Raquel y la cubrió de besos entre sus risas.

—Cuando acabes con ella me toca a mí —dijo Patro.

Los siguientes quince minutos se olvidó del caso. Solo existió Raquel. Patro salía y entraba de la trastienda, según hubiera o no más

de una clienta comprando agujas o hilos, cintas o lanas. Las ventas en una mercería eran siempre pequeñas, pero a cambio eran constantes. ¿Quién no necesitaba una mercería cerca?

Un negocio que nunca iba a morir, estaba claro.

—Papá está buscando a un señor —le contó a Raquel.

La niña le miraba los labios.

—Por lo visto se le apareció Dios —continuó—. O algo así, vete tú a saber.

Raquel soltó una de sus alegres carcajadas. Babeó y dijo algunas palabras como «ba», «pa» o «pfff». Miquel se animó.

—Di papá.

—¡Ba! —exclamó la niña.

—Pa-pá. —Se lo remarcó despacio.

—Te estoy oyendo, ventajista —escuchó la voz de Patro por detrás de él.

Era temprano para telefonear a David Fortuny. Se dedicó a pasar el rato con Raquel en la trastienda y hablando con Patro de manera intermitente cuando se quedaba a su lado. Con Teresina al mando, no había problemas. En uno de esos ratos le avanzó lo que estaba pensando.

—Quizá tenga que irme fuera de Barcelona.

—¿A dónde?

—A Manresa primero. Luego tal vez a un pueblo llamado Vinyata.

—¿Por el caso?

—Sí. Y casi seguro que será más de un día, tal vez dos.

—¿Cuándo te marcharías?

—Depende, pero mañana probablemente.

—¿Irás con David?

—Sí.

—¿En la moto?

—¡Qué remedio! —se resignó—. Entre ir y volver, con ese maldito trasto y tratando de que no corra demasiado, ya se nos va mucho tiempo. Luego localizar a la gente, hablar… —No le dijo que «la gente», en Manresa, era un hombre atado al vacío de una vida que no era tal, y que vivía en un sanatorio mental. Un hombre del que

necesitaba estar seguro de que no hablaba—. Tampoco quiero viajar de noche en ese maldito ataúd con ruedas. ¡Y eso si no nos llueve!

—Bueno —lamentó Patro—. No es la primera vez que duermes fuera de casa.

La primera había sido en mayo del 49, cuando pasó la noche en la comisaría. La segunda en abril del 50, en el hospital, herido de bala. La tercera en junio del año pasado, al escapar de la policía y refugiarse en casa del reencontrado David Fortuny.

Una vida con Quimeta, ocho años y medio preso, y ahora una sola noche lejos de Patro se le antojaba un mundo.

Media hora después decidió probar suerte con el detective, aprovechando que en ese momento no había ninguna parroquiana en la tienda.

Salió de la trastienda, se sentó en el taburete junto al teléfono y marcó el número de su compañero. El sonido del timbre se oyó en la línea cinco veces antes de que, al otro lado, alguien lo descolgara.

Y no era él.

—¿Sí? —escuchó la voz de Amalia.

—Soy yo, Miquel.

—¡Ah, hola! No está.

—Lo imaginaba, pero he querido probar.

—Creía que estaban juntos.

—Hasta mediodía. Luego nos hemos separado para seguir dos líneas de investigación.

—¿Le dejo algún recado o llamará luego?

—Llamaré luego, sí. Pero, por si no lo hago o no le pillo, dígale que mañana ya es casi seguro que nos iremos de viaje, primero a Manresa. Habrá que llevarse algo, una muda, porque luego seguiremos y pasaremos una o dos noches fuera.

—¡Uy, uy, uy! —Se echó a reír ella—. ¡Mis hombres se van de picos pardos!

—Tanto como eso…

—No sé si David va a llevarlo por el mal camino a usted o si será al revés.

Prefirió no hacer comentarios.

Si ella no conseguía atar corto a Fortuny…

—¿Cómo es que está en casa de él a estas horas?

—He venido a ver si había algo abajo, en la agencia. Si se pasan el día fuera y llegan clientes sin encontrar a nadie un día y otro, acaban cansándose. A la que haya más competencia detectivesca, tendrán que coger a una secretaria, fijo.

—Usted…

—¡A mí no me líen! —le cortó rápido—. De momento echo una mano y es suficiente.

Era la viuda más alegre que recordaba haber conocido.

—Intentaré llamar más tarde. Si no puedo, que me recoja por casa antes de las nueve o por la mercería después de esa hora.

—Se lo diré.

—Gracias, Amalia.

—Chao, un beso.

Colgó. Teresina fingía no oír nada, dedicada a trastear entre los cajoncitos y los estantes. Siempre había que ordenar cosas, sobre todo con las clientas llenas de dudas que pedían por contraste y nunca se decidían. Hacía mucho que no le preguntaba por el novio. Pero se la veía bien, contenta y feliz, así que dedujo que todo iba bien.

Todo iba bien.

—¿Te apetece ir a cenar al bar de Ramón? —le preguntó a Patro al regresar a la trastienda.

—Pues claro.

—Hace muy buena noche.

—¿Dónde has comido hoy?

—En un bar.

—¿Comida y cena fuera de casa?

—Cosas sanas, de verdad.

—Luego no te quejes de la «barriguita» —se burló.

—Ni que me hartara de dulces o vete tú a saber qué.

—Yo lo dejo ahí. De todas formas, estás como siempre, y aunque tuvieras «barriguita» —volvió a decirlo con retintín—, a mí me gustas igual.

—¿Te han dado el presupuesto para el cuarto de baño? —se le

ocurrió preguntar.

Mal momento.

—¿Crees que te estoy llamando guapo porque el presupuesto es caro? —Se enfadó ella.

No supo qué decir.

Lo salvó Teresina apareciendo por la puerta en el momento más oportuno.

—Señora, que la llaman.

Patro le dejó a Raquel en los brazos y salió de la trastienda.

Su mirada conspicua lo dijo todo.

22

A veces parecía que llevaban semanas, meses, sin pisar el bar. El recibimiento de Ramón nunca menguaba en su entusiasmo. Lo manifestaba cuando él iba a desayunar algunas mañanas, pero cuando entraban todos…

—¡La familia! —Los recibió con los brazos abiertos.

Desde su cochecito, Raquel le miraba siempre con expresión embobada.

—¿De paseo? ¿De merienda tardía? ¿De cena temprana?

—Cena —dijo Miquel.

—Señora Patro, si se dedicara al cine… ¡vería todas sus películas!

—Vengo a cenar y me ve gratis, ¿no?

—¡También es verdad! —Se echó a reír—. ¡Hala, pasen, siéntense en aquella mesa que está recogida! ¡Los atiendo enseguida, voy a ver qué tiene mi parienta ahora mismo en los fogones!

Ocuparon la mesa, dejando a Raquel en el cochecito. No hizo ningún ademán para que la sacaran de él. Cosa rara. Cuando estaba en el bar de Ramón, siempre quería ver lo que sucedía y lo miraba todo con los ojos muy abiertos. El hombre regresó casi al momento, frotándose las manos.

—¡Hay cocido, y unas croquetas…! —Se llevó los dedos de la mano a los labios—. También tengo bonito en escabeche, sardinas que anoche todavía nadaban y ensaladilla nacional. —Le guiñó un ojo a Miquel.

Dejó que Patro pidiera. Había comido bien y, la verdad, aún estaba falto de hambre porque era más temprano que de costumbre. Ramón no tomó nota. Nunca la tomaba. Lo memorizaba todo y listos. En su caso era poco, pero en ocasiones atendía a media docena de clientes, cada cual con lo suyo, y nunca fallaba un solo plato.

Cuando acabaron de pedir, siguió junto a ellos.

—¿Sabe que estoy pensando en irme a Madrid a ver la final de Copa?

Miquel no supo si reír.

—¿Te vas a ir a Madrid a ver un partido de fútbol?

—¡Que no es «un partido», hombre, que es la final! ¡Después de ganar la Liga como la hemos ganado, sin despeinarnos, el Barça va a hacer historia!

—¿Y si pierden?

—¡Qué van a perder, que van a perder! ¿Con Kubala, César, Basora…? ¡El Barcelona lo va a ganar todo los próximos diez años! ¡Las Corts se va a quedar pequeño!

Miquel hizo memoria.

—Oye —le dijo a Ramón con el ceño fruncido—. Yo no estoy al día que digamos, pero o mucho me equivoco o todavía están jugando y no hay finalistas, ¿verdad?

—¡Que llegamos a la final, maestro, que se lo digo yo! Y si me decido a ir, mejor hacerlo todo cuanto antes, que luego suben los precios.

—Ya sabes que la Copa la da Franco, ¿no? —bajó la voz.

—¡Miraré únicamente con un ojo, el del lado del jugador que la reciba! —Se encogió de hombros de manera divertida. Pareció dispuesto a irse pero se detuvo—. ¿Está bien, maestro?

—Sí, ¿por qué?

—Parece cansado.

—El trabajo.

—¡Qué trabajo ni qué…! —Le vio la cara al «maestro» y prefirió callar. Entrechocó las manos, movió la cabeza en señal de resignación y se retiró con su paso vivo mientras murmuraba algo para sí mismo.

—Es un caso —comentó Miquel.

—Ojalá todo el mundo fuera tan optimista y vital como él —dijo Patro.

—Tú sí que eres positiva.

—¿Cómo no voy a serlo?

—Desde que eres madre…

Patro se acercó a él, le cogió una mano y le besó en la mejilla.

Miquel estuvo a punto de decir aquello tan manido de «no te merezco», pero se abstuvo. Tampoco tuvieron tiempo de hablar porque Ramón ya regresaba con las bebidas y dispuesto para otra parrafada.

Empezó a poner las botellas y los vasos sobre la mesa y al mismo tiempo reanudó su perorata.

—Decía que parecía cansado, pero el buen aspecto ya no se lo quita nadie, ¿verdad, señora Patro? Cuando apareció por aquí en el 47 estaba en los huesos. En cambio ahora…

—¿Ahora qué? —Se tensó Miquel.

—¡Caray, que ha ganado peso!

Patro cerró los ojos.

—Estoy gordo —dijo Miquel.

—¡Yo no he dicho eso!

—Dejaré de venir a comer aquí. Seguro que eso es lo que me engorda.

—¡No sea así, hombre! ¡Que era un cumplido! ¡Con lo que debió de pasar aquellos malditos años preso…! Lo raro es que no volviera cambiado.

—No sabes cómo era antes.

—Pero lo imagino. Algunos, según las circunstancias… —Se inclinó hacia ellos—. ¿Ve aquel hombre de allí? —Bajó la voz y señaló a una persona solitaria sentada en una de las mesas más próximas a la barra.

—Sí, ¿qué le pasa? —preguntó Miquel.

—Es un primo mío. No se lo presento porque es de los que se pegan como una lapa y no paran de hablar. Y, además, en plan proselitista. ¿Sabe lo que le sucedió?

—Intuyo que vas a contármelo.

Ramón no hizo caso del comentario.

—Era ateo perdido. Se ciscaba en Dios y la religión. Hasta que le cayó una bomba en la guerra y murieron todos los que estaban a su alrededor. Todos. Menos él. ¿Puede creer que ni un rasguño, estando más cerca de la explosión que la mayoría de los demás? Cuando despertó era otro. Dios, Dios, Dios. Se hizo católico y siempre habla de «su milagro».

—Así que Dios castigó a los inocentes y los mató para convertirlo a él —mencionó Miquel.

—Algo así. ¿Qué le parece?

—¿Y es primo tuyo?

—¡Qué remedio! Tampoco es que venga mucho. A mí en cierta forma me da pena. Se ha vuelto beato… En fin, ya ve. —Volvió a iniciar la retirada—. ¡La cena en cinco minutos!

Los dejó solos.

Dios.

Benito García también parecía haberse encontrado con Dios, más allá incluso de su religiosidad.

¿Era eso?

—Miquel.

—Sí, ¿qué?

—¿Dónde estás? —le susurró ella.

—Aquí, aquí.

—Cuando tienes un caso que te absorbe, te vas. —Le tocó la frente con un dedo.

—Perdona.

—No, si lo digo porque pones una cara de determinación…

La cena iba a estar en cinco minutos.

Prefirió probar de nuevo con Fortuny antes, para luego poder comer tranquilo. Ya le había dejado el recado a Amalia, pero sentía curiosidad por saber cómo le había ido a su compañero.

Compañero.

Sí, estaba claro que cada vez lo era más.

Después de su casa y la mercería, la agencia se había convertido en otra especie de hogar, un sustituto de la comisaría en la que pasó media vida.

—Voy a telefonear y vuelvo.

Se levantó y caminó hasta la barra. No tuvo que decir nada, solo señalar el teléfono público. Sobre el mostrador aparecieron tres fichas, para que tuviera de sobra. Se acercó al aparato, descolgó el auricular y, una vez escuchado el tono, introdujo la primera ficha y marcó el número del piso de David Fortuny.

Lo descolgó a la primera.

—¿Sí?

—Soy yo.

—Ya me ha dado Amalia el recado. ¿Nos vamos de viaje?

—Habrá que ir a Manresa, sí. Y luego a Vinyata. Lo más seguro es que mañana mismo.

—En la moto, ¿eh?

—En la moto, sí. Descuide.

—Bien.

—¿Cómo le ha ido?

—Teníamos razón. Isidoro está vivo, aunque la familia diga lo contrario más o menos en voz baja o si aparecen desconocidos. Puro miedo. Lo bueno es que no está escondido ni mucho menos. Más bien es como si le protegieran o le aislaran. No quería pasarme horas siguiendo a la hermana y en cuanto la he pillado la he abordado, con tacto, con mucho tacto —lo recalcó—. He conseguido explicarle las cosas, hacerle ver que de lo que se trataba era de averiguar qué había sido de Benito, que en modo alguno eso iba a perjudicar a su hermano. Al final, aunque de mala gana, se ha rendido un poco. Pero me ha dicho que, de verlo a él, nada de nada, que está enfermo y lo que menos quieren es hacerle revivir lo mal que lo pasó. Entonces he tenido una idea: le he escrito las preguntas, para que se las haga ella a su modo. No me ha asegurado que vaya a conseguirlo, pero me ha dicho que lo intentará, sobre todo por Montserrat.

—Y ella, ¿sabe algo?

—No, nada. Ya me lo ha aclarado. Tengo sus señas y le he dejado mi teléfono. Se llama Soledad. Está casada y es madre de la niña metepatas que vimos. Isidoro no vive con ella ni con los padres, eso seguro. No ha querido decirme más. Vaya, que tienen a Isidoro entre algodones, digo. Todo muy misterioso.

—De momento, aparcaremos eso. Que haya otro del grupo vivo es buena señal.

—¿A usted cómo le ha ido con el Florencio?

—Él y Benito eran amantes, sí. Es más, Benito le escribió una carta en 1940 diciéndole que estaba vivo, pero que no podía regresar a

Barcelona y que le perdonara.

—¿Vivía en 1940? —se sorprendió Fortuny al otro lado.

—Sí, ya ve.

—¿No podía o no quería volver?

—No lo sé. Le cuento lo que me ha dicho Florencio.

—¿Cómo ha conseguido que hablara?

—Es una larga historia. Se la contaré mañana. Ahora voy a cenar.

—Pues vaya misterio —reflexionó el detective—. ¿También le decía en esa carta que Dios le había hablado y todo eso?

—Más o menos.

—¿Y qué hacemos con Ricardo Casals?

—Iremos a ver si lo pillamos a primera hora. Luego, según lo que nos diga, decidimos si viajamos ya a Manresa y a Vinyata.

—De acuerdo. ¿Le recojo sobre las nueve en casa o en la mercería?

—Pensándolo mejor, en la mercería. Telefonearemos a la empresa de fontanería y preguntaremos si ya terminó el trabajo y ha vuelto a Barcelona.

—Me parece bien.

—Conforme, hasta mañana.

Colgaron al unísono.

Cuando regresó a la mesa, la cena ya estaba preparada y Raquel dormida en su cochecito.

Ramón se estaba riendo a carcajadas con otro comensal.

Día 3

Jueves, 17 de abril de 1952

23

Patro, Raquel y Miquel llegaron a la mercería a las nueve y cinco. Teresina ya había abierto pero aún no había clientas. David Fortuny aparcaba la moto delante de la tienda justo en el momento en que Miquel marcaba el número de la fontanería. Una voz de mujer le atendió al otro lado.

—Lampistería Soteras, ¿dígame?

—Buenos días —saludó cortés—. ¿Podría decirme si Ricardo Casals ha vuelto ya de su trabajo fuera de Barcelona?

—¿Ricardo? —repitió la mujer—. Sí, sí, ayer por la tarde. Pero hoy no vendrá. —Miquel no tuvo que preguntar por qué—. Se hirió en una mano a última hora y tuvo que ir al hospital a que le pusieran unos puntos. Se ha quedado en casa. ¿Quién le llama?

—Un cliente, pero no hay prisa. Muchas gracias.

Colgó el teléfono. David Fortuny, para no perder comba, ya estaba tonteando con Teresina.

—Si es que no tenéis remedio —le estaba diciendo—. Todas las guapas ya andáis con novio.

—Quite, quite, guapa yo. —Se puso roja la dependienta.

Miquel se cruzó de brazos hasta conseguir que su compañero se diera cuenta.

—¿Qué pasa? —se excusó—. Es la verdad, ¿no?

—¿No puede ver unas faldas sin ejercer de macho ibérico?

—¿Yo? —Demudó la expresión.

—Teresina —se dirigió a la chica—. A éste, ni caso. Él también tiene novia.

—¡Cómo es! —protestó Fortuny.

—¡Pase para dentro y dígale hola a Patro, va!

Le obedeció. Refunfuñando algo, pero le obedeció. Nada más entrar en la trastienda volvió a cambiarle la cara. Abrió los brazos y

expandió una enorme sonrisa en su rostro.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —Se acercó a Raquel.

La niña, primero, se quedó parada, planteándose si llorar o reír. Decidió que haría lo segundo.

—¡Mire, mire cómo se ríe! —Se sintió feliz el recién llegado.

—¡Pues hala! —Le palmeó la espalda Miquel—. Ya sabe: le hace una igual a Amalia y listos.

—A mí estos trotes… ¿Qué tal, Patro?

—Bien. Ya me ha dicho Miquel que igual se van de viaje.

—Pues sí, ya ve. —Siguió haciéndole cosquillas a Raquel—. ¡Lo que hace tener un buen caso!

—De todas formas no pueden llevarse demasiado. Una muda y poco más, porque en la moto…

—Bueno, no es un coche, pero caben cosas.

—Desde luego no es un coche, no —aseguró Miquel—. Venga aquí.

—Voy.

Miquel estaba extendiendo un mapa de Cataluña por encima de la mesa de la trastienda. Patro ya tenía a Raquel en brazos, pugnando por ver qué hacían los mayores. Tuvo que apartarla para que no cogiera el mapa.

—Manresa aquí. —Puso un dedo sobre la mancha de la ciudad—. Y Vinyata… aquí. —Lo desplazó hacia la izquierda después de encontrarlo y luego miró a Fortuny—. ¿Cuánto cree que tardaremos hasta Manresa?

—No sé, eso es cosa de la carretera y del tráfico. Encima no me deja correr… Un par de horas, digo.

—La idea sería irnos después de ver a Ricardo Casals, y dependiendo de si le vemos y de lo que nos diga. Sobre todo de lo que nos diga. Si se nos hace muy tarde, lo aplazamos a mañana temprano. Acabo de llamar a la fontanería y me han dicho que se hirió en una mano y hoy está en su casa.

—Perfecto. Entonces, si es hoy, sería cosa de irnos a media mañana o antes de comer, ¿no?

—Veremos con qué nos encontramos en casa de Ricardo Casals; pero sí, ésa es la idea.

—¿Y dónde dormiremos, en Manresa, de camino a Vinyata, en Vinyata?

—No lo sé. Lo de Baltasar es una incógnita. Tampoco se trata de hacer una carrera contra reloj. Mejor hacer las cosas bien.

—Y despacio.

—Sí, y despacio —lo remarcó Miquel.

—No se le va a cansar, no —se dirigió Fortuny a Patro.

—Usted me lo cuida, ¿eh?

—¡No se preocupe, que se lo devolveré sano y salvo!

—Es curioso que Amalia me haya dicho lo mismo —espetó Miquel.

—¿Ah, sí? —Se quedó en vilo el detective.

Miquel plegó el mapa. Hizo intención de metérselo en el bolsillo de la americana, pero cambió de idea. Se lo dio a Patro.

—Si al final nos vamos hoy, pasaré por aquí o por casa para recoger lo esencial, incluido esto. Llévalo contigo. Si Ricardo Casals nos habla y nos dice algo que nos obligue a quedarnos en Barcelona y seguir más pistas aquí, ya sé que lo tienes tú.

David Fortuny parecía la mar de contento.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Dos tipos duros investigando, como en las películas!

—¿Lo de duro lo dice por su cara? —bromeó Miquel.

—¡No sea aguafiestas, hombre! —se quejó su compañero—. ¡Un día seremos viejos y recordaremos esto, nuestros casos!

—Yo ya soy…

No acabó la frase porque se encontró con la mirada de Patro.

Hora de irse.

Empujó a Fortuny fuera de la trastienda primero y de la tienda después, y tras decirle adiós a Teresina salieron en el instante en que entraba la primera clienta del día.

24

Volvió a abrirles la puerta la embarazada esposa de mal genio y peor carácter. Nada más verlos, le cambió la cara, ya de por sí seria. Reapareció en ella una diáfana animadversión que acompañó a la sequedad de su comentario.

—Otra vez ustedes.

Miquel hizo gala de su mejor talante.

—Buenos días, señora. Sentimos molestarla en su casa, de veras. Nos han dicho en la empresa que su marido estaba aquí, que ayer sufrió un percance en una mano.

—¡Ni que lo hubieran anunciado en todos los periódicos! —gruñó.

No tuvo tiempo de agregar nada más. Por detrás de ella apareció un hombre. Llevaba la mano derecha vendada de manera un tanto aparatosa.

Tampoco él se fue por las ramas.

—¿Son los que me dijiste? —le preguntó a su mujer.

—Sí, ellos —se lo confirmó.

La posibilidad de que los echara a patadas y cerrara la puerta se diluyó en un par de segundos. Ricardo Casals no parecía tan antipático como su esposa. Se les plantó delante con expresión de duda.

—¿De veras son detectives? —inquirió.

David Fortuny le pasó la tarjeta. Ricardo Casals primero la leyó. Después se la guardó en el bolsillo.

—¿Y están buscando a Benito por encargo de su mujer?

—Sí, señor.

La última vacilación se esfumó. Hizo un gesto de resignación, plegó los labios y se apartó para dejarles paso. El gesto lo saludó ella con la última protesta:

—¡Id a la sala, que he fregado!

—Por aquí —los guio el hombre.

La sala era una habitación pequeña que ya estaba siendo acomodada como futuro cuarto del que iba a nacer. Quedaban dos butaquitas y dos sillas, pero la mitad del espacio la ocupaba ya una cuna. Miquel optó por una de las sillas. David Fortuny acabó en una de las butacas. Su anfitrión escogió la otra silla. Antes de que abriera la boca, Miquel optó por la elegancia.

—¿Se hizo mucho daño? —Señaló la mano vendada.

—Un corte. Me pusieron unos puntos. Pero me duele un poco y no puedo hacer fuerza. Mala suerte, porque ya había acabado y volvíamos a casa. Como mucho el lunes vuelvo al tajo, que encargos no faltan. —Dejó de hablar de él para abarcarlos a ambos con una mirada incierta—. No sabía que había detectives en España.

—Poco a poco nos estamos modernizando.

Ricardo Casals se echó para atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la silla, se cruzó de brazos y cabalgó una pierna encima de la otra. Parecía dispuesto a hablar.

—¿Por qué busca ahora Montserrat a su marido? —quiso saber. Y antes de que contestaran, agregó—: No será por el dinero, porque a estas alturas…

—¿Qué dinero? —inquirió Miquel.

—No, claro —masculló sin responder a la pregunta—. Si Benito no regresó, lo más lógico es que ella no sepa nada. Salvo que le escribiera. Cuando salí de la cárcel y volví a casa, ya me dijeron que él no lo había hecho ni daba señales de vida. El muy hijo de puta…

—Creíamos que eran amigos —dijo Miquel aparcando momentáneamente el tema del dinero y el robo para que Ricardo se sintiera más cómodo.

—Usted lo ha dicho: éramos. La maldita guerra lo cambió todo. Mejor dicho, nos jodió a todos. ¿Ustedes pelearon?

—Yo sí —dijo David. Y para dar mayor validez a sus palabras, levantó su brazo medio paralizado con los dedos inútiles.

Nadie habló de bandos.

Parecía no ser necesario.

Como si los derrotados se hermanaran de alguna forma.

—Usted estuvo preso —prefirió adelantarse Miquel.

—Sí.

—Yo estuve ocho años y medio en el Valle de los Caídos.

—¿En serio?

—Como lo oye.

—Pues no sé qué es peor, si una cárcel con otros miles que iban cayendo como moscas o lo suyo, picando piedra.

Les sobrevino un breve lapso de silencio, como si cada uno se lamiera las heridas antes de continuar. De nuevo fue Miquel el que manejó la batuta.

—Escuche —habló con notorio tacto y suavidad—. No queremos molestarle mucho, pero es que estamos a oscuras y lo que hemos averiguado hasta ahora es confuso.

—¿Qué han averiguado?

—Que ustedes eran cinco amigos, inseparables, que se fueron a combatir y se les unió un sexto camarada, José María Velasco, primo de Isidoro. A finales del verano de 1938, en plena batalla del Ebro, escribieron por última vez a casa tanto Benito como Pedro. Precisamente Pedro le contó a su novia lo de que iban a ser ricos, que tendrían dinero ganara quien ganara la guerra. Eso fue antes de morir. Lo de la riqueza, unido a lo que le dijo usted a Montserrat, acerca de que Benito les robó, es lo que más dudas nos plantea y ni siquiera sabemos si tendrá que ver con su posible muerte.

—Benito está vivo —dijo Ricardo Casals.

—¿Lo sabe a ciencia cierta?

—No, pero se lo llevó todo y desapareció. ¿Le parece poca prueba? —Resopló con fastidio—. Vi a Montserrat una vez, le dije lo que pensaba de Benito y ahí se acabó la historia. Tampoco tuve tiempo de aclarárselo. Le grité, enfadado. Claro que yo acababa de salir de la cárcel y estaba muy afectado. Medio ido, diría. Fue un arrebato. Y ahora… después de tantos años ¿qué necesidad tiene de querer saber si está vivo o muerto o dónde pueda haber ido a parar?

—Quiere volver a casarse.

—¿Montserrat? —Puso cara de no creérselo—. ¡Vaya por Dios!

—También hemos averiguado que Baltasar está vivo, encerrado en un manicomio de Manresa e imposibilitado del todo.

—¿Vivo, en serio? —Aumentó la sorpresa.

—Por lo menos lo estaba hace un tiempo. Quien nos lo dijo cree que sí, porque apenas tiene treinta y seis años.

—El pobre Baltasar, qué mal lo pasó. —Entristeció la mirada—. Al final ya no pudo más.

—Por último, hemos descubierto el secreto de Benito García: que era homosexual, algo que, al parecer, su mujer aún ignora.

—¿Han hablado con Florencio? —se sorprendió.

—Sí.

—Pues ya está todo dicho.

—¿Ustedes sabían de sus inclinaciones?

—Lo sabíamos, claro. Pero, amigos o no, nunca hablamos de ello. Era evidente que Benito mostraba ya esas preferencias en la adolescencia o cuando salimos de ella, y siendo uña y carne con Florencio… Luego se casó y eso fue todo. Florencio tenía esos tics, gestos, el amaneramiento, la elegancia, la forma de hablar. Benito no, era más como nosotros. Y si se ponía bruto, era bruto.

—Ha dicho que no sabe a ciencia cierta si Benito vive, aunque lo da por seguro.

—Miren, señores, es la única explicación lógica.

—¿Por qué?

Ricardo Casals miró la cuna de su futuro hijo. Luego la puerta de la habitación, cerrada. Parecía un hombre calmado, un hombre que, después de una guerra y la cárcel, había encontrado la paz, o al menos el equilibrio de la serenidad. Estaba lejos de mostrar el mal carácter de su mujer.

O quizá, al cabo de tantos años, se le presentaba la oportunidad de soltarlo todo.

Casi se lo confirmó al decir:

—Bueno, después de tanto tiempo… Nunca le he contado esto a nadie. ¿A quién? Tampoco tenía mucho sentido. Salvo a mi esposa… Pero se lo diré a cambio de un favor.

—¿Cuál?

—Que si lo encuentran me lo digan.

—De acuerdo —se apresuró Fortuny por si las moscas.

—No será para matarlo —arguyó Miquel.

—No, eso no, aunque con aquel oro seguro que estará bien forrado. A lo mejor ni siquiera en España.

—¿Ha dicho… oro? —volvió a intervenir Fortuny.

Su anfitrión asintió con la cabeza. Luego se relajó un poco. Su voz pareció fluir a través del túnel del tiempo.

—No sé si sería mejor que me callase.

—Somos detectives. Lo único que nos interesa es darle una respuesta a nuestra clienta. Lo que nos diga quedará entre nosotros, se lo juro.

Los miró revestido de la última duda.

—Benito nos robó a todos, sí. Y era oro, sí. —El suspiro fue largo. Luego arrancó de una vez—: Cuando nos fuimos a la guerra éramos jóvenes, y estábamos llenos de ilusión, fuerza, coraje. Íbamos a luchar contra el fascismo. ¡Éramos héroes! Dios… era como si nos fuéramos a comer el mundo, cada uno desde su perspectiva personal: amor a la República, amor a los principios, amor a la libertad… Nos apoyábamos unos a otros. Cuando uno flaqueaba, los demás estábamos ahí. Luego se nos unió José María, tan fantástico como nosotros. Era un tipo pequeño, con gafas. No veía tres en un burro sin ellas. Eran negras y gruesas. Le gastábamos bromas sobre que si un día las perdía nos dispararía a nosotros. Tenía pinta de intelectual, aunque en su vida había abierto un libro. Se hizo muy amigo de Benito, era con el que más hablaba. Creo que hasta llegó a admirarle. Todo lo que decía Benito le parecía bien. ¡La de veces que les daban las tantas de palique! Bueno, perdonen… —Retomó el hilo de la narración—. Peleamos, luchamos, estuvimos en mil y un fregados y sobrevivimos. Los seis. Al menos hasta lo del Ebro. Ahí… —Se detuvo y les preguntó —: ¿Quieren un vaso de agua?

—No —dijeron ellos al unísono.

—Yo lo necesito. Se me seca la garganta.

Se levantó y salió de la habitación. Fortuny iba a decir algo, pero Miquel se lo impidió. Señaló la puerta. Su compañero asintió y calló. La espera silenciosa no fue muy larga. Ricardo Casals regresó con un vaso de agua en las manos. Ya había bebido antes de volver a llenarlo,

porque lo dejó encima de la mesa sin tocarlo.

Reemprendió su relato sin más.

—La batalla del Ebro fue larga, muy larga, y penosa, muy penosa. Empezó en verano y acabó ya en otoño, cuando estábamos desgastados y enfrentados al fin. Fue en una escaramuza, de esas en las que ahora avanzan unos, ahora avanzan los otros, cuando quedamos separados del resto. No sabíamos dónde estábamos y nos alejamos del frente para no tropezar con los nacionales y acabar muertos. El río y su curso era nuestra única referencia. No diré que anduviéramos perdidos, pero casi, al menos al comienzo. Y entonces… —Abrió las manos como si hablase de una explosión silenciosa—. Dimos con aquella ermita en ruinas. No quedaban más que cuatro piedras amontonadas. Era ideal para refugiarse y pasar la noche. No sé si había caído una bomba o qué, pero encontramos una especie de pasadizo, un túnel, a cielo abierto. Nos metimos por él y… bueno, allí estaba, el saquito, que ni siquiera era muy grande. Un saquito con cálices de oro, joyas de una o más iglesias, porque era imposible que aquel tesoro perteneciera únicamente a una parroquia. Más bien parecía la suma de varias, decididas a mantenerlo oculto de nosotros. También había anillos, collares y pulseras aderezadas con piedras preciosas, relicarios de plata, objetos dados por más de una feligresa rica en pago de promesas, milagros o lo que fuese. ¿Cuántas viudas piadosas daban lo que tenían antes de morir para ganarse el cielo? Al peso debían de ser unos diez o doce kilos. ¿Se imaginan? —Los miró con los ojos muy abiertos—. Seis desgraciados que en plena guerra se encuentran un tesoro así. Lo inimaginable.

—Y se lo llevaron.

—¡Claro que nos lo llevamos! —Se excitó el hombre ante la pregunta de Miquel—. ¡Dejarlo allí era de locos! ¡Lo habrían encontrado otros! Una explosión debió de hundir la galería, lo que fuese, el caso es que lo dejó prácticamente a la intemperie. ¡Nos lo llevamos para quedárnoslo! ¿A quién se lo íbamos a dar?

—Pero ir con eso por ahí, en plena guerra, también era una locura. En el caso de haber sido descubiertos, incluso les habrían fusilado por presuntos saqueadores.

—Conocíamos ese riesgo, así que lo que hicimos fue movernos todo lo que pudimos al día siguiente, hasta llegar a un lugar apropiado y enterrarlo de nuevo donde nadie pudiera encontrarlo.

David Fortuny arqueó las cejas.

Miquel no movió ni un músculo.

—Hicimos seis mapas, uno para cada uno, a fin de poder hallarlo pasara el tiempo que pasase. Y juramos solemnemente que nadie tocaría aquello si no era en presencia de los demás. Nos conjuramos los seis, ¿entienden? Cuando acabase la guerra, los supervivientes debíamos reunirnos e ir a por el tesoro. Ése era el plan y todos estuvimos de acuerdo.

—¿A quién se le ocurrió?

—Pues… no sé, fue un consenso. Nos miramos, dijimos «¿qué hacemos?», y uno a uno llegamos a la misma conclusión. Tras eso buscamos la forma de reunirnos con nuestras tropas y, justo cuando lo hicimos, llegó la tragedia. Fue casi como si el tesoro nos hubiera traído mala suerte. Toda la guerra sin un rasguño, los seis estábamos de una pieza, ni siquiera nos habían herido. Nada. Y de pronto…

—¿Pedro?

—Sí, Pedro —masculló Ricardo Casals—. Un disparo fortuito. Ni siquiera supimos de dónde venía. Le alcanzó en plena cabeza. Nos quedamos muy impresionados. Casi fue… un despertar. Sí, exacto, un despertar. En un momento éramos seis amigos, seis milicianos, y al instante uno estaba tendido en el suelo sin vida. Un golpe atroz. Y no el único. El siguiente llegó apenas dos semanas después. —Tomó el vaso de agua y le dio un largo sorbo. Volvió a dejarlo en la mesa antes de seguir hablando—. Íbamos en fila india. No sé si fue una mina o una bomba enterrada sin explotar, pero era como si estuviese ahí esperándonos. Yo iba el primero, pude pisarla, pero no lo hice. Pasé por encima. Detrás de mí iba Isidoro, luego Benito, Baltasar y José María. Esa mina fue la que prácticamente nos acabó de matar, en el sentido literal de la palabra. Isidoro la pisó y… Cuando reaccionamos, la imagen era dantesca. Isidoro sin piernas por debajo de las rodillas, Benito alcanzado en el bajo vientre y también sangrando con profusión. Baltasar y José María quedaron indemnes. A mí se me clavó

la metralla en la espalda; nada grave, pero sí muy doloroso por la cantidad.

—Entonces, Benito fue herido.

—Sí, aunque no de muerte.

—Perdone, siga —le pidió Miquel.

—Baltasar y José María nos sacaron del embrollo. No sé dónde encontraron un carro medio roto, pero lo hicieron; nos cargaron en él y lo empujaron no sé cuántos kilómetros hasta dar con los nuestros y llevarnos a un hospital de campaña. No morimos de milagro, Benito desangrado e Isidoro por lo de sus piernas. El problema era que los nacionales habían roto el frente y se nos venían encima, aunque la batalla todavía iba a durar mucho más. Por lo menos todavía hacía calor. Una vez en el hospital todo fue agonía. Por un lado, Baltasar acabó de volverse loco, dejó de hablar, se encerró en sí mismo y escapó de todo aquello; Isidoro estuvo en coma varios días; y yo estaba boca abajo todo el tiempo, por la metralla de la espalda. La tengo hecha un mapa. —Sonrió sin ganas—. La última vez que vi a José María me dijo que la guerra estaba perdida y que se volvía a su pueblo con los suyos para esconderse allí y esperarnos. Vino a ser como un punto de encuentro: Vinyata. Luego también vi a Benito por última vez. Aún le costaba caminar. Me dijo que tenía que ayudar a su hermano. Ésa era su mayor preocupación. Quería dejarlo a salvo. «¿A salvo? ¿Dónde?», le pregunté. Y me contestó que en algún hospital para enfermos mentales. Éramos milicianos, no soldados profesionales. Benito se marchó, como había hecho José María. Nos quedamos Isidoro y yo, y…

—Llegaron los nacionales.

—Sí. —Tomó un segundo sorbo de agua—. Llegaron ellos y nos cogieron. Luego nos separaron y di por muerto a Isidoro, porque no volví a saber de él. Para mí entonces comenzó el calvario, preso, de una cárcel a otra entre el final de la guerra y los años siguientes. Ya saben cómo funcionaba aquello: podían declararte «adicto», «dudoso» o «desafecto». Se pedían informes a la policía, la Guardia Civil, vecinos, curas o maestros de escuela que pudieran conocerte y dar fe de ti. Y, en medio, el tiempo. No les importaba que te pudrieras

semanas, meses, años. Al final te encuadraban en alguno de los cuatro tipos establecidos, A, B, C o D: adictos o no hostiles al Movimiento Nacional, desafectos sin responsabilidad, desafectos con responsabilidad y criminales comunes.

Miquel lo recordaba bien. Hablaba Ricardo Casals, pero se oía a sí mismo contando lo mismo. A los del tipo A se les consideraba como combatientes forzados, movilizados por la República en contra de su voluntad. En la mayoría de los casos se les ponía en libertad o se les incorporaba al Ejército Nacional para que cumplieran tres años de servicio militar. Los del tipo B iban directamente a los campos de concentración y terminaban en los Batallones de Trabajo, aunque siempre era posible revisar su condena si aparecían nuevos datos acerca del individuo, sobre todo si probaban cualquier delito. Los del tipo C eran los republicanos fieles, con cargos de responsabilidad, desde periodistas o escritores hasta funcionarios pasando por sindicalistas o dirigentes políticos. Se les acusaba de «rebelión militar», se les sometía a juicio sumarísimo, individual o colectivo, y se les condenaba a muerte o a penas de doce años y un día, veinte años y un día, treinta años y un día…

Un día, un día, un día…

Volvió a concentrarse en las palabras de su anfitrión.

—Ni siquiera sé cómo sobreviví, porque dos veces se dictó mi sentencia de muerte y las dos fue revocada. Todavía no sé por qué. Y, mientras, cada noche pensaba en el tesoro, todo aquel oro enterrado. Eso también me mortificaba. ¿Cuántos seguíamos vivos? ¿Cómo podíamos ir a buscarlo en nuestra situación? Habíamos rozado la felicidad con la punta de los dedos y nos la habían arrebatado sin más. Era tan cruel como duro. —Su voz sonaba áspera—. Después, con el paso de los años, empecé a tener mis dudas. Uno soporta un año, dos, tres encerrado. Al final, el tiempo ya se te confunde en la cabeza y la amargura es tanta… Tuve tres juicios, no se probaron delitos de sangre, no me fusilaron y un buen día salí libre.

—¿Fue a por el oro?

—Primero me vine a Barcelona. Me dijeron que Isidoro estaba muerto, pero no era verdad. Sus padres y su hermana lo tenían más o

menos protegido, como si todavía pudieran cogerlo y fusilarlo. Al final descubrí que seguía vivo. Se había casado con una inválida, como él. Ni se le había ocurrido ir a por el tesoro, no solo por su situación, sino porque estaba seguro de que alguno de los otros ya lo habría hecho. Le dije que iría yo, y que le daría su parte. Hice el viaje y…

—Nada.

—Exacto: nada.

—Pudo haber sido José María.

—Fue lo primero que pensé, así que viajé hasta Vinyata. Allí su mujer, Juana, me contó que lo habían fusilado ya antes de acabar la guerra, cuando en el pueblo cambiaron las tornas. Masacraron a los últimos rojos en la misma tapia del cementerio, aunque del otro lado. Cayeron en una fosa común ya preparada y eso fue todo. Ahí siguen y seguirán enterrados.

—José María no pudo ir a por el oro.

—Fue, pero para cambiarlo de sitio. Por eso yo no lo encontré.

—¿Cómo que lo cambió de sitio?

—Ésa es la segunda parte de la historia, y por lo que creo… —arrugó la cara—. No, no lo creo: es por lo que sé que Benito se lo quedó todo. Resulta que, estando José María en Vinyata, apareció Benito, ya sin Baltasar. Desaparecieron los dos unos días y luego José María regresó solo. Lo mataron nada más llegar esa segunda vez.

—Pero ¿por qué iban a cambiarlo de lugar? —preguntó esta vez Fortuny.

—Se me ocurren algunas teorías, todas coherentes con la situación. La más realista es que temieron que el mapa de Isidoro hubiera caído en otras manos. La más lógica… que Benito y José María, que ya le he dicho que se habían hecho muy amigos, decidieron repartirse el pastel ellos solos. Seguro que, con el cambio de emplazamiento, hicieron otro mapa. Sin embargo, la mujer y los dos hijos de José María vivían tal como se espera de una familia en un pueblecito perdido. Le mentí lo del oro y se quedó muy sorprendida. Me dijo que su marido ni siquiera le había hablado de él la primera vez, y la segunda ya no tuvo tiempo.

—¿La creyó?

—Viendo cómo vivía, sí. ¿Por qué no iba a hacerlo? Lo más seguro es que su marido no quisiera meterla en problemas o que se hiciera ilusiones, o que decidiera esperar el momento oportuno y al ser asesinado no tuviera tiempo.

—¿Y el mapa de José María?

—Debía de llevarlo encima al ser fusilado.

—Entonces el único que queda… —Dejó sin acabar la frase el detective.

—Benito —afirmó Ricardo Casals—. Una vez visto en Vinyata, ya nadie supo de él. ¿Comprenden ahora por qué sostengo que nos robó? Isidoro y yo estamos vivos. Merecíamos algo más.

—Florencio Delmás nos dijo que Benito le escribió una carta en 1940.

El dueño de la casa levantó las cejas.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Lo ve? ¡1940! ¿Desde dónde? ¿Y qué le decía?

—Desde Manresa, donde está internado Baltasar. Le decía que no volvería, que le perdonase, que le escribía únicamente para que supiera que no había muerto.

—Hijo de puta… —Bajó la cabeza.

—También le habló a Montserrat en su última carta de una epifanía, que había encontrado a Dios y le había perdonado.

—¿Seguía hablando de Dios?

—Sí.

—A veces parecía un santo.

—No mencionaba lo del oro, más bien era un acto de contrición.

Ricardo Casals se pasó la mano sana por la cara y se presionó los ojos. Pareció súbitamente cansado.

—Aquella última vez que le vio, ¿le pareció distinto? —preguntó Miquel.

—No lo sé. —Suspiró—. Yo estaba boca abajo, me costaba verlo, y él aún caminaba muy mal, vendado desde el vientre hasta la mitad de los muslos. Imagino que, con la explosión, casi se le saldrían las tripas.

No había mucho más de qué hablar. La historia estaba ahí, flotando

entre los tres. Ricardo Casals se acabó el vaso de agua, y eso fue como el pistoletazo final. Se tanteó el vendaje de la mano derecha con la izquierda y se relajó.

—Una vez comprobé que el oro había desaparecido, traté de no hacerme mala sangre —dijo más para sí mismo que para ellos—. Conocí a Rosa, nos casamos… ¿Qué otra cosa quedaba? Había que seguir. Ni siquiera voy a ver a Isidoro, ¿para qué?, ¿para recordar aquello? Lo tienen medio escondido y al que pregunta le dicen que ha muerto. Tienen miedo, y lo tendrán siempre, pasen los años que pasen. Ustedes…

—Sentimos esto, en serio —dijo Fortuny.

—Entiendo a Montserrat, pero su presencia aquí, ahora, es tan desconcertante… Van a volver a abrir heridas. —Fue hundiéndose más en su abatimiento—. Encima esta mierda de país que tenemos ahora… —Los miró todavía con temor, pero remató la frase—: Nos dieron bien por el culo, ¿verdad? A todos.

—Las cosas del pasado nunca desaparecen ni acaban de morir —aseguró Miquel.

—Si encuentran a Benito, o aunque no lo encuentren, si le dicen a Montserrat que él está vivo, ¿qué? ¿No se casará de nuevo?

—No lo sabemos.

—Curioso trabajo el suyo. Hagan lo que hagan, pueden causar un problema más que dar con una solución.

Miquel miró a David Fortuny. No hubo más.

Ricardo Casals volvía a tener la garganta seca.

Y el vaso de agua estaba vacío.

25

La pregunta de Fortuny llegó nada más pisar la acera.

—¿Qué opina?

—Aún lo estoy procesando todo.

—Qué historia, ¿no?

—Por completo inesperada.

—Pero bueno, lo de ese tesoro es la clave.

Miquel no contestó. Trataba de encajar piezas en un imaginario marco temporal.

Caminaron despacio en dirección a la moto.

—Parece claro que Benito García se llevó ese oro, y luego ya decidió no volver, ni con su esposa ni con su amante —insistió el detective—. Se largó fuera de España, porque aquí no podía sentirse seguro de nada.

—¿Y qué tiene que ver eso con su «epifanía»? —espetó Miquel.

—Igual lo de la carta era una trola.

—¿Se inventó su conversión para despistar?

—Sí.

Miquel cinceló una mueca en su cara.

—No creo —dijo—. A mí esa carta a su mujer me pareció muy sincera.

—Para convencerla.

—¿Le hacía falta montarse esa película?

—Bueno, no sé —vaciló Fortuny—. La gente suele complicarse la vida y, a veces, algunos se buscan excusas de lo más perentorias y enrevesadas, para ser o parecer más convincentes.

—No tenía por qué buscarse excusas. Le bastaba con desaparecer a la chita callando. Le escribió la carta a Montserrat después de haber sido herido.

—A ver, Mascarell. —Quiso dejarlo claro su compañero—. A

Florencio Delmás lo hizo en 1940. No es lo mismo que con su mujer. ¿Eso no le dice nada?

—Me dice que tenía prioridades, que prefería que Montserrat no sufriera pero necesitaba decirle algo a su amante, no que se llevara el oro de sus compañeros y empezase de nuevo en otro sitio. Podía dejar a uno o a otro, pero a los dos… No, lo de la epifanía, Dios y todo lo demás, tiene la pinta de ser sincero. Por eso no me encaja lo de que él se llevara el oro.

—Pues si no fue él, ya me dirá.

—Queda Baltasar.

—Cuando le veamos saldremos de dudas acerca de su estado —repuso Fortuny.

Se habían detenido junto a la moto sin darse cuenta, y seguían hablando inmersos en sus disquisiciones, haciendo gestos con las manos.

Miquel miró la hora. La conversación con Ricardo Casals les había llevado mucho más de lo esperado y la mañana estaba muy avanzada.

—¿Nos vamos hoy o lo dejamos para mañana? —inquirió el detective.

El suspiro fue prolongado.

—Lo de Isidoro hay que tomárselo con calma, así que nos vamos hoy a por Baltasar. Y, por supuesto, hay que pasarse por Vinyata luego. Naturalmente mañana. Ahora es esencial. Hemos de hablar con la mujer de José María.

—¿Y si resulta que Benito está allí, escondido o con otro nombre?

Miquel no respondió a la duda. Pero añadió:

—Alguien ha de tener las respuestas que necesitamos.

—Creía que la única respuesta que necesitamos es la de saber si Benito García vive o no.

—Para llegar a ella hay que pasar por las demás —sentenció Miquel.

—Dudo que la mujer de José María pueda aclararnos nada. —Se mostró insatisfecho Fortuny.

—Es un cabo suelto.

—Sí, lo sé: no hay que dejar cabos sueltos ni dar nada por seguro sin comprobarlo.

Miquel le palmeó un hombro.

—Acabará siendo un buen detective —manifestó.

—¡Lo que hay que oír! —protestó David Fortuny montándose en la moto—. Vamos, suba.

—No, mejor separarnos y ganar tiempo. Quiero llegar a Manresa a una hora decente, no sea que el sanatorio tenga un horario y nos veamos obligados a quedarnos allí ya de entrada. Su casa está más cerca. Vaya a por sus cosas y yo iré a la mía. De paso, aunque todavía es temprano, coma algo. Yo haré lo mismo. Me recoge cuando esté y nos vamos.

—¿Algo más, marqués?

—De jefe a marqués. No está mal.

—¡Venga, hasta dentro de un rato!

Arrancó la moto y se apartó de la acera. Miquel lo vio alejarse. Parecía feliz y contento como unas pascuas. En cambio a él, la idea de hacer un viaje, por corto que fuera, metido en el sidecar, se le antojaba espantosa. Y Manresa quedaba cerca, pero Vinyata…

Recordó el viaje a Olot de junio del año anterior. Su primera experiencia.

Ahora ya se iba acostumbrando, aunque sabía que nunca lo haría del todo.

Se acercó a la acera y detuvo al primer taxi que pasó cerca de él.

26

Primero fue a la mercería. Patro dejó a Raquel con Teresina unos minutos y se marchó con él para echarle una mano. Miquel le dijo que no era necesario, pero ella insistió. Cogió un par de mudas, una camisa y un pantalón de recambio.

—¿Y para abrigarte? Vete a saber la temperatura que hará por ahí, y más en ese pueblo perdido.

—Seguro que a sus habitantes no les parece tan perdido.

—Tú me entiendes, ¿no?

—El chaquetón me vale —la tranquilizó—. En la moto iré protegido por el plástico ese con el que me tapa.

—¡Por Dios, qué agobio!

—Sí, eso sí. —Puso cara de circunstancias.

—¿Por qué no te pones ya un jersey?

—De acuerdo —lo aceptó—. Pero si no he pillado diez pulmonías yendo en ese trasto hasta hoy…

Pensó en otra cosa: en el frío agobiante de los inviernos en el Valle de los Caídos. Pero eso prefirió callarlo. Si había sobrevivido a eso todos aquellos años, significaba que casi era a prueba de bombas.

—Si vais a formar equipo de verdad, y cada vez estás más metido, deberíais tener un coche para casos así —insistió Patro con firmeza.

—Se lo dije a Fortuny, pero creo que quiere más a esa moto que a Amalia. Además, cuesta un dinero que no sé si él tiene. A veces me da que la rica es ella. Debe de conservar su patrimonio. Tampoco sé si nos lo venderían a crédito. Yo no puedo dar la cara y él, con el brazo izquierdo imposibilitado, no sé si podría conducir un automóvil igual que la moto, que está adaptada o algo así.

La bolsa estaba ya preparada. David Fortuny llamaría de un momento a otro. Patro se lo quedó mirando como si se marchara a la guerra.

No, no iba a la guerra, pero sí a desenterrar nuevos y viejos fantasmas de ella.

—No me gusta que te vayas. —Le echó los brazos al cuello.

—Ni a mí dejarte sola.

—Yo no estoy sola, tengo a Raquel. Y si me apuras, a Teresina. Pero tú, por esos mundos de Dios…

—Mujer, que estamos en 1952.

—Como si eso fuera una garantía. —Le dio un beso rápido.

Se quedaron mirándose en silencio.

Un silencio de matrimonio cómplice.

Lo rompió de nuevo Patro.

—Me gustaría ir al cine el domingo.

—¿Anuncian buenas películas?

—Hay varias, y todas tienen muy buena pinta: *Flecha rota* con James Stewart, *Stromboli* con la Bergman, *Gran Hotel* con la Garbo, *Pandora* con Ava Gardner…

—Siempre escoges tú. La que quieras.

Patro siguió abrazándole, como si no quisiera soltarle.

—Cuando son policiacas escoges tú.

—Deformación profesional. De todas formas, no hay muchas. La mayoría son románticas o de aventuras. —Le tocó a él besarla—. Ir al cine es lo que más me gusta de estos años, ya lo sabes.

—¿Lo que más?

—Bueno, lo segundo.

Seguía la sensación de que no se iba por un par de días, sino mucho más tiempo y más lejos incluso que a Manresa y Vinyata. Ahora, en lugar de un beso se abrazaron con intensidad. Miquel aspiró el suave aroma de ella, siempre limpio y fresco. Patro le acarició la nuca y le habló al oído.

Llevaban cuatro años y medio juntos, pero ya parecía toda una vida.

—¿Recuerdas la primera noche, cuando hicimos el amor y me diste la gargantilla?

Miquel estuvo a punto de decir que el amor se lo había hecho ella a él.

Prefirió callar.

—Claro —se limitó a asentir.

—Esa noche renací, recuperé la esperanza.

—Lo hicimos los dos.

—Pero pensaste que me entregaba a ti por lástima, porque yo hacía lo que hacía y no me venía de un hombre de más o de menos. —Se estremeció al decirlo.

—¿Por qué hablas ahora de eso? —le susurró él.

—No lo sé —musitó ella.

—Mira, me di cuenta al momento de que no era así, que había algo más. Y lo he ido entendiendo mucho mejor con los años. Aquella noche me bastó con verte la cara, descifrar tu mirada.

—Me enamoré en ese momento, Miquel. Por eso te ofrecí que vivieras conmigo. Parecía una locura, pero… —Se separó para mirarle a los ojos—. ¿Sabes? Puedo entender eso de la «epifanía» de ese hombre al que buscáis. Hay instantes que te cambian la vida, te la vuelven del revés.

—¿Como la del primo de Ramón?

—Lo mismo.

—Sí, es curioso. —Miquel lo reflexionó—. En esos dos casos incluso hay un patrón común. Te conté anoche que a Benito García lo hirieron, lo mismo que a Ricardo; en cambio Isidoro perdió las piernas. Pudo haber pisado esa mina o esa bomba cualquiera de ellos, pero le tocó a Isidoro. Y tanto Benito como Ricardo pudieron haber muerto por la metralla, pero se libraron.

—Esas cosas te dan que pensar. Es imposible salir indemne mentalmente de ellas —mencionó Patro—. El que muere, muere, pero el que sobrevive… seguro que no deja de preguntarse: «¿Por qué yo?».

—¿Crees que por eso decidió llevarse el oro del grupo?

—Encontrar a Dios, todo eso del perdón… No casa con robar, ¿no te parece? Ha de haber algo más.

—Tendrías que ser detective, como yo. —Sonrió Miquel.

—Bueno, tampoco lo hice mal con lo de Dalena hace dos meses.

—Desde luego.

Sonó el timbre.

David Fortuny.

Miquel le dio un último beso rápido y recogió la bolsa. Antes de salir de la habitación, Patro recordó algo.

—¿Qué le digo al del cuarto de baño? Vendrá hoy.

—Que sí, claro.

—¿Seguro?

—¿Por qué me lo preguntas? Tienes razón, será fantástico. Y hemos de pensar en Raquel, darle lo mejor. Te mereces tu bañera.

—Y el bidé.

—Y el bidé —asintió Miquel.

—Gracias.

—¡No seas tonta! —Casi se enfadó.

Volvió a sonar el timbre.

Hora de irse.

Miquel se dirigió a la puerta seguido por ella, tanto para despedirse como para regresar a la mercería.

27

El trayecto hasta Manresa se complicó por un pinchazo en una de las ruedas. La del sidecar. A Miquel lo que menos le gustó fue el comentario de David Fortuny.

—Debe de ser el sobrepeso.

—¡A que me vuelvo a Barcelona! —le endilgó Miquel.

—¿Qué he dicho?

—Me acaba de llamar gordo.

—¿Yo? ¡Solo he dicho que yendo dos y con las bolsas, vamos más cargados!

—¿No es lo mismo?

—¡Ande, calle, calle, que todo se lo toma según le conviene! ¿De pronto se siente gordo?

—¿Yo? No.

Entre la discusión y cambiar la rueda, perdieron casi cuarenta minutos. Más luego buscar un taller para que le repararan el pinchazo, por si acaso.

Cuando llegaron a Manresa y finalmente dieron con el sanatorio mental, se lo encontraron cerrado.

—¡Maldita sea! —protestó Miquel.

—No se ponga de mal humor —le recomendó Fortuny—. Saliendo a la hora que hemos salido, más el pinchazo, era de cajón que íbamos a tener el tiempo justo.

El sanatorio mental, al menos visto desde la calle, consistía en un complejo formado por un gran edificio feo y gris, de fachada larga moteada por las ventanas de las habitaciones repartidas en cuatro plantas, todas enrejadas, y una iglesia modernista con un campanario que sobresalía veinte metros por encima del techo. Parecía claro que, en otro tiempo, aquello había sido un convento y lo habían reconvertido en un almacén de residuos humanos.

Locos.

Hitler había tratado de borrarlos del mapa, junto a otros «sobrantes», de una manera mucho más drástica.

Entraron en la iglesia y abordaron a la primera persona con la que se encontraron, una monja con un hábito gris hasta los pies y una cofia aparatosa envolviéndole la cabeza. La cara le quedaba aprisionada desde la frente a la barbilla, incluyendo las orejas. La cofia era blanca y tenía dos alas enormes a los lados. Parecía un pájaro a punto de echar a volar. Además, era una monja minúscula, así que el rostro quedaba aún más empequeñecido, con dos ojos huidizos, una nariz reducida a la mínima expresión y una boca por la que difícilmente pasaba una aceituna en posición de descanso.

Pero era afable y simpática.

—¿El sanatorio? ¡Oh, por las tardes nunca hay visitas! Los internos cenan a las seis y se acuestan a las ocho. ¿Pueden pasar mañana? ¿A quién han venido a visitar?

Le dieron las gracias sin contestar a sus preguntas y salieron de la iglesia.

—¿Y ahora qué? —preguntó Fortuny.

—A buscar una pensión —respondió Miquel.

No tuvieron que preguntar. Se internaron por Manresa y a las primeras de cambio vieron un rótulo: PENSIÓN MINORISA. El detective aparcó la moto y los dos recogieron sus precarias bolsas de viaje.

—Desde luego, parecemos dos pobres —refunfuñó Miquel.

—¿Me va a dar la noche?

La mujer de la recepción era grandota y de buen vivir, mejillas sonrosadas, cara redonda, manos rollizas. Los miró como si fueran maná caído de cielo.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. Dos caballeros.

Los dos caballeros se acodaron en el mostrador. David tomó el mando ante la indiferencia de Miquel, que de pronto parecía sumido en uno de sus distantes silencios.

—Querríamos dos habitaciones.

La mujer puso la misma cara que si le hubieran pedido diez mil pesetas.

—¿Dos? —repitió—. Imposible.

—¿Por qué? —se extrañó Fortuny.

—Porque estamos en época de recogida y todo está lleno. —No les explicó a qué clase de recogida se refería—. Y tienen suerte de que haya una libre porque dos obreros se han despedido esta misma mañana, que si no… Ya los veía yo durmiendo al raso, en la plaza o en el bosque.

—Pero será doble —se agitó Fortuny.

—Eso sí —lo aclaró ella.

La siguiente pregunta la hizo Miquel.

—¿Dos camas?

—De matrimonio. —Y, al verle la cara, se apresuró a aclarar—: Pero pueden separarse. La chica lo hace en un santiamén y las deja individuales.

Miquel se calmó.

A pesar de ello, su compañero no dejó de pincharle.

—Venga, hombre, que el roce hace el cariño.

Ni la habitual mirada incisiva de Miquel, capaz de amilanar a un toro, hizo ya mella en él.

—¿Se quedan? —quiso saber la mujer.

—Sí, sí. No es cosa de dar vueltas por ahí sin más.

—Ésta es una buena pensión, limpia y cómoda —la defendió ella—. ¿Me dejan sus papeles?

Mientras tomaba nota de sus datos, Miquel siguió mudo. Fortuny, en cambio, estaba dicharachero y amigable. Todavía hizo un par de comentarios más antes de que ella les diera la llave de la habitación. Era la 207.

—¿Para cenar?

—Aquí cerca hay un par de buenas tascas donde se come muy bien. Si quieren algo más serio, en plan tenedor y cuchillo, puedo indicarles un restaurante, aunque queda un poco lejos.

—No, no, ya nos está bien. ¿Verdad, Mascarell?

El gruñido equivalió a un sí.

—No tenemos servicio de desayuno —acabó de aclararles la mujer —. Pueden tomar algo mañana donde cenen esta noche. Suban y aviso

a la chica para que vaya a por lo de las camas. Ah, el baño lo tienen al final del pasillo en cada planta.

Subieron a la segunda planta. La habitación era sencilla pero cómoda. La cama, un armario, una mesita, un perchero, una jofaina y la ventana con gruesos porticones. Olía a limpio; por lo menos el ambiente, porque en cuanto Miquel cogió una almohada se puso a toser por el tufo a tabaco.

—Tendré que ponerle una toalla encima —rezongó.

—¡Mire que se ha vuelto fino! —Abrió los brazos Fortuny—. ¡Como si siempre hubiera dormido en un palacio! ¡Me recuerda el cuento de la princesa y el guisante!

No hubo respuesta porque apareció «la chica». Era una morenita de unos veinte años, evidentemente hija de la dueña por el parecido. No le faltaba atractivo, rostro juvenil, ojos vivarachos, labios bonitos. Tampoco carácter. Debía de lidiar cada día con todo tipo de clientes. David Fortuny se animó.

—¿La ayudo? —se ofreció al ver que ella empezaba la operación de separar las dos camas.

—¡Oh, no, gracias! Puedo sola.

—Se la ve fuerte, sí.

—¡Usted dirá!

La enésima mirada de Miquel impidió que Fortuny siguiera haciéndose el simpático con la muchacha.

El detective cerró la boca.

—Su madre nos ha dicho que aquí cerca hay un par de buenas tascas para tomar algo —dijo Miquel.

—A mí la que más me gusta es Ca l'Andreu, según se sale a mano izquierda, a unos cincuenta metros. Claro que también es donde trabaja mi novio. —Le brillaron los ojillos al decirlo.

—¡Los hay con suerte! —recuperó el habla Fortuny.

—Gracias, muy amable. —Miquel le tomó del brazo y le empujó hacia la puerta.

El detective protestó ya en el pasillo.

—¿Qué? ¿He dicho algo malo?

—¿Es que no puede parar? Teresina, esa chica… ¡Se le van los ojos!

—¡Por eso no me caso, porque tendría que ir con esa cosa que llevan los caballos en la cabeza, para mirar al frente y no a los lados! —Recordó la palabra de golpe y añadió—. ¡Las orejeras!

—¡Da igual que no esté casado! —Siguió empujándole escaleras abajo—. ¿Y el respeto por Amalia?

—¡Pero si no hago nada malo! —gritó su compañero—. ¡Soy simpático, algo que usted…!

Dejaron de discutir al pasar por delante de la mujer del mostrador.

—¿La habitación bien?

—Sí, señora; perfecta, gracias —contestó rápido Fortuny por si a Miquel se le ocurría quejarse por el olor a tabaco.

Salieron a la calle. Con la puesta de sol, fuese primavera o no, la temperatura había caído casi en picado. Era temprano para cenar, pero la alternativa consistía en quedarse en la habitación sin nada que hacer. Caminaron los cincuenta metros indicados por la muchacha y enseguida llegaron a la puerta de Ca l'Andreu.

La franquearon.

Se encontraron en un ambiente cerrado, lleno de humo y voces, abigarrado, con una clientela predominantemente masculina, la barra llena y apenas dos mesas libres, junto a la pared más alejada ambas. Al fondo había billares y algunas mesas con partidas de dominó y cartas.

—¡Ay, Dios! —gimió Miquel empezando a toser.

28

A Miquel se le fue pasando su sombrío acceso de melancolía y mal humor al probar la cena. El ambiente seguía siendo escandaloso y el aire lleno de humo podía cortarse con un cuchillo. Pero si algo tenían los pueblos grandes, o las ciudades pequeñas, era que todavía se comía bien. El surtido de embutidos y butifarras fue de impresión. El pan con tomate, maravilloso y en su punto. Incluso la sopa, de primero, le dejó en el paladar aromas y sabores olvidados. Lo único que no quiso su compañero fue beber el vino en porrón.

Dijo que eso mareaba mucho y prefirió una botellita.

—¿Cuál será el novio de la chica? —se preguntó Fortuny al poco, mirando a los camareros, uno en la barra y dos atendiendo a las mesas.

—¿Y a usted qué le importa?

—No, curiosidad. Por ver si hacen buena pareja.

—¡Mire que es cotilla!

—¿Y qué quiere que hagamos aquí? —Acabó de beberse su tercer vasito de vino, paladeándolo como si fuera ambrosía—. ¡Hay que ver lo bien que pasa esto!

—A ver si va a pillar una cogorza.

—No, es suave. —Se escanció el cuarto de la media botella que habían pedido, de la que apenas quedaba nada—. Éste no es de los que se suben. Además, yo tengo aguante.

—Por si acaso, que no estoy para llevarlo a la cama a rastras.

—¿Por qué está de mal humor, hombre? ¡Estamos solteros!

—Lo estará usted.

—Sí, claro, no me he casado, pero me refiero…

—Sé a qué se refiere.

—Estamos en un pueblo. —Fortuny movió la mano derecha con los dedos abiertos—. Aquí no hay cabarets ni nada que se le parezca. Ya

me dirá qué podemos hacer.

—Es un crápula.

David Fortuny soltó una carcajada.

Fuerte.

Le miraron desde algunas mesas cercanas.

—¡No habla fino ni nada! —Se rio.

—¿Quiere que sea más abrupto?

—Usted porque está casado con una mujer guapa y no necesita más; pero hay cada uno, el pobre…

—¿Usted no tiene una mujer guapa? No me diga que Amalia no lo es.

—Ya, pero no tiene veinte años.

—Nadie tiene veinte años hoy, Fortuny —proclamó con un deje de tristeza—. Ni los que tienen veinte.

—No me líe, va.

—Contésteme una cosa: ¿qué le ha dicho Amalia al despedirse?

—Que me porte bien.

—¡Si lo conoce!

—Pero luego me ha dicho que, yendo con usted, estoy seguro.

—¿Así que soy su garantía?

—¡Hay que ver cómo le quiere Amalia, y lo mucho que le respeta! —Levantó el vaso de vino—. ¡Y yo que brindo por ello!

Casi se lo bebió entero.

Miquel le miró con desconfianza.

David Fortuny ya tenía los ojillos difusos.

Al fondo, junto a las mesas de juego al lado de los billares, se escuchó una carcajada masiva y algunos gritos. Miraron hacia allí de manera instintiva. Al detective le brillaban los ojos por el vino, pero a Miquel le picaban por el humo, lo mismo que la garganta. No recordaba haber estado en un lugar peor en este sentido.

—Qué gente, ¿eh? —Suspiró Fortuny.

—¿Qué le pasa a esa gente?

—Mírelos —adoptó un tono de falsa soberbia—. Comiendo, bebiendo, riendo… Cualquiera diría que hubo una guerra, ¿ve?

—Pues la hubo.

—Cada cual tendrá su historia.

—Eso, seguro.

—Cuando conoce a alguien, ¿nunca se pregunta en qué lado debió de combatir?

—Teniendo en cuenta quién ganó, y la de fusilados del bando perdedor… pocos deben de quedar que combatieran con la República.

—Yo no creo que fueran tantos.

—¿Ah, no? Vaya al Campo de la Bota y pregunte a los que viven cerca. Y eso solo en Barcelona.

David Fortuny bebió un poco más.

—Mascarell, Mascarell… —Pareció entonar una canción—. Sigue resentido.

—Soy un derrotado, no un resentido.

—¿No es lo mismo?

—Para mí, no.

—Si no hubiera habido una guerra, a saber cómo estaríamos ahora.

—No lo sé; pero peor, desde luego, no.

—Pero ¿usted recuerda el lío que había en el 36?

—Recuerdo que había una República, y una legitimidad, para bien o para mal. Lo que no se gana en unas urnas…

—¡Ay, Señor! —Fortuny no pudo evitar soltar una especie de hipo —. ¿Cuántas veces hemos hablado de esto? Aquello era el caos. ¿Quiere más prueba que lo que pasó en Barcelona? En lugar de combatir unidos contra el levantamiento una vez decantada la ciudad por la República, se liaron a matarse entre sí: anarquistas, comunistas, sindicalistas… ¡A tiros! Luego sí, hala, a combatir contra Franco, pero ya desgastados y medio muertos. Encima… —Las palabras empezaron a patinarle en la boca—. Lo de Durruti, por ejemplo. ¡Se fueron a recuperar Zaragoza, así, venga ya, por las bravas, como si nada! ¡Una columna de milicianos a reconquistar una ciudad! ¿En qué cabeza cabe eso? ¡No tenían ni la menor posibilidad y Franco lo sabía! ¡Es más, Franco no ganó la guerra, la perdió la República!

—¿Quiere bajar la voz? —Se preocupó Miquel.

—¡Pero si nadie nos oye, que aquí todo el mundo grita!

—Entonces yo me voy.

—¡No me sea cobardica, hombre! —protestó vehemente—. ¡Estamos hablando!

—Usted está hablando. Yo…

David Fortuny no le hizo caso.

Vació el resto de la botella en el vaso.

—¿Recuerda nuestra primera charla, el 19 de junio del año pasado?

—¡Jesús! —Le pareció imposible—. ¡Ni siquiera hace un año que…!

—¿La recuerda? —le interrumpió de nuevo—. Hablamos de usted, de mí, de su condena, de esto. —Levantó el brazo izquierdo—. Le dije que yo era un optimista.

—A usted la guerra le pilló en Sevilla. De haber estado en Barcelona…

—¡Pues habría seguido siendo policía de la República, como usted! Mire… —Se inclinó sobre la mesa para ser más vehemente de lo que ya era—. Yo no digo que esto sea perfecto, y hasta puede que el Caudillo se pase —bajó más la voz—, pero lo prefiero al comunismo.

—No habríamos sido comunistas. —Quiso dejarlo claro Miquel.

—No estoy yo tan seguro.

—La guerra mundial habría…

—¡La guerra mundial no cambió nada, y menos aquí! —se exaltó—. ¡Todo el mundo diciendo que las democracias acabarían con Franco y aquí sigue, tan pancho! ¡Es más: le están aceptando, lamiéndole el trasero! ¡Somos la reserva espiritual de Occidente! ¡Toma ya!

Iba a darle otro sorbo al último vaso de vino, pero Miquel se lo impidió.

—¡Menuda está pillando!

Fortuny sonrió de manera un tanto bobalicona.

—Estoy bien —dijo.

—¡Lo que me faltaba!

—Mascarell —adoptó un tono amable y coloquial, hablando despacio para poder articular las palabras—, se lo dije un día: usted y yo somos el ejemplo de la nueva España.

—¡No diga tonterías! —exclamó irritado.

—¡Que sí! —Movió la cabeza de arriba abajo con exagerada vehemencia—. No estamos de acuerdo, pero trabajamos juntos, y

hacemos un equipo cojonudo, no me diga que no.

—No le ha sacado partido ni nada —rezongó Miquel—. A todo, incluso a su brazo. Usted es un caradura con suerte.

—No diga eso, hombre —manifestó dolorido, con disgusto.

—Se saca una licencia de detective, me encuentra a mí, tiene una novia que no se merece…

—Soy un tipo simpático. —Sonrió de oreja a oreja.

—¡Uy, sí! —Le tocó el turno de sonreír a él.

—Si no llega a ser por mí, en junio del año pasado habría acabado en la cárcel. Y habrían tirado la llave, eso si no lo fusilan a las primeras de cambio.

—Ya le di las gracias.

—¡No vea lo que he cambiado por usted! ¡Apenas fumo, y menos si lo tengo delante, y tampoco llevo sombrero, con lo bien que me quedaba!

—¿No lleva sombrero por mí?

—Habría quedado raro, uno con y el otro sin.

—Y lo de fumar es por el asma de Amalia, no me venga con cuentos.

—Eso sí es amor, ¿verdad?

Miquel le miró con una mezcla de desaliento y cariño, pena y simpatía. Patro decía que su relación con el detective era de amor-odio.

La extraña pareja.

Esta vez, David Fortuny apuró su vaso de vino antes de que él lograra evitarlo.

—Será mejor que nos vayamos. —Se rindió Miquel.

—¡Aún no sabemos cuál de esos camareros es el novio de la chica de la pensión! —protestó Fortuny muy serio.

29

David Fortuny se tambaleó nada más poner un pie fuera de la tasca. No llegó a trastabillar, pero casi. Dio un par de pasos, se estabilizó, y miró de reojo a Miquel para ver si éste se había dado cuenta. Tenía los ojos pequeños y rojos.

—¡Qué noche! —Abrió los brazos y levantó la cabeza, como si estuvieran en pleno verano y en una playa—. ¿Vamos a pasear para estirar las piernas y bajar la cena?

—Usted se va a la cama a dormirla. —Le cogió de un brazo Miquel.

—¡Pero si estoy tan fresco!

Acababa de decirlo cuando, esta vez sí, tropezó con un saliente de la acera y rozó la más ridícula de las caídas. Acabó apoyado en la pared sonriendo de manera bobalicona.

—¡Coño! —farfulló—. ¿Verdad que se ha movido la tierra?

—La tierra no se mueve. Sigue igual. Venga, vamos.

Se dejó llevar media docena de pasos.

—Yo creo que era el que nos ha servido. Era guapote. —Volvió a la carga con lo del novio de la chica de la pensión.

—¿Quiere dejar a la gente en paz?

—¡Joder, Mascarell, déjeme disfrutar!

—Si le dejo disfrutar, acabamos en el cuartelillo de la Guardia Civil por alterar el orden público.

—No, eso no. —Se estremeció el detective.

De pronto, a Miquel le pareció que la pensión estaba muy lejos.

—Como se caiga lo abandono.

—Sí, ya.

—Usted pruebe.

Inesperadamente, Fortuny se apoyó en la pared. Se pasó la mano sana por los ojos.

Casi lo empeoró.

—Un poco mareado… sí estoy —reconoció.

—¿Un poco? ¡Le he dicho que no bebiera tanto!

—Pero si era un vinito muy suave. Pasaba como si nada.

—Siga andando, va.

—Espere, espere —le pidió sin atreverse a dar un paso—. Es… un momento.

Miquel esperó.

No había nadie por la calle. No hacía un frío excesivo, pero empezaba a notarse el relente de la noche, la humedad que iba calando en los huesos. Tampoco había mucha luz, un par de bombillas perdidas aquí y allá. En el fondo eran dos fantasmas perdidos en mitad de la nada.

Aunque les esperasen dos camas a pocos metros.

David Fortuny miró a Miquel con ojos de carnero degollado.

—Usted me aprecia, ¿verdad, Mascarell? —farfulló.

—Mucho —asintió él.

—Es mi amigo.

—Del alma.

—Se lo digo en serio, hostias.

—Yo también.

—Coño…

—¿Qué pasa, que cuando bebe suelta todo el repertorio de palabrotas?

No le hizo caso. Siguió a lo suyo.

—Además, somos la leche trabajando juntos.

—Uña y carne.

—¡Que sí! —se desesperó—. Usted sabe interrogar como nadie.

—Y usted callar como pocos.

—Si todos los de la República hubieran sido como usted…

—¿De qué está hablando? —Frunció el ceño Miquel.

—Habrían ganado la guerra.

—Las guerras no se ganan con ideas, por desgracia. Se ganan con armas y comida.

—Usted es íntegro.

—Ya.

—Yo le respeto por eso. —Movió la cabeza arriba y abajo como si le pesara una tonelada—. ¡Usted es cojonudo!

—¡Quiere bajar la voz! Si no viene la Guardia Civil nos echarán una meada desde una de esas ventanas. —Señaló las alturas.

Como si nada.

Fortuny casi parecía a punto de llorar.

—Usted es íntegro y yo… —Dejó de hablar un momento muy breve —. Yo soy un farsante…

—Está borracho, eso es todo.

—¡Pero soy un farsante! —insistió—. Usted es íntegro, yo soy un farsante y Franco un asesino.

—¡Vaya por Dios! —No pudo creerlo Miquel—. ¿Ahora me sale con estas?

—Este país merece una dictadura. —Chasqueó la lengua—. Siempre vamos a estar peleando, catalanes, vascos, gallegos, andaluces, derechas, izquierdas… Una dictadura y palo, es lo único que nos vale. Una dictadura… —hipó ruidosamente— ¡pero sin Franco ni militares!

—Pues ya me dirá cómo es una dictadura sin militares.

—Intelectuales. —Cada vez arrastraba más las palabras y sonaban menos entendibles—. Necesitamos intelectuales.

Miquel intentó cogerlo para reemprender la marcha, pero Fortuny no lo dejó. Agitó un brazo y continuó apoyado con el otro en la pared, su sostén frente al mundo que cada vez daba más vueltas en torno a él.

—La ha pillado buena. —Empezó a preocuparse Miquel.

—¿Dónde está Amalia? —El detective miró a derecha e izquierda.

—En Barcelona. ¿Dónde quiere que esté? Y nosotros en Manresa.

—Estoy enamorado de Amalia —reconoció con un segundo hipo.

—¡Pues cásese con ella!

—¡Es que la quiero!

—¿Me ha oído?

—Si la quiero ¿cómo puedo casarme con ella? —Empezó a perder los escasos papeles que le quedaban—. ¡No soy bueno! ¡No la merezco!

—Esa mujer es capaz de sacarle lo mejor.

—Es comunista —masculló antes de sonreír más y más bobaliconamente y agregar—: Las comunistas follan de la hostia… ¿sabe, Mascarell? Las de derechas son muy estrechas. —Se rio por el pareado—. Siempre con el misal, la Biblia, el rosario… Solo se abren de piernas, no sienten nada, no…

—De acuerdo, calle, ya está bien. Vámonos.

Logró cogerle del brazo y apartarle de la pared. David Fortuny no ofreció resistencia. Bajó la cabeza y se dejó llevar. Caminaron despacio, viendo dónde pisaban, hasta llegar a la pensión. La puerta estaba cerrada y Miquel tuvo que llamar. Cuando apareció la dueña y vio el estado de Fortuny, puso cara de malas pulgas.

Se cruzó de brazos delante de ellos.

Un baluarte inexpugnable.

—No me monten escándalos, ¿eh? Que ésta es una casa seria.

—No se preocupe —dijo Miquel—. En cuanto le acueste se dormirá. Y si no es por las buenas será por las malas.

Pasaron junto a ella. Fortuny dijo algo parecido a «ñasnoches» antes de soltar otro hipo y eructar sonoramente. El problema fue subirlo hasta la segunda planta por la escalera. No resultó fácil.

Por lo menos no vomitó hasta llegar a la habitación. Pudo hacerlo en la jofaina. Adiós a la cena. Miquel lo dejó luego en la cama y la llevó hasta el baño, al final del pasillo, para vaciarla y limpiarla. Aprovechó para orinar. Cuando regresó, pensó que su compañero ya estaría dormido, pero no. Tenía los ojos medio abiertos medio cerrados y hablaba solo. Una letanía en la que se mezclaban Amalia, Patro, él, la guerra, Franco…

—¿Puede desvestirse solo?

Era una pregunta de lo más estúpida.

Tuvo que ayudarle..

Cuando le quitó la camisa le vio la cicatriz del brazo izquierdo, desde el codo a la mano. Era aparatosa. Podía haberlo perdido. Fortuny se dio cuenta de la atención de su compañero.

—Aquel mortero…

—A usted no le mata ni una bomba atómica.

—¿Sabe cómo me llamaban en el hospital? —Levantó la mano y

movió los dos únicos dedos sanos—. El siete dedos. Cabrones…

—Venga, ya está. Acuéstese de una vez.

Le lanzó una mirada patética.

—Usted no se irá, ¿verdad?

—Me temo que no. —Por fin pudo arroparle—. Y ahora duérmase o le pego un tiro.

—No tiene pistola.

—La dueña de la pensión seguro que tiene una escopeta. Luego le enterraremos en el monte. Total, ya no vendrá de uno.

—Mierda de país…

Fue lo último que dijo antes de cerrar los ojos.

Su respiración se acompasó de inmediato.

Miquel se lo quedó mirando.

—Ha tenido que emborracharse para decir lo que piensa —musitó levemente.

Acabó incorporándose; abrió su bolsa, sacó el pijama, se desnudó y se lo puso. Luego colocó una toalla sobre la almohada, para tratar de tapar el denso olor a tabaco que emanaba de ella. Cuando apagó la luz y se acostó, se dispuso a pasar una noche incómoda.

Sabía por experiencia que dormir bien era lo mejor para tener la cabeza despejada.

Le tocó el turno de cerrar los ojos.

Y entonces, de pronto, fue como si un huracán envuelto en un trueno lejano se aproximara despacio hasta convertirse en un estentóreo rugido que estalló allí mismo, en medio de la habitación.

Era David Fortuny roncando.

Día 4

Viernes, 18 de abril de 1952

30

Despertó más por agotamiento que por falta de sueño. La peste a tabaco de la almohada había persistido. La serenata de David Fortuny, también. Amanecía y las primeras luces del día se filtraban por los resquicios de las contraventanas; no había persianas. Bajó los pies al suelo y constató su frialdad, así que lo primero que hizo fue ponerse los calcetines.

Su compañero dormía a pierna suelta.

No le despertó, salió de la habitación y fue al baño a hacer sus abluciones matinales. Cuando regresó, nada había cambiado. Se vistió, bien protegido con el jersey, y ya entonces sí se dedicó a poner en pie a Fortuny.

La suavidad no funcionó.

Lo hizo con más energía, no solo con la voz, también zarandeándolo.

—¡Despierte, que no tenemos todo el día!

La vuelta a la vida de Fortuny fue agitada, como si le arrancaran de un sueño profundo y le colocaran frente al mundo de golpe. Abrió los ojos y se revolvió en la cama, moviendo pies y manos, hasta quedar sentado con expresión alucinada.

—¿Qué, qué?

—¡Ya era hora!

Miró a Miquel. Le reconoció. Pero solo eso.

—¿Dónde estamos?

—En Manresa, ¿lo ha olvidado?

Tardó media docena de segundos en hilvanar los detalles. Paseó la vista por la habitación, las dos camas, la ventana. Volvió a Miquel.

—Manresa, claro —fue su conclusión.

—Levántese, aséese y vístase. Le espero abajo, desayunando.

Fortuny empezó por fin a reaccionar. O más bien lo hizo su cuerpo.

—Me duele la cabeza —dijo.

—No me extraña —rezongó Miquel.

—¿Qué pasó?

—¿No lo recuerda?

—Vagamente… Bueno, no sé…

—Se emborrachó.

—¿Yo?

—Sí, usted. Y no sería porque no le avisase. Pero como si nada. Que si el vinito pasaba bien, que si ya controlaba… Vaya noche me ha dado, primero con eso durante la cena y después con los ronquidos.

—Yo no ronco —se defendió Fortuny.

—¡No, qué va!

—Si roncase, Amalia me lo habría dicho.

—Otra prueba de que le quiere.

—¿Cómo llegué a la cama?

—¿Usted qué cree? —Se cruzó de brazos Miquel—. Le aguanté la verborrea, le subí, le ayudé a desvestirse y le acosté.

—¿Eso hizo? —Esbozó una sonrisa malévola.

—Eso hice.

—Como un padre.

—¡Váyase a la mierda! —Empezó a enfadarse en serio Miquel.

—Pues como un padre, sí —insistió el detective—. Podría serlo. Tiene sesenta y siete, ¿no?

—Lo que me faltaba por oír. —Echó a andar hacia la puerta de la habitación.

—Yo tengo cuarenta y tres, ¿no lo sabía?

—¿Ahora se quita años?

—¡Que sí, que es verdad! ¡Cumplo cuarenta y cuatro a primeros de junio!

—Mire, da igual. Voy a desayunar de una vez. No tarde o se nos complicará el día. Hay que ir al sanatorio y luego a Vinyata.

Salió de la habitación y recuperó la sensación de fastidio de la noche anterior. Cuando no estaba a gusto, no estaba a gusto. Se había acomodado. El viajecito, aguantar a Fortuny, la búsqueda de casi un fantasma como Benito García…

La dueña de la pensión estaba en su sitio, examinando un libro de cuentas. Levantó la cabeza al verlo. No le hizo la habitual pregunta de si había dormido bien ni hubo sonrisa de buenos días. Lo miró con acritud.

—No tenga en cuenta lo de mi compañero. —Miquel se vio en la necesidad de defenderle—. No está acostumbrado a salir de casa, comer bien…

—Usted parece buena persona.

—Gracias. Voy a Ca l'Andreu, como anoche. Cené de maravilla.

Le arrancó una sonrisa.

—Me alegro —asintió.

Miquel salió a la calle. Por la hora, o por lo que fuese, hacía más frío del esperado. Confió en que en el momento de ir de Manresa a Vinyata, la mañana ya estuviera más caldeada. Se abrochó el chaquetón y cubrió la breve distancia que le separaba de la tasca. Cuando entró en ella sintió una sensación de *déjà vu*, como si el tiempo no se hubiera movido. No había tanta gente como la noche anterior, pero casi. La mayoría de los parroquianos tomaban su primer café o desayunaban antes de ir a trabajar. Por lo menos no había nadie en los billares, ni tampoco partidas de dominó y cartas.

Pidió un café con leche y dos tostadas de pan de payés con tomate y algo de embutido.

—¿Un *paltruc*? —le preguntó el camarero, que era distinto a los de la noche pasada.

—¿Un qué?

—Un *bull* —se lo aclaró.

Butifarra blanca. Lo de *bull* sí, lo de *paltruc* no lo había oído nunca.

Siempre se aprendía algo.

—Sí, está bien. Y queso.

—¿De cabra?

—Bueno.

Lo dejó solo. Miró a su alrededor, por si veía algún periódico, pero aquello no era el bar de Ramón. Se contentó con esperar en silencio. Por suerte el desayuno llegó antes de lo imaginado. El café con leche caliente. Las tostadas generosas, grandes. En cuanto probó el *bull* se le

pasaron casi la mitad de las preocupaciones.

—Tampoco sé por qué las tienes —se dijo a sí mismo en voz baja mientras masticaba—. Ganas de darle a la cabeza.

De acuerdo, iba con su carácter.

Aunque maldita la gracia…

Estaba acabando la segunda tostada cuando David Fortuny entró en la tasca. Le buscó con la mirada, le vio, levantó la mano y se le acercó sonriendo.

Un tipo feliz.

—¿Qué está desayunando? —Se sentó frente a él.

—Ambrosía. Pida lo mismo, se lo recomiendo.

—Yo, lo que usted diga.

—¿Ya no le duele la cabeza?

—Un poco, pero se me pasará, tranquilo.

—No, si tranquilo estoy. Si le duele es su problema.

—Creo que anoche me pasé —reconoció.

—¿No recuerda nada?

—Algo, la cena, el vinito…

—Pues habló por los codos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dije?

—¡Uf! —soltó Miquel.

Apareció el camarero. Fue visto y no visto. Lo de «lo mismo para el señor» fue suficiente. Cuando volvió a dejarlos solos, Fortuny insistió.

—Venga, hombre. ¿Qué dije?

—Me abrió su corazón.

—¡Va, en serio!

—En serio se lo digo. ¿No sabe que los niños y los borrachos nunca mienten? Me dijo que estaba enamorado de Amalia, que la dictadura era una mierda y que el santo Generalísimo era un asesino.

David Fortuny se puso pálido.

—¿Eso dije?

—Lo único que le faltó fue gritarlo.

—¿Cómo iba a decir algo así?

—¿Lo de Amalia, lo de la dictadura o lo de Franco?

El detective tragó saliva. Era como si se sintiera acorralado.

—Es broma, ¿no? —insistió.

—Para nada.

—¡Usted me tiró de la lengua, seguro!

—Todo se lo montó solito, Fortuny. Y créame: aunque estaba como una cuba, por primera vez le habría abrazado. —Movió la cabeza como si la basculara—. Bueno, de hecho lo hice. Abrazarle, cuidarle y meterle en cama. Para una vez que se quita la careta…

Fortuny daba la sensación de estar petrificado.

—Ánimo —le dijo Miquel—. Las verdades siempre son mejores que las mentiras.

—¿Y eso qué significa?

No hubo respuesta. Lo mismo que en el caso de Miquel, el camarero reapareció llevando el café con leche y el plato con el desayuno en una bandeja de aluminio. Lo depositó en la mesa.

—¿Qué le ha parecido, caballero? —se dirigió a Miquel.

No lo pensó dos veces.

—¿Me hace otra rebanada de pan con tomate y me pone más *bull*?

31

El sanatorio ya estaba abierto cuando llegaron con la moto. La dueña de la pensión les había terminado de informar: llevaba en funcionamiento desde los años treinta. Durante la guerra había acabado siendo un hospital, pero antes de la contienda ya era un centro de internamiento para personas con problemas mentales. Lo regentaban las Hijas de la Caridad. De ahí su indumentaria y lo aparatoso de los tocados capilares, con los vuelos de las *cornettes*. Esta última palabra era un derivado del francés *cornes*, «cuernos», por las peculiares anchas alas blancas que se abrían a ambos lados de la cabeza. El espacio para el rostro era mínimo, apenas algo de frente y poco de barbilla. En medio, ojos, nariz y boca. Las Hijas de la Caridad formaban una sociedad de vida apostólica de la Iglesia católica. Fundada por Vicente de Paúl en el siglo XVII, la congregación, sin necesidad permanente de claustro, se dedicaba a la atención de los pobres y los enfermos. La mujer de la pensión, inesperadamente ducha en la materia, les dijo como remate que ese tocado ya solo lo usaban las Hijas de la Caridad.

Mientras esperaban, vieron a muchas de ellas yendo de un lado a otro, sin prisas pero sin pausas.

Al caminar, las alas blancas se movían a ambos lados de sus cabezas.

—Ángeles alados —dijo Fortuny.

Les hicieron pasar a una salita oscura, con muebles viejos, retratos pintados a mano de algunas monjas ilustres y vidrieras emplomadas representando distintas imágenes con vidrios de colores. El silencio era absoluto. Casi sobrecogía. Se sentaron en dos sillas contiguas, de madera labrada y respaldos ornamentados. Había una alfombra que recordaba tiempos mejores, descolorida y deslucida.

Finalmente, unos diez minutos después, la misma monja que les

había hecho esperar fue a por ellos.

—La madre superiora los recibirá ahora —los informó con solemnidad, como si se tratara del Papa de Roma.

Los precedió por un pasillo de techo alto y paredes gruesas. También ancho. Eso permitía la presencia de algunas estatuas de santos y columnas de alabastro con jardineras secas coronándolas. Su presencia no parecía despertar ni el interés ni la curiosidad de las religiosas con las que se cruzaron, todas recatadas y silenciosas.

Allí había enfermos.

Algunos hasta recibirían visitas.

La monja que los atendió podía tener cien años tanto como setenta u ochenta. Las arrugas que le serpenteaban la cara contrastaban con el blanco impoluto y lo alisado del tocado que la enmarcaba. Llevaba una enorme cruz colgada del pecho y tenía un rostro hermético, de ojos suaves pero labios torcidos. La voz, en cambio, fluyó con extrema dulzura.

—Buenos días. Siéntense, por favor.

Había dos sillas al otro lado de su mesa. Ella ocupaba una especie de trono, con reposabrazos amplios y un respaldo decorado con hojas de acanto afiligranadas que le sobresalía dos palmos. La mesa era de caoba, limpia y cuidada. Salvo algunos papeles y carpetas depositados a un lado, todo en ella estaba perfectamente ordenado. El despacho, como la sala en la que habían aguardado, era solemne, con un inmenso crucifijo en la pared. A Miquel casi le extrañó que no hubiera un retrato de Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España por la infinita y bondadosa, aunque no acertada, gracia de Dios.

—Me dicen que desean ver a uno de nuestros internos —volvió a retomar la palabra ella.

—Sí —dijo Miquel sin saber si llamarla madre, reverenda madre o algo parecido.

—Baltasar García Navarro.

—Exacto.

—¿Puedo saber cuál es el motivo?

—Estamos buscando a su hermano.

—¿Tiene un hermano?

—Sí, señora —optó por lo más elemental—. ¿No lo sabía?

—Este hijo del Señor nos llegó ya en su actual estado, completamente ido, sin hablar. Una de nuestras hermanas lo encontró vagando por cualquier parte. Habría muerto, a buen seguro.

—¿Dice que lo encontraron vagando?

—Así es.

—Creíamos que lo había traído precisamente él, su hermano.

—No fue así.

—Quizá lo dejó en la puerta…

—Pudo ser. —Se encogió de hombros.

—¿Y le aceptaron?

—Nosotras no hacemos preguntas, señor. Nuestra misión es cuidarlos y protegerlos. Le acogimos cristianamente, cumpliendo nuestro cometido. Nadie ha preguntado por él en todos estos años, que yo sepa. Tampoco ha dicho una sola palabra.

—Aun así, nos gustaría verle.

—Pierden el tiempo. —El tono fue de absoluta resignación.

—Hemos venido desde Barcelona por él. Por favor…

—¿Quiénes son ustedes?

La explicación, allí, sonó extraña.

—Somos detectives privados.

La monja arqueó las cejas. Los ojos brillaron curiosos.

—Una especie de policías, ¿no?

—Sí, señora.

—Reverenda madre, si no les importa.

—Perdone —se excusó Miquel.

—¿Por qué buscan al hermano del señor García?

—Para confirmar su muerte o, en caso de que siga vivo, tratar de dar con su paradero —continuó Miquel—. Su viuda lleva sin saber de él desde 1938. Es una cuestión de caridad cristiana. —Obvió decirle que la idea de «la viuda» era volver a casarse.

—Son muchos años para ponerse a buscarlo ahora, ¿no les parece? Imagino que querrá volver a casarse.

No era tonta.

—Creo que ésa es la idea, sí —concedió Miquel—. Lo lógico es que

en modo alguno quiera pecar. Es una mujer muy católica.

—Y tiene derecho a rehacer su vida, sí. —Fue amable.

—Todo indica que el hermano de Baltasar García murió en la guerra, en los días finales. Cabe pensar que fuera enterrado junto a otros en una fosa común. Pero no hay constancia, no aparece en ningún registro de vivos o muertos.

—Huiría al extranjero, como todos los malos españoles.

—Es posible.

La monja pareció haber acabado el interrogatorio. Miró fijamente a Miquel. Después al silencioso David Fortuny.

—Es inusual —dijo—. Y no siendo familiares…

—Bastará con verle cinco minutos. Aunque no hable, tal vez un parpadeo, cualquier señal… Él y su hermano Benito estaban muy unidos. Se lo ruego, denos una esperanza.

La palabra «esperanza» siempre era eficaz.

Tenía todas las connotaciones cristianas posibles.

La última pausa.

La rendición.

—Está bien —asintió con placidez—. Pero procuren no alterarlo. Es un hombre tranquilo, nunca ha dado problemas. Pero quizá si le obligan a recordar… —Se levantó de su trono con un aire de solemnidad y les ordenó—: Vengan.

Salieron del despacho y volvieron a caminar por aquellos largos pasillos. Debían de encontrarse en el ala exterior, la de la fachada, de ahí el imponente silencio. Acabaron desembocando en un claustro ajardinado, con un pozo en el centro. Había cipreses en las cuatro esquinas y el suelo estaba empedrado con piedras lisas y romas de tantos pasos perdidos dados sobre ellas. Cuando se adentraron en la zona destinada a los pacientes, los enfermos y los locos, el aspecto cambió: se hizo más discreto, paredes desconchadas, columnas desnudas, puertas que necesitaban manos de pintura. Si desde el exterior el lugar parecía grande, en el interior era inmenso. La monja acabó entrando en una habitación vacía en la que como único mobiliario había media docena de sillas y una mesa pegada a una de las paredes laterales.

—Esperen aquí, si me hacen el favor —les indicó la mujer—. Avisaré a sor Benigna, la hermana que cuida personalmente de Baltasar García. Quizá haya que arreglarlo un poco.

—Gracias —dijeron ellos al unísono.

Los dejó solos. No supieron si sentarse o quedarse de pie. Miquel optó por lo primero, por si la espera volvía a ser de diez minutos. Fortuny acabó haciendo lo mismo sin dejar de mirar la puerta con aprensión.

—Este lugar… —murmuró inquieto.

—Sobrecoge, sí.

—La de gente ida que debe de haber aquí dentro.

—Nunca había estado en un sanatorio mental —reconoció Miquel.

—Es usted la mar de fino.

—¿Quiere llamarlo manicomio?

—Es lo que es, ¿no? —Se estremeció—. Mire que La Modelo se las trae, pero esto… Es de lo más siniestro. Y esas señoras…

—Monjas.

—Sí, ya. Imagino que hacen una labor estupenda, cuidándolos, pero qué quiere que le diga. No hay ninguna guapa.

—Fortuny…

—¡Es la verdad! ¡Y con esos uniformes, esas togas y casquetes blancos, con sus alas…!

—Hay que ver qué poco católico es —se burló Miquel.

—Ni que usted fuera un meapilas.

La puerta se abrió y callaron de golpe.

El hombre que entró por ella iba sentado en una tosca silla de ruedas de fabricación poco artesanal. Más bien era eso: una simple silla con ruedas, aunque estaba acolchada y le habían añadido reposabrazos. Según Carmen Algueró, su novia, Baltasar tenía treinta y seis años. El hombre que estaba ante ellos también hubiera podido rondar los cincuenta y no guardaba ya ningún parecido con aquella foto que ella conservaba en el altar de su piso. Baltasar García era un residuo humano, extremadamente delgado, mejillas hundidas, demacrado, el cabello cortado al cero, ropas ajadas, jersey grueso, pantalones anchos, pantuflas, con el cuerpo inclinado hacia un lado, la

cabeza caída y las manos medio abiertas, con las palmas hacia arriba, sobre los muslos. La expresión era idiotizada, con ojos perdidos de mirada interior y boca entreabierta por la que asomaba una punta de lengua rosada y húmeda. La monja que empujaba la silla, sor Benigna, no era diferente de las demás, aunque sí alta y ligeramente entrada en carnes. La presión del casquete capilar hacía que las mejillas sobresalieran a ambos lados de él, dándole una sensación de agobio, como si necesitara un par de tallas más. Los miró a los dos con inquietud no exenta de curiosidad.

—Me han dicho que querían ver a Baltasar —dijo.

Tenía una voz gutural, áspera, de tono muy bajo.

—Sí, hermana —asintió Miquel.

La monja dejó a su paciente en el centro de la habitación y cerró la puerta. Regresó junto a Baltasar y se colocó a su lado. Luego, se inclinó sobre él.

—Estos señores quieren hablar contigo —le dijo despacio, al oído—. Yo estoy aquí, tranquilo.

Baltasar no se movió.

Sus ojillos sí.

Fueron hacia el lado donde estaba ella. Luego regresaron al centro de sí mismo.

—Es un hombre tranquilo, muy tranquilo y paciente, pero no le alteren, por favor. A veces los enfermos tienen reacciones inesperadas. Es imposible que hable o les diga algo. De todas formas, adelante.

—Gracias, hermana.

Ella bajó la cabeza. Unió las manos a la altura del bajo vientre.

Miquel se acercó a Baltasar García.

Se agachó para quedar frente a su cabeza.

—Baltasar —dijo.

De nuevo, el único movimiento procedió de los ojos.

Los centró en él.

—¿Puede oírme?

El enfermo no movió ni un músculo. Las manos continuaron quietas.

—Me llamo Miquel Mascarell. He venido a verle desde Barcelona de parte de su cuñada, Montserrat. ¿Recuerda a Montserrat, Baltasar?

El mismo resultado.

Miquel empezó a comprender que no iban a sacar nada de él.

Decidió ir al grano.

—Escuche, Baltasar. —Le habló despacio, buscando no perder el contacto de sus ojos—. Lo único que queremos saber es si su hermano Benito está vivo o muerto. —Hizo una pausa—. ¿Recuerda a Benito?

Los ojos de Baltasar centellearon ligeramente.

Un destello profundo, casi imperceptible.

—Lo recuerda, ¿verdad? —insistió Miquel.

La mirada del enfermo pareció hundirse en su visitante.

¿Un puente?

—Baltasar, si su hermano vive, ¿sabe dónde pueda estar? —preguntó de nuevo.

El efecto no fue inmediato, pero sí extraño.

Sorprendente.

Baltasar García empezó a sonreír.

Primero resultó una mueca. Después ya no. Era una sonrisa, tímida, boba, extraña. Mientras forzaba los labios, distendiéndolos despacio, la lengua desapareció de la comisura para reaparecer casi de inmediato. El destello también regresó a sus pupilas.

—¿Está sonriendo? —dijo Fortuny a espaldas de Miquel.

La sonrisa de Baltasar se mantuvo.

Incluso tenía algo de… ¿burlona?

¿Irónica?

Miquel miró a sor Benigna. La monja estaba imperturbable. Una estatua a la espera de que todo terminase.

—Baltasar… —Lo probó de nuevo.

Igual que había aparecido, de la nada, la sonrisa desapareció del rostro del hombre. Y con ella regresó aquella expresión absolutamente ida, vacía y estúpida. Los ojos se apagaron, mortecinos, y se desviaron a un lado.

Fin.

Miquel se incorporó.

—Ha sonreído —le dijo a la monja.

—Tiene actos reflejos, sí.

—Pero era como si supiera…

—Ha escuchado el nombre de su hermano, eso es todo. Una mera reacción —lo justificó ella con su apacible y grave voz—. Nadie puede saber qué se esconde en la mente de una persona enferma, qué recovecos alimentan sus recuerdos perdidos ni qué separa la consciencia de su mundo imaginario.

—¿Usted le cuida?

—Como a otros. Pero sí, está a mi cargo. Es bueno que vean siempre la misma cara atendiéndoles.

—¿Y en estos años no ha dicho nada?

—No, señor. Nada. Lo siento.

—La novia de Baltasar recibió una carta en 1942 diciéndole que estaba vivo. Una carta que salió de aquí, de este sanatorio. Por eso hemos venido. Si él no ha hablado en estos años, desde que llegó, ¿cómo sabían que tenía novia, sus señas…?

El rostro de la monja se mantuvo imperturbable.

—No lo sé —convino—. Pero imagino que llevaría encima alguna carta de ella y que alguna de nosotras se pondría en contacto con esa mujer. Es lo más lógico.

La lógica, a veces, era inquietante.

Carmen Algueró les había dado la misma respuesta.

—Supongo que sí —manifestó Miquel.

Miró por última vez al hermano de Benito García. La sensación de que se cerraba otra puerta fue evidente. Y dolorosa. Todo estaba dicho. Baltasar volvía a vivir en su mundo de silencios imposibles de descifrar.

—Gracias, sor Benigna. —Dio por terminada la visita Miquel.

—Vayan con Dios —les deseó ella—. Avisaré a alguien para que los acompañe a la puerta.

32

Se echaron a la carretera de inmediato, sin comentar apenas nada de la visita al sanatorio. Tampoco había mucho que comentar. Baltasar era lo que les había dicho su novia: un residuo humano.

Les quedaba aquella misteriosa y enigmática sonrisa…

El viaje hasta Vinyata fue pesado. Carreteras malas, baches, polvo, camiones. Miquel iba protegido por el plástico que envolvía el sidecar. David Fortuny no. Cuando llegaron al pueblo, de una tirada interrumpida únicamente para reponer gasolina, uno parecía un cuatro, anquilosado, y el otro un carámbano debido al viento de la carretera. A Fortuny, además, le seguía doliendo un poco la cabeza por los rescoldos de la resaca.

—¡Necesito una aspirina!

—Yo aceite —dijo Miquel tratando de recomponerse—. Ah, mis articulaciones… ¡No sabe cómo odio ese trasto!

Su compañero ya no le contestó.

Era más que evidente que, hicieran lo que hiciesen y vieran a quien viesen, tendrían que pasar la noche allí. Eso o regresar en plena oscuridad. Lo primero, pues, fue buscar un lugar donde dormir.

No había ninguno en Vinyata.

—¿No hay una mera pensión? —No pudo creerlo el detective.

—Pensión no —les informó la mujer del bar en el que preguntaron —. Pero, si quieren dormir, tienen cama seguro. No hay problema. Al salir tomen la primera a la izquierda, todo recto, y luego, al final, cuando se tropiecen con un cercado, a la derecha. Pregunten por la señora Adela. Ella alquila habitaciones a los que vienen al campo a echar una mano en temporada de cosechas.

Le dieron las gracias e hicieron el último tramo. Era un camino de cabras, con lo cual fue como un remate para sus maltrechos huesos. Al detenerse delante de la casa se encontraron con una construcción vieja

y anticuada, sólida, de una sola planta, con techo de pizarra, hecha con sillares de piedra. Una casona enorme, con un pajar a un lado y un cercado en el que pastaban felizmente cinco vacas. El petardeo de la moto hizo que por la puerta apareciera una anciana sin necesidad de llamar. Tendría ochenta años, pero se la veía dinámica y vital, sin achaques. Las manos eran tan grandes como su sonrisa.

—¿Qué hacen dos señores por estos andurriales? —los saludó.

—Necesitamos una habitación para pasar la noche —la informó Fortuny—. Nos han dicho en el pueblo que usted…

—Les han dicho bien. ¡Ahora mismo tienen toda la casa para ustedes!

—Entonces podrán ser dos habitaciones —estuvo al quite Miquel.

—¡Venga, pasen, que se las enseño!

Recogieron las dos bolsas y la siguieron. Eran dos habitaciones grandes y espaciosas, con dos camas en cada una. Lo mejor era que no olía a tabaco.

Miquel se sintió un poco mejor.

—Y ustedes ¿de dónde vienen? —se interesó la señora Adela.

—De Barcelona.

—Un poco lejos, ¿no?

—No tanto. Con la moto…

—¡Yo no me subiría a un trasto de estos ni loca! —Se echó a reír—. ¡Para mí, en carro ya es ir rápido! ¿Querrán desayunar aquí mañana por la mañana?

—Si es posible… —aventuró Miquel.

—Les puedo servir una buena leche y unas magdalenas. También pan, miel, mermelada…

—Estará bien, sí.

—¿Tienen sed? ¿Quieren agua fresquita? —les ofreció—. Ahí está el botijo.

Fortuny lo miró con desconfianza, como si nunca hubiera bebido de uno.

—Gracias —dijo Miquel sin cogerlo.

—¿A qué se dedican, si me permiten la chafardería?

Él mismo estuvo al quite antes de que hablara el detective.

—Somos historiadores —dijo.

—¿Y eso qué es?

—Hacemos preguntas, para reconstruir la historia de los pueblos y que los recuerdos no se pierdan.

—¡Vaya por Dios, qué cosas!

—Sabemos que aquí hubo muertos durante y después de la guerra. —Fue un poco más allá.

La señora Adela se santiguó de golpe.

—Nadie va a hablarles de eso —dijo seria.

—¿Por qué?

—Porque quedan las heridas —lo justificó con un deje de dolor—. No sé cómo será en Barcelona, pero esto es pequeño, todo el mundo se conoce. Sabemos de qué pie calzamos unos y otros. Después de lo que pasó, queda convivir.

—¿Usted perdió a alguien? —preguntó Fortuny.

La señora Adela volvió a santiguarse.

Esta vez no contestó.

—Perdone —se excusó el detective.

—Vayan, vayan. —Ella señaló la puerta—. Y que tengan suerte. Yo estaré aquí todo el día, no se preocupen por si van y vienen ni por las horas. De todas formas, la puerta está siempre abierta.

Salieron al exterior. Quedaba ir a pie o volverse a subir a la moto.

Miquel vaciló.

—¿Sabe dónde está la casa de los Velasco?

—¡Uy, quedó destruida!

—Pero el señor José María Velasco estaba casado, y tenía hijos.

—¿De dónde han sacado ese nombre? —Frunció el ceño.

—De unos documentos —divagó Miquel.

La señora Adela tardó un par de segundos en seguir.

—Bueno, casado, casado, no sé. Claro que antes de la guerra… Ella volvió a casa de los padres, que ahora ya están muertos. Vive ahí con sus dos hijos.

—Se refiere a Juana, ¿no?

—Sí, sí.

—¿O sea que sigue en el pueblo?

—¡Pues claro! ¿A dónde iba a ir? —Señaló el camino por el que habían venido dando por terminada la charla—. Tienen que regresar al pueblo, cruzarlo, salir por el otro lado y tomar una senda que sale a la izquierda de la última casa que verán. A eso de doscientos metros cojan el desvío, también a la izquierda, y ahí es. —Adoptó una pose grave—. Lo que no sé es si querrá hablar con ustedes. Es una mujer muy reservada.

Miquel le dio las gracias y subieron a la moto, cada uno en su lugar. Los huesos volvieron a crujir, primero de camino al pueblo, y después en el último tramo hasta la casa de Juana, la viuda de José María Velasco Tarrida.

El sexto hombre.

La casa era mucho más sencilla y ni mucho menos franca como la de la señora Adela: estaba cerrada con llave. Golpearon la puerta, miraron por las ventanas, dieron una vuelta por el cercado y nada. Cuando enfilaron la senda apareció un hombre en un carro tirado por una mula. Tuvieron tiempo de pararse y preguntarle.

—¿Sabe dónde puede estar la señora Juana?

El hombre los miró con aire preocupado. Se tomó su tiempo en contestar porque se lo pensó sin cambiar de expresión.

—A esta hora estará en el monte, con los chavales, cuidando de las ovejas. Bueno. —Dudó un poco—. A veces ellos hacen trabajos por aquí y por allá, que son muy mañosos los dos.

—¿Y cuándo bajan?

Otra pausa.

—A la noche, cuando oscurece y todo eso.

—¿Y para ir al cementerio? —preguntó Miquel.

Pasar de la señora Juana al cementerio hizo que el hombre se lo pensara aún más. Los escudriñó con la mirada.

Debió de decidir que la cosa no iba con él.

—Vuelvan por donde han venido hasta la carretera, como si fueran al pueblo, pero antes de entrar en él fíjense en un desvío que hay a la izquierda. Cójanlo. Al salir de la curva del tío Jordi se toparán con él y con la iglesia. No tienen pérdida. La iglesia también se ve desde la plaza. Bueno, el campanario.

—Gracias, señor.

El hombre espoleó de nuevo a la mula.

Fue un trayecto corto. Llegaron en menos de cinco minutos. La iglesia quedaba a la derecha y el cementerio, no muy grande y vallado, a la izquierda. El campanario era muy alto, una estructura de piedra rematada por una cúpula y unas arcadas que enmarcaban la campana con la cual debía alertarse a la vecindad, tanto para ir a misa como en casos de emergencia. No entraron en el camposanto. Rodearon el muro de piedra por la izquierda.

La parte delantera estaba pintada de blanco. La lateral no.

Los picotazos de las balas todavía eran visibles. Nadie se había preocupado en disimularlos, y menos taparlos.

Tantos años después…

Miquel y David se quedaron mirando la tierra extendida a los pies del muro.

—Aquí están. —Suspiró el primero.

El detective no dijo nada.

La tierra no formaba un túmulo, pero sí era diferente. Daba la impresión de que los muertos habían aportado nutrientes. Crecían tanto la hierba como las plantas salvajes. Incluso había flores. Silvestres, naturales, pero flores al fin y al cabo.

Miquel se acercó a la parte izquierda.

Un pedazo del suelo parecía distinto.

Como si alguien hubiera removido aquella parte.

—¿Ha visto eso? —Se lo hizo notar a Fortuny.

—Sí, ¿y qué?

—Toda la franja es uniforme menos aquí.

El detective no supo qué decir.

—¿Se da cuenta de que si llevaba un mapa encima, sigue aquí debajo, con él? —dijo Miquel.

De nuevo el silencio por parte de su compañero.

—José María y Benito se hicieron amigos —continuó él, más bien como si se lo contara a sí mismo—. Benito vino aquí, cambiaron los planes, se llevó a José María, desenterraron el oro por miedo a que el mapa de Isidoro hubiera caído en malas manos o, tal vez, solo tal vez,

para quedárselo. José María regresó al pueblo y lo fusilaron. O el oro sigue enterrado en alguna parte…

—O se lo llevó Benito, como todo parece indicar.

—¿Y la carta de su conversión espiritual?

—¿Falsa? ¿Una sarta de mentiras para confundir a su mujer?

Las preguntas de Fortuny cayeron como una solitaria lluvia sobre el siguiente silencio.

Continuaron al pie de la fosa común.

Un puñado de seres humanos fusilados por una causa.

Una pequeña muestra de los miles y miles repartidos por las cunetas, los montes y los cementerios de la nueva España.

—Perdonen, señores, ¿qué están haciendo?

Se sobresaltaron por la interrupción. Volvieron la cabeza hacia la derecha y se encontraron con un sacerdote con aspecto de sacerdote, es decir, gordo, orondo, panzudo, con la sotana abotonada desde la garganta hasta los pies. Tenía la cara redonda y su mirada, tanto como su talante, mostraba la poca simpatía que la presencia de los dos intrusos despertaba en él. Tenía un cigarrillo a medio consumir en la mano derecha.

—Buenas tardes, padre. —Miquel se disfrazó con piel de cordero.

No le suavizó.

—Me han dicho que había extraños merodeando. ¿Qué buscan?

Nadie los había visto. No podían haberle dicho nada. La única explicación era que los hubiera visto él, desde la misma iglesia, al llegar, alertado por el ruido de la moto.

—Somos historiadores. —Mantuvo la mentira Miquel—. Buscamos información de lo sucedido en algunos pueblos durante la Cruzada.

—Pues aquí no van a encontrar nada —les advirtió.

—Bueno, esta fosa dice lo contrario. —La señaló con un dedo.

El sacerdote se tensó.

El cigarrillo esperaba en su mano.

—¿Ustedes hicieron la guerra? —preguntó de pronto.

David Fortuny estuvo al quite.

Rápido.

—Por supuesto. —Le mostró el brazo, rematado con los tres dedos

inútiles—. Serví a las órdenes del glorioso Queipo de Llano. Fíjese lo que me hizo una bomba comunista.

El cura pareció calmarse.

—Entonces sabrán que hubo barbaridades en los dos lados —contemporizó—. Aquí las hubo de un signo al empezar todo y del otro al acabar.

—Y los represaliados en esta fosa…

El hombre no dejó terminar a Miquel.

—Ajusticiados, señor —le rectificó—. Es necesario emplear las palabras adecuadas. De todas formas… —se santiguó— allá cada cual con su conciencia. Esas personas —él también señaló la fosa común con un dedo— tenían las manos manchadas de sangre. A veces es difícil reprimir la ira de la gente, por más que el Señor hable de perdón.

Miquel iba a preguntar cuántos habían sido «ajusticiados».

Decidió que mejor no.

Se mordió la lengua y dejó que hablase Fortuny.

—Sentimos haberle molestado —se excusó éste—. Pensábamos que no había nadie en la iglesia.

—No pasa nada. —Le dio una chupada al pitillo finalmente.

Larga y densa.

Su rostro se llenó de humo al expulsarlo.

—Parece un pueblo tranquilo. Y la iglesia es preciosa. Ese campanario…

—Es un pueblo pacífico, sí. —Entrecerró los ojos—. El campanario lo arreglamos hace poco gracias a unas dádivas. Nada del otro mundo, pero a veces con muy poco se hacen milagros. Dios provee. ¿Van a quedarse mucho por aquí?

—No, no. —Le quitó importancia Fortuny—. Seguramente nos iremos mañana mismo.

—¿Dónde se hospedan, en casa de la señora Adela?

—Sí.

—Curioso trabajo el suyo. —Levantó la barbilla casi con desafío y volvió a llevarse el cigarrillo a los labios.

—Hay que documentar la historia —dijo el detective, muy puesto

en su papel—. Sobre todo para contar la verdad, que no sea manipulada, y así poder legársela a nuestros hijos y nietos.

—Pues aquí pocos les hablarán de eso. —Se encogió de hombros el sacerdote, casi con resignación cristiana—. Unos por respeto, otros todavía por miedo, y los más porque ya han decidido olvidarlo todo. A veces no es bueno remover según qué sentimientos.

Quedaba poco por decir.

Especialmente por parte de Miquel.

—Buenas tardes. —Fue el primero en encaminarse de regreso a la moto.

33

Comieron en un bar de la plaza, ya un poco tarde. No tan bien como en Manresa, pero casi. Después del viaje, el cocido y dos buenos bistecs les sentaron de maravilla. David Fortuny bebió agua. Mejor dicho: no se atrevió a pedir vino. La mirada de Miquel lo disuadió. Tampoco hablaron mucho. Uno y otro tenían en la cabeza a Baltasar García.

Él y su enigmática sonrisa.

El resto quedaba restringido a la corta visita a la tumba de los republicanos fusilados en Vinyata.

Cuando regresaron a casa de Juana, para esperarla el tiempo que hiciera falta, fue distinto. Se sentaron al sol en el escalón de la entrada, a resguardo del vientecillo que venía de la montaña. Un cálido sol al que todavía le quedaban unas horas de vida hasta el anochecer.

Fortuny se apoyó en uno de los extremos de la puerta y estiró las piernas.

—Lo bien que iría ahora una siestecita, ¿verdad?

—Nunca me echo la siesta —confesó Miquel—. No tengo esa costumbre.

—¿Ni en verano?

—No.

—Pues ahora me apetecería, qué quiere que le diga.

Miquel se pasó una mano por los zapatos, un poco polvorientos. Patro no soportaba que los llevara sucios. Decía siempre que a un hombre se le empieza a conocer por los zapatos.

La comida le había sentado bien, pero lo de la fosa común…

Su compañero se encargó de apartársela de la mente.

—¿Cree que la sonrisa de Baltasar fue un efecto raro, algo así como un eco? —preguntó el detective.

—Es lo que dijo la monja, y ella debe de conocerlo bien si es la que lo cuida.

—A mí me pareció una sonrisa enigmática.

—¿Como si supiera la respuesta?

—Sí. Una especie de «je, je» muy suyo.

—Vaya usted a saber —dijo tras pensárselo un momento.

—La sonrisa ha sido cuando le ha preguntado si sabía dónde podía estar su hermano, no si estaba vivo o muerto. —Y lo recalcó—: Dónde.

—¿Piensa que eso pueda significar que sí está vivo?

—Está claro que Benito dejó a Baltasar porque no podía ocuparse de él —afirmó Fortuny.

—¿Y le abandonó en mitad de ninguna parte?

—No, eso no. Seguro que lo dejó cerca del sanatorio, para que lo encontraran. O a lo mejor las monjas ya no recuerdan los detalles. No sé, puede que lo dejara en la puerta, o que se lo entregara en persona a una de ellas.

—De acuerdo, imaginemos que lo hizo así. Si vive, ¿por qué no ha vuelto nunca a verlo? Han dicho que Baltasar no ha recibido visitas en estos años.

—Si vive y se hizo con ese oro, se lo repito, Benito está disfrutando de la vida lejos de Barcelona. Y seguramente fuera de España —afirmó el detective con rotundidad.

Miquel arrugó la cara.

—¿No le convence? —insistió su compañero.

—Me faltan argumentos —dijo él.

—Ya, y su instinto.

—También.

—A mí lo que me desconcierta es lo del cambio del lugar del oro. Pedro estaba muerto; Isidoro y Ricardo, heridos. Ya no sabían nada los unos de los otros.

—Justamente eso es lo que da sentido a cambiarlo de lugar —repuso Miquel.

—¿Y lo haría antes o después de «encontrar a Dios»? —inquirió Fortuny remarcando las últimas palabras—. Tuvo que ser después.

Miquel ya no le contestó.

No hablaron durante algunos minutos, hasta que él mismo recordó:

—Hace dos años, tal día como hoy, me pegaron un tiro.

—¿Lo de aquel lío con la espía rusa del que me habló?

—Sí.

—Así es la vida. —Se puso filosófico su compañero—. Una bala que se desvía un centímetro y va y te mata. O te da en la columna y te condena a una silla de ruedas para siempre. A usted, nada.

—Tanto como nada…

—Está aquí para contarlo. ¿Secuelas? —Él mismo se respondió—. Ninguna, ¿lo ve? Tuvo suerte.

—La suerte no existe. Cada cual se busca lo que tiene de una forma u otra.

—Claro que existe la suerte, Mascarell.

—Usted hace quinielas —Fue una afirmación, no una pregunta.

—Sí, ya se lo dije.

—¿Ha acertado los catorce alguna vez?

—No.

—Ni lo hará.

—¡Hombre, gracias por los ánimos!

—Es como el gordo de Navidad. Si el fútbol es el circo de la especie humana actual, el gordo de Navidad es la quimera, el sueño con el que se alimentan los pobres una vez al año.

—¡Ande, calle, calle! —protestó Fortuny—. Para decir tonterías mejor no abra la boca. ¡Hay que ver! ¡Mire que es descreído!, ¿eh? A veces no sé si habla en serio o si lo dice para provocarme.

—Parece que lo consigo.

—¿Y qué, contento?

Miquel se encogió de hombros. Calló la boca, pero también cerró los ojos. David Fortuny hizo lo mismo. O por lo menos ya no volvió a hablar.

Los siguientes minutos pasaron en silencio.

Casi una hora.

Hasta que enderezaron la cabeza y despertaron de su letargo al escuchar un rumor.

Se levantaron.

Por el camino que conducía a la montaña bajaba una mujer con dos chicos jóvenes, como de quince, dieciséis o decisiete años. A medida que se acercaron y se definieron los rasgos, quedó claro que uno, el más joven, era un adolescente, y el otro, el mayor, un casi hombre alto y fornido, ya con pelusilla en el labio superior y la cara picoteada por el acné propio de la edad. Iban bien equipados, con jerséis gruesos, chaquetas, gorras y botas de montaña. El grupo de ovejas rondaría las dos docenas. Un perro se encargaba de mantenerlas unidas.

Perro que, al verlos, se acercó a ellos con las orejas tiesas pero sin mostrar una actitud desafiante.

Juana, viuda de José María Velasco Tarrida, frunció el ceño al ver que tenía visita. Les dijo algo a sus hijos y abandonó la partida para dirigirse a ellos. Llevaba un palo alto en la mano, una especie de cayado que hundía en tierra a cada paso, aunque no necesitara para nada un bastón.

—Buenas tardes. —Fue el primero en hablar Miquel.

—¿Qué quieren? —les preguntó con desconfianza—. ¿Son del banco?

Era una mujer ruda, seria, áspera. Bastaba con verle las facciones, las manos, el destello duro de la mirada. En otro tiempo habría sido guapa, pero de eso hacía mucho. Los últimos rescoldos de feminidad quedaban ocultos por el rigor de su vida y las condiciones impuestas por el trabajo y haber tenido que sacar adelante a dos hijos ella sola, siendo viuda de un fusilado del bando perdedor.

Juana no había visto ni olido aquel oro jamás.

—¿Podríamos hablar con usted unos minutos?

—¿De qué?

—Venimos de Barcelona, somos detectives. Estamos buscando a un hombre que desapareció en 1938 y no sabemos si está vivo o muerto. Su marido se hizo muy amigo de él en la guerra. Se llamaba Benito García Navarro.

El cambio de expresión denotó la sorpresa.

Ningún disimulo.

—¿Benito?

—Sí, señora.

Reaccionó con acritud.

—¡Y a mí qué me cuentan! —Expresó su desconcierto—. ¡Para una vez que le vi! Y de eso hace…

—Conocemos la historia —intentó apaciguarla Miquel.

—¿La conocen?

—Hasta el momento de regresar José María y ser fusilado, sí.

—¡Pues no hay más! —gritó—. ¿Qué quieren que les diga yo?

—Déjenos contarle lo que sabemos. —El tono de Miquel fue casi de súplica.

—Pierden el tiempo.

Los dos jóvenes aparecieron junto a su madre. De cerca se confirmaba su edad, alrededor de los diecisiete el mayor y en torno a los quince el pequeño. Se parecían mucho entre sí. Fue como si quisieran protegerla, uno a cada lado, en actitud desafiante.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó el más joven.

—¿Qué quieren? —se dirigió a ellos el de más edad.

—Tranquilos —los calmó ella—. No son del banco. Son unos detectives de Barcelona que buscan a un amigo de vuestro padre, aquel del que os hablé una vez.

—¿Y por qué le buscan ahora? —inquirió el muchacho.

Juana acabó resignada.

—Será mejor que entren —dijo—. Estoy cansada.

Abrió la puerta y cruzaron el umbral. La casa olía a sopas y sofritos, a madera quemada en el hogar y a cuantas esencias montañesas cupieran por las ventanas o las rendijas del techo y las paredes. También a ovejas y animales de corral. Una mezcolanza abigarrada y cerrada. La estancia era grande, con puertas al fondo. Todo parecía estar hecho a mano: la mesa, las sillas, el aparador, dos arcones, unos estantes. Las ventanas tenían cortinas gruesas de color crema. El suelo lo formaban enormes sillares planos de color granate.

Como de pasada, Miquel vio una pequeña urna de cristal en el aparador con algo en su interior.

Prefirió no moverse.

—Siéntense —les pidió Juana.

La obedecieron. Los dos chicos vacilaron, pero dejaron actuar a su

madre. Ellos optaron por quedarse de pie, uno con la espalda apoyada en la pared y el otro con los brazos cruzados junto a la mesa, encima de la cual había también un botijo con agua, como el de la señora Adela.

Juana se dejó caer en otra silla.

—¿Qué es lo que saben, o creen saber? —dijo.

David Fortuny miró a Miquel.

—Su marido, José María, se unió a cinco milicianos durante la guerra. Uno de ellos era su primo Isidoro —comenzó él—. Lucharon juntos, y juntos encontraron un tesoro formado por varios kilos de oro y joyas a fines de verano del 38. Eran reliquias de alguna o algunas iglesias, enterradas seguramente para protegerlas de los saqueos. Cuando comprendieron la dimensión de aquello, lo que podía suponer para sus vidas, lo enterraron e hicieron seis mapas, conjurándose para regresar juntos, o los que sobrevivieran, y aprovecharse de ello. Pedro Solana, que fue el primero en morir, le escribió a su novia diciéndole que iban a ser ricos. Por desgracia las cosas se les torcieron casi de inmediato. Pedro murió, Baltasar empezó a perder la cabeza más rápido de lo normal y luego una mina o una bomba les dio la puntilla. A Isidoro le voló las piernas. Ricardo y Benito quedaron malheridos. José María fue el que salió mejor parado. Acabaron en un hospital de campaña y ésa fue la última vez que estuvieron juntos. José María dio la guerra por perdida y se vino aquí, a Vinyata. Ricardo e Isidoro fueron capturados por los nacionales. Baltasar y su hermano Benito desaparecieron. Sin embargo, fue por poco tiempo. Posiblemente antes del fin de la batalla del Ebro en noviembre, Benito apareció por aquí. Se llevó a José María. ¿Motivo? Simple: los dos desenterraron el oro, quizá por precaución, por si los mapas de Isidoro o Ricardo habían caído en malas manos, o quizá para quedárselo ellos llegado el momento. Esto último es discutible —aseveró y levantó las manos ante el conato de protesta de Juana—. Benito le escribió una carta a su mujer diciéndole que había visto a Dios, que Él le había perdonado… Una verdadera carta de amor y reencuentro espiritual. Como digo —reanudó la narración—, cambiaron el oro de lugar y lo más lógico es que hicieran dos nuevos mapas, uno para cada uno.

Cuando José María regresó, se encontró con la desagradable sorpresa de que aquí las tornas habían cambiado. Le cogieron de improviso y, sin darle tiempo a nada, imagino, lo llevaron al paredón, a la tapia del cementerio, donde hemos estado antes.

—No me dejaron ni verle. —Se estremeció su viuda. Luego arrugó la frente y preguntó—: ¿Cómo saben lo de su fusilamiento?

—Nos lo contó Ricardo. Nos dijo que vino a verla al salir de la cárcel no hace muchos años.

—Entiendo. —Suspiró.

—Mi idea es que, mientras José María se vino aquí, Benito regresó para ocuparse de su hermano Baltasar, que desde entonces está en un sanatorio mental en Manresa. De Benito no hay más. Su marido fue la última persona que posiblemente le vio.

—Tuvo que morir, ¿no?

—No está claro, señora. Usted…

—¿Yo? —bufó con un amargo sarcasmo sin dejarle terminar lo que iba a decir—. Yo me quedé aquí, sola, con ellos. —Señaló a sus hijos —. Y encima siendo «la mujer de un rojo» —lo expresó casi como un desafío—. Si no me mataron, fue por mis hijos. Y si no me los quitaron, fue por el cura y sus influencias. Dijo que bastante penitencia tenía yo por haberme amancebado con un comunista. —Las palabras eran fuego en sus labios—. Pero a mí me dio igual lo que dijera él o medio pueblo. Mientras me dejaran tenerlos… —Se enfrentó a los ojos de Miquel—. ¿Sabe que me obligaron a ver cómo le fusilaban?

—¿Por qué?

—¡Yo qué sé! —Encrespó las manos—. Me arrastraron hasta el cementerio, junto a las otras, y me hicieron abrir los ojos. Me gritaron que si los cerraba, yo iría después. Vi caer a José María y a los otros ocho. ¡Lo vi, maldita sea! ¡De noche todavía escucho esa andanada de tiros!

—Mamá… —Se preocupó su hijo mayor.

—Tranquilo, Agustín. Estoy bien. —Recuperó la serenidad.

—Ya, pero estos hombres…

—No te preocupes, hijo —le dijo Miquel con serenidad—. Somos

detectives, no policías. Y estamos del mismo lado, ¿entiendes?

El joven apretó las mandíbulas.

Juana mantenía la vista fija en Miquel.

—La vida no le habrá resultado fácil —dijo él.

—No —espetó con sequedad.

—Una pena, sabiendo que José María tenía una fortuna enterrada en alguna parte.

—Ya puede decirlo, ya. —Hizo un gesto de resignación—. Cuando Ricardo salió de la cárcel y me contó la historia, no pude creerlo. Primero los maldije a todos, José María incluido. Saber todo eso después de tantos años…

—¿Por qué José María no le habló de ese tesoro la primera vez?

—No lo sé. —Fue sincera—. Tal vez por precaución, tal vez para no comprometerme si venían mal dadas… José María era un hombre reservado, hablaba poco. Lo más seguro era que me lo hubiera contado al volver. Pero eso ya…

Miquel se dejó caer sobre el respaldo de la silla.

Desilusionado.

David Fortuny lo advirtió.

—Teníamos esperanzas de que usted supiera algo de Benito —intervino por primera vez.

—¿Yo? ¿Por qué iba a saber yo algo de ese hombre?

—Era una posibilidad. Por ejemplo, que se hubiera escondido aquí, o cerca.

—No creo que haya nadie que pueda esconderse de ellos. —Miró la puerta como si, de un momento a otro, fuese a aparecer la policía secreta, la Guardia Civil o el mismísimo ejército—. Son demasiados años para andar desaparecido, ¿no creen?

—José María era primo de Isidoro. ¿Sabe algo de él?

—No, nada. Ricardo fue el que me contó que tenía constancia de que seguía vivo. Eran primos lejanos, y viviendo tan a distancia el uno del otro… No existía ninguna relación con ellos o su familia. Los Velasco y los Tarrida estaban muy diseminados, unos por Aragón, otros por Lérida, Barcelona… Yo, en cambio, no tenía a nadie.

—Sus padres dicen que Isidoro ha muerto, pero no es así —continuó

Fortuny—. Lo mantienen como oculto, protegido. Imaginamos que por miedo. Se casó con una inválida, como él.

Juana no supo qué decir. La información resbaló por su piel como una lluvia de verano. Miró hacia la ventana para ver cómo languidecía la tarde.

—Lamentamos haberla obligado a recordar —se excusó Miquel.

—¿Por qué buscan ahora a ese hombre, Benito?

—Su esposa quiere volver a casarse, y en conciencia necesita saber si es viuda o no. Nadie vio morir a su marido, ni aparece en ninguna lista de bajas o fusilados.

—Dios… —Se pasó una mano por la cara—. Maldita guerra…

El silencio fue suave.

—Gracias por su amabilidad, señora. —Se levantó Miquel el primero.

—Supongo que hacen su trabajo —lo justificó ella secundándole—. Aunque remover el dolor ajeno ha de ser duro.

Los dos jóvenes también reaccionaron. Se acercaron a su madre y se colocaron uno a cada lado. Miquel esperó a que Fortuny ocupara el centro de la estancia para volverse y mirar hacia el aparador.

Hacia la curiosa urna de cristal que le había llamado antes la atención.

Lo que había en su interior, protegido por la campana transparente, eran unas gafas medio rotas, viejas y sucias, muy sucias.

Como si se hubieran pasado muchos años bajo tierra.

34

Miquel lo detuvo antes de subir a la moto.

—Vamos al cementerio otra vez —le dijo a David Fortuny.

Su compañero le miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—¡Pero si anochecerá de un momento a otro!

—Será un minuto. Quiero estar seguro de una cosa.

—¿De qué quiere estar seguro?

—Se lo diré allí. Venga, no perdamos el tiempo antes de que oscurezca y no veamos nada.

Se instaló en el sidecar y esperó a que el detective hiciera lo propio. Fortuny le obedeció a regañadientes.

—¡Desde luego, lo suyo…!

—Y no llegue hasta la iglesia —le advirtió—. Pare antes. No quiero que nos oiga el cura.

La moto se puso en marcha. La distancia era escasa y la cubrieron en pocos minutos. Cuando llegaron a las inmediaciones del camposanto, Fortuny paró el motor y dejó que el vehículo se deslizara un corto tramo más hasta detenerse. Estaban a unos cien metros de su objetivo.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco? —rezongó echando a andar.

Miquel miraba dónde pisaba.

—¿No ha visto esa urna con las gafas?

—Sí, ¿y qué?

—¿Se ha fijado bien en ellas?

—De pasada, pero… Bueno, no, nos estábamos despidiendo. ¿Para qué iba a prestarle atención a eso? Creía que era una reliquia.

La marcha era veloz. Los dos empezaron a jadear. Eso les hizo cerrar la boca. Oscurecía rápido, como si la noche también tuviera

prisa. No se oía un alma y la iglesia estaba a oscuras. Miquel pensó que, a lo mejor, el sacerdote no vivía en ella o en alguna dependencia anexa, sino en el pueblo. De todas formas no se confió. Cuando llegaron a la puerta del cementerio, cerrada con una cadena y un candado, rodearon por segunda vez el muro hacia el lado izquierdo, para volver al lugar donde habían sido fusiladas aquellas personas. Nueve, según acababa de decirle Juana. Personas que todavía seguían enterradas en la fosa común, fuera de los dominios de Dios.

Por rojos.

Miquel se detuvo.

Justo en el extremo izquierdo de la fosa.

Miró el suelo.

—¿Lo ve? —le dijo a Fortuny.

—Ya le he dicho la primera vez que sí.

—Y yo le he dicho que toda la franja era uniforme menos este trozo.

—¿Y eso qué significa?

Miquel se agachó. Puso una mano en la tierra. Estaba ya dura y compactada, pero todavía pudo hundir un poco los dedos en ella. Sabía que a un par de metros, quizá tres, reposaban los esqueletos de unos seres humanos. Eso le revolvió el estómago.

Pero no la mente.

—Me apuesto lo que quiera a que José María Velasco estaba enterrado aquí mismo.

—¿Cómo que estaba?

—Lo desenterraron.

—¿Qué? —Fortuny puso cara de alucinado—. ¿Se ha vuelto loco? ¡No fastidie, hombre!

—¿No ha visto esas gafas?

—¡Sí! ¿Y qué?

—Ricardo Casals nos dijo que José María llevaba gafas, negras y gruesas, porque no veía tres en un burro sin ellas.

—Pero eso no… —El detective se detuvo en seco.

Comenzó a hilvanar la realidad.

—¿No se da cuenta? —insistió Miquel—. Las gafas de esa urna estaban medio rotas, eran viejas, y por mucho que las limpiasen, se

habían pasado ya varios años bajo tierra. Si Juana tiene esas gafas es porque abrió esta fosa. —Se incorporó—. Ella misma nos acaba de decir que la obligaron a ver el fusilamiento. Fue testigo. José María tenía que ser el primero por la izquierda, de ahí ese cambio en la tierra.

—¡El mapa! —exhaló Fortuny.

—El mapa —se lo corroboró Miquel—. Benito y José María cambiaron el tesoro de lugar, hicieron otro mapa, o tal vez no, pero eso ya da lo mismo. Cuando José María regresó al pueblo no tuvo tiempo de abrir la boca, le cogieron y le fusilaron. Quedó enterrado aquí, junto a los otros, y pasaron los años. Pasaron hasta que apareció Ricardo Casals y le contó a Juana la verdad. Ricardo se marchó como llegó, sin nada; pero ella, una vez sola, empezó a darle vueltas a la cabeza. Un tesoro perdido y escondido en alguna parte. Si Benito estaba muerto, quedaban su marido y el dichoso mapa. Debía de llevarlo encima aquel día. Así que ella vino aquí con sus hijos, quizá con algún vecino o amigo, y desenterraron el cuerpo.

—Pero viven de manera humilde y modesta.

—Porque o bien no había mapa o, lo más lógico, los años y la humedad lo habían dejado ilegible.

—Y se llevó las gafas de su marido como recuerdo.

—Exacto.

David Fortuny se apoyó en la pared del cementerio. Cuando se dio cuenta de que tenía la mano sobre el agujero de un balazo la apartó como si quemara.

—Puede que cogiera las gafas pero dejara a José María igualmente ahí abajo —consideró.

—Puede, sí —convino Miquel—. Pero, a lo mejor, si tiene un nicho al otro lado de esta tapia, prefirió enterrarlo como Dios manda.

—¿A espaldas del cura?

—Creo que los curas hacen y deshacen a su antojo —gruñó él—. Ese campanario ha sido arreglado hace poco. Igual los hijos de Juana… El hombre del carro nos ha dicho que son mañosos. Piénselo, Fortuny. —Fue vehemente—. ¿Usted dejaría a un ser querido en una fosa común junto a otras personas pudiendo darle una sepultura digna? Ya

puestos, si lo tenían desenterrado… ¿Para qué volver a cubrirlo de tierra? A lo mejor ni siquiera está en el cementerio. A lo mejor se llevaron sus restos y está cerca de la casa, donde puedan llevarle flores. Es lo que todo el mundo quiere hacer con sus seres queridos, ¿no?

El detective soltó un resoplido.

—Maldita sea, Mascarell —rezongó—. Cuando tiene razón…

Miquel cerró los ojos.

Apretó los puños.

—De todas formas, esto no nos dice si Benito García está vivo o muerto, ni qué pasó con el maldito oro —retomó el hilo de los acontecimientos Fortuny.

—No, no nos lo dice. —Miquel volvió a abrir los ojos y posó la mirada en aquel pedazo de tierra lleno de plantas y flores—. No nos dice nada salvo que…

—¿Qué? —le alentó su compañero al ver que no seguía hablando.

—Nada, vámonos. —Dio el primer paso él.

Fortuny se puso a su lado. Caminaron junto al muro blanco y, una vez en la puerta del cementerio, siguieron la marcha hasta la moto. Ahora sí, apenas se veía ya nada. El frío de la noche primaveral empezó a acusarse. La humedad hizo el resto.

—Está serio —le hizo notar el detective.

—Será el cansancio —mintió.

—¿Nada más?

—Sí.

—No, se ha puesto serio al hablar de la fosa y lo de las flores. Yo ya noto cuando le cambia la cara.

—¿No ve lo de las gafas pero sí que me cambia la cara?

—Eso es empatía, ¿no?

—Ande, va, camine y calle —le reprochó Miquel.

Dieron unos pocos pasos más.

Pero era inútil tener callado a Fortuny cuando éste se ponía a hablar.

—Ha sido un día largo, ¿verdad?

Manresa, Baltasar, el viaje a Vinyata, Juana…

Ninguna pista.

Únicamente historias.

—Necesitamos una buena cena —dijo Miquel.

—Venga, que hoy dormirá a pierna suelta —trató de animarle.

No lo consiguió.

—Nos queda lo que pueda contarnos Isidoro, si es que se aviene a responder a nuestras preguntas aunque sea por escrito. Y, sinceramente, tampoco creo que lo que nos diga resuelva el misterio.

—¿Qué le diremos a Montserrat Blanco? —preguntó su compañero.

—Nada, pero que se case igualmente, que no sea tonta. Eso y que sea feliz, porque la felicidad es como un pájaro que vuela muy rápido.

El detective movió la cabeza de un lado a otro.

—Pobre mujer…

Nada más llegar a la moto, Miquel se sentó en el sidecar y se cruzó de brazos para darse calor. David Fortuny arrancó y emprendieron el camino de regreso al pueblo. El ruido del motor rasgó el silencio de la noche. Cuando se orientaron por las calles ya vacías, se dirigieron a casa de la señora Adela.

El coche de la Guardia Civil estaba aparcado en la puerta.

Fue la primera señal de peligro.

—¿Qué habrá pasado? —se preguntó Fortuny inocentemente.

La respuesta fue inmediata. Ni siquiera llegaron a poner un pie en el interior de la casa. Por la puerta salieron dos agentes, uno con galones de cabo o, como mucho, sargento, y el otro un simple número.

Los tricornios relucientes.

El oficial sujetó a Miquel agarrándolo del brazo. El número, a David Fortuny.

—¿Hacen el favor de acompañarnos? —preguntó el primero en un tono que no admitía réplica.

En realidad no era una pregunta.

—Pero ¿qué…? —trató de hablar Fortuny.

La respuesta fue aún más convincente.

—¡Cállese y tire!

35

Desde el exterior, las casas cuartel de la Guardia Civil no parecían ser dechados de belleza arquitectónica, ornamentación o cuidados. Todas las que Miquel recordaba estaban o eran directamente viejas, incluso deprimentes más allá de otras razones. Ahora era la primera vez que se encontraba en el interior de una, y la sensación no solo aumentaba, sino que adquiría tintes angustiosos. Quizá fuera porque Vinyata no era más que un pueblo ínfimo. Quizá.

El oficial y el número parecían ser los dos únicos ocupantes del lugar. O eso o era de noche y les tocaba hacer guardia, aunque parecía lo menos probable.

La habitación estaba despoblada, las paredes sin pintar, los muebles deteriorados. Parecía que la Guerra Civil hubiese terminado apenas unos días antes y la construcción se hubiera salvado de un bombardeo. Lo más vistoso y reluciente era el retrato de Francisco Franco. Por no haber, ni siquiera había una bandera de la patria.

Ellos estaban de pie, con el número al lado, vigilante. El suboficial, sentado detrás de su mesa, con los documentos de ambos entre las manos. Los gestos, medidos. El rostro, grave.

Como si aquello ya fuese un consejo de guerra.

El hombre apagó el pitillo que había estado fumando en un cenicero repleto de colillas y se dirigió primero a David Fortuny.

—¿Detective?

—Sí.

—Señor —le corrigió—. Sí, señor.

—Sí, señor.

Le tocó el turno a Miquel.

—¿Y usted… indultado?

—Sí, señor. —Se adaptó a las circunstancias.

—¿Por qué le indultaron?

—Antes de la gue… de la Cruzada, era inspector de policía.

—¿En Barcelona?

—Sí, señor.

—Están muy lejos de Barcelona. —Arrojó los papeles frente a sí—. ¿Qué están haciendo aquí?

—Buscamos a un hombre desaparecido hace catorce años —habló Fortuny.

—¿En serio?

—Sí, señor.

—¿Y por qué lo buscan?

—Su esposa quiere volver a casarse y no sabe si es viuda o no.

La respuesta pareció hacerle gracia.

Sonrió y se dirigió a su agente.

—¿Ha oído, Morales?

—Son ganas, mi cabo —repuso él.

El cabo volvió a enfrentarse a sus invitados.

—¿Qué hacían ustedes dos esta tarde en el cementerio? El señor párroco nos ha avisado de su presencia sospechosa allí.

—El desaparecido era amigo de un vecino del pueblo —continuó Fortuny para evitarle el problema a Miquel.

—¿Qué vecino?

—José María Velasco Tarrida.

El cabo miró de nuevo a su agente.

—¿Velasco Tarrida? ¿Ése no era el marido de la Juana?

—Sí —se lo confirmó Morales.

—Lo fusilaron a finales del 38, por eso estábamos en el cementerio —dijo el detective.

No fue el mejor de los comentarios. Sin embargo, el suboficial pareció empezar a cansarse. Le echó un vistazo al reloj. Era tarde. Miquel pensó que acabarían pasando la noche en un calabozo.

Y, mañana, vuelta a empezar.

El cabo observó a David Fortuny.

Su brazo izquierdo.

—¿Herido de guerra?

—Por supuesto. —Lo proclamó con orgullo.

—¿En qué bando?

—La duda ofende, mi cabo. —Se puso casi firmes—. Tercer batallón de infantería a las órdenes del general Queipo de Llano.

Miquel no supo si hablaba en serio o si se lo acababa de inventar. Después de todo, ya era la segunda vez en dos días que mencionaba al sanguinario carnicero.

El tono, más que la revelación, hizo mella en el guardia civil.

—¿Y usted? —le preguntó a Miquel.

—Yo no luché. Ya le he dicho que era inspector de policía.

—¿Por qué le han dicho al párroco que eran historiadores? —preguntó volviendo al tono adusto.

—Era para no llamar la atención, señor —lo aclaró Fortuny—. A veces, decir que somos detectives echa para atrás a los testigos de nuestras investigaciones. Usted mismo lo sabrá. Hay gente que le tiene miedo a la ley.

—Eso era antes. —El cabo le apuntó con un dedo—. Cuando la ley estaba al lado del desorden y el contubernio. Ahora es distinto.

—Pero ser detective es algo nuevo en España, ya me entiende.

Otra pausa. El suboficial daba la impresión de dudar.

Miró otra vez el brazo de Fortuny.

Un héroe de guerra.

—¿Han sacado algo en claro de su búsqueda?

—No, señor —dijo el detective—. La persona que buscamos vino al pueblo un día, pero se marchó de inmediato. Puede decirse que hemos seguido una pista falsa.

—¿Cuándo pensaban irse?

Miquel se tensó. «Pensaban» no significaba lo mismo que «piensan». Más que nunca, deseó estar en casa, con Patro y con Raquel.

—Mañana por la mañana, al levantarnos —dijo Fortuny.

La última pausa.

El veredicto.

El cabo se echó para atrás en su silla y unió las yemas de los dedos. Pareció mucho más de lo que era. Un general decidiendo a qué tropas enviaba a la batalla. Una mirada a uno. Otra al otro. El ceño fruncido.

—Podría detenerlos —avisó.

—¿Por qué, señor? —Se asustó Fortuny.

—Ya se me ocurriría algo.

—No hemos hecho nada. Estamos trabajando y tengo una licencia que me permite…

El hombre levantó la mano.

El detective se calló.

—Siendo de Barcelona, tendrá amistades —consideró.

—Algunas sí, pero no es el caso, ¿verdad, mi cabo? Quiero decir que no es necesario…

—¿Se irán mañana?

—Un buen desayuno y a la carretera, sí.

No se lo juró pero casi. El tono era convincente.

—¿Han de seguir haciendo preguntas?

—No, no, ya no. Íbamos a cenar y a acostarnos.

El suboficial dejó de apoyarse en su silla. Puso las manos sobre la mesa y recogió los papeles. Los de David Fortuny con una mano y los de Miquel con la otra.

Se los tendió.

—Muy americanos nos hemos vuelto —dijo—. Eso de los detectives…

—Ya ve.

—Donde esté la Guardia Civil…

—Tratamos de ayudar, nada más. Y, en este caso, la Guardia Civil no se va a poner a buscar a un hombre del que no se sabe nada desde hace años. Otras cosas más importantes tienen que hacer y tareas más enjundiosas les serán encomendadas, digo yo.

—Y dice bien. —El cabo se levantó—. Por suerte, éste es un pueblo tranquilo.

Un pueblo tranquilo.

No quedaba nadie para levantar la voz.

Miquel se guardó los papeles. Su compañero hizo lo mismo con cierto alivio.

—Para otra vez —les avisó el cabo—, mejor se van primero al cuartelillo y avisan de su presencia. Se ahorrarán problemas y nos los ahorrarán a nosotros. Aún queda gente un poco loca con heridas de

guerra. —Se tocó la sien con un dedo antes de agregar—: ¡Buenas noches, señores! ¡Y arriba España!

—¡Arriba, arriba! —le secundó David Fortuny empujando a Miquel fuera del despacho.

36

La casa cuartel de la Guardia Civil estaba a las afueras del pueblo, pero cerca del lugar donde iban a dormir. Una caminata de unos diez minutos a pie bajo la serena calma de la noche.

Miquel andaba con paso rápido y los dientes apretados.

Más que enfadado, frustrado.

—Podría haber sido peor —dijo Fortuny cuando ya se encontraban lejos del lugar.

Le miró con el ceño fruncido y no contestó.

—¡Qué hijo de puta el cura!

Silencio.

Media docena de pasos más.

—Diga algo, hombre.

—¿Qué quiere que le diga?

—No sé. ¿Lo ha pasado mal?

Miquel se encogió de hombros.

—No podían hacernos nada. No ha sido más que precaución, un aviso…

—Ha sido chulería.

—Bueno, pues eso. Pero no hacíamos nada malo.

—A la gente no le gusta que se les haga preguntas, y más dos desconocidos en un pueblo. Lo malo de las preguntas es que exigen respuestas, y aunque no se den, dejan huella. Obligan a pensar.

—Ya da igual, ¿no? Quiero decir que mañana nos vamos.

—Sí, tranquilo.

—Menos mal. —Fortuny acabó sonriendo—. Una buena cena, cama y listos.

—No sé si tengo hambre —reconoció él.

—¿Cómo no va a tener hambre a estas horas?

—Se me ha revuelto el estómago.

—No me sea pusilánime, caramba.

—Mire, Fortuny, desde el 39, cada vez que estoy delante de alguien con uniforme, o es para que me den de hostias, o para decirme que van a fusilarme, o para lo que sea menos para algo bueno. No fastidie y cállese. —Lanzó un escupitajo al suelo y gruñó con malsonante sorna—: ¿Arriba España?

—¿Qué quería que hiciese?

—Salvar el culo, claro.

—¡El mío y el suyo!

—Creo que me gustaba más borracho, cuando me dijo la verdad: lo que pensaba de la dictadura, de Franco…

—¡Pues nada, me bebo esta noche una botella de vino y repetimos! —Levantó mucho los brazos como si fuera a echarse a volar.

—¡Hágalo y le dejo tirado en la calle para que lo lleve a la cama su santo ángel de la guarda!

El detective soltó una inesperada carcajada.

—¡Uy! —exclamó—. Ése ya no está. Pilló un empleo mejor, seguro.

Por un momento, hasta Miquel estuvo a punto de sonreír.

Ya no hablaron hasta llegar a casa de la señora Adela. Tardaron menos de dos minutos. Nada más entrar, apareció ella con cara de preocupación.

—¿Les ha pasado algo? ¿Qué querían?

Fortuny la tranquilizó.

—No, nada, señora. Rutina, papeleo y todo eso. Alguien ha pensado que éramos raros, digo yo.

—De Barcelona y motorizados… —Suspiró la mujer—. ¿Han cenado?

—Iremos ahora.

—¿A esta hora? —Puso cara de pena—. Ya es tarde y aquí solo queda el bar de la plaza con los rezagados. ¿Quieren que les prepare algo?

—No quisiéramos molestar.

—¡Qué va a ser molestia! ¡Tampoco es que vaya a regalárselo! —Puso cara de niña mala al decirlo—. ¿Una sopita y un poco de pan con algo de embutido, o prefieren una tortillita?

—Para mí está bien el embutido —aceptó el detective.

—Yo me quedo con la tortilla —se apuntó Miquel.

—Pues hala, siéntense ahí, en esta mesa. —Los invitó a entrar al comedor—. ¡Tardo cinco minutos!

Miquel se dejó caer en la silla sin quitarse el chaquetón. Resopló. Fortuny sí se puso cómodo. Colocó su tabardo sobre el respaldo de la suya. Estaban frente a frente.

—Venga, va —dijo.

—¿Qué?

—No está así por lo de la Guardia Civil —acabó diciendo Fortuny—. Se ha puesto serio en el cementerio, en esa fosa común, no me diga que no.

Miquel se enfrentó a su mirada.

—¿Quiere soltarlo de una vez? —le apremió su compañero.

Pareció vacilar.

Como si fuera a levantarse y marcharse.

No lo hizo.

Bajó los ojos, observó sus manos rugosas. Tenía las palmas boca abajo. David Fortuny esperaba.

—Roger —acabó musitando Miquel.

—¿Su hijo?

—Le dije que murió en la batalla del Ebro.

—Sí.

—En enero del 39, antes de que entrara Franco en Barcelona, un compañero de él me dijo dónde lo había enterrado. Me hizo incluso un pequeño mapa.

—Joder… —susurró Fortuny.

—En octubre del 48, después de resolver un caso en el que nos metió un hijo de puta, Patro y yo decidimos ir hasta allí.

—¿Vio la tumba de Roger?

—La tumba no sé. El lugar sí.

—¿Pensó en desenterrarlo?

Miquel alzó la cabeza.

Su mirada era crepuscular.

—Lo pensé, claro. —Levantó las manos con las palmas vueltas hacia

sí mismo—. Pero, después de casi nueve años, ¿qué restos habría encontrado? ¿Estaría solo o acompañado? ¿Cómo saber si unos huesos eran los suyos o de otro? —La voz se hizo más queda—. Hubiera sido como profanar una tumba, algo a lo que no tenía derecho. Por eso no va a ser fácil desenterrar a los miles y miles de muertos en la guerra, que van a pudrirse amontonados y mezclados en fosas comunes como la del cementerio de este pueblo. Pasarán los años y… —Su voz se ahogó por completo.

—Algún día las cosas cambiarán y se hará justicia, hombre.

—¿En este país? —expresó sus dudas Miquel—. ¿Quién va a querer desenterrar a tantos miles de fantasmas? Aunque un día fuéramos de izquierdas, cosa que dudo, sería impensable. Esa guerra nos mató el alma a todos. El alma y la conciencia.

—No sabía eso —dijo Fortuny—. Lo de Roger.

—Me habría gustado enterrarlo con su madre, en su nicho. Y ya ve. Hay cosas que cuesta digerir, y tanto da el tiempo que pase. Los muertos a veces gritan más que los vivos.

Por un momento los hermanó una corriente de calor. El silencio fue cómplice de ella. En algún lugar, fuera de la casa, un perro se puso a ladrarle a alguien. O a la luna.

Los perros y sus instintos…

Reapareció la señora Adela con una jarra de agua, dos vasos, cubiertos, pan y el embutido en un plato. La acompañó la música de sus movimientos bamboleantes al cargarlo todo con las dos manos.

—¡La sopita y la tortillita van enseguida! —los animó—. ¿No querrán un vinito?

David Fortuny fue a decir algo. Se encontró con los ojos de piedra de Miquel.

—¿Un vasito? —le preguntó a él.

—No.

—Pero si nada más…

—O bebe agua o le dejo solo.

Fortuny se dirigió a la señora Adela.

—Nada, gracias. Agua.

—Y eso que no es su padre, ¿verdad? —bromeó ella.

—No, no lo soy. —Quiso dejarlo claro Miquel.

La mujer regresó a las profundidades de la cocina. A falta de la sopa, con hambre, Fortuny atacó el pan y el embutido. Era como si las restricciones y la cartilla de racionamiento nunca hubieran existido, o como si el rastro se perdiera en la noche de los tiempos. En el plato había fuet, salchichón, *bull* y queso de cabra. En cuanto empezó a masticar, el detective puso cara de éxtasis.

—Oiga, ambrosía —farfulló con la boca llena.

Miquel alargó la mano y probó un poco de queso.

Muy bueno.

No tenía hambre, pero el estómago se encargó de recordarle que estaba vacío.

Bebió un poco de agua.

—Mascarell —volvió a la carga su socio—. Tanto si conseguimos hablar con Isidoro como si no, mañana cerramos el caso, ¿no?

—Ya veremos.

—¿Qué es lo que hay que ver?

Miquel arrugó la cara.

—Hay demasiados puntos oscuros.

—¿Oscuros? Yo diría que negros. ¿Por dónde quiere tirar? No hay forma de averiguar si Benito García está vivo o muerto. Lo de ese oro es circunstancial. Tangencial, que diría usted.

—¿Dejó a Baltasar solo y se marchó? ¿Por qué? Eso es lo que más me confunde. Luego está lo de la carta del sanatorio a la novia de Baltasar, y la que el propio Benito envió a Florencio dos años después.

—No volvió con su mujer porque era homosexual, eso está claro.

—Entonces ¿por qué no se reunió con Florencio, su amante, o le llamó para que acudiera junto a él donde fuese?

—A usted lo que más le confunde es lo de la epifanía, no me diga que no.

—Eso también. Desde luego, fue después de que le hirieran. Ahí cambió todo. Vio la luz y…

—¿Y qué?

—No lo sé —admitió—. Ni se me ocurre.

—Mañana lo verá todo de otro color —afirmó Fortuny—. Entiendo

que esta noche esté de mal humor. ¿Y sabe una cosa?

—¿Qué?

—Me alegra que me haya contado lo de Roger.

—¿Ah, sí?

—Eso denota confianza, hermandad.

—Usted y su teoría de que juntos formamos un gran equipo…

—¡El mejor, que se lo digo yo! ¡Su intuición y mis dotes…!

Miquel estuvo a punto de soltar una carcajada. No lo hizo en parte porque regresó la señora Adela con dos platos de sopa, uno en cada mano. Los depositó delante de ambos y se quedó quieta al lado de la mesa, esperando.

Miquel fue el primero en probarla.

—Muy buena —dijo.

—¿A que sí? —Se mostró orgullosa ella—. Si es que me sale que ni en el mejor restaurante. Le pongo huevo, un poquito de choricito que no se ve pero sí se nota en el sabor, y lo aderezo todo con lo mejor del caldo que…

Miquel la escuchó. Parecía muy atento.

Su cara decía que estaba pendiente de ella.

Su cabeza, sin embargo, seguía estando lejos de allí.

En una tumba perdida, cerca del río Ebro.

Día 5

Sábado, 19 de abril de 1952

37

Durmió de un tirón; la almohada no olía a tabaco, la cama era pequeña pero sumamente confortable, y no tener que aguantar los ronquidos de David Fortuny se le antojó una bendición. Se levantó de mucho mejor humor del que tenía cuando se acostó y se animó aún más al pensar que en unas horas estaría de nuevo en casa, con Patro y Raquel. Llegaría cansado, pero dispuesto para una tarde apacible. Patro le hablaría de las películas del domingo, harían planes, tomarían decisiones inocentes sobre cuestiones para nada vitales, como si era mejor una de canciones o una del Oeste, si era más guapa Ava Gardner o si la Garbo todavía conservaba el cetro.

La vida.

Así de simple.

Se aseó, se vistió y bajó al comedor de la casa. La señora Adela, incombustible, ya estaba en pie. Les había prometido magdalenas y las tenía a punto sobre la mesa. Le preguntó si prefería un chocolate caliente o una malta con leche.

—¿Chocolate, chocolate?

—Del bueno.

—Me apunto —se decidió.

También le trajo mermelada, mantequilla y miel, con unas rebanadas de pan. Estaba mojando el pan en el chocolate cuando apareció David Fortuny, también vestido pero con más cara de sueño.

—¡Qué silencio! —Fue lo primero que dijo.

—Buenos días —lo saludó Miquel.

—¿Ha dormido bien?

—Esta vez sí.

—Vaya, me alegro. Todo lo que sea provocarle buen humor lo doy por bien servido —dejó ir.

—Siéntese, desayune y nos vamos. Carretera y manta.

—Ya va, ya va. —Le obedeció.

Comieron sin hablar un par de minutos. La señora Adela canturreaba en la cocina. El día ya no era tan soleado como el anterior; había nubes, pero no de tormenta. Eran nubes blancas y algodonosas, de primavera.

Lo de «abril, lluvias mil», de momento, no se hacía realidad.

—Un doce —dijo de pronto el detective.

—¿Un qué?

—Un doce —repitió—. Una vez tuve doce aciertos.

La quiniela.

—¿Y cuánto le tocó?

—Nada. Había no sé cuántos cientos, o miles.

Miquel contuvo la risa.

—¡Pero acerté! —Golpeó la mesa con el dedo índice de la mano derecha—. Y si lo hice una vez, puedo hacerlo otra, de doce o de trece, incluso de catorce.

—Ya me invitará a cenar.

—¿Yo? Como me toque un millón, ahí se queda.

—Gracias.

—Además —insistió—, el gordo de Navidad es una vez al año, pero la quiniela es cada semana. La ilusión se renueva.

—Bien por usted. —Levantó la taza y brindó.

La señora Adela entró en el comedor. Ahora estaba seria. Se dirigió directamente a Miquel.

—Señor…

—¿Sí?

—Quieren verlos en la puerta. Dice que mejor salen ustedes.

—¿Otra vez la Guardia Civil? —Se alarmó Fortuny.

—No, no. Es la señora Juana.

La viuda de José María Velasco.

Se levantaron al unísono. Miquel dejó la taza, ya vacía, en el plato. Su socio acabó de masticar y tragar lo que tenía en la boca. Salieron del comedor y llegaron primero a la entrada de la casa y luego a la calle. Juana estaba junto a la puerta, protegida con un tabardo grueso, un pañuelo por encima de la cabeza y las mismas botas de agua que

llevaba la tarde anterior. Se enderezó al verlos.

—Señora Juana… —empezó a decir Miquel.

—Temía que ya se hubieran marchado —manifestó ella—. Siento molestarlos.

—No, no, para nada. Si podemos ayudarla en algo…

—Quería pedirles un favor.

—Usted dirá.

—Miren, le he dado muchas vueltas a la cabeza a lo que hablamos ayer, lo que me contaron, y he recordado aquellos días: lo que pasó y cómo pasó, la llegada de ese hombre, Benito, para buscar a mi José María… Ustedes seguirán buscándole, ¿verdad?

—Sí, por lo menos lo intentaremos, aunque cada vez es más difícil que demos con lo que pudo pasarle.

—Yo imagino que estará muerto, pero si no es así… —Se frotó las manos, no tanto por el frío de la mañana como por nervios, azorada por lo que estaba diciendo—. José María y él se hicieron amigos, muy amigos, lo sé. Si escondieron ese oro y mi marido murió, tuvo que quedárselo todo Benito, por lógica. Así que, si vive y está en España, será rico, muy rico, no le faltará de nada y vivirá a cuerpo de rey.

—No creo que, si siguiese vivo, se quedara aquí, señora.

—Es una posibilidad, tan remota o no como cualquier otra. Yo solo les pido que si lo encuentran… —Se mostró más y más desfallecida, a punto casi de quebrarse y echarse a llorar—. Les pido que si lo encuentran le digan que nos dé algo, por la memoria de José María, por mis hijos… No quiero mucho, un poco, nada más, lo justo para salir de esta miseria y que ellos puedan estudiar. Me comprenden, ¿no? ¿Ustedes tienen hijos?

—Yo sí —dijo Miquel.

—¿Qué no haría por ellos, señor?

—No se preocupe. Si lo encontramos y, como dice, se quedó el oro, se lo diremos.

—Han sido unos años muy duros —reconoció ella—. El pueblo, lo que sucedió… Nadie nos ha echado una mano. Mis hijos se merecen un poco de esperanza.

—Lo entiendo.

—No pido mucho —insistió ya rozando la desesperación—. Sería un acto de justicia, no de caridad.

—Le juro que lo tendremos en cuenta.

Miró a Miquel fijamente.

Le creyó.

—Gracias —asintió ella con la cabeza.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Diga.

Miquel se lo dijo con una sonrisa.

—¿Dónde enterró a su marido, señora?

Juana parpadeó. Fue por la sorpresa, no por el susto.

—¿Cómo dice?

—Tranquila, no es más que curiosidad.

—No entiendo… —se resistió—. José María está en esa fosa común, al lado del cementerio, usted mismo la vio.

—Cuando le fusilaron, era el primero de la izquierda, ¿cierto?

El desconcierto aumentó. Una sombra de duda le cruzó la cara.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Después de la visita de Ricardo Casals, usted y sus hijos desenterraron el cadáver de José María para buscar el mapa. Eso fue hace muy pocos años, por eso la tierra está distinta, y también lo que ha crecido sobre ella. Usted no tiene dinero, así que, o bien no había mapa, o bien ya era ilegible porque la humedad debió de destrozar el papel.

Juana dio un paso atrás.

—¿Se ha vuelto loco? —exhaló con un hilo de voz.

—Le repito que no es más que curiosidad —insistió Miquel—. Yo tengo un hijo enterrado también en tierra de nadie.

—¡Yo no desenterré a José María! —Se agitó.

—Vimos las gafas de su marido en su casa, viejas, rotas y sucias. Se las quedó como recuerdo. Por eso están en esa urna del aparador.

—¿Es que quiere perderme? —Se llevó una mano al pecho y le miró demudada.

—Por favor… —Se encogió de hombros y su voz se hizo dulce—. Nosotros nos vamos ya. Si no quiere, no me lo diga. No le pido que

confíe en mí. Supongo que para usted no soy más que un extraño. Lo único que puedo hacer es rogarle que me perdone, tanto por haber irrumpido en su vida como por haber removido el pasado.

Se quedaron en silencio.

Miquel asintió con la cabeza.

—Vamos, Fortuny —dijo.

Iban a regresar al interior de la casa.

Entonces llegó la respuesta de Juana.

—No había mapa.

Se detuvieron. David Fortuny tenía los ojos muy abiertos. Miquel hizo algo tan insólito como inesperado.

Levantó la mano derecha y le acarició la mejilla a ella.

Juana no se apartó.

Fue como si la viuda de José María Velasco recibiera una descarga eléctrica.

—No llevaba nada en los bolsillos de la ropa, aunque ya no le quedaban más que pedazos y… bueno, pudo haberse deshecho, sí.

—Gracias.

—Pero no lo hice solo por ese mapa —gimió.

—Lo imagino.

—Todos esos años sabiendo que estaba allí debajo, sin poder siquiera llevarle flores… —Contuvo las lágrimas.

—¿Lo hicieron sus hijos y usted?

—Lo hablamos antes con el cura, porque era demasiado arriesgado. Le prometimos que, si encontrábamos ese mapa y conseguíamos el oro, le daríamos la mitad a él. Bueno, a la Iglesia.

—¿El cura actual?

—Sí.

—¿Y los ayudó?

—Sí, lo hizo. —El tono fue agrio—. Mucha sotana, mucha sotana, pero con tal de conseguir almas para Dios y dejarme tocar el culo…

—Y al no haber mapa…

—Mis hijos repararon el campanario. Son muy mañosos. Fue un modo de compensarle.

Miquel miró a David Fortuny.

Los hijos. El campanario.

A veces lo más simple…

—¿Les dejó llevarse el cadáver?

—¿Qué cadáver? —Tragó saliva—. Los restos.

—Pero ¿les dejó?

—Una vez abierta la fosa, sí.

—Los enterró en su casa.

—Sí, en la parte de atrás. —Levantó la cabeza con orgullo—. Y ya no le han faltado nunca flores, ¿sabe?

Todo estaba dicho.

La curiosidad, o lo que fuera, satisfecha.

—Es usted una mujer valiente —dijo Miquel—. Si podemos ayudarla en algo más…

—No. Lo que les he pedido.

—Entonces… gracias.

—Váyanse —se despidió ella—. Vuelvan a Barcelona y busquen a Benito. Aquí todavía queda demasiado odio para ver la luz del sol sin que nos duela.

La vieron alejarse muy sola calle abajo.

38

El viaje de regreso a Barcelona fue más duro que el de ida, porque el de ida se había partido en dos, de Barcelona a Manresa y de Manresa a Vinyata. Ahora no había más paradas que las obligadas para poner gasolina u orinar. David Fortuny dejó a Miquel en casa a la hora de comer.

—¿Cómo quedamos? —preguntó el detective.

—Nos vemos el lunes.

—¿Y luego?

—Ya veremos. Habrá que decidir qué hacer, si insistimos con Isidoro…

—Sí, claro —lo aceptó Fortuny—. Hala, buenas tardes y feliz domingo.

—Lleve a cenar esta noche a Amalia a algún lugar bonito —le recomendó Miquel.

La mirada de su compañero lo dijo todo.

Pero tuvo la intuición de que le haría caso.

Subió al piso y al abrir se lo encontró silencioso.

—¿Patro?

No había nadie en casa y, por la hora, era raro que ella siguiera en la mercería. Vaciló, dispuesto a ir a comprobarlo, y entonces escuchó el sonido de la puerta abriéndose de nuevo. Se plantó en mitad del pasillo, como a veces hacía ella cuando llegaba él.

Fue como si llevara una semana o un mes fuera de casa.

—¡Miquel! —Le dio la vuelta al cochecito, para que quedase de cara —. ¡Mira, Raquel, es papá!

La niña casi saltó de su transporte.

Se abrazaron los tres. Se besaron los tres. Sin saber cómo, Miquel vio en su mente a Juana caminando sola por la calle unas horas antes. Y vio a Baltasar, fuera de este mundo, en el sanatorio de Manresa.

Sin saber por qué.

—¿Cómo te ha ido?

—Bien, te lo cuento luego.

—Hemos ido a pasear un poco. ¿Has comido?

—No, acabo de llegar.

—Yo tampoco, aunque no sabía si vendrías ahora o por la noche. Juega un poco con Raquel mientras preparo algo. ¿Tienes hambre?

—Sí —reconoció.

La comida tardó quince minutos. Quince minutos de juegos en el comedor, tumbado en el suelo, aunque cada vez le costaba más levantarse luego. Le estaba leyendo un cuento a Raquel, o más bien mostrándole los dibujos, cuando Patro apareció con un plato de lentejas y un pescado abierto por la mitad. Miquel no tenía ni idea de pescados, así que nunca sabía qué clase de pez podía ser el que se comía. Le daba igual mientras no tuviera espinas. Una de sus muchas manías, cada vez más, era que se le quedara atravesada una espina en la garganta.

¿Por qué los años daban inseguridad?

—¡A comer!

Como si lo hubiera entendido, Raquel se incorporó, mantuvo el equilibrio sobre las piernas, y le dio la mano para que se levantara.

—Es lista. —Se llenó de orgullo.

Se sentó a la mesa. Patro trajo el resto, para ella un plato de verduras. Luego dejaron de nuevo a Raquel en el suelo para que jugase. Tenerla sentada con ellos era divertido, pero insistía en cogerlo todo.

—Va, cuenta —lo apremió.

Lo hizo, sin ocultar detalles. Baltasar en el sanatorio, convertido en un vegetal, y la odisea de Vinyata, aunque sin mencionar la detención por parte de la Guardia Civil. Patro le escuchó atentamente. Abrió los ojos con desmesura en el tramo final, el desentierro de José María Velasco.

—¡Qué barbaridad! —Se estremeció.

—Buscaba el mapa del tesoro. —Lo mencionó como si se tratara de una novela de aventuras.

—¡Pero era su marido, por Dios! ¡Hay que tener mucho estómago para eso!

—Por lo menos ahora él descansa verdaderamente en paz.

—Sí, ya. —Puso cara de angustia.

—Yo pensé en Roger.

La angustia de Patro se acentuó.

—¡Oh, Miquel!

—¿Qué quieres? Fue inevitable. Pero estoy bien, en serio. Fue un efecto colateral.

—Lo siento.

—Estoy en casa, es lo que cuenta.

Comieron un poco más, en silencio, hasta que ella lo rompió.

—¿David se portó bien?

Miquel sonrió.

—Bien, bien…

—¿Qué hizo?

—Emborracharse.

—¡No!

—Ya ves. —Siguió sonriendo—. Que si este vinito es suave, que si pasa bien, que si… Y en cuanto me descuidé, había cogido una melopea de aquí te espero. Tuve que llevarlo hasta la pensión y acostarlo. Pero fue interesante.

—¿Por qué?

—Los niños y los borrachos suelen decir la verdad, y él la dijo. Me confesó que estaba enamorado de Amalia y luego renegó del régimen, la dictadura y hasta de Franco.

—¿En serio?

—¿Qué te parece? Es un bocas y un farsante. Siempre lo he sabido, pero esta vez él mismo se quitó la careta. A veces incluso creo que se hace el facha para fastidiarme y así tener un motivo de discusión conmigo, como esos matrimonios que son felices peleándose porque es su único modo de relacionarse. Lo malo es que al día siguiente ya no se acordaba de nada, o eso dijo.

—Ya sabes que no es mala persona, o no colaborarías con él.

Miquel bajó la cabeza.

—Lo peor es que ronca. Tuvimos que compartir habitación, aunque no cama.

—Bueno, todo el mundo ronca alguna vez.

—¿Yo ronco?

—Alguna vez —repitió Patro con tacto.

—No lo sabía.

—También lo hago yo.

—No, tú respiras fuerte, pero no roncas.

Patro alargó la mano y le presionó la suya.

—¿Metemos a ésta en cama para que duerma la siesta y nos tumbamos un rato? Debes estar cansado.

—Lo estoy, pero no para dormir. Bueno, ni tanto como para no…

—Lo sé. —Le guiñó un ojo.

Acabaron de comer. Por desgracia Raquel, esta vez, no parecía dispuesta a dormir y dejarles un rato de intimidad. Tardaron media hora en conseguirlo. Cuando por fin estuvieron seguros de que no despertaría, fueron a la habitación. Dejaron la puerta abierta.

—Échate —le susurró Patro.

Se quitó los zapatos, nada más.

Se tumbó y ella empezó a desnudarle.

Despacio.

Miquel la observó. En la penumbra siempre se asombraba de lo nacarado de su piel, la forma en que brillaba en la oscuridad, la suavidad de los rasgos; la inmensidad de los ojos, de mirada turbia cuando aparecían en ella el amor y el deseo.

Se olvidó del caso.

Y en el instante del primer beso, llamaron a la puerta.

El timbre, insistente.

—¡Maldita sea! —rezongó—. ¡No abras!

Era más que un timbrazo, parecía una especie de sirena de alarma. El que llamaba tenía el dedo pegado, hundido en el botoncito blanco. No daba la impresión de ir a rendirse fácilmente.

—Despertará a Raquel. —Se rindió Patro.

Saltó de la cama y echó a correr hacia la puerta. Miquel no se movió. Todavía confiaba en el regreso de su mujer. La realidad acabó

imponiéndose cuando escuchó la voz de David Fortuny desde el recibidor.

—¿Está en casa? ¡No se habrá echado la siesta!, ¿verdad? ¡Tengo noticias y he de verle!

Miquel cerró los ojos y se llevó la mano a la frente.

Un breve segundo.

Luego él también saltó de la cama, se abrochó la camisa, se ciñó el cinturón y salió de la habitación sin calzarse. Se encontró a Fortuny de frente por el pasillo, con cara de desesperación. La de Patro era de absoluto desconcierto tratando de seguirle.

—¿Qué está pasando? —Bajó la voz para no gritar y despertar a Raquel, aunque cuando cogía el sueño era difícil que un trueno la alterase—. ¡Por Dios, que acabo de dejarle hace una hora! ¿Es que no puede vivir sin mí?

David Fortuny no se inmutó.

—¡He venido inmediatamente porque igual resulta que mañana madruga y se van de paseo! ¡Tenemos trabajo por la mañana! —le anunció.

—¿Y a dónde hemos de ir?

—¡Soledad, la hermana de Isidoro, llamó ayer por teléfono! ¡Cogió el recado Amalia! —Se excitó todavía más, con los ojos brillantes—. ¡Amalia le dijo que estábamos fuera y la mujer le dejó el número de teléfono! ¡Acabo de hablar con ella! ¡Su hermano quiere vernos mañana por la mañana y nos espera en casa de él! ¡Ya he quedado! ¿Qué le parece?

A veces el factor sorpresa aparecía inesperadamente.

—¿Qué va a parecerme? Pues bien.

El detective seguía excitado.

—¡Seguro que cerramos el caso! ¡Me da en la nariz que es la pieza que falta para encajarlo todo!

—De acuerdo —asintió Miquel con ganas de que se marchara, sin tratar de menguar su optimismo ni ponerse a discutir—. Entonces quedamos mañana. ¿A las nueve, las diez…?

—Las diez, las diez. Le he dicho que iríamos sobre las diez y media o las once. Tampoco es cuestión de presentarnos al amanecer.

Quedamos en mi casa, que nos pilla más cerca.

—Bien. —Hizo ademán de querer acompañarlo a la puerta.

David Fortuny no se dio por aludido.

—¿Tiene un vaso de agua? He venido a la carrera. Pensaba que igual se habían ido al cine. No estarían haciendo nada, ¿verdad?

Patro escondió su sonrisa.

Miquel, en cambio, estiró la cara.

—Venga —se resignó—. Le doy el vaso de agua y se va, que íbamos a salir.

—¡Oh, bien! —se explayó el visitante—. ¡Si quieren los acompaño un rato! ¿Van de paseo o al bar de su amigo Ramón?

Día 6

Domingo, 20 de abril de 1952

39

Isidoro Lemos Tarrida era algo más que un hombre inválido, un paralítico en una silla de ruedas con las piernas amputadas por debajo de las rodillas o un residuo vivo de la guerra. Era una sombra. Un esqueleto de ojos hundidos y rostro gris, embutido en una ropa no menos gris rematada por un batín. En el fondo, no era muy distinto de Baltasar García. La primavera parecía no afectarle con su buen tiempo, porque también llevaba una bufanda vieja alrededor del cuello y, aun así, daba la impresión de tener frío. Por entre los acusados huesos del rostro, cabalgaba una nariz prominente que dividía como una montaña los amesetados promontorios de las mejillas. La boca, recta y seca, de labios inexistentes, era una sima abierta sobre el mentón, salido y puntiagudo. Llevaba el cabello muy corto, despeinado. Las orejas parecían alas extendidas a ambos lados del cráneo. Tenía los dedos amarillentos por el tabaco.

Los miró con curiosidad nada más entrar con Soledad, su hermana, en el comedor de la casa. Todo estaba habilitado para las dos sillas de ruedas, la de Isidoro y la de su mujer. Dado que se trataba de un piso reducido, apenas había muebles; eso permitía el paso de las sillas sin ningún tropiezo. De la esposa, ni rastro. Vivían en una planta baja. La puerta daba acceso directo a la calle, con una pequeña rampa de comunicación. De todas formas, tratándose de una calle en tan mal estado, les debía de costar no poco moverse por la zona.

Miquel entendió por qué los padres decían a quien preguntase que su hijo había muerto. Era más que protección.

Los miedos no desaparecían, y menos cuando las paces eran falsas.

David Fortuny pareció inquieto. Miquel no. Ninguno de los dos se puso en pie al aparecer el anfitrión. La silla de ruedas era baja. Prefirieron quedarse a la altura del aparecido. No resultaba fácil mirarle a los ojos, de pétrea consistencia, pero desplazar la mirada por

el cuerpo no era menos angustioso al llegar a la parte en la que desde hacía casi catorce años ya no había nada. Isidoro daba la impresión de tener las rodillas huesudas, o hinchadas, y justo al terminar ellas, como dos prominencias baldías, el pantalón estaba doblado y sujeto con dos pinzas.

—Buenas tardes —los saludó.

A pesar del entorno gris y de su aspecto, desvalido y derrotado, la voz sonó dulce, comedida, llena de serenidad.

—Señor Lemos… —Le estrechó la mano Miquel.

Una mano huesuda pero fuerte. Un apretón de hombres.

Fortuny hizo lo mismo.

Soledad se sentó al lado de su hermano, en la única silla libre de las tres arrinconadas en una de las paredes del comedor, porque allí no eran necesarias. Las otras dos las habían ocupado ellos.

—Ante todo queremos agradecerle que haya accedido a hablar con nosotros —comenzó Miquel.

Isidoro sonrió.

Una sonrisa cansina, entristecida por una cierta sorpresa y aderezada con toques de melancolía.

—Sentía curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Cuando Soledad me lo contó… ¿Detectives? —Mostró su perplejidad—. ¿Montserrat busca a Benito?

—En efecto.

—Un poco tarde. —Plegó los labios en una mueca que podía significar cualquier cosa.

—A veces no damos un paso hasta haber gastado todos los anteriores —mencionó Miquel.

—O cuando no hay más remedio y, de pronto, se nos echa el tiempo encima.

—También. —Y agregó—: Pero es una buena mujer. O al menos eso nos pareció a nosotros.

—Sí —asintió el inválido—. Lo era entonces y supongo que lo sigue siendo ahora, por más que la gente cambie con el tiempo y con las circunstancias. Además de ser tierna y abnegada, ella siempre tuvo

paciencia. Y, en aquellos días, quería a Benito. Lo adoraba.

—Las personas con gente desaparecida en su entorno guardan una eterna esperanza en sus corazones.

—Nos hemos alimentado de tantas falsas esperanzas… —desgranó su anfitrión.

—Pero entenderá que no quiera volver a casarse sin estar segura de que Benito haya muerto —repuso Miquel.

—¿Y si vive, qué? —arguyó Isidoro—. ¿No se casará? ¿Perderá la oportunidad de rehacer su vida y volver a empezar?

—No lo sabemos. Nos contrató para dar con la verdad, encontrar a alguien que pueda decirnos, al menos, que le vio morir. Si vive, es muy difícil que esté en España. Y si se marchó al extranjero con el exilio, en el fondo es como si estuviera muerto.

—Se equivoca en lo de que si vive es muy difícil que esté en España. Le diré más: incluso que esté fuera de Cataluña —repuso con un deje de aplastante seguridad—. Si Benito vive, está aquí, puede creerme.

—¿Cómo lo sabe?

—Le han dicho a mi hermana que encontraron a Baltasar en un sanatorio de Manresa.

—Así es.

—Vivo.

Lo dijo como si le resultara difícil de creer.

—Vivo pero absolutamente ido, incapaz de hablar.

—Entonces Benito no andará muy lejos. Baltasar lo era todo para él. Más que un hermano, parecía un padre.

—Nos dijeron en el sanatorio que nadie ha ido a verle en todos estos años, ni tampoco se han interesado por él.

Isidoro meditó las palabras de Miquel.

Arrugó la cara, pero no dio la impresión de cambiar de idea.

—Habrán hablado con Ricardo.

—Sí, lo hicimos.

—¿Cómo está?

—Esperando un hijo.

Asintió con renovada melancolía.

—¿Les contó la historia, lo del tesoro…?

—Sí, lo hizo.

—Miren, si Benito se hizo con ese oro como parece, sobrevivir es fácil. Seguro que hay formas de saber si un paciente de un sanatorio está bien o mal. Puede haber cambiado de identidad y no querer arriesgarse a ir a ver a Baltasar por ese motivo. De una u otra forma, los que sobrevivimos, enteros o a trozos, tenemos miedo. Estuve preso, sí, y me soltaron, sí, lo mismo que a Ricardo; pero a esos hijos de… —Se detuvo y los miró con temor.

—Tranquilo. Puede seguir —le invitó Miquel.

No estuvo muy seguro. Perdió un poco la intensidad de la voz. Soledad alargó la mano para presionarle el hombro sin decir nada. Un gesto de apoyo.

—Da igual. —Isidoro soltó una bocanada de aire cargado de amarguras—. Todavía tengo pesadillas de noche, salto al oír el timbre de la puerta; y si alguien me mira más de lo normal por la calle, temo que pueda identificarme por algo y denunciarme, aunque no haya hecho nada y pasara el tiempo que pasé preso.

—Le entiendo —dijo Miquel.

—¿Ah, sí?

—Yo estuve ocho años y medio en el Valle de los Caídos, sentenciado a muerte.

Isidoro le miró con respeto.

—A mí me hirieron en combate —intervino Fortuny mostrando su mano izquierda.

Miquel se abstuvo de comentar nada. Tampoco era el momento.

Isidoro recuperó la serenidad inicial.

—¿A quién más han visto en su investigación? —preguntó.

—Estuvimos con Florencio Delmás, con la exnovia de Pedro, con la mujer de José María Velasco en Vinyata…

—Vaya, se han movido —manifestó.

—Es nuestro trabajo.

—¿Y han sacado algo en claro?

—No mucho. A José María lo fusilaron, Ricardo se ha resignado a vivir su vida, Milagros, la exnovia de Pedro, se casó, y Florencio se ha convertido en un amante que no olvida.

—Veo que también saben de las inclinaciones de Benito.

—Sí. Nos puso en el camino la prima de Montserrat, Francisca Santacana.

—¡Menuda bruja era!

—Puede que todavía lo sea, pero acertó. Florencio Delmás aún lleva una foto de Benito en la cartera.

—Los primeros amores nunca se olvidan, ¿verdad?

Hablaban sin concretar nada. Parecían viejos amigos reencontrados recordando el pasado, sus batallas o batallitas. Miquel sabía que era bueno granjearse la simpatía y la amistad de Isidoro. No le forzaba. Pero ya era el momento de ir avanzando.

Soledad parecía una estatua. O miraba a su hermano o al suelo, con las manos de nuevo unidas sobre las rodillas.

—¿Qué cree usted que sucedió? —preguntó Miquel.

—Ya le he dicho que, si Baltasar está en ese sanatorio, Benito no andará lejos de él en el caso de que siga vivo. Y yo creo que sí, que sigue vivo, aunque me digan que nadie ha ido a verlo nunca. Creo, lo mismo que Ricardo, que se llevó ese oro.

—Pero ¿qué piensa que pudo suceder? —repitió la pregunta.

—¿Cuándo, en qué momento?

—Después de que los hirieran, porque ese parece ser el punto de inflexión. Algo le sucedió a Benito en el hospital.

Isidoro Lemos se quedó serio. Hizo un gesto ambiguo con la cabeza. Fue como si le costara hablar.

—Déjalo ya —le pidió Soledad—. Si no sabes si está vivo o muerto en realidad, ¿qué más da? Que se vayan.

Su hermano no le hizo caso.

Levantó la cabeza y se enfrentó a la mirada de Miquel.

—Yo pisé aquella mina, o lo que fuera —retomó el hilo de la conversación—. Lo siguiente que recuerdo fue ver a Ricardo con la espalda hecha trizas, boca abajo, y a Benito de rodillas con el bajo vientre y la entrepierna ensangrentados. Ni siquiera me di cuenta de que yo ya no tenía piernas. En ese instante no sentí nada, ni dolor. Luego sí, de pronto, como si me las arrancaran de cuajo en ese momento. Me puse a gritar como un loco y a partir de aquí… todo es

borroso, entre pérdidas de conciencia y más y más dolor. José María y Baltasar encontraron un carro y nos llevaron campo a través, varios kilómetros, en dirección a donde se suponía que estaban los nuestros. Pudimos habernos desangrado, los tres, pero sobrevivimos. Desperté en un hospital de campaña sin poder moverme, después de varios días en coma. Ricardo también sufría mucho y tenía pérdidas de conciencia. Benito, pese a la gravedad de sus heridas, fue el primero en recuperarse, aunque le costaba caminar. De resultas de todo esto, Baltasar acabó de cruzar el límite. Ya llevaba días medio ido, fuera de sí, porque la guerra iba mal. Pero con el accidente dejó de tener consciencia de la realidad. Fue cuando empezó a dejar de hablar, a encerrarse en sí mismo, a huir de todo.

Isidoro hizo una pequeña pausa y se pasó la lengua por los resecos labios.

—¿Quieres que te traiga agua? —se ofreció su hermana.

—No, da igual. —Continuó su relato—: Mi primo José María me dijo una mañana que se iba, que la guerra estaba perdida y que él prefería volver al pueblo y esconderse allí o en la montaña, con su mujer y sus hijos. No era una deserción, seguíamos siendo milicianos, no formábamos parte del ejército. Nadie le culpó por irse. Cuando José María se marchó, ya no tardó en hacerlo también Benito. Primero por su hermano, estaba muy preocupado por él. Quería llevarlo a un lugar seguro, un hospital, un sanatorio, lo que fuera. La otra razón… —Se detuvo un momento, sin continuar—. Todavía no entiendo de qué manera pudo irse, caminando tan mal como caminaba y con el dolor que debía de sentir. Tuvo que mear sangre durante meses, y eso que ni siquiera sé cómo podía orinar ni por dónde.

—¿Qué quiere decir?

—¡Le volaron los testículos y la…! —No dijo la palabra—. ¿No lo sabían?

—No —reconoció Miquel.

—La explosión le destrozó el aparato sexual. Se quedó sin nada.

—¿Y cómo le afectó eso?

—Pues no sé si le volvió loco o qué; porque lejos de verlo como un drama, pareció como si se liberara de algo.

—¿Liberarse? —repitió Miquel.

—Cuando hablamos, antes de irse él, le pregunté cómo se sentía y me contestó que no le importaba. Me dijo que Dios le había hecho un favor y le había marcado el camino.

Miquel deslizó una mirada hacia su compañero. David Fortuny estaba completamente absorto con el relato de Isidoro Lemos. Incluso estaba tenso, como si le cosquilleara su propio aparato sexual.

—Asombroso, ¿no? —les preguntó el inválido ante el silencio de ambos.

Miquel intentó centrarse. La carta de Benito a Montserrat repiqueteaba en su cabeza. Dios, el perdón, la culpa, el camino, la luz…

—¿Cree que le dijo eso porque estaba vivo y lo veía como un milagro? —inquirió.

—Puede que lo viera como un milagro, sí. Algo así como «Dios me ha hablado y, a pesar de mis pecados, me ha perdonado» —respondió Isidoro con seguridad—. Era lo que era, le gustaban los hombres. Nunca dejó de sentirse… raro, diferente. Nosotros le apreciábamos y ya está. Punto. Pero él, siendo creyente, lo llevaba como una carga. A veces incluso muy dura. Al hablar de «liberación», hablaba de eso. Ya no iba a tener problemas con su vida sexual, porque no tenía sexo.

La nueva pregunta de Miquel murió antes de abrir la boca, porque Fortuny se le adelantó cambiando el sesgo de la charla.

—Entonces se quedaron solos Ricardo y usted.

—Sí, y fue tarde para hacer lo que fuera ya que a los pocos días nos cogieron. Aún no sé por qué no nos mataron. Por lo menos a mí, un inútil al que llevar de un lado a otro. A los heridos del hospital nos trasladaron y entonces empezó mi infierno personal. También el de Ricardo, al que ya no volví a ver. Pienso que nos tocó alguien con conciencia, porque en muchos otros casos, la mayoría, habríamos acabado fusilados y punto. Cuando Ricardo salió de la cárcel, hace muy pocos años, y supo que yo estaba vivo, vino a verme. Le conté que habían fusilado a mi primo y fue cuando comprendimos la situación. Ricardo me dijo que iría a Vinyata. Al regresar, desalentado, ya no quedaba nada, ni siquiera una esperanza. Adiós al oro.

Seguimos con nuestras vidas y eso es todo. No volvió por aquí.

—¿Le contó que Benito había ido a Vinyata, que él y José María cambiaron el oro de lugar, y que al regresar José María le mataron antes siquiera de que pudiera hablar con su mujer?

—Sí, me lo contó —afirmó Isidoro.

—Después de la visita de Ricardo, la mujer de José María supo lo del oro y lo del posible mapa que pudiera llevar encima su marido al ser fusilado. Entonces desenterraron el cadáver de la fosa común.

—¿Eso hizo Juana? —Arqueó las cejas impresionado.

—Sí, pero o no había mapa o, con los años que pasó bajo tierra, quedó destrozado.

—Eso nos lleva de nuevo a Benito como único superviviente —convino Isidoro.

—Un superviviente que después de ser herido escribió una carta a su mujer hablando de una epifanía, pero que, sin embargo, no volvió a dar señales de vida; al menos hasta 1940, cuando le envió una carta a Florencio.

Por segunda vez, el inválido arqueó las cejas.

—¿Escribió… a Florencio?

—Para decirle que estaba bien, pero que no iba a volver.

—¡Luego está vivo, como les he dicho!

—La carta es de 1940.

—¡Benito vive! —insistió—. ¿No lo ven? No iba a contárselo a Montserrat, para que no sufriera, pero sí a Florencio, su verdadero amor. —Se calmó un poco—. Que Benito se casara con Montserrat no significa nada. La apreciaba, la quería a su modo, pero fue una tapadera. De todos nosotros, Benito era el más listo y refinado: leía libros, era el intelectual del grupo. ¡Encima jugaba bien al fútbol, era elegante, de regate fácil y buen disparo! Tenía una magia especial. Por eso se hizo amigo de mi primo José María en cuanto se conocieron. Lo deslumbró. Y por eso ellos dos planearon lo de cambiar el oro de sitio, habida cuenta de que los mapas de Ricardo y mío podían caer en malas manos. —Hizo una pausa para decir—: Yo destruí el mío, ¿saben? Ricardo me contó que hizo lo mismo, aunque lo memorizó. —Siguió su relato donde lo había dejado antes de la aclaración—.

Durante los años de la guerra, como les he dicho, José María y Benito acabaron siendo uña y carne. Hablaban de películas o de cosas que a los demás nos daban igual. —Forzó una sonrisa sin dejar de hablar—. A Benito le encantaban los juegos de palabras. A cada uno de nosotros le puso un apodo según las sílabas del nombre y los apellidos. Yo era Isleta, por Isidoro Lemos Tarrida, ¿lo entienden? —Y aunque Miquel asintió con la cabeza se lo explicó—: Is-Le-Ta. Ricardo era Ricacho, por Ricardo Casals Chopera, Ri-Ca-Cho. Pedro era Pesoto, por Pedro Solana Tous. José María era Joveta, por José Velasco Tarrida.

—Y a Florencio lo llamó Flor de Lis —concluyó Miquel.

—¡Sí, también se lo puso él, aunque eso quedaba entre ellos! —Por primera vez se echó a reír cansinamente.

—Si vive, no sabrá que usted y Ricardo están también vivos.

—O sí, quién sabe.

—Eso no encajaría con su conversión anímica, su encuentro con Dios y todo lo demás.

—Miren, señores. —Isidoro dio muestras de cansancio—. Supongo que nunca sabremos qué pasó ni dónde está. No después de tantos años. Lo demás… —Se encogió de hombros de manera ostensible, sosteniéndolos en lo alto un par de segundos—. Siento que hayan perdido el tiempo. Incluso conmigo.

—No lo hemos perdido, se lo aseguro. En una investigación hay que atar todos los cabos.

—¿Les queda algo por donde indagar?

—No —reconoció Miquel.

—Con los años, los rastros se pierden, ¿no es cierto?

—Montserrat Blanco tendrá que tomar una decisión. Esperemos que sea la correcta y se case libremente.

—Salúdenla de mi parte.

—Lo haremos. Y créame que sentimos haberle importunado con todo esto.

Isidoro se pasó la lengua de nuevo por sus finos labios. Luego se llevó una mano a la comisura, como si tuviera saliva en ella. Dirigió a sus invitados sendas ojeadas revestidas de calma.

—Les ruego que perdonen a mis padres, incluso a mi hermana. —La

miró con amor—. Cuando alguien pregunta por mí, tratan de protegerme diciendo que estoy muerto. Es lo más práctico. El miedo se amortigua, pero nunca se supera. Y esa guerra dejó mucho miedo. —Respiró un poco fatigado—. Sin embargo, al mostrarme las preguntas que le hicieron y contarme ella su interés y lo que buscaban… sentí curiosidad, por eso he querido verlos.

—Y nosotros se lo agradecemos.

Isidoro estaba ya completamente relajado. Su tono era amigable al cien por cien.

Como si llevara tiempo sin hablar con nadie y lo necesitase.

—¿Qué hacía usted antes de la guerra, si me permite preguntárselo?

—Era inspector de policía.

—¿En serio?

—Sí. Y mi compañero, agente del cuerpo. —Le palmeó el hombro a David Fortuny—. Luchó con Durruti y le salvó la vida a costa de perder casi el brazo izquierdo. ¿Verdad, camarada?

El detective apenas si pudo reaccionar.

—Sí, sí —afirmó.

—Buen tipo Durruti, ¿no? —Sonrió Isidoro.

—¡Oh, sí, mucho! —Lo corroboró Fortuny levantando el puño izquierdo.

Miquel sonrió.

Lenin, el exchorizo y ahora amigo suyo, sí alardeaba de haber combatido con Durruti.

—Será mejor que nos vayamos. —Miquel se puso en pie el primero —. Ya le hemos molestado bastante.

—Si a pesar de todo descubren la verdad… —vaciló Isidoro.

—Si descubrimos que está muerto, se lo diremos. Y si está vivo… —dudó Miquel.

—Tengan cuidado con lo que encuentran. Puede hacer daño a una o más personas —dijo Isidoro.

Miquel recordó aquella frase: «Cuidado con lo que deseas, porque puedes conseguirlo».

Le tendió la mano al inválido.

Y entonces, de manera inocente, hizo la pregunta:

—Ha dicho que Benito les puso apodos a todos según las primeras sílabas de sus nombres y apellidos. Siendo así, él sería Begana, ¿no? Benito García Navarro.

La respuesta de Isidoro le dejó sin sangre.

Con la cabeza del revés.

—No. —Se rio el hombre—. No le gustaba eso de Begana. No significaba nada. Prefería el buen humor y darle un toque más realista y un significado más acorde con cómo se sentía. Así que él usaba el Beni de Benito, la G de García y la sílaba Na de Navarro. —Siguió riendo—. Él decía que era Benigna, ¿qué le parece?

Día 7

Lunes, 21 de abril de 1952

40

La madre superiora se quedó perpleja al verlos.

Y no les ocultó el desconcierto.

—¿Otra vez ustedes?

—Lamentamos molestarla —se disculpó Miquel—. No estaríamos aquí si no fuera estrictamente necesario.

—Pero si ya vieron que Baltasar García no puede ni hablar. ¿Qué esperan de él? —Se mantuvo firme como un baluarte la monja.

—No hemos venido a visitar a su enfermo.

—¿Ah, no?

—Nos dijo que a Baltasar lo había encontrado una de las hermanas vagando por cualquier parte, solo y perdido, y que, como buena cristiana, lo trajo aquí.

—Sí, exacto. —La monja siguió mirándoles con fijeza.

—¿Fue la hermana Benigna?

—La misma. ¿Por qué?

Miquel tardó un breve segundo en continuar.

—¿No hizo preguntas? ¿No le extrañó?

—¿Por qué habría de extrañarme? —Enderezó un poco más la espalda, como si quisiera agigantarse frente a ellos—. No entiendo su pregunta.

—¿La hermana Benigna era de su congregación?

La madre superiora frunció el ceño.

—Ustedes no saben cómo eran aquellos días en esta zona por lo que respecta a los civiles, con el hambre y el frío azotándolos, y menos lo que era servir al Señor desde nuestras limitaciones: unas veces luchando contra las burlas, otras contra la falta de recursos para atender a nuestros enfermos, las más contra la vorágine atea al servicio del contubernio comunista. Muchas de nuestras hermanas se vieron sometidas al martirio en distintos lugares de Cataluña o la

vecina Aragón. Aquí acogimos a no pocas de ellas, que huían de monasterios arrasados o iglesias quemadas. Sí, tiempos convulsos llenos de una barbarie sin igual. —Suspiró alterada por el recuerdo—. El monasterio de sor Benigna fue uno de los afectados durante la batalla del Ebro, como ella misma nos contó. Caminó días y días, noches y noches, para llegar hasta el nuestro, sola, movida por su enorme voluntad, sin rendirse. Y déjenme decirles que hablamos de una santa, una verdadera santa. —Se santiguó para dar más fuerza a sus palabras—. No solo caminó temiendo por su vida, sino cargando un peso de varios kilos con las reliquias que ella misma había salvado de su iglesia. Un verdadero tesoro, y no lo digo únicamente por el valor de las joyas o el oro. Lo digo por su simbolismo. Cálices, escapularios, anillos, el legado de cientos de fieles depositado allí. Encima, ayudó a Baltasar al tropezarse con él. Cuando los dos llegaron, dio por terminada su misión. Como le he dicho, la acogimos, y desde ese mismo día formó parte de nuestra congregación y se ocupó personalmente de Baltasar García. Sor Benigna dice que Dios lo puso en su camino, que fue un regalo para darle fuerzas al final, cuando ya apenas si le quedaban. Ésa es la clase de persona y de monja que es ella.

Miquel asintió.

La madre superiora no captó la luz de sus ojos. Únicamente el tono suave de sus palabras.

—¿Podríamos hablar con ella, por favor?

41

Miquel había visto dos fotografías de Benito García. Una, la del día de la boda facilitada por su mujer Montserrat. Otra, la que llevaba Florencio Delmás en la cartera. Las dos mostraban a un hombre joven, atractivo y sonriente, en la plenitud, una eternidad antes del comienzo de la guerra y la pérdida de la razón colectiva. Nada que ver con el aspecto físico ni con la imagen del hombre vestido de monja que tenían delante.

Tal y como lo recordaban de apenas tres días antes.

Sor Benigna, Benito García Navarro, entró en la estancia con el mismo recogimiento del viernes. Era como si el silencio lo envolviese y lo acompañara allá donde fuese. Silencio y bondad, paz y evanescencia. Idéntica expresión, idéntica mirada, idéntico tono de voz, grave y susurrante.

—¿Querían verme, señores?

El hábito era grande, pero él había engordado hasta abultar casi el doble. Se veía en la prominencia de las mejillas apretadas por el casquete blanco y alado. Sus manos, no menos gordezuelas, se unían entre sí con los dedos entrelazados a la altura del vientre, como era habitual en sacerdotes o religiosas. Casi una señal de identidad, una muestra de humildad y sumisión.

Miquel respondió a su pregunta con un asentimiento de cabeza, sin saber cómo llamarlo.

—¿Quiere sentarse, por favor?

Le extrañó la propuesta, pero accedió a la petición. Ocupó una silla frontal a las de ellos. Miquel y David Fortuny la imitaron. Una vez hecho el nuevo silencio, fue él… ella, quien volvió a hablar primero.

—Me temo que el señor Baltasar sigue igual. Como les advertimos, lleva así…

—No hemos venido a hablar de Baltasar —dijo Miquel.

—¿Ah, no?

—Necesitamos saber algo.

—¿Y qué es?

—¿Por qué?

Podía ser un hombre. Era un hombre. Pero les costaba verlo como tal. El hábito, los rasgos indefinibles, el propio entorno… Todo jugaba a confundirlos.

Miquel no llevaba nada preparado.

Se dio cuenta en ese momento.

Una vez comprendida la verdad al enterarse del nombre ficticio que Benito utilizaba con sus sílabas, había disfrutado de la tarde del domingo en calma, la paz del hogar, ir al cine con Patro, dormir. La vuelta a Manresa en moto de un rato antes, en un día mucho menos agradable, casi frío y nuboso, también la había hecho apoyado en una extraña calma. Todo para llegar hasta allí y quedarse casi en blanco.

¿Cómo se desnuda a veces la verdad?

—No entiendo…

—Flor de Lis, Isleta, Pesoto, Ricacho, Joveta… —empezó a hablar hasta hacer una larga pausa y, viendo la aparente impasibilidad de Benito, agregar—: y Benigna.

De pronto comprendió que Benito no era ya Benito. Comprendió que llevaba casi catorce años siendo sor Benigna.

Era sor Benigna.

Se encontró con sus ojos desamparados.

—¿Cómo lo han sabido? —musitó con voz muy queda.

—Juntando piezas —se limitó a decir Miquel—. Eso y… un poco de suerte al hacer la pregunta apropiada en el momento más inesperado.

Benito García no se movió.

Permaneció sentado, quieto, casi como si nada de aquello fuera con él. En sus ojos no había miedo, ni desconfianza. Únicamente abatimiento.

Tristeza.

—¿Puedo preguntarles algo?

—Sí —dijo Miquel.

—Solo por curiosidad. —Y continuó—: ¿Qué es lo que saben… o

piensan que saben?

—¿De verdad lo cree necesario?

—Sí. Quiero oírlo. Necesito oírlo.

Miquel intercambió una mirada con Fortuny. Fue un pacto sin palabras. Las verdades también requerían de calma y tiempo. La necesidad de una digestión reposada.

Siempre era lo más difícil al acabar una investigación.

Aunque en aquel caso no hubiera ningún culpable.

Ninguno.

Solo personas, seres humanos enfrentados a su destino.

—Sabemos que ustedes eran cinco —comenzó a hablar Miquel—. Amigos, compañeros, jóvenes… Cada cual con su vida además de la hermandad que se profesaban. Una vida que incluía secretos. El suyo, la homosexualidad. Y no estoy juzgándole. —Levantó la mano para dejarlo claro—. Creo en las libertades humanas —continuó—. Usted estaba enamorado de otro amigo, Florencio Delmás, y él lo estaba de usted. Pero la homosexualidad, en nuestro mundo, en esta o la otra España, no estaba bien vista. Para algunos, el secreto constituía un trauma, vivir la vida a escondidas un enorme dolor, incluso una vergüenza que en muchos casos era difícil de superar. Por eso decidió casarse con Montserrat, una buena chica enamorada de usted.

—La quería —le interrumpió.

—Lo sé, y le creo. Pero fue una pantalla, y lo sabe. Siguió viendo a Florencio, a Flor de Lis, como le llamaba usted. Todo siguió igual hasta que llegó la guerra y lo cambió todo. Ustedes cinco se fueron a combatir. Incluso Baltasar, que con su esquizofrenia no tenía por qué haber ido a pelear. Sus padres le pidieron que cuidara de él, como siempre había hecho, y les juró que así sería, que nunca lo dejaría solo.

—Nunca le he dejado solo, salvo unos días en…

Dejó de hablar. Seguía pendiente de las palabras de Miquel.

—La guerra empezó casi como un juego y acabó siendo una tragedia. La batalla del Ebro fue la gota final. Aquel día quedaron desgajados del resto y, al ocultarse en unas ruinas, encontraron el tesoro. Alguien había escondido cálices y reliquias de alguna iglesia o

convento. Como es lógico, decidieron quedárselo los seis, porque se les había unido el primo de Isidoro, José María, del que se hizo muy amigo. ¿A quién iban a entregar semejante fortuna, a sus mandos derrotados? No, lo cambiaron de escondite e hicieron un mapa para cada uno. Iban a ser ricos aunque la República perdiera la guerra. Pero desde ese momento todo cambió y la mala suerte se cebó en ustedes.

—No fue mala suerte —dijo Benito—. Fue Dios.

—¿Dios los castigó?

—Primero nos avisó.

—¿Con la muerte de Pedro?

—Sí. Luego…

—Luego llegó lo de la mina o la bomba que pisó Isidoro.

—Exacto.

—Isidoro perdió las piernas, Ricardo quedó con la espalda casi destrozada, y usted…

Benito tragó saliva.

Tenía los ojos brillantes.

—Fue entonces cuando le escribió la última carta a Montserrat. La que habla de su «epifanía».

—¿La han leído? —volvió a interrumpirle.

—Sí.

—Comprendo. —Bajó la cabeza.

—Usted entendió la pérdida de sus órganos sexuales como una liberación. Ya no tendría que preocuparse nunca del amor físico. Siendo creyente, tuvo esa epifanía. No era un castigo, al contrario. Dios le había advertido primero, y salvado después. Vio la luz, encontró el camino… Decidió no regresar a Barcelona, a su mentira. No sé cuándo ni cómo urdió el plan definitivo, pero en los días siguientes los acontecimientos se encadenaron. José María se marchó para regresar a Vinyata. Usted, pendiente de Baltasar, que ya se había vuelto definitivamente loco con la explosión, quizá viéndole a usted sangrando, lo primero que hizo fue tratar de ayudarle. Por eso no se marchó con José María. Imposible arrastrando a Baltasar. Lo dejó tal vez con alguien unos días, oculto, y fue tras José María. A Isidoro y

Ricardo les cogieron al poco. Llegó a Vinyata, convenció a José María para cambiar el oro de lugar y después…

—No cambiamos el oro de lugar —dijo Benito.

—Lo sé. Lo trajo aquí —convino Miquel.

El hombre, la monja, sonrió con ternura.

—Le hablé a José María con el corazón, le mostré mi alma. Le dije que ese oro había sido nuestra perdición, y que seguiría siéndolo mientras estuviera enterrado y Dios nos señalara con su dedo justiciero. Habría podido ir yo solo y desenterrarlo, llevármelo, pero necesitaba que él, como único superviviente todavía libre, lo entendiera. No quería que pensase que yo lo había robado. Simplemente le conté mi plan.

—¿Así que José María aceptó?

—Sí. Afortunadamente, sí.

—¿Creyó en su sinceridad?

Benito abrió las manos en un gesto propio de sus hábitos.

—También él estaba cansado de todo —dijo—. Después ya nos separamos.

—¿No hicieron ningún otro mapa?

—No, ¿para qué? Le dije que iba a devolver el oro a la Iglesia y lo entendió. Creyó en mí y le convencí. Era la única forma de ser libres. Incluso me ayudó a encontrar aquellos hábitos de monja, aunque estaban medio rotos. Pero bueno, sirvieron igual. Por lo demás, siempre fui barbilampiño, no hubo sospechas y fui aceptado sin reservas.

—¿Sabe que a José María lo fusilaron nada más regresar al pueblo?

—Lo supe tiempo después. No entonces.

—¿Y lo que les pasó a Isidoro y Ricardo?

—También. Sé que están vivos.

—Lo que no sabe es que Ricardo fue a Vinyata, le contó la historia a Juana, la mujer de José María, y ella desenterró el cuerpo de su marido en busca de ese posible nuevo mapa.

Se dejó caer hacia atrás en la silla.

—No, eso no lo sabía, claro —reveló.

Miquel acabó de ordenar sus ideas. Fortuny apenas si respiraba. No

dejaba de mirar fijamente a Benito, o mejor dicho, al repentino hombre escondido tras aquellos hábitos desde hacía casi catorce años.

—Usted regresó a por Baltasar cargando esos kilos de oro, se puso el hábito y llegó hasta aquí. No le fue difícil convencer a las monjas de que estaba sola y necesitaba un hogar, porque el suyo había sido destruido; ni le fue difícil que la aceptaran e, incluso, la veneraran como una heroína por haber salvado ese tesoro de la Iglesia. ¿Que traía consigo a un pobre loco? No pasaba nada. Se quedaron y ése fue el final de la historia. Usted dejó de ser el hombre que era al nacer para convertirse en la mujer que probablemente latía en su interior. La mujer que había soñado ser durante años.

—Dios me ayudó —asintió convencida y llena de fe.

—¿Por qué escribió a Florencio en 1940?

Benito cerró los ojos un largo momento. Tuvo que respirar un par de veces.

—¿Debilidad? —exhaló sin apenas voz—. Lo único que pretendí fue decirle a Florencio que estaba bien y que siguiera con su vida. ¿Saben? Me arrepentí al momento de haber mandado esa carta.

—¿Y la de Carmen, la novia de Baltasar? Porque la mandó usted, ¿no?

—También lo hice por ella, para que no sufriera. Y por él. Eran jóvenes y habían estado muy enamorados. Le pedí que no viniera pero en el fondo… en el fondo creo que yo esperaba que lo hiciese. Creía que, a lo mejor, Baltasar reaccionaría. Una quimera, lo sé, también fui consciente de ello. —Abrió las manos con las palmas hacia arriba para ser un poco más vehemente, al menos gestualmente—. A pesar de encontrar la paz aquí, pasé momentos duros, de dudas, como si Dios siguiera poniéndome a prueba. Esas dos cartas fueron… —No encontró las palabras adecuadas—. Por suerte, Carmen no vino nunca. Imagino que no habría soportado encontrarse a Baltasar en su estado. Después de eso…

—El tiempo.

—Sí, el tiempo, rápido, implacable.

—Nunca imaginó que alguien pudiera encontrarle.

Benito sostuvo ahora la mirada de Miquel. Buscó también los ojos

de David Fortuny antes de regresar a él.

—Son buenos —reconoció.

—Ya le he dicho que a veces todo es cuestión de juntar las piezas.

Benito sacó un pañuelo de alguna parte, como si debajo del hábito escondiera bolsillos secretos. Primero se sonó con fuerza. Se limpió la nariz, dobló el pañuelo y se lo pasó por las bolsas de los ojos. No volvió a guardarlo, lo retuvo entre sus manos. Una forma como otra, a veces, de asirse a algo por mera necesidad.

—Señor… —musitó.

—Tranquila —dijo Miquel sin darse cuenta de que había empleado el femenino.

—Yo… —Los ojos de Benito se perdieron ahora en la pared de la derecha, en la que no había nada. O quizá sí, el infinito. El mismo infinito en el que ahora se perdía ella entre los recovecos de su mente —. Yo siempre me sentí diferente. Siempre, desde niño. Era una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre. Cuando comprendí la verdad, aquello a lo que estaba destinado… sufrí mucho. Sufrí hasta que encontré a Florencio y descubrí que no estaba solo. Eso me ayudó, por lo menos a sobrellevarlo, pero con los años volvió la carga. Mis amigos sabían cómo era yo, qué era yo, y me aceptaron. Eso fue, sin duda, maravilloso. Era formidable jugar al fútbol con ellos, sentirme uno más. Pero mi felicidad estaba al lado de Florencio. Comprender que nunca podríamos estar juntos fue lo que me enloqueció. Por eso acabé casándome con Montserrat, un ángel, una buena mujer donde las haya. No sé qué habría pasado de no estallar la guerra. No tengo ni idea. Imagino que habríamos seguido igual, incluso con hijos. Pero cuando me fui a luchar creí que eso me daría tiempo a pensar. Lo sentí más como una oportunidad que como una pausa. En la guerra… me repugnaba luchar, pero lo hice. No creo que matara a nadie. Disparaba a ciegas en las trincheras. Dios no me puso en la tesitura de tener que quitarle la vida a otro ser humano cara a cara. Cuando encontramos ese tesoro, fui el único que tuvo miedo. Los demás estaban contentos y felices. Pero yo… Yo era creyente, ¿entienden? De alguna forma veía más allá, sabía el pecado que estábamos cometiendo a los ojos del Señor. Por eso aquel día, cuando la explosión me voló… esa parte de

mi cuerpo, entendí el mensaje. No era un mal, tampoco un castigo, era la liberación. Usted lo ha dicho muy bien antes. Dios me arrancó el problema. Pudo haberme matado, pero es justo. Quiso que siguiera vivo. Y seguí. Dejé de ser el hombre que no quería ser y me convertí en una monja más, recluida y apartada, pero al servició de los demás, comenzando por mi propio hermano.

—Siempre ha estado con él.

—Sí.

—Isidoro nos dijo ayer domingo que, si Baltasar estaba aquí, usted no podía estar lejos.

—Así es —lo corroboró.

—Por eso Baltasar se rio cuando le preguntamos si sabía dónde estaba usted —mencionó Miquel—. Claro que lo sabía. ¡A un metro!

—No habla, pero es consciente.

Parecía todo dicho.

Pero no era así.

Los tres lo sabían.

Y fue Benito el que hizo la pregunta decisiva.

—¿Y ahora qué?

42

Miquel guardó silencio.

Después de una tempestad, la naturaleza ordenaba la vida de nuevo, las aguas volvían a sus cauces, todo rebrotaba. Regresaban el sol y la luna, los olores y las promesas. Nada parecía terminar, solo fluir.

En aquella habitación, dos mundos acababan de confluir.

Al volver a hablar, apareció una súplica en la voz de Benito.

—¿Saben lo que pasará cuando le digan a Montserrat que estoy vivo?

—Sí, lo sabemos —afirmó Miquel con un deje de dolor imposible de contener.

—Dios… —Cerró los ojos el hombre cubierto con los hábitos de una Hija de la Caridad—. Perdóname…

—No tiene por qué perdonarle —dijo Miquel—. Ni tampoco nosotros. Por eso no le diremos nada a su mujer.

David Fortuny siguió inmóvil, pero los ojos le delataron.

Abiertos, sin posibilidad de disimular la sorpresa.

Benito, en cambio, empequeñeció los suyos.

—No entiendo…

—Tiene usted razón —asintió Miquel hablando muy despacio a medida que los pensamientos se sintonizaban con las palabras—. Hay verdades que no sirven de nada, y mentiras piadosas que ayudan a superarlas. Su mujer lleva catorce años viuda. De alguna forma, lo ha superado con el paso del tiempo y ahora es feliz. Y si usted la quiere, por lo que fueron, lo que más querrá es que siga siendo feliz. Desea casarse de nuevo. Saberle vivo la desbarataría. Le haría un daño imposible de superar. Benito García murió el día que usted se puso esos hábitos y se convirtió en sor Benigna. Aquí es útil, es una más en la congregación. No ha hecho daño a nadie. ¿Para qué cambiar eso?

Benito volvió a llevarse el pañuelo a los ojos.

Tragó saliva.

El sonido, gutural, sonó como un sordo trueno en la habitación.

—¿Van a… mentir? —balbuceó.

Miquel asintió con la cabeza.

—Sí —dijo rendido—. Le diremos a Montserrat que usted murió, que encontramos un testigo que le vio caer en el Ebro, y que está enterrado allí, como tantos, en una fosa común de paradero desconocido. Ella… bueno, pienso que querrá creerlo. Es lo que más desea creer en estos momentos. Se sentirá aliviada. Ni siquiera hará muchas preguntas.

—¿Y por qué harán eso? —preguntó Benito.

—Llámelo conciencia.

—Yo no puedo pagarles su silencio ni su mentira.

—No lo hacemos por dinero —manifestó Miquel muy serio—. Le repito que es una mera cuestión de conciencia. También de justicia. En este caso excepcional, la verdad es peor que la mentira. Ustedes tienen derecho a ser felices. Montserrat con su nueva vida, y usted manteniendo la que escogió hace ya todos estos años. Su mujer nos contrató para hacer un trabajo, y lo hemos hecho. Eso es todo.

Afloraron dos solitarias lágrimas bajo el súbito enrojecimiento de los ojos de Benito García. Esta vez le costó tragar saliva.

—Gracias —gimió.

—No nos las dé —repuso Miquel—. Ahora comprendo que desde el primer momento, cuando ayer domingo por la mañana entendí que usted era Benito, la decisión ya estaba tomada. Faltaba hablar con usted, cara a cara, ver su reacción, y mientras lo hacíamos, lo he visto claro. Es una buena persona.

—Dios…

—No meta a Dios en esto —le detuvo Miquel—. No conmigo. Usted se lo agradecerá a Él, pero debería agradecérnoslo a nosotros. Usted es creyente, yo soy escéptico. Usted creerá lo que quiera creer. Yo solo tengo unas pocas cosas en las que creer: principios, ética, compasión, comprensión, la conciencia de la que acabo de hablarle… Aquí estamos tres personas con una historia, y es todo lo que cuenta. Cuando salgamos por esta puerta —la señaló—, usted seguirá siendo

sor Benigna y nosotros dos detectives con un caso felizmente resuelto. Ni siquiera pienso que exista lo que usted llamaría «un pecado». Benito murió. Usted es quien es. Mañana, Montserrat Blanco será una mujer libre. Fin.

Las lágrimas cayeron ahora libres por las mejillas de la falsa monja.

—Aun así, rezaré por ustedes —volvió a gemir sin apenas fuerzas.

—Hágalo. —Se encogió de hombros Miquel al tiempo que se levantaba para dar el primer paso de la despedida—. ¿Sabe una cosa? —Sus palabras resonaron de pronto como si levantaran ecos entre aquellas cuatro paredes—. Me gustaría creer que alguien va a escucharla, sor Benigna. Se lo juro. Me gustaría mucho creerlo.

43

A la salida del sanatorio, los saludó un rayo de sol filtrado por entre las nubes.

Duró muy poco.

Luego desapareció.

La moto estaba a veinte pasos. Una distancia corta. También un mundo. Miquel se quedó un instante en las escalinatas. David Fortuny intentó abrir la boca.

—No diga nada —le previno Miquel.

—No, no. —Levantó las manos el detective en señal de inocencia.

—Venga, vámonos a casa, no sea que se ponga a llover y nos pille de camino —inició el descenso de las escaleras.

Fortuny le siguió.

Pero fue incapaz de callar.

Estalló al llegar a la moto.

—¿De verdad lo decidió ayer mismo, cuando asoció lo del apodo con el nombre de la monja?

—Sí, puede, no sé. Pero lo he visto claro hoy, ahora. Ayer, la idea, la semilla, se hundió en mi mente. Quizá dependía de la reacción de ella… bueno, de él.

—¿Por qué no me dijo nada? Salimos de casa de Isidoro y no habló.

—¿Para qué? ¿Para discutir?

—No lo habría hecho.

—Usted siempre discute, Fortuny. —Sonrió malévolo Miquel.

—¡No es cierto! —protestó su compañero.

—¿Está de acuerdo con todo?

—¿Me lo pregunta ahora que ya está hecho?

—Dígame, ¿está de acuerdo o no?

—Sí, claro que lo estoy.

—¿Lo entiende?

—También. ¡No soy tonto!

—Entonces me alegro. —Levantó un pie para introducirlo en el sidecar—. Venga, tápeme con el plástico.

Fortuny empezó a extenderlo por encima de Miquel.

No llegó a cubrirlo del todo.

—¿Sabe lo que más me sorprende a veces de usted? —No pudo callarse.

—Ni idea. —Miquel adoptó una actitud seráfica.

—Que no tiene ego. No presume nunca de ser listo.

—¿Le digo lo que es el ego, Fortuny?

—Va, suéltelo.

—El ego es como llamamos a nuestras inseguridades.

El detective lo meditó.

—¿Así que cuanto más ego, es que más inseguros somos?

—Sí. Lo necesitamos para equilibrarnos. Y créame, sí tengo ego.

David Fortuny acabó de cubrirlo con el plástico.

Se subió a la moto.

Y antes de arrancarla, impidiendo que el ruido ahogara su voz, le gritó:

—¡No sabe usted la suerte que tiene de tenerme de compañero!

Ninguno de los dos lo hizo primero.

Fue al unísono.

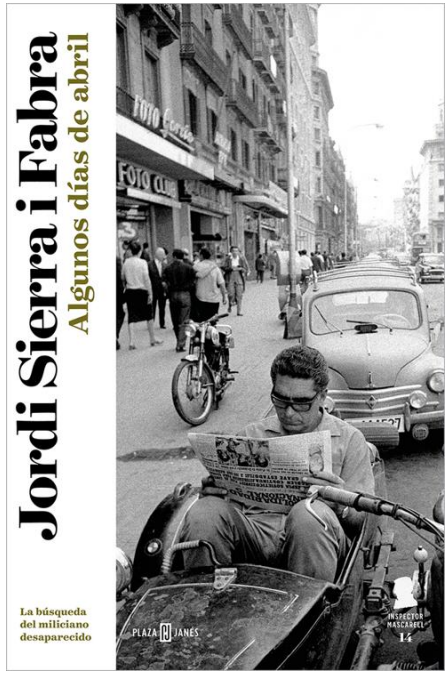
Pero sus carcajadas debieron de escucharse por todo Manresa.

Agradecimientos y créditos

Mi gratitud constante, como en todas las novelas de Miquel Mascarell, a Virgilio Ortega y a las hemerotecas de *La Vanguardia* y *El Mundo Deportivo*. También a la voz de Francisco González Ledesma, que me sigue hablando desde el Más Allá.

Al contrario de otras novelas de la serie, en ésta no hay personajes reales y tanto la narración como los escenarios son imaginarios, adaptados a la trama del relato. El pueblo de Vinyata, por lo tanto, no existe y ha sido creado para esta novela. Sí siguen existiendo, más de ochenta años después, miles de muertos enterrados en cunetas, montes y cementerios con fosas sin nombres a lo largo y ancho de toda España, todavía esperando que la Memoria Histórica los alcance. Una vergüenza mantenida generación tras generación.

El guion de esta novela fue preparado entre el 20 y el 27 de agosto de 2021 en Vallirana. El texto final fue escrito entre el 8 y el 28 de noviembre del mismo año en Barcelona.



Abril de 1952. Miquel Mascarell y David Fortuny reciben en su agencia de detectives la visita de Montserrat, una viuda de guerra. O no tan viuda: la mujer no está segura de que su marido haya muerto y quiere confirmarlo para poderse casar de nuevo "como Dios manda". Han pasado trece años desde el final de la Guerra Civil y no quedan apenas testigos de los últimos días en los que Benito García dio señales de vida. La investigación se centra no solo en su búsqueda, sino también en la del grupo de amigos que en 1936 se marcharon a pelear por la democracia y murieron en manos de una dictadura. ¿Todos? No, quedan algunos implicados con los que empezar a remover el pasado. Uno lleno de sorpresas que les hará viajar en la moto de David por algunos de los lugares donde se combatió en los estertores de la guerra.

¿Está vivo Benito García? Y si es así, ¿por qué no ha dado señales de vida en trece años? Miquel y David descubrirán un trascendental secreto en una historia apasionante de amor y redención con uno de los finales más sorprendentes de la serie.

«Los casos de Miquel Mascarell están prácticamente milimetrados».
Toni Polo, *El País*

«No solo es un acierto dentro de la novela policial española, sino una recreación formidable de unos años de los que hay muy poca narrativa, y mucho menos crítica social».
Irene Dalmases, Agencia EFE

«Ojalá tengamos a Mascarell por mucho tiempo más. Es historia viva».
Lilian Neuman, *La Vanguardia*

Jordi Sierra i Fabra (Barcelona, 1947) es uno de los autores más leídos y populares del panorama literario español y, con quince millones de libros vendidos y más de cincuenta premios literarios, uno de los más sorprendentes por la versatilidad de su obra, que aborda todos los géneros. Viajero impenitente, circunstancia que nutre buena parte de su extensa producción, y comprometido con la realidad, ha creado dos fundaciones en Barcelona y Medellín (Colombia) para impulsar la lectura y ayudar a jóvenes escritores a dar los primeros pasos (anualmente otorga el premio literario que lleva su nombre a un autor menor de dieciocho años).

Por esta obra social, sus fundaciones merecieron el Premio IBBY-Asahi de Promoción de la Lectura en 2010, máximo galardón internacional en la materia, y la Fundació Jordi Sierra i Fabra fue condecorada en 2015 con la Medalla de Honor de Barcelona en reconocimiento a su labor. Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil en 2007 y cuatro veces candidato al Premio Andersen, el autor también recibió en 2012 el Premio Cervantes Chico, en 2013 el Premio Iberoamericano de Literatura, la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes en 2017 y la Creu de Sant Jordi en 2018. Su trayectoria como autor policiaco se vio recompensada con el Premio González Ledesma en 2020.

Para más información: www.sierraifabra.com

Edición en formato digital: marzo de 2023

© 2023, Jordi Sierra i Fabra
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Sergio Juan Studio
Imagen de portada: © arxiu Xavier Miserachs

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. *El copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02994-3

Compost a: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Algunos días de abril

Día 1. Martes, 15 de abril de 1952
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Día 2. Miércoles, 16 de abril de 1952
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Día 3. Jueves, 17 de abril de 1952
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Día 4. Viernes, 18 de abril de 1952
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Día 5. Sábado, 19 de abril de 1952
Capítulo 37
Capítulo 38
Día 6. Domingo, 20 de abril de 1952
Capítulo 39
Día 7. Lunes, 21 de abril de 1952
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Agradecimientos y créditos

Sobre este libro
Jordi Sierra i Fabra
Créditos

Table of Contents

Algunos días de abril
Día 1. Martes, 15 de abril de 1952
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Día 2. Miércoles, 16 de abril de 1952
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Día 3. Jueves, 17 de abril de 1952
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Día 4. Viernes, 18 de abril de 1952
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35

Capítulo 36
Día 5. Sábado, 19 de abril de 1952
Capítulo 37
Capítulo 38
Día 6. Domingo, 20 de abril de 1952
Capítulo 39
Día 7. Lunes, 21 de abril de 1952
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Agradecimientos y créditos
Sobre este libro
Sobre Jordi Sierra i Fabra
Créditos